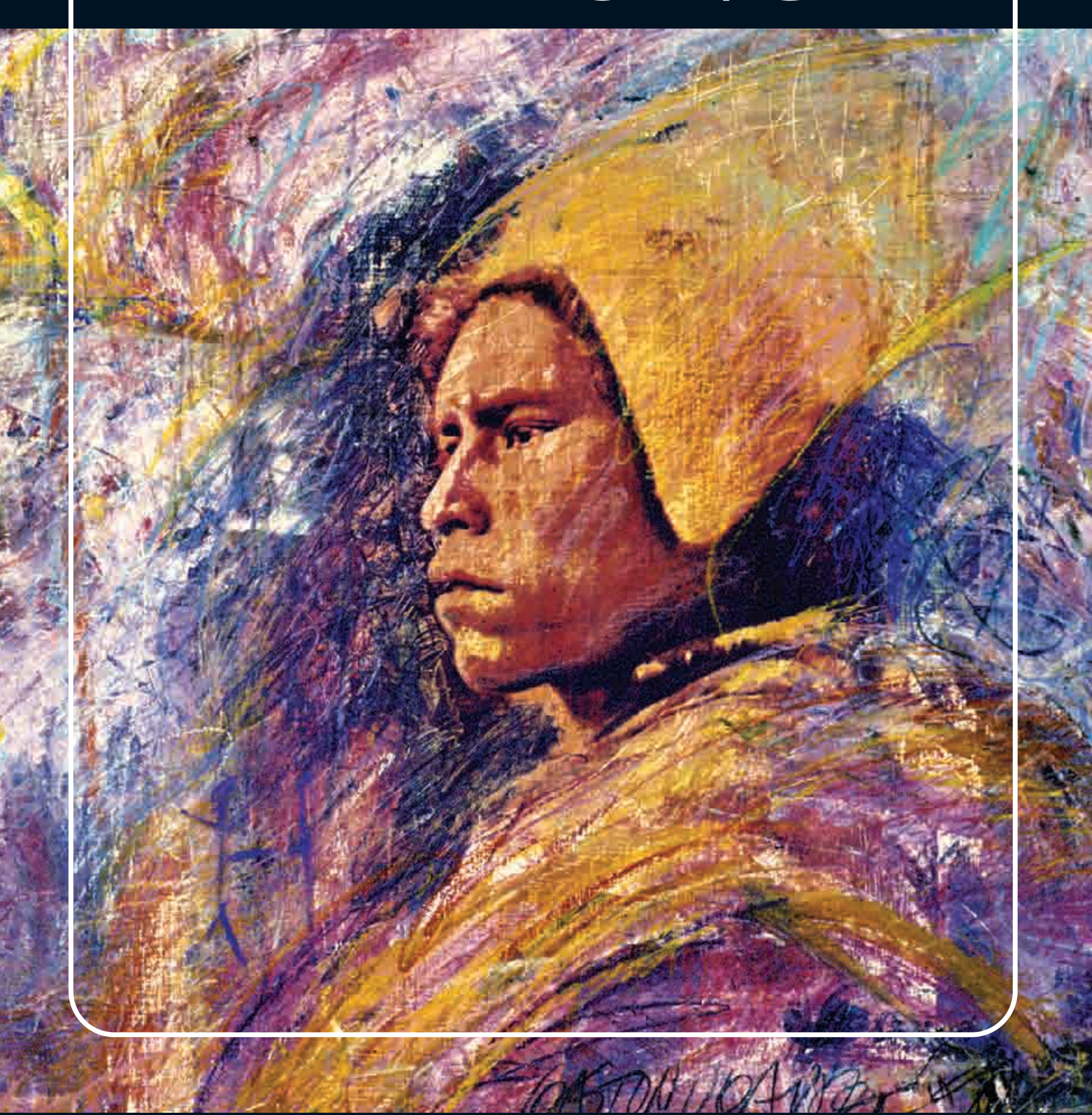
Alcides Arguedas

RAZA DE BRONCE



Alcides Arguedas

RAZA DE BRONCE

234

PRÓLOGO, CRONOLOGÍA
Y BIBLIOGRAFÍA

José Edmundo Paz Soldán



Colección Clásica, Nº 234
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf50120068004120 (rústica)
Depósito Legal lf50120068004168 (empastada)
ISBN 980-276-428-0 (rústica)
ISBN 980-276-429-9 (empastada)
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Director Editorial: Edgar Páez
Coordinadora Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistente Editorial: Shirley Fernández
Edición al cuidado de: Juana L. Morales de Cabrujas
Jefa Departamento Producción: Elizabeth Coronado
Asistente de Producción: Jesús David León
Auxiliar de Producción: Nabaida Mata
Coordinador de Correctores: Henry Arrayago
Corrección: Beatriz Cortés, Salvador Fleján y Belinda Téllez

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Yessica Soto
Pre-prensa: Soluciones Gráficas/Editorial Arte
Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

PRÓLOGO

EL FIN del siglo XIX fue un período de profunda transformación en América Latina. Factores como la expansión de una economía exportadora y la democratización política en la mayoría de los países –limitada, pero superior a lo que había existido hasta ese entonces– permitieron a las élites soñar con optimismo el ansiado ingreso a la modernidad, tal como ésta había sido definida en los centros de la civilización europea: racional, tecnológica, socialmente progresiva[1]. América Latina había ocupado un rol ambivalente en el proceso histórico de la modernidad en Occidente. Aunque contribuyó a su producción debido a que era la primera periferia de la Europa moderna, la alteridad que desde el siglo XVI contribuía a definir la subjetividad moderna, esta contribución la había llevado a cabo, sobre todo, como un sujeto pasivo en el proceso global de la modernización. Los cambios en el fin de siglo harían del continente un sujeto activo, una parte fundamental del progreso científico y tecnológico, de la dramática reestructuración económica y social que caracterizaba a dicho proceso[2].

La modernización en el continente, sin embargo, fue desigual. La ruptura del orden tradicional de las sociedades no fue acompañada por el desarrollo de un espíritu moderno, civilizador, burgués, al menos no de

1. Matei Calinescu, *Five Faces of Modernity*, Durham, Duke University Press, 1987, p. 265. Mientras que la modernidad es un período histórico de la civilización occidental, la modernización es el proceso socioeconómico que la constituye.
2. Para la noción de América Latina como la primera periferia de la Europa moderna, ver el artículo de Enrique Dussel, "Eurocentrism and Modernity (Introduction to the Frankfurt Lectures)", *The postmodernism debate in Latin America*, John Beverley, José Oviedo and Michael Aronna; eds., Durham, North Carolina, Duke University Press, 1995, pp. 64-76.

manera plena, capaz de convertirse en el *ethos* dominante, hegemónico[3]. La aparición de nuevos actores sociales (las clases populares, las mujeres, en algunos países los inmigrantes) como consecuencia de los cambios en la sociedad, impulsó a que los sectores oligárquicos utilizaran su dominio político para limitar la difusión de los más elementales derechos civiles que, en Occidente, habían servido de base para la creación del ciudadano moderno[4]. Las fuerzas materiales de la modernización venían acompañadas por las promesas discursivas de la modernidad, pero no por la realización concreta de estas promesas. Se trataba, como señala José Cerna-Bazán, de una modernidad que estaba "en falta", era "reprimida y por ello, dispersa, heteróclita"[5]. Sin embargo, ello no implicaba, como quisieron ver algunos intelectuales del período, que la modernidad no existiera como experiencia histórica en el continente: "Tal vez modernidad marginal, desigual, deformada (o designable con adjetivos similares), por esas causas, pero al mismo tiempo real y necesaria en sus propios territorios, en cuanto prolifera desde sus propios ejes y sus propias posibilidades"[6].

La era moderna se inició en Bolivia en 1880, cuando, después de la derrota ante Chile en la guerra del Pacífico, la élite minera e industrial creó los partidos liberal y conservador e impulsó un proyecto modernizador que, como en otros países del continente, se concentraba en el progreso económico de la nación y no en la transformación de las tradicionales estructuras de participación ciudadana, que excluían de la esfera pública a la mujer y al indígena. La literatura de la época registró la configuración simbólica de este proyecto en la novela *Juan de la Rosa*, de Nataniel Aguirre

3. José Cerna-Bazán, *Sujeto a cambio: De las relaciones del texto y la sociedad en la escritura de César Vallejo (1914-1930)*, Lima, Latinoamericana, 1995. Ver también Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
4. Refiriéndose a la región andina, Nelson Manrique escribe que "the ideals proclaimed by European modernity openly contradicted the prevalent social order on which the authority of the elites rested, as the extension of citizenship implied the eradication of a still unresolved colonial legacy", "Modernity and Alternative Development in the Andes", *Through the Kaleidoscope: The Experience of Modernity in Latin America*, Vivian Schelling; ed., Lorraine Leu; tr., London, Verso, 2000, p. 219.
5. J. Cerna-Bazán, *op. cit.*, p. 21.
6. *Ibid*.

(1885)[7]. En este texto, considerado por la crítica como la ficción fundacional de Bolivia[8], se postulaba al mestizaje como el elemento integrador de la nacionalidad. Pese a su aparente connotación positiva en la novela de Aguirre, el mestizaje en realidad escondía una compleja pero implícita jerarquización racial: la contribución criolla, "blanca" en el mestizaje era vista como superior a la contribución indígena.

El mismo año de publicación de *Juan de la Rosa*, el historiador Gabriel René Moreno escribió "Nicomedes Antelo"[9], texto que iniciaría el discurso de la degeneración en Bolivia. Este discurso, surgido en la segunda mitad del siglo XIX en Europa, trataba de explicar los efectos "anormales" de la modernización a través de teorías médico-biológicas[10]. Hechos tan disímiles como la extrema pobreza, el aumento del crimen y la violencia, la alienación espiritual o la inestabilidad política eran susceptibles de ser explicados a través de este discurso. En sus teóricos más radicales, la patologización del análisis social llegó a situar como sujetos degenerados a un número cada vez más creciente de individuos que mostraban algún tipo de diferencia frente al ciudadano "normal" de la burguesía europea: a fines de siglo, los degenerados podían ser tanto los criminales como los artistas, los homosexuales, los judíos, o todos aquellos que no eran de raza "blanca". Los intelectuales latinoamericanos no tardaron en apropiarse de este discurso, pues permitía dar validez científica a prejuicios raciales que existían

7. La mejor lectura crítica de la novela es la de Alba María Paz Soldán, *Una articulación simbólica de lo nacional: Juan de la Rosa de Nataniel Aguirre*, Tesis doctoral, University of Pittsburgh, 1986.
8. La tesis doctoral de Alba Paz Soldán recoge las diversas lecturas críticas de *Juan de la Rosa* que hacen énfasis en su carácter fundador y nacionalista. Porfirio Díaz Machicao dice, por ejemplo, que la novela "es una obra de cristiano mensaje a los bolivianos porque les proporciona su propia fisonomía, nacionaliza su ímpetu, su emoción, su amor, su virtud incomprendida. Esta novela constructora de la personalidad social de Bolivia, cumple la misma misión que las 'Polonesas' de F. Chopin", p. 12.
9. Gabriel René Moreno, "Nicomedes Antelo", *Notas biográficas y bibliográficas*, La Paz, La Juventud, 1987, pp. 97-149.
10. Cada país le dio su propia inflexión al discurso, a partir de su particular experiencia histórica. El mejor estudio del tema, enfocado en Francia, Italia e Inglaterra, es el de Daniel Dic, *Faces of Degeneration: An European Disorder,* c. *1848*-c. *1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

desde la Colonia: autores como Gobineau, Haeckel, Morel, Lombroso y Le Bon se convirtieron en moneda corriente en la región.

En "Nicomedes Antelo", Moreno se apoyaba en la autoridad de los "sabios modernos" para concentrar su análisis en una clase particular de degeneración: la producida por causa de la mezcla racial[11]. Si Aguirre podía, pese a sus jerarquizaciones, articular la nación a través del mestizaje, Moreno señalaba la imposibilidad de esta articulación si se quería pensar en una nación moderna. Los indios debían ser eliminados para así evitar el mestizaje: "la exterminación de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal"[12].

"Nicomedes Antelo" es a la vez un homenaje y una nota biográfica sobre el pensador cruceño Antelo. Ambos pensadores ejemplifican la más extrema posición darwinista en la "cuestión del indio": aparte de la desaparición del indio, lo que se necesitaba para regenerar al país era una seleccionada inmigración anglosajona[13]. Esta posición era representativa del pensamiento darwinista en la región oriental del país, donde los indígenas eran minoría y, por lo tanto, era más fácil elaborar fantasías de exterminio total. En la región andina, los intelectuales buscaron formas paternalistas de "regeneración" y "civilización" del indio para articularlo en el proyecto de modernización nacional.

El período 1880-1930 es también conocido como la "segunda gran época dorada de la hacienda"[14]. La consolidación de la economía de la plata en el último cuarto del XIX, la solidez del sector exportador de la oligarquía y el desarrollo comercial lograron que por primera vez en el período republicano, la clase criolla dominante pudiera articular un programa

---

11. G.R. Moreno, *op. cit.*, p. 117.
12. *Ibid.*
13. Moreno cita a Antelo: "¿Se extinguirá el pobre indio al empuje de nuestra raza, como se extingue el dodo, el dinornis, el ornitorrinco? Si la extinción de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal, como dicen nuestros sabios modernos, y como lo creo, la consecuencia, señores, es irrevocable, por más dolorosa que sea. Es como una amputación que duele, pero que cura la gangrena y salva de la muerte", *ibid.*
14. Herbert Klein, *Historia general de Bolivia*, 1982, Josep Barnadas; tr., La Paz, La Juventud, 1988, p. 193.

eficaz de destrucción de las comunidades indígenas[15]. En 1874, Melgarejo había dictado la Ley de Ex vinculación, por la cual se prohibía la propiedad comunal de la tierra. De acuerdo con esa ley, los indígenas de las comunidades iban a dejar de pagar el tributo, rémora de tiempos coloniales, y debían comenzar a pagar un "impuesto universal". La ley también señalaba que la tierra ya no podía poseerse en forma comunitaria, sino en forma individual. Este decreto, en apariencia un intento de unificar los compartimientos estancos de criollos e indígenas bajo una misma ley liberal, moderna, capaz de proyectar la idea de un campesinado libre que poseyera individualmente la tierra, resultó en realidad en la destrucción de las comunidades indígenas y en la expansión económica de la élite minera o hacendada[16].

La reacción indígena a lo que René Zavaleta llama la "refundación de la oligarquía"[17] no fue de pasiva aceptación. Ante la pérdida de sus tierras, y al verse muchos de ellos convertidos de pronto en forzados servidores de grandes haciendas, los aymaras recurrieron repetidas veces a la rebelión: por lo menos hubo nueve importantes entre 1880 y 1899[18]. Estas rebeliones buscaban defender las tierras de la comunidad y frenar los abusos de los patrones; excepto la de Zárate Willka, no perseguían ningún proyecto político autónomo.

La rebelión de Zárate Willka se inscribe dentro de la guerra civil de 1899, que enfrenta a los liberales de la ascendente clase media de La Paz, aliados a los mineros del estaño, contra los conservadores de la vieja oligarquía minera de la plata de Sucre. Los liberales, liderados por Juan Manuel Pando, deciden buscar el apoyo aymara para derrocar al partido conservador. Sin embargo, el líder aymara, Pablo Zárate Willka, tenía su

---

15. Silvia Rivera, *Oprimidos pero no vencidos: Luchas del campesinado aymara y quechua de Bolivia, 1900-1980*, Ginebra, UNRISD, 1986, p. 13. En 1865, el tributo indígena constituye el 40.6% del presupuesto nacional; en 1879, el 24.7%; en 1884, el 15.1%. Ver Danielle Demélas, *Nationalisme sans nation? La Bolivie aux XIXe-XXe siècles*, Paris, Editions du C.N.R.S., 1980.
16. La historiadora Danielle Demélas señala por ejemplo que en La Paz, las 879 comunidades de 1846 se habían reducido en 1941 a 282, y las haciendas habían aumentado de 1.625 a 8.507, *ibid.*, p. 163.
17. René Zavaleta, *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1986, p. 147.
18. Xavier Albó y Josep M. Barnadas, *La cara india y campesina de nuestra historia*, La Paz, Bolivia, UNITAS/CIPCA, 1990, p. 156. Ver también D. Demélas, *op. cit.*, p. 162.

propio proyecto político: después de la derrota conservadora, los aymaras atacarían a sus ex aliados liberales en busca de la "restitución de tierras comunales usurpadas... y constitución de un gobierno indio autónomo"[19]. La masacre de Mohoza, en la que tropas aymaras mataron a 130 soldados de caballería del partido liberal y cometieron actos de antropofagia, hizo que Pando decidiera, una vez tomado el poder, eliminar a Zárate y diezmar a sus efectivos[20].

Lo ocurrido en Mohoza pareció confirmar, entre los criollos, las sospechas de Moreno en torno al indígena, y produjo la reactivación discursiva del tema de la "guerra de las razas", supuestamente impulsada por los indios sobre la minoría criollo-mestiza. El proceso Mohoza (1899-1904), en el que, a través del juicio a los aymaras participantes de la masacre, el universo criollo enjuició simbólicamente al indígena, inició el período del "darwinismo a la criolla" en Bolivia, marcado por la exacerbación del racismo de la era republicana[21]. Los responsables de la matanza de Mohoza fueron sometidos a un proceso judicial que duró de 1901 a 1904; una comisión de científicos franceses vino a Bolivia para estudiar, a la manera de Broca y Lombroso, los rasgos físicos, el cráneo y la fisonomía de los procesados indígenas. El juicio de Mohoza se convirtió en la encarnación simbólica del proceso criollo a la cultura india, que frenaba el progreso del país[22].

Después de "Nicomedes Antelo", el texto clave del discurso de la degeneración en Bolivia es la defensa de los 288 inculpados indígenas que el

---

19. S. Rivera, *op. cit.*, p. 16. En *La armonía de las desigualdades*, (Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas), 1994, (p. 136); la historiadora Marta Irurozqui duda de las intenciones autonomistas del proyecto político aymara: "Las amenazas indias de trastocar las relaciones de poder a su favor no consistían, así, en masacrar a la mancomunidad criollo-mestiza, sino en buscar una vía de negociación que les otorgara tanto una mejora de sus condiciones de vida como la oportunidad de elegirlas", "Aunque las protestas indias manifestaban un sentimiento compartido de injusticia junto con el deseo de destruir el sistema social vigente en el agro, ello no se contradecía con un sentimiento de resignación ante la inevitabilidad del orden social establecido", *ibid.*, p. 137.
20. El libro clásico de la rebelión indígena de 1899 es el de Ramiro Condarco Morales, *Zarate, el "Temible" Willka*, 2ª ed., La Paz, Ed. Renovación, 1982.
21. Danielle Demélas, "Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia, 1880-1910", Giancarla de Quiroga, tr., *Historia boliviana*, (Cochabamba) Nº 112 (1981), pp. 55-82.
22. Irurozqui dice: "El reconocimiento de la inferioridad innata del indio como verdad científica fue una construcción temporal que, al mismo tiempo que se apropió de prejuicios

abogado Bautista Saavedra hizo en octubre de 1901[23]. Saavedra, miembro importante del partido liberal y futuro presidente de la nación, se veía en la difícil posición de tener que justificar los excesos indígenas, aliados de su partido durante la guerra, y a la vez dar a su partido en el poder argumentos para reprimir a sus ex aliados[24]. Los excesos indígenas, decía Saavedra, tenían su razón de ser: "¿Qué ha sido del indio para nuestros antepasados y qué es para nosotros, no obstante las fraternales e igualitarias doctrinas del cristianismo que se dice profesar? Apenas una bestia de carga, miserable y abyecta, a la que no hay que tener compasión y a la que hay que explotar hasta la inhumanidad y lo vergonzoso"[25]. Lo que había sucedido en Mohoza tenía causas deterministas y atávicas, derivadas de la inferioridad racial del indio: "Los procesados de Mohoza no son justiciables... porque este delito colectivo es el resultado de cierta perversidad ingénita en complicidad del medio ambiente, circunstancias que han contribuido al levantamiento de las indiadas"[26]. Los aymaras son "una raza degradada... próxima a llegar a las últimas fases de su desaparición"[27].

El influyente discurso de Saavedra marcó el debate sobre el indio en las dos primeras décadas del siglo. Su texto condensa no sólo las principales líneas del debate, que luego recogerán intelectuales como Arguedas y Tamayo, sino también las imágenes más fuertes del miedo criollo al levantamiento indígena: "y no sólo son estos sucesos los únicos signos del forcejeo generalmente inútil, que aquella raza despliega para sacudirse del yugo del blanco y del mestizo: ahí están las frecuentes sublevaciones parciales de los comunarios que vendieron sus tierras, y que en desquite de ese despojo, se engullen a los nuevos propietarios en festines y orgías de un canibalismo sin límites"[28].

---

exportados, jugó con los complejos y las ambiciones sociales de una población minoritaria preocupada por su propia definición interna", *op. cit.*, p. 144.

23. Bautista Saavedra, "Proceso Mohoza", *El Ayllu. Estudios sociológicos*, La Paz, La Juventud, 1987, pp. 133-157.
24. M. Irurozqui, *op. cit.*, p. 149.
25. B. Saavedra, *op. cit.*, p. 145.
26. *Ibid.*, p. 155.
27. *Ibid.*, p. 147.
28. *Ibid.*, p. 145.

En el imaginario criollo, la escena de canibalismo se convierte en la expresión visceral del miedo a una venganza indígena justificada: el pago a la culpa criolla por los siglos de abuso y opresión. Arguedas, trabajando con el "síntoma de la nación", utilizará la escena de canibalismo para el escabroso desenlace de su segunda novela, *Wuata Wuara*.

ALCIDES ARGUEDAS

Alcides Arguedas (1879-1946) apareció en un escenario cultural obsesionado por la búsqueda de los elementos esenciales de la identidad nacional, las causas profundas de la inestabilidad republicana. Junto a él, intelectuales como Bautista Saavedra, Jaime Mendoza y Franz Tamayo intentaron respuestas marcadas por los tres factores principales identificados por el pensamiento determinista del francés Hyppolite Taine (*race*, *milieu*, *moment*), con clara preponderancia del factor racial[29]. El problema era que, después de Mohoza, resultaba imposible para los intelectuales postular el mestizaje como elemento cohesionador de la nacionalidad. Lo mestizo adquirió una connotación negativa –lo cholo–, y, como señala Marta Irurozqui, las definiciones de la identidad nacional quedaron suspendidas entre una utopía (el mestizaje) y una fatalidad (lo cholo)[30].

En el caso de Arguedas, los prejuicios raciales venían acompañados de un cuestionamiento de los triunfos del proyecto oligárquico, en el contexto histórico negativo de los primeros años del siglo: la guerra civil de 1899, Mohoza, la derrota en la guerra del Acre con Brasil y el tratado desfavorable con Chile en 1904, por el cual Bolivia renunciaba a la salida al mar a cambio de compensación económica. El cuestionamiento de Arguedas no se refería a la limitada democratización de la esfera pública, sino a la forma casi exclusivamente material con la que se entendía la idea del progreso. Aunque Arguedas reconocía que este proyecto había producido cambios notables en la nación, tales como la vinculación de algunas regiones a tra-

29. Ver la introducción de Taine a su *History of English Literature*, H. Van Laun; tr., New York, John Wurtele Lovell, 1873, pp. 1-31.
30. *A bala, piedra y palo: La construcción de la ciudadanía política en Bolivia*, *1826-1952*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2000, p. 118.

vés del ferrocarril, su crítica se debía al hecho de que estos cambios no atacaban la raíz del problema: la necesidad de una "regeneración" del país a partir de una revolución moral en los bolivianos. Sin un cambio en las costumbres que permitiría la construcción de un nuevo sujeto boliviano, el país jamás alcanzaría la modernidad.

Arguedas había leído a pensadores de la degeneración como Gustave Le Bon antes de su primer viaje a Europa en 1903. Sin embargo, fue este viaje el que solidificó su visión del problema nacional. Su paso por España y su contacto con los regeneracionistas españoles (Altamira, Ganivet, Maeztu, Costa), dedicados a explorar las causas profundas de la crisis de España, lo convencieron de su misión. En el lenguaje médico-biológico de la época, que concebía a las naciones como organismos, Arguedas, como tantos otros intelectuales hispanoamericanos del período[31], sería el doctor encargado de diagnosticar los males del "pueblo enfermo" y proponer una "terapéutica"[32]. Esta misión intelectual era ambiciosa, pues Arguedas consideraba su análisis del "pueblo enfermo" como una contribución no sólo al análisis del continente hispanoamericano sino también al de países que, "libres de mescolanzas europeas", tenían problemas debidos al "clima, la educación, la herencia": "cumplo con el ineludible deber de declarar que no he andado muy corto de vista al analizar, desde Europa, los males que gangrenan el organismo de mi país, y los cuales –y esto es preciso no olvidarlo para ser más equitativos– no son exclusivos de él y sí muy generalizados no sólo en nuestros países hispano-indígenas"[33].

Sin embargo, este diagnóstico se hallaba sobredeterminado negativamente desde el principio debido a la mediación del discurso europeo de la

31. Michael Aronna menciona, aparte de Arguedas, a los argentinos José María Ramos Mejía, Agustín Álvarez, Manuel Ugarte, Carlos Bunge y José Ingenieros, al venezolano César Zumeta, al peruano Francisco García Calderón, y al cubano Fernando Ortiz, *Pueblos Enfermos: The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American National Essay*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999, p. 27.
32. La mayoría de estos intelectuales, incluido Arguedas, utilizaron la metáfora de la enfermedad para referirse a la crisis que ellos veían en el continente debida sobre todo a la cuestión racial. Benigno Trigo extiende el argumento y analiza las formas médicas, geográficas, sexuales, políticas y personales que tomó el discurso de la crisis, *Subjects of Crisis*, Hanover, Wesleyan University Press, 2000.
33. Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, La Paz, Editorial Isla, 1979, p. 7. Reproduce la 3ª ed. de 1937.

degeneración, que condenaba de antemano a las sociedades hispanoamericanas debido a su inferioridad racial. La apropiación de este discurso científico europeo podía en algunos casos ser vista, de manera paradójica, como una forma de regeneración, una suerte de ingreso a la modernidad y afirmación de una nueva cultura y un nuevo sujeto histórico[34]. Esto no ocurrió con Arguedas; su obra, que buscaba la regeneración del país a partir de un discurso de la degeneración, se hallaba limitada en sus posibles respuestas a la crisis. De hecho, Arguedas jamás pudo escapar al determinismo tan predominante en el pensamiento científico de finales del XIX. Sus intentos regeneracionistas terminaban ahogados por su íntima convicción de que los males del país eran inherentes a su composición racial, y por lo tanto carecían de solución. La derrota en la guerra del Chaco con el Paraguay (1932-1935) lo llevó a admitir explícitamente lo que se podía leer de forma implícita en sus textos: era inútil cualquier terapéutica, Bolivia jamás sería un país moderno. Así, toda su obra puede leerse como la narración lineal de la enfermedad, del fracaso de Bolivia en su intento de constituirse en una nación moderna.

Arguedas vaciló entre la literatura y las disciplinas de las ciencias sociales. Aunque comenzó escribiendo novelas, nunca terminó de sentirse cómodo con éstas. La literatura era, más que un fin estético en sí mismo, un medio para un fin: las novelas le permitían explorar, en el código del realismo con matices naturalistas, las leyes de funcionamiento de la realidad social. En este sentido, su antimodelo era el modernismo, a quien veía, algo estereotipadamente, como un movimiento escapista cuyo principal error era dar la espalda a la realidad del continente, loar "las cabelleras blondas y los ojos azules de sus amadas" sin percatarse de que "por las venas de sus amadas corre pura sangre mestiza y que sus cabelleras no son blondas, sino negras, y no azules sus ojos, sino pardos o negros..."[35]. La intención de Arguedas de intervenir en el debate público terminó chocando con su percepción de que las novelas no eran tomadas en serio, eran vistas, a lo sumo, como sofisticados entretenimientos. Poco a poco, su literatura fue

34. Sylvia Mohillo, "Too Wilde for Comfort: Desire and Ideology in Fin-de-Siècle Spanish America", *Social Text*, 10.2-3, 31-32 (1992), p. 191.
35. A. Arguedas, *op. cit.*, p. 241.

dando paso a la sociología, con *Pueblo enfermo* (1909), y a la historia, en la década de los 20. El abandono de la literatura nunca fue total; de hecho, publicó la novela *Raza de bronce* en 1919, y continuó revisándola hasta el final de sus días. Aun en ese caso, gran parte del valor que le asignaba se debía a su creencia algo ingenua en que ésta había producido cambios importantes en la realidad nacional[36].

En lo que jamás vaciló Arguedas fue en su postura moralista. Sus novelas eran, por ello, melodramas. El melodrama fue el modo narrativo preferido por los escritores latinoamericanos del fin de siglo, debido a su flexibilidad para narrar cuestiones del deseo y sus excesos en sociedades inestables, en flujo[37]. Si las novelas fundacionales del XIX pueden leerse como narrativas románticas en las que el deseo tiene un fin utilitario, se halla subordinado a los proyectos liberales de construcción nacional[38], los acelerados cambios en la sociedad del fin de siglo atacan este modelo; lo que pasa a primer plano en escritores como José Martí y Mercedes Cabello de Carbonera son los problemas causados por el descontrol del deseo, para los cuales el melodrama era un modo narrativo más apropiado que el romance. Para Arguedas, el melodrama era atractivo porque permitía simplificar la confusión social en una maniquea lucha entre la virtud y el vicio, ante la cual era fácil adoptar una postura moral. Su uso del discurso de la degeneración complicó este panorama, pues en sus novelas incluso la virtud resultaba, de un modo u otro, degenerada. El melodrama arguediano es la visión de un pueblo en el que todos están enfermos, en el que lo único que cambia es la gradación de la enfermedad.

36. "Este libro ha debido en más de veinte años obrar lentamente en la conciencia nacional, pues de entonces a esta parte y sobre todo en estos últimos tiempos, muchos han sido los afanes de los poderes públicos para dictar leyes protectoras del indio, así como muchos son los terratenientes que han introducido maquinaria agrícola para la labor de sus campos, abolido la prestación gratuita de ciertos servicios y levantado escuelas en sus fundos", "Nota", *Raza de bronce. Wuata Wuara*, Edición crítica, Antonio Lorente Medina; coord., Madrid, Colección Archivos, 1988, p. 348. Esta edición reproduce la 3ª de esta novela, la cual estuvo acompañada de una advertencia, del mismo Arguedas, fechada en diciembre 1944.
37. Francine Masiello, "Melodrama, Sex, and Nation in Latinoamerica's *Fin de Siglo*", *The Places of History: Regionalism Revisited in Latin America*, Doris Sommer; ed., *Modern Language Quarterly*, 57.2 (July 1996), pp. 269-278.
38. Doris Sommer, *Foundational Fictions, The National Romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1991.

La enfermedad nacional fue también explorada históricamente por Arguedas, con limitaciones de periodización: su cronología comenzaba en 1809 para concentrarse en el período republicano. Sus dos primeras novelas usaron hechos históricos como contexto para la trama; a partir de *Pueblo enfermo*, puede verse una profundización de su visión histórica, un intento de narrar los males nacionales a partir de la "barbarie" de los caudillos mestizos del XIX, y de su relación dialéctica con la masa popular. Su creciente interés en la historia terminó convirtiéndolo en historiador; en los años 20, con la ayuda del industrial minero Simón I. Patiño, publicó *Historia general de Bolivia*, de la cual llegó a escribir cinco de los ocho volúmenes proyectados. A pesar de sus declaradas intenciones positivistas de narrar los hechos con objetividad, su obra historiográfica era muy subjetiva. Más que precisión factual, lo que Arguedas parecía haber encontrado en su nueva disciplina era un espacio desde el cual su intervención en el debate público sería tomada en serio.

Esta intervención era muy moralista: Arguedas creía que la historia era "moral en acción", que las lecciones del pasado podían servir para enseñar a los bolivianos la forma adecuada de comportamiento para evitar la repetición de los males: su *Historia general*, ese libro "severo, triste, honesto y de una moral trascendental", estaba dedicado "a la juventud estudiosa de mi país... porque, a través de la desolación que descubre [el libro], sugiere, implícitamente, el deber de abandonar ya la tortuosa senda trillada hasta aquí, para emprender por nuevas y anchas rutas si es que de veras se ama la patria y se tiene fe en sus destinos"[39]. La dedicatoria no decía que la sugerencia implícita era ahogada por un texto muy explícito en su condena determinista de la nación.

Gracias al discurso de la degeneración racial y a la autoridad de la ciencia moderna europea, Arguedas logró dotar de cierta autoridad a muchos prejuicios existentes en la Bolivia republicana, y que persistían desde el período colonial. A sesenta años de su muerte, sus ideas siguen resonando en la sociedad boliviana, en disfraces muchas veces sutiles y otras no tanto.

39. Esta cita pertenece al libro que Arguedas escribió como resumen de sus ocho volúmenes, al verse en dificultades de financiar la publicación de toda la obra: *Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad (1809-1921)*, La Paz, Arnó Editores, 1922, p. XI.

El estudio de la obra de Arguedas es, por ello, central para un conocimiento adecuado de las líneas directrices de la cultura nacional. En esa obra, su novela *Raza de bronce* ocupa un lugar central.

DE *WUATA WUARA* A *RAZA DE BRONCE*

De algunos autores se puede decir, metafóricamente, que escriben siempre el mismo libro. Obsesivos en su exploración de algún tema, todas sus obras pueden leerse como una variación sobre una recurrente estructura profunda. De pocos, sin embargo, se puede decir, como de Arguedas, que, literalmente, toda su vida escribieron el mismo libro. *Wuata Wuara* fue publicada en 1904, cuando el autor tenía veinticinco años y recién se iniciaba en el mundo literario. *Raza de bronce*, su cuarta y última novela, publicada en 1919, es una reelaboración significativa de *Wuata Wuara*: quince años en los que Arguedas sintió que no había dicho todo lo que tenía que decir acerca del conflictivo encuentro entre criollos e indios en las haciendas del altiplano paceño, y decidió que debía volver sobre sus pasos y reescribir *Wuata Wuara*. En 1945, poco antes de su muerte, Arguedas tuvo tiempo de publicar una edición revisada de *Raza*. De 1904 a 1945: cuatro décadas que abarcan toda su carrera literaria.

En sus memorias, Arguedas escribiría:

> Quince años he madurado el plan de esa obra. Durante quince años la he venido arreglando dentro de un plan de ordenación lógica, encajando en él episodios de que fui testigo o que me refirieron. Cada una de sus páginas ha sido escrita en diversas circunstancias de mi vida. Si al pasar el Canal de la Mancha cruzaba el condado de Kent con sus colinas jugosas y sus ganados de albo vellón, pensaba, por contraste, en nuestro yermo andino y escribía, al correr del tren, un paisaje de la pampa desnuda... En Nápoles, París, Colonia, Rotterdam o Folkestone; en Normandía, en Chamonix, o en Tiquina y Chililaya, en todo sitio, lugar y circunstancia yo he pensado y escrito *Raza de bronce*. Y por eso mi cariño hacia ese libro.[40]

40. *La danza de las sombras. Primera parte: literatura y viajes*, Barcelona, Sobs. de López, 1934, pp. 23-24.

Arguedas creía que su dedicación a *Raza…* era justificada. En sus memorias, habló con orgullo del "convencimiento de la grandeza de este mi libro"[41]. En la nota final a la edición definitiva de *Raza…* (1945), escribió:

> Este libro ha debido en más de veinte años obrar lentamente en la conciencia nacional, porque de entonces a esta parte y sobre todo en estos últimos tiempos, muchos han sido los afanes de los poderes públicos para dictar leyes protectoras del indio, así como muchos son los terratenientes que han introducido maquinaria agrícola para la labor de sus campos, abolido la prestación gratuita de ciertos servicios y levantado escuelas en sus fundos.[42]

Arguedas murió con la conciencia de haber contribuido en gran medida al debate sobre la "cuestión del indio"[43]. Al denunciar los abusos de los terratenientes, habría, según su propia lectura, ayudado a sensibilizar a la élite terrateniente y al poder político con respecto a la situación del indio, y con ello impulsado las mejoras en su situación jurídica y laboral. Aunque es cierto que la novela fue un hito señero en el debate sobre el indio, es difícil estimar el grado de influencia de una obra literaria en los cambios que ocurren en la vida real. Como dice Antonio Cornejo Polar, la nota expresa "ingenuidad u oportunismo" e "impone un nuevo código de lectura y modifica el sentido trágico del texto en otro más bien alentador y optimista"[44].

Más allá de la ingenuidad o el oportunismo, lo importante en las palabras de Arguedas es la fidelidad a una noción de la literatura como un espacio de exploración de las leyes de funcionamiento de la realidad social. Como señala Leonardo García Pabón, "la obra arguediana es la primera obra narrativa que ofrece una *visión crítica* de la complejidad social, te-

---

41. *Ibid.*, p. 23.
42. A. Arguedas, *Raza de bronce. Wuata Wuara*, Edición crítica, Antonio Lorente Medina; coord., p. 348.
43. Su orgullo puede verse también en la Advertencia a la edición de 1945, en la que menciona el rol pionero de su novela, que, "no por méritos literarios, ciertamente, sino por su ubicación en el tiempo y, por el tema, tiene algún derecho para figurar en libros donde se habla de literatura americana", *ibid.*, p. 4.
44. *Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Horizonte, 1994, pp. 198-199.

rritorial, política y cultural de Bolivia”[45]. La literatura, en Arguedas y el indigenismo (y en buena parte de la narrativa latinoamericana), no tiene un objeto autónomo, cerrado en sí mismo. Su función es transitiva, va más allá de su valor estético para adquirir una dimensión política. El discurso literario debe intervenir en el debate público, denunciar las injusticias sociales y reivindicar la causa de los grupos subalternos (los indígenas, los proletarios). La literatura participa en la realidad para modificarla[46]. A partir de ese punto, se puede entender la posición crítica y condenatoria del modernismo asumida por Arguedas y otros escritores *mundonovistas*: no se discute la calidad estética de las obras modernistas, sino el hecho de que, según ellos, éstas tengan una función intransitiva, vean a lo estético como el objetivo principal y a veces el único, y se atrevan a darle la espalda a la situación sociopolítica del continente[47].

Es sintomático que en la nota final de *Raza…* Arguedas mencione a su novela como el punto de partida de la introducción de leyes, maquinarias y escuelas en el agro nacional: en el contexto del problema de la modernidad boliviana, *Raza…* señalaría la necesidad de mejorar el trato “feudalista”, abusivo al indígena, para así evitar la “guerra de las razas” y con ello permitir, de una vez, el ingreso de la modernización al altiplano. Esta lectura, alentada por el mismo autor, es, sin embargo, reduccionista. *Raza…* parecería más bien sugerir que las formas de organización social en la región andina, basadas desde la Colonia en la “dialéctica de la negación del Otro”[48], condenan a la nación a un presente inestable, y a un futuro en que los odios y rencores acumulados a lo largo de los siglos retornarán periódicamente

---

45. *La patria íntima: alegorías nacionales en la literatura y el cine de Bolivia*, La Paz, Plural/CESU, 1998, p. 111.

46. Sabine Harmuth dice que “[l]a apropiación literaria de la realidad en la novela indigenista está motivada por la intención de cambiar la realidad, de influir directamente en ella a través de la ficción”, “La novela indigenista hispanoamericana”, *Apropiaciones de realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Hans-Otto Dill *et al.*; eds., Frankfurt, Vervuert, Madrid, Iberoamericana, 1994, p. 190.

47. Esta visión simplificada del modernismo sirvió de punto de partida retórico para la abundante literatura regionalista de las primeras décadas del siglo. De hecho, el regionalismo se define a partir de su oposición a esta versión del modernismo.

48. Fernando Calderón, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone, *Esa esquiva modernidad: Desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996.

en estallidos de violencia. Entre los polos de la tradición y la modernidad, la novela indigenista apuesta por la modernidad, aunque es incapaz de elaborar una adecuada representación narrativa de ésta o proponer soluciones concretas para modernizar el país, y termina repitiendo discursivamente las contradicciones inherentes a la heterogeneidad sociocultural de la región andina. El intento de imaginar una historia con una progresión lineal que vaya de lo tradicional a lo moderno se resuelve en una suerte de cíclico retorno de lo reprimido en la constitución del proyecto hegemónico nacional[49].

EL VIAJE A LA SEMILLA: *WUATA WUARA*

Durante mucho tiempo, *Wuata Wuara* fue inaccesible para la crítica y el público lector. El crítico peruano Luis Alberto Sánchez, encargado de editar en 1959 las obras completas de Arguedas, no tomó en cuenta la novela publicada en 1904 por considerarla simplemente como una primitiva versión de *Raza de bronce*, tal vez basándose en un comentario del mismo Arguedas en sus memorias: "[*Wuata Wuara*] es el libro que más me ha preocupado y me ha hecho trabajar, pues desde ese año de 1904 en que se publicó el bosquejo hasta que volvió a aparecer en 1919 bajo otro título..."[50]. Ello permitió la consolidación oficial de un prejuicio extendido con respecto a la originalidad y al valor autónomo de *Wuata Wuara*. Se tuvo que esperar hasta 1988 para una reedición que restituyera al texto, en palabras de Lorente Medina, "su indudable condición pionera de la novela indigenista de nuestro siglo"[51].

49. Rodríguez-Luis señala que la denuncia de la situación opresiva del indígena en *Raza* no viene acompañada por un "planteamiento no ya radical de la solución del problema indígena (del tipo que ofrece *Huasipungo* como parte de una evaluación revolucionaria de la situación del Ecuador), mas ni aun progresista (como sucede en *El mundo es ancho y ajeno*), o siquiera reformista (el caso de *Aves sin nido*)", cfr. el artículo "*Raza de bronce* entre la reivindicación y la discriminación racial del indígena", *Raza de bronce...*, Edición crítica, *op. cit.*, pp. 514-515.
50. *La danza de las sombras...*, p. 23.
51. "Introducción a *Wuata Wuara*", *Raza...*, Edición crítica, *op. cit.*, p. 353.

La breve obra muestra, todavía tentativamente, el proyecto arguediano de utilizar el género novelístico como una forma de explorar la realidad social y revelar sus leyes de funcionamiento. Al concentrarse en lo bajo, en lo negativo, en las condiciones adversas de vida en el mundo andino, este proyecto de estudio de una sociedad, formulado en la segunda mitad del siglo XIX en la novela realista europea y radicalizado por el naturalismo, forma parte importante del "discurso de la degeneración". Con *Wuata Wuara*, Arguedas propone al realismo naturalista como un código de representación estética capaz de superar al romanticismo reinante en representaciones literarias decimonónicas de la situación del indígena en la región andina, como *Cumandá* (1879) y *Aves sin nido* (1889).

Con *Wuata Wuara*, Arguedas se coloca al centro del debate intelectual y político del período, que trataba del rol del indígena en el proyecto de transformación de Bolivia en una nación moderna[52]. En la novela, el campo se convierte en el espacio conflictivo donde se dirime el futuro de la nación. La hacienda rural es el punto de condensación, la emblemática zona de contacto entre, como ha dicho José María Arguedas, "la dualidad trágica de lo indio y lo español". La hacienda es un micromundo en el que se narran, en polarizaciones exageradas pero reveladoras de la profunda división de acuerdo con líneas raciales existente en la sociedad andina de principios de siglo, los contactos conflictivos entre patrón y trabajador, criollo-mestizo e indio[53].

Al narrar estos contactos, Arguedas explora el agotamiento de un modelo de relación interpersonal caracterizado por la exclusión racial, la negación del indígena y su problemática incorporación a los proyectos de configuración nacional, y sugiere, al interior de la élite criollo-mestiza en el poder, la necesidad de reformar dicho modelo para mantener la hegemonía

52. M. Irurozqui, *op. cit.*, p. 142.
53. La hacienda es un núcleo narrativo central de la literatura indigenista porque ella se encuentra, en palabras de Siebenmann, "en el frente de colisión entre los grupos dominantes y el campesinado indígena con su cultura tradicional, autóctona. Así oportunamente se ofrec[e] el sistema de la hacienda como modelo de una estructura de dominación no sólo socialmente injusta, sino culturalmente enajenadora", S. Harmuth, *Apropiaciones de la realidad*..., p. 198.

de su clase[54]. La posición de Arguedas, que alcanzará mayor claridad conceptual en *Raza de bronce*, no aboga por una transformación revolucionaria del modelo, sino por una reforma nacida de un pragmatismo elemental. Al negar al indígena a través del abuso físico y la excesiva explotación, la economía del altiplano, predominantemente agrícola y minera, y que dependía para su funcionamiento de la mano de obra indígena, se veía muy afectada. Había que dejar de negar al indígena y "humanizar" los contactos[55].

Sólo situándolo en su contexto histórico se puede medir la audacia de Arguedas al escribir *Wuata Wuara*. A principios del siglo XX, liberales como Bautista Saavedra consideraban al indio como una "pústula" que había que excluir del proyecto modernizador, mientras que Pando advertía de la realidad de la amenaza de una "guerra de razas, que ya sobreviene por impulso propio de la raza indígena"[56]. *Wuata Wuara* registra las ambivalencias del joven Arguedas: por un lado, la condena simbólica del indígena a través del uso del discurso de la degeneración para representarlo; por otro, el reconocimiento de que la rebelión aymara es justificada, lo cual va a contrapelo de la "ficción dominante" que encarnan hombres como Saavedra o Pando.

La trama de la novela es la siguiente: una hermosa aymara, Wuata Wuara, es violada y después asesinada por Alberto Carmona, hijo del dueño de la hacienda en la que sirve, y por sus amigos. Su novio, Agiali, decide que es hora de poner freno a los abusos de los blancos y, después de consultar al sabio de la comunidad, Choquehuanka, prepara la venganza. Los indios de la hacienda se rebelan, queman la hacienda y, en la última escena, matan a Carmona y a sus amigos en una orgía de sangre. A lo largo de la novela, Arguedas describe la situación decadente de la raza aymara, pero todavía no deduce de ello las consecuencias que esa decadencia tiene

54. En *Wuata Wuara*, la crítica del modelo es más fuerte que las sugerencias para su reforma, que se impondrán después en *Raza de bronce*.
55. García Pabón señala que "Arguedas sugiere la necesidad de una nueva forma de apropiación del suelo boliviano, centrada en intereses nacionales más generales y abstractos que las simples necesidades de los hacendados e indígenas", *La patria íntima: alegorías nacionales...*, p. 121.
56. R. Zavaleta, *op. cit.*, p. 154.

para la modernización del país. Su visión se limita a plantear de manera humanitaria y paternalista el problema de los abusos de la raza blanca sobre la aymara, y dar, a través de ese planteamiento, una justificación ética al levantamiento indígena.

El tema de la decadencia aparece desde la escena inicial, en la que el narrador describe el lugar donde se van a desarrollar los acontecimientos: "Lindando con el lago y con la pampa, álzase, abrupto, el cerro Cusipata, en cuya cima aún se yerguen las ruinas del templo donde, ha mucho, adoraban los indios al Padre Sol, templo que fue levantado por el gran Tupac Inca Yupanqui"[57]. Las ruinas del templo adquirirán una connotación simbólica a la llegada de Carmona y sus amigos a la hacienda Pucuni, a orillas del lago. Fuenteclara dice:

> Cuando yo vengo a contemplar estas ruinas que elocuentemente atestiguan del paso de la raza aymara, desecho la idea de que alguna vez pudo haber existido, pues se me hace duro pensar que fue ella quien levantó tan soberbia edificación, y antes, por el contrario, me inclino a creer en la posibilidad de la existencia de dioses mitológicos. Una raza que por muchos siglos se ha impuesto, que ha sido inteligente y activa, no degenera hasta el extremo de perder su personalidad.[58]

La degeneración es tan extrema que "la raza aymara, grande en pasados días, ha bajado tan completamente en la escala de la civilización, que para mejorarla serían necesarios muchos siglos de constante labor"[59]. Cuando Fuenteclara habla de "escala de civilización", es claro que se refiere a la jerarquización racial predominante en las teorías científicas del siglo XIX, y que se convirtió en punto central del racismo biológico: había una escala natural en la que el hombre europeo se encontraba en la parte superior y el africano en la inferior.

Pero la taxonomía racial con la que trabaja Arguedas ya no es fija: a partir de Darwin y otros teóricos evolucionistas del período 1860-1880, la

57. "*Wuata Wuara*", *Raza...*, Edición crítica, Antonio Lorente Medina; coord., p. 360.
58. *Ibid.*, p. 383.
59. *Ibid.*

ciencia moderna estableció la idea de que las razas podían regenerarse o degenerar. A través de pensadores como Gobineau y Le Bon, citados tanto por Moreno como por Saavedra y Arguedas, se difunde la noción de que la principal forma de degeneración la produce la mezcla racial. Gobineau sentencia: "the inequality of races from whose fusion a people is formed is enough to explain the whole course of its destiny"[60]. Esa idea no será desarrollada por Arguedas hasta *Pueblo enfermo*. En *Wuata Wuara*, aunque existen elementos mestizos, éstos son mínimos y la estructura narrativa se sostiene básicamente en torno a la oposición binaria blanco/indio, propia del modo melodramático que predomina en la estética arguediana.

El patrón blanco, Carmona, está en el extremo superior de la escala: es "un hermoso ejemplar de la especie humana. Alto, de complexión proporcionada a su estatura y bien parecido hace lujo de un valor rayano en la temeridad"[61]. La inferioridad racial del aymara puede reconocerse a simple vista: "Es un hombrón, el cura, como de cincuenta años de edad, grueso y bien plantado. Moreno, muy moreno, aunque quisiera, no podría negar su origen netamente indígena. Su rostro es repugnante por lo deforme. Caídos tiene los belfos, hundidas en las órbitas los ojos microscópicos, inflados los carrillos, cerdoso el pelo y las orejas grandes y negras"[62]. El cura es un cholo, un mestizo en cuya mezcla racial predomina lo indígena sobre lo criollo. Lo indígena, y más aún lo híbrido, la mezcla racial, crean lo grotesco, la monstruosidad del personaje. En Arguedas, como en la mayoría de los intelectuales y científicos del período, existe un correlato entre la decadencia/degeneración de una raza y su apariencia exterior. La decadencia de la raza aymara es su degeneración anatómica y fisonómica. A partir de *Pueblo enfermo*, se producirá una proyección de la degeneración racial a la historia nacional: la decadencia de la raza aymara y del sujeto mestizo producen el fracaso de Bolivia como nación moderna.

En *Transculturación narrativa en América Latina*, Ángel Rama lee el indigenismo como el movimiento literario de una ascendente clase media,

60. Robert J.C. Young, *Colonial Desire: Hybridity in Theory*, *Culture and Race*, London, Routledge, 1995.
61. A. Arguedas, *Raza...*, Edición crítica, Antonio Lorente Medina; coord., p. 377.
62. *Ibid*.

básicamente mestiza, que utiliza la denuncia de la problemática indígena para apuntalar sus propias reivindicaciones sociales. Arguedas no cabe fácilmente en su visión homogeneizadora del indigenismo, y por ello Rama no lo menciona[63]. Arguedas pertenecía a una familia acomodada de la clase media-alta paceña, y no tenía las reivindicaciones sociales de los indigenistas de la clase media. El uso del referente indígena tiene en él otros fines: en *Wuata Wuara*, le sirve para adoptar una posición crítica contra los abusos que su propia clase comete contra los aymaras, la cual conlleva una justificación ética de la rebelión indígena; en *Raza de bronce*, le servirá para atacar a la ascendente clase media mestiza, que, gracias a su trato inhumano al indígena, habría motivado la rebelión.

Arguedas utiliza las voces de los indígenas para contar los abusos que sufren los aymaras. Choquehuanka menciona "la irritante tiranía de los blancos y especialmente de los patrones, los cuales, no contentos con explotarlos, con imponerles múltiples y pesadas tareas, les robaban sus mujeres y sus hijas"[64]. Esta frase es particularmente reveladora: permite que leamos la violación de Wuata Wuara no como un incidente aislado, sino como parte del abuso sistemático al que se hallan sometidos los indígenas, y le sirve a Arguedas para construir el espacio de la hacienda en el altiplano como una zona de contacto sexual entre culturas. La hacienda es una máquina de producir deseos sexuales excesivamente marcada por asimetrías de todo tipo: deseo del hombre por la mujer, del sujeto dominante por el dominado, del criollo por el cuerpo erotizado de la mujer indígena[65]. Este deseo sexual no "educado" a través del mecanismo "civilizador" de la represión de los instintos, alcanza su máxima expresión en la violación. La falta de "educación del deseo" tiene serias consecuencias para la nación[66]. Arguedas tenía como ideal de masculinidad "fuerte" un individuo capaz

---

63. *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982. Ver también Julio Rodríguez-Luis, "*Raza de bronce* entre la reivindicación y la discriminación racial del indígena", *Raza...*, Edición crítica, *op. cit.*, pp. 497-518.
64. *Raza...*, Edición crítica, p. 414.
65. Para la noción del espacio colonial como una "máquina de deseos", véase R. J.C. Young, *op. cit*.
66. La idea de la "educación del deseo" es tomada de *Race and the Education of Desire*, de Laura Ann Stoler, Durham, Duke University Press, 1995.

de controlar sus deseos, en el que sus acciones eran guiadas por la razón. Sin reflexión racional, éste no podía disponer de una postura moral ante el mundo. El fracaso del ideal arguediano se reflejaba en el caos moral de la sociedad, en la degeneración del "pueblo enfermo".

La ambivalencia del discurso racista es explícita en la obra de Arguedas. En *Wuata Wuara*, se utiliza el discurso de la degeneración para describir al aymara; por otro lado, Choquehuanka y Wuata Wuara son descritos de una manera que contradice por completo lo anterior[67]. Wuata Wuara es "la más linda pastora de la hacienda Pucuni"[68], una mujer cargada de erotismo: "Sobre el apretado jubón de terciopelo azul que pone en claro la curvatura de su exuberante seno, lleva cruzado y doblado el *pullo* (mantilla) que ha tejido y que forma un contraste armonioso con el color verde mar de la pollera flequeada por cintas verdes y azules"[69]. Esta visión se problematiza cuando Carmona y sus amigos la descubren: "Llevaba la joven india los fuertes brazos desnudos, y por entre la abertura de su camisa de *tocuyo* blanca, se veían sus senos de virgen intocada, duros, prominentes, veteados por menudas venas azules y rematados por los morenos pezones que parecían guindas maduras"[70]. La "avidez" con que Fuenteclara mira los senos de la indígena es una imagen que condensa el despertar del deseo del hombre del grupo dominante por la mujer indígena. El punto extremo de su dominio, la violación de Wuata Wuara, será convertido por Arguedas en el eje de su melodrama, la emergencia a la superficie de la moral de la historia, del "síntoma" de la nación[71].

El ansia de posesión del criollo sobre el cuerpo indígena, sugerido a través de la mirada ávida de Fuenteclara, termina trasladándose al plano de "lo real" novelístico en la violación de Wuata Wuara. Esta escena muestra

67. Esta visión ambivalente puede encontrarse en muchas novelas latinoamericanas del XIX y de principios del XX. Pienso, por ejemplo, en *Iracema* de Alencar.
68. *Raza...*, Edición crítica, p. 361.
69. *Ibid.*, p. 375.
70. *Ibid.*, p. 387.
71. Para una noción del melodrama como un drama que devela al lector los valores espirituales que operan bajo la superficie de las cosas, ver el libro de Peter Brooks, *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*, 1976, New Haven, Connecticut, Yale UP, 1995, capítulo 1.

la fragilidad de los límites en un orden simbólico basado en la diferencia[72]. En cualquier momento puede desaparecer la diferencia entre los blancos "civilizados" y los indígenas "bárbaros": "Y entonces ellos, los civilizados, los cultos; ciegos de lujuria y de coraje, disputándose el cuerpo caído de la india con avidez de famélicos, saciaron en él, sin pudor, sin vergüenza, el torpe deseo de que estaban animados"[73].

Se puede leer *Wuata Wuara* como una reflexión acerca del castigo que les espera a los blancos si no aprenden a "educar" sus deseos: la furia desbordada y vengativa del indígena, que terminará, literalmente, por devorarlos. Arguedas coloca al deseo sexual en el centro de su reflexión, y lo entrecruza con sus primeras especulaciones acerca de la problemática racial en Bolivia. Sin embargo, su visión del deseo no se halla reducida a la sexualidad. Por no ser capaces de reprimir sus deseos de posesión y control total, los blancos someten a los indígenas a toda clase de vejaciones y abusos; por no ser capaces de reprimir sus deseos sexuales por la codiciada mujer de la otra raza, los blancos cometen el error de violar al "ídolo de la comarca", a la protegida de Choquehuanka. El deseo de poder y control se entrecruza con el deseo sexual. El castigo se producirá como resultado del levantamiento indígena.

Agiali dice que sobre los indígenas "cae la sombra y sobre ellos [los blancos] la luz[74]. Al asociar a los blancos con la "luz" y a los indios con la "oscuridad", Arguedas se instala en el maniqueísmo propio del modo melodramático. La narración melodramática, al develar la moral sumergida de la historia y narrar el triunfo de la virtud, debía haber narrado el triunfo de la "luz", de los blancos. Sin embargo, todo lo contrario ocurre en *Wuata Wuara*: el narrador justifica éticamente, más bien, la rebelión indígena, colocando a los aymaras del lado de la virtud, sin que por ello éstos pierdan su asociación con la "oscuridad" o su condición de raza degenerada o inferior. Gracias a esta ambivalencia, Arguedas va más allá de un uso estereotipado de ciertas convenciones melodramáticas para narrar

72. David Spurr, *The Rhetoric of Empire*: *Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Durham, Duke University Press, 1993.
73. *Raza...*, Edición crítica, p. 402.
74. *Ibid.*, p. 394.

el "síntoma" de la nación, las cuestiones irresueltas en la configuración de las relaciones interraciales en el fin de siglo boliviano.

Enterado de la violación de su amada, Agiali comunica su deseo de venganza a Choquehuanka, y éste lo secunda y lo autoriza frente a los demás indios de la hacienda. Entre el momento en que Choquehuanka aprueba la venganza y aquél en que ésta se lleva a cabo, existen dos discursos significativos del sabio aymara. En el primero, formula lo que los indígenas estarían buscando: ellos, dice, "ajenos de toda ambición (...) No exigían el respeto de sus derechos, porque bien sabían que jamás serían atendidos. (...) eternamente explotados por los patrones, ni ambicionaban el poder, ni tampoco querían el triunfo en ningún sentido. Ellos querían paz, que los dejasen tranquilos, que les permitiesen vivir con sus costumbres, con su barbarie"[75].

Aquí, Arguedas proyecta en Choquehuanka una fantasía del imaginario criollo: la imposibilidad de la participación indígena en el proyecto de modernización nacional, traducida en este caso en el aislamiento, una suerte de *apartheid* por mutuo acuerdo.

Las ambivalencias discursivas de Arguedas, sin embargo, son constantes. En el segundo discurso de Choquehuanka, la supervivencia darwinista del más apto es invocada, paradójicamente, contra los criollos acostumbrados a utilizarlo contra el indígena: "Nada sufre por nada; he ahí lo que se aprende cuando se llega a viejo, y por lo mismo hay que trabajar para vivir bien; y si para ello hace falta exterminar a otros que se nos ponen al paso, hay que matar, hay que exterminar, porque eso hace la naturaleza: mata a los impotentes y a los débiles"[76]. Choquehuanka pide a los miembros de la comunidad que hagan ellos mismos de jueces, debido a que la justicia en Bolivia es "de los que mandan", y por lo tanto no los va a alcanzar a ellos; también evoca tiempos pasados, "tiempos en que ellos [los indígenas] eran los dueños y señores absolutos del terreno, en tanto que los otros no eran más que unos intrusos", y les recuerda "con vivos colores la esclavitud actual en la que yacían"[77]. A pesar de que el narrador califica su intención

75. *Ibid.*, p. 406.
76. *Ibid.*, p. 415.
77. *Ibid.*, p. 414.

como “malsana”, al final de la escena se lo describe “sereno, majestuoso, con toda la actitud de un apóstol”[78]. En esa descripción hay un tácito reconocimiento a la posición ética del sabio aymara.

Las palabras de Choquehuanka preparan la rebelión, que es representada grotescamente para evitar lo que según Stephen Greenblatt es el mayor riesgo que corre el artista que intente representar una rebelión campesina: que se manche sin querer a los de arriba, y se ennoblezca a los de abajo, de modo que se borren o se vuelvan a dibujar los límites, y así uno termine percibiendo la similitud en vez de la diferencia[79]. A pesar de que la rebelión es justificada éticamente, el aymara rebelde es un ser salvaje capaz de actuar sólo por instinto. En la estructura simbólica de *Wuata Wuara*, el indígena es lo reprimido en la constitución del proyecto oligárquico nacional, que emerge a la superficie con toda su carga de pasiones desbordadas:

> Agiali, al verlo inmóvil [a Carmona], al contemplar la palidez cadavérica de su frente, se le acercó, e introduciendo los dedos en la abertura, hizo un esfuerzo y le descubrió completamente el tórax quebrándole algunas costillas. En seguida le arrancó de un tirón las entrañas y dando con el pie en la roca, elevó el lúgubre trofeo por sobre las cabezas de los indios que habían contemplado impasibles la escena, sin protestar, sin interceder, sin lanzar una frase piadosa, inmóviles y duros como piedra.[80]

En su estudio del levantamiento aymara de 1927, en la provincia de Chayanta en el sur de Bolivia, en el que se produjeron casos de antropofagia, Eric Langer sugiere pensar el canibalismo como un “ritual ocasional” asociado a actos de rebelión[81]. Langer encuentra en los hechos de 1927 una conexión entre la antropofagia ritual y la defensa de la tierra y de la identidad étnica. Si los blancos “devoran” simbólicamente al indígena,

78. *Ibid.*, p. 416.
79. “Murdering Peasants: Status, Genre, and the Representation of Rebellion”, *Learning to Curse: Essays in Early Modern Culture*, London, Routledge, 1990, pp. 116-117.
80. *Ibid.*, p. 422.
81. “Native Cultural Retention and the Struggle for Land in Early Twentieth-Century Bolivia”, *The Indian in Latin American History: Resistance, Resilience, and Acculturation*, John E. Kicza; ed., Wilmington, Scholarly Resources, 1993, (pp. 171-196), p. 184.

apropiándose de sus tierras, abusándolos físicamente y negándoles sus más fundamentales derechos civiles, a través del ritual canibalístico se invierte el esquema y el indio devora literalmente al blanco, y con ello, devora simbólicamente a la cultura opresora. En Arguedas, como en otros escritores del período que narraron el "canibalismo" indígena[82], esta conexión no existe. La defensa de la tierra y de la identidad étnica son subordinadas a un sentimiento instintivo de venganza, que adquiere contornos grotescos y termina mostrando al indígena como un ser primitivo, enceguecido por su furia animal: "La sangre fluía en abundancia de la horrible herida, pero no llegaba a caer toda al suelo pues las mujeres, las infernales arpías, recogiéndola en el hueco de las manos, se la sorbían y la paladeaban con fruición"[83].

El narrador describe la escena con palabras como "aquelarre espantoso" y "cuadro repugnante y sombrío", para asegurarse de cómo será leída la escena. Pero la distorsión grotesca, al representar "lo inhumano en lo humano"[84], al comerse al Otro –ya como verdad ritualizada– ya ha logrado distanciar al lector de la realidad referida[85].

De acuerdo con Juan Albarracín, la novela fue vista como una "afrenta" y un "desafío" a la clase dominante[86]. En su opinión, "la proclamación de la rebelión de los indios, el ajusticiamiento de los patrones y el triunfo de los sublevados... fueron los [hechos] más traumatizantes para la sociedad oficial en toda la literatura existente en la nación"[87]. Arguedas está efectivamente explorando en la novela el trauma primordial en el imaginario

82. Un buen ejemplo es el cuento "En las montañas" del modernista Ricardo Jaimes Freyre, en *Cuentos*, La Paz, IBC, 1975.
83. Cfr. la descripción en el cuento de Jaimes Freyre: "Después empezó el suplicio. Pedro Quispe arrancó la lengua a Córdoba y le quemó los ojos. Tomás llenó de pequeñas heridas, con un cuchillo, el cuerpo de Álvarez. Luego vinieron los demás indios y les arrancaron los cabellos, los apedrearon y les clavaron astillas en las heridas. Una india joven vertió, riendo, un gran jarro de chicha sobre la cabeza de Álvarez", *ibid.*, p. 45.
84. Oscar Rivera Rodas, "*Pueblo enfermo*: los fracasos de la utopía y la historia", *Signo* N[os] 39-40 (1993), (pp. 41-68), p. 56.
85. Para el uso de lo grotesco en Arguedas, ver el artículo de Rivera Rodas, *ibid*.
86. Juan Albarracín Millán, "Alcides Arguedas iniciador del indigenismo boliviano", *Raza...*, Edición crítica, p. 471.
87. *Ibid.*, p. 475.

criollo. Desde el levantamiento de Túpac Catari en 1781, en el que ocurren dos prolongados cercos a la ciudad de La Paz, existe en el estamento criollo el temor al alzamiento indígena. Las rebeliones indígenas del último cuarto del siglo XIX vuelven a despertar ese temor.

En este contexto, publicar en 1904 una novela acerca de una rebelión aymara triunfante es un acto osado, un desafío a la sociedad criolla de la que Arguedas formaba parte, y que sirvió para identificarlo de manera temprana como un polémico y acerbo crítico del proceso de modernización nacional iniciado por el partido conservador y continuado por el partido liberal en el poder[88]. Aunque en *Pueblo enfermo* llegará a dar una explicación biologizante del fracaso histórico de Bolivia como nación moderna, apuntando su crítica hacia el indio y el mestizo, su visión, en *Wuata Wuara*, revela el "síntoma" nacional, la "verdad" acerca de las relaciones sociales a principios del siglo XX[89]. Al concluir *Wuata Wuara* con la escena de antropofagia indígena, Arguedas instala la novela en los complejos procesos históricos de relación interétnica en la región andina, aunque simplificándolos a la oposición binaria blanco/indio, y evita la sublimación poética, la "fuga" de la historia con la que concluyen la mayoría de las novelas indigenistas, incluida su posterior *Raza de bronce*. Al evitar un final en el que, como en el proceso Mohoza, se castigue a los aymaras por su levantamiento, Arguedas muestra la ideología de la élite criolla como lo que realmente era: una ilusión que da forma a las relaciones sociales y que por ello oculta un "núcleo sólido insoportable, real, imposible"[90]. Ese "núcleo sólido" de la ideología liberal modernizadora era la incapacidad, por parte de la minoría dominante criolla, de aceptar a la mayoría indígena como parte constitutiva de la nación, de otorgarle los derechos ciudadanos que proclamaban las mismas reformas liberales. Como dice Zavaleta, "la única creencia ingénita de esta casta fue siempre el juramento de su superioridad sobre los indios, creencia en sí no negociable, con el liberalismo o sin él"[91].

---

88. *Wuata Wuara* está dedicada, entre otros, a Bautista Saavedra.
89. Para la noción del "síntoma" como "point of emergence of the truth about social relations", ver Slavoj Zizek, *The Sublime Object of Ideology*, London, Verso, 1989.
90. S. Zizek, *op. cit.*, p. 45.
91. R. Zavaleta, *op. cit.*, p. 112.

En *La danza de las sombras*, Arguedas escribió, refiriéndose a *Wuata Wuara*: "Este es el libro que más me ha preocupado y me ha hecho trabajar, pues desde ese año de 1904 en que se publicó el bosquejo hasta que volvió a aparecer en 1919 bajo otro título, no he dejado de pensar en él con una angustia dolorosa que se hizo obsesión en mí"[92]. Por supuesto, *Raza de bronce* no es simplemente *Wuata Wuara* "bajo otro título". A pesar de que, en *Raza de bronce*, Arguedas retomará el argumento básico, los personajes principales, algunas situaciones y temas de *Wuata Wuara*, los quince años de obsesiva reflexión producirán una resignificación del argumento original, basada principalmente en las líneas raciales que seguirá Arguedas al tratar de explicar la historia nacional: cada vez más conservador y fanáticamente convencido de que la causa principal de la enfermedad nacional era el mestizo.

Raza… mantiene el argumento básico de *Wuata Wuara*: Wata-Wara[93], una indígena hermosa, es violada y asesinada por el hijo del dueño de la hacienda en la que sirve, y por sus amigos. Su novio/esposo, Agiali, decide que es hora de poner freno a los abusos de los blancos y prepara la venganza. Los indios de la hacienda se rebelan, queman la hacienda y matan a los blancos en una macabra orgía de sangre (en *Raza…*, sólo se sugiere que los matan). En *Wuata Wuara*, blancos e indios se enfrentan en una "guerra de razas" sin cuartel, en la que los blancos, más fuertes, se imponen a los indios, que rumian y alimentan su odio y, pese a saberse en inferioridad de fuerzas, prefieren una muerte digna a una oprobiosa, humillante esclavitud; en *Raza…*, los blancos han sido prácticamente substituidos por los mestizos, y la "guerra de razas" es entre indios y mestizos que "pasan" por blancos. Estamos en el territorio del melodrama, regido por las polarizaciones, por los extremos de la crueldad y la bondad, e ideal para la narrativa de Arguedas. Hay cambios significativos: si en *Wuata Wuara* los indios, que encarna-

92. A. Arguedas, *La danza...*, p. 23.
93. La grafía de Wuata Wuara cambia en *Raza* a Wata-Wara. Mantengo la variación de acuerdo al texto que esté analizando.

ban la "virtud", eran representados como seres degenerados racialmente, impidiendo una fácil oposición buenos/malos, en *Raza…* existe no sólo la degradación del indígena (aunque de manera menos patologizada), sino un gran interrogante, al final de la novela, acerca del supuesto triunfo de la "virtud", parte fundamental de la estructura arquetípica del melodrama. En Arguedas, el modo melodramático se entrecruzó primero con el discurso de la degeneración, y luego con su incapacidad para imaginar el futuro de las relaciones sociales interétnicas después de la venganza indígena.

A pesar de sus similitudes argumentales, ambas novelas son muy distintas[94]. En el proceso de resignificación del argumento de *Wuata Wuara*, *Raza* añade y omite elementos esenciales, tanto de forma como de fondo. Toda la primera parte de *Raza…* es nueva. La parte más importante de *Wuata Wuara*, la violación y la venganza indígena, se mantiene, aunque, como veremos luego, cambia su sentido[95]. Los excesos del discurso de la degeneración ya no tienen una presencia retórica tan marcada. Ha pasado la era del "darwinismo a la criolla". Eso no significa que Arguedas haya, en su maduración como escritor, afinado su capacidad de representación del indígena. Lo que ha sucedido es que la poética biológica degeneracionista, tan negativa en su juicio del indio y del mestizo, ha dado paso a una retórica mucho menos explícita, que a la vez que metaforiza al indio como miembro de la imperecedera y gallarda "raza de bronce", lo condena como un ser premoderno a partir de la visión de sus costumbres como supersticiones descabelladas. En cuanto al mestizo, sobre él continúa recayendo el peso de la crítica arguediana.

Arguedas, por su posición crítica con respecto al "exotismo" modernista, y por su insistencia en la necesidad de crear una literatura nacional a partir de la representación de la realidad hispanoamericana, estuvo asociado a las corrientes *mundonovistas* que a principios de siglo buscaban

94. "Una novela y otra suponen dos discursos narrativos diferentes, incluso desde el punto de vista estructural, de una temática similar y de ciertos personajes o ciertas situaciones concretas que se repiten". A. Lorente Medina, "Nota filológica preliminar", *Raza…*, Edición crítica, p. XXVI.
95. Antonio Cornejo Polar, "De *Wuata Wuara* a *Raza de bronce*", *Nueva Revista de Filología Hispánica* ([México]) v. 35 Nº 2 (1987), pp. 543-548.

renovar la literatura del continente, sacarla de su modorra romanticista, de lo que ellas creían era un estetizante escapismo. Esta renovación era parte central de una búsqueda de afirmación de lo que se imaginaba como la identidad cultural hispanoamericana: al definir al modernismo como lo no auténtico, se postulaba al regionalismo como un mito fundador, la expresión auténtica, autóctona, esencial de la cultura del continente[96]. Esta vocación regionalista estaba ya presente, de manera cruda, en *Wuata Wuara*. Habrá que esperar hasta *Raza…* para ver los frutos maduros de la poética regionalista arguediana (en su especificidad indigenista). A través de estas dos novelas y de *Pueblo enfermo*, Arguedas se convirtió en uno de los nexos de enlace fundamentales entre ciertas tendencias muy presentes en la literatura del XIX y el regionalismo consolidado en la década de los 20[97].

Según la poética indigenista/regionalista, la esencia de la identidad nacional, o el núcleo conflictivo donde se definía el futuro de la nación, se hallaba en el espacio del "campo" (el llano, la selva, el altiplano). El escritor era un sujeto urbano que se desplazaba al campo, y utilizaba este viaje tanto para resolver la dicotomía ciudad-campo y así dar una visión integrada de la nación, como para legitimar su narración a través de su conocimiento directo de la realidad no urbana. Su viaje, en ese sentido, no tenía las connotaciones románticas que una exploración similar podía haber tenido en el XIX. El escritor era, más bien, una suerte de aficionado cientista social, un positivista *démodé*. Ya sabemos, sin embargo, que su intento de resolver la cuestión nacional no hizo sino repetir discursivamente las contradicciones inherentes a una sociedad socioculturalmente heterogénea. El indigenismo/regionalismo fue un intento de acercamiento a la realidad regional que nunca pudo abandonar su lugar de enunciación urbana. Al ser "traducida", la cultura Otra era fijada como estática, y a la vez se le daba, paradójicamente, un lugar inferior en el modelo civilizador

96. Carlos J. Alonso, *The Spanish American Regional Novel. Modernity and Autochtony*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
97. Cfr. lo que dice Cornejo Polar en "De *Wuata Wuara* a *Raza de bronce*", *loc. cit.*, p. 547. "Por lo demás, mientras que *Wuata Wuara* se integra al ciclo costumbrista, *Raza de bronce* se proyecta hacia el regionalismo, lo que equivale a afirmar que la primera tiene una ubicación histórica excepcional y la segunda, por el contrario, funciona como apertura de un proceso en ciernes".

jerárquico, teleológico[98]. La visión del campo de escritores como Arguedas o José Eustasio Rivera fue siempre excéntrica, de afuera. El Otro que se encuentra en estas novelas revela, más que nada, el temperamento o el lugar sociocultural del escritor que lo representa[99].

El viaje del escritor tiene su proyección formal en la estructura narrativa de las novelas regionalistas. No hay novela regionalista –*Doña Bárbara*, *La vorágine*– que no relate un viaje de un testigo urbano (narrador, personaje principal) hacia su referente rural. Esta necesidad estructural de narrar el cambio de espacio geográfico implica una dislocación al interior de este proceso, que suele desestabilizar al narrador. La cultura urbana no sólo es el lugar de recepción final de la novela, sino la materia misma con que se construye el campo (en el lenguaje español de los personajes indígenas, el glosario que traduce al español las palabras de lenguas indígenas utilizadas en el texto, la descripción del paisaje con términos urbanos, etc.).

La visión excéntrica del narrador en *Raza…* es el correlato del desplazamiento ciudad/campo de Arguedas[100]. En la novela, a diferencia del paradigma básico del viaje ciudad/campo, Arguedas toma a la ciudad como un presupuesto y narra el viaje de un "campo" a otro "campo": Agiali y otros dos aymaras de la hacienda de Pablo Pantoja, en el altiplano paceño, viajan al valle en procura de vender sus productos agrícolas. Este viaje no existía en *Wuata Wuara* y es uno de sus cambios más significativos. Teodosio Fernández sugiere ver este viaje como un "pretexto" de Arguedas para señalar la diversidad geográfica, agrícola y hasta étnica de la región[101]. Al

98. Tejaswini Niranjana, *Sitting Translation: History, Post-Structuralism, and the Colonial Context*, Berkeley, University of California Press, 1992.
99. La tesis principal de Josefa Salmón es que el indigenismo boliviano es un discurso que cree haber hallado la diferencia indígena, pero no hace más que proyectar una imagen indígena construida a semejanza del sujeto del discurso (sea éste blanco, mestizo o ladino); "[e]n este sentido, lo indígena del discurso es un reflejo de la propia imagen de la élite letrada y no de la realidad diferente", *El espejo indígena*, La Paz, Plural, 1997, p. 16.
100. Para el análisis del papel "problemático" del narrador en *Raza de bronce*, alguien que "sin pertenecer al mundo indígena debe hablar de él", ver el artículo de Rosario Rodríguez y Elizabeth Monasterios: "Indiscreciones de un narrador: *Raza de bronce*", Alba Paz Soldán y Blanca Wietuchter; eds., *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana*, La Paz, PIEB, 2002, t. 2, pp. (106-118), p. 109.
101. "Las tensiones ideológicas de Arguedas en *Raza de bronce*", *Raza...*, Edición crítica, p. 521.

representar esta diversidad, Arguedas hace hincapié en la heterogeneidad de cada universo sociocultural en la región del altiplano: en este caso, no se trata de un indio uniforme, homogéneo, sino de indios distintos entre sí.

Fiel a su determinismo geográfico, Arguedas diferencia la identidad de los indios de acuerdo al espacio al que pertenecen: el altiplano o el valle. Hay un encuentro significativo entre los aymaras y un valluno. El valluno es presentado como alguien muy diferente a los melancólicos y austeros aymaras: "Un hombre alto y corpulento había surgido casi de repente al otro lado del cerco, y avanzaba por el camino silbando una tonada alegre". Al pasar al lado de ellos, el valluno comenta en voz alta: "Estos *sunichos* (habitantes del yermo) suelen ser ladrones". Los aymaras no se dan por aludidos: "Estaban lejos de sus pagos y tenían que soportar toda clase de insultos. Además, no llevaban limpia la conciencia"[102]. No hay aquí ninguna muestra de solidaridad a partir de una pretendida identidad étnica. Lo que hay es la constatación y constitución de la diferencia en la alteridad indígena, generalmente vista como monolítica a los ojos de los intelectuales del universo sociocultural "blanco", urbano o criollo (como lo testimonia la misma obra juvenil de Arguedas).

En el mapa de la ficción arguediana, el altiplano y el valle forman una matriz de oposiciones binarias. El altiplano es el "yermo", el territorio en el que la naturaleza, con sus sequías y sus mazamorras, se ensaña con furia contra el hombre. En el tratamiento de este tema, Arguedas se muestra como un precursor de los regionalistas –Rómulo Gallegos, en especial Rivera–, autores de novelas en las que el hombre es representado como un ente minúsculo e intimidado por la inmensidad de la naturaleza. En *Raza…*, las cumbres andinas "aterrorizaba[n] y llenaba[n] de angustia el ánimo de los pobres llaneros. Sentíanse vilmente empequeñecidos, impotentes, débiles. Sentían miedo de ser hombres". La naturaleza abruma y determina la construcción de los personajes indígenas. La geografía ocupa una función operativa, de determinación de la identidad de los personajes y de la esencia de una nación[103].

102. *Raza...*, Edición crítica, p. 21.

103. Carlos J. Alonso dice que "one of the ruling assumptions of the *novela de la tierra* is the postulation of a significant relationship between geography and literature in the context of

Agiali y sus compañeros, al salir de su medio geográfico, se asoman a un valle en el que la naturaleza, pese a ensañarse tanto con el hombre como en la pampa andina, es más benigna: "A ambos lados del camino, enmarcados por vivos cercos de verdura, se extendían campos de vistosas chumberas, con las pencas cuajadas de frutos maduros o por madurar; arbolillos de duraznos rendidos por el fruto, álamos de hojas lustrosas y de un verde tierno"[104].

Arguedas utiliza las diferencias geográficas entre el altiplano y el valle para definir la calidad física y moral de sus personajes. La naturaleza dura del altiplano crea un indio duro, hosco, parco, desconfiado, que se deja llevar por sus impulsos animales para sobrevivir en un medio hostil. La relación simbiótica altiplano/indio ya había sido tratada en *Pueblo enfermo*, obra en la que Arguedas dictamina: "La pampa y el indio no forman sino una sola entidad. No se comprende la pampa sin el indio, así como éste sentiría nostalgia en otra región que no fuera la pampa"[105]. En contraste, la naturaleza más generosa del valle crea un indio más generoso y jovial, menos sufrido y por lo tanto menos animal.

La diversidad geográfica de Bolivia también sirve para señalar los problemas que enfrenta la nación en el camino hacia el progreso material y la modernización. Los indios de las haciendas del altiplano deben recorrer grandes distancias a pie, llevando excedentes agrícolas para su comercialización y trueque en el valle. La accidentada geografía impide o dificulta la unidad nacional a través de vías de comunicación modernas como el ferrocarril, tema ya tratado en *Pueblo enfermo*.

El viaje también funciona para preparar el terreno que justificará la rebelión. El viaje nace como una pena que el indígena debe pagar por haber cometido una infracción en el orden social en el cual él es menos valioso que los animales: "Agiali parecía preocupado, y ella [Wuata Wuara] creía conocer la causa de su congoja. Días antes, como castigo a una falta, había recibido orden del administrador para ir, con otros cuatro compañeros

a wider search for an autochtonous literary expression", *The Spanish American Regional Novel...*, p. 75.
104. A. Arguedas, *Raza...*, Edición crítica, p. 20.
105. *Idem*, *Pueblo enfermo*, p. 44.

castigados como él, a comprar granos al valle, y ella sabía que esas excursiones eran siempre peligrosas, no tanto para los hombres como para las bestias"[106].

La insistencia del narrador en que las bestias son más valiosas para el indio que sus mismas vidas podría ser leída como la realización de un deseo de la élite criollo-mestiza: que los subalternos hayan terminado por internalizar la ideología dominante. Sin embargo, habría que ver que, en el nivel de relaciones socioeconómicas que el texto despliega, los indios no podrían subsistir sin las bestias: las necesitan para trabajar en sus cosechas y pagar con parte de éstas al terrateniente, para que se les permita vivir en sus tierras (153-154). La censura a la existencia del indígena a nivel simbólico, parte central del discurso político y cultural de la época, no puede ocultar el hecho de que esta "sociedad nacional" que lo censura depende en gran medida, para continuar manteniendo el orden ciudadano como tal, de la extracción de la energía material y social del indígena.

La primera parte de *Raza…* presenta, entonces, dos conflictos: el del hombre contra la naturaleza inclemente, y, de manera más implícita pero no menos importante, el del aymara en su calidad de "esclavo" contra los patrones mestizos. La escena del cruce del río es significativa porque condensa ambos conflictos. La fuerza del río (léase la fuerza de la naturaleza) se lleva a la mula de Manuno, uno de los compañeros de Agiali. Manuno pierde la vida al intentar salvarla. Cuando muere, sus compañeros están más preocupados por el dinero perdido en el bolso de Manuno, que pertenece al patrón, que por el compañero muerto. ¿Revela esto una de las estrategias de denigración del indígena, al describirlo como insensible ante la muerte, inhumano? Lo que en realidad se revela aquí es el miedo a un poder omnímodo: "Comieron con apetito y sin hablar. Estaban entontecidos de dolor... ¿Cómo llenarían su misión? ¿Qué responderían a los patrones?" (48). En la narración del viaje, los patrones no se hallan presentes físicamente, y los abusos que cometen no se representan, como en la segunda parte de la novela, de manera directa. Sin embargo, los patrones son una

106. *Idem*, *Raza…*, Edición crítica, p. 10. De aquí en adelante, las citas correspondientes a la novela, de esa edición crítica, se harán en el texto indicando el número de la página entre paréntesis.

presencia constante a lo largo del viaje, y condicionan las reacciones de los indígenas ante la muerte de su compañero. Como dice Foucault: "En la práctica, lo que hace que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos sean identificados y constituidos como individuos, es en sí uno de los primeros efectos del poder. El individuo no es el *vis-à-vis* del poder; es... uno de sus primeros efectos"[107]. Así, la función narrativa principal del viaje es, más allá de la representación de la diversidad geográfica y étnica y de la impotencia del hombre frente a la naturaleza, revelar la "microfísica del poder" a nivel de la hacienda. El viaje devela sutilmente el conflicto central de *Raza…*, el enfrentamiento entre patrones y "esclavos", y prepara la justificación para el desenlace final de la rebelión aymara[108].

Las bases están dadas para entender la represión indígena bajo razones políticas y socioeconómicas. Esas razones ya se hallaban en *Wuata Wuara*, pero en embrión, subordinadas al tema "romántico": la rebelión estaba motivada principalmente por la violación y muerte de Wuata Wuara. En *Raza…* se produce una resignificación del argumento, de modo que lo que sucede a Wata-Wara, si bien fundamental para hacer avanzar la trama, se convierte en un elemento más de una serie de injusticias, abusos físicos y humillaciones por parte de los patrones cholos sobre los aymaras. Desde el viaje, el texto va anunciando la emergencia de lo reprimido en la constitución del modelo oligárquico de nación, que se producirá con la violación y muerte de Wata-Wara.

En el camino de regreso del valle, Agiali y sus compañeros se topan con un terrateniente benévolo y su familia. El hijo del terrateniente es un muchacho obsesionado por los cóndores que surcan el cielo: quiere cazarlos para vender luego sus pieles a los indios. Un día, el muchacho sale con su hermano menor y su asno en busca de los cóndores. La dura caminata vence al viejo asno, que se deja caer en tierra. Al verlo agonizar, el muchacho decide matarlo, pero duda al ver la mirada suplicante del asno. ¿Qué hacer? Sus lecturas estudiantiles le permiten superar sus dudas:

107. "Curso del 7 de enero de 1976", *Microfísica del poder*, Julia Varela y Fernando Álvarez Uría; tr. y eds., Madrid, Editorial de la Piqueta, 1979, (pp. 125-137), p. 134.
108. Rodríguez-Luis señala que el viaje muestra "en todos sus detalles la explotación del indígena", *op. cit.*, p. 503.

> Y seguramente dejara con vida al menguado pollino, si por desgracia para él no acudiesen en ese instante a la memoria del colegial las ideas generales de una teoría aprendida en uno de sus libros, y según la cual la vida no era sino un combate rudo e incesante en todos los elementos de la naturaleza y entre todos los seres vivos de la creación; una cruel y enorme carnicería en que los más fuertes vivían a costa de los menos fuertes. Y pensó (acababa de pasar su examen de filosofía escolástica): los cóndores se comen a las reses útiles y son dañosos; para matar cóndores hay que ofrecerles carroña, luego...[109]

El muchacho aprieta el gatillo.

Al recordar la escritura de *Raza...*, Arguedas escribiría en sus memorias: "Cada uno de esos cuadros me ha tenido por testigo, y yo, finalmente, fui el estudiante cazador de cóndores..." A través del adolescente, Arguedas se inscribe en el texto. No es casualidad que esta inscripción mencione la conexión entre el colegial y la memoria de un darwinismo aprendido temprano. Las "ideas generales" que el estudiante recuerda serán la filosofía de vida de Arguedas, y su aplicación a la sociedad de su tiempo el núcleo generador de su narrativa. Al igual que en sus anteriores novelas, la lucha constante entre los seres humanos, con el corolario de una jerarquización social en la que los fuertes se imponen sobre y viven de los débiles, le da a *Raza* su tensión y su dinámica narrativa.

En Arguedas, el "combate rudo" tiene connotaciones raciales y se reinterpreta como la "guerra de las razas" entre criollos-mestizos e indígenas. El enfrentamiento es la condición *sine qua non* para el indigenismo: Cornejo Polar ha señalado que la típica novela indigenista narra algunas de las muchas formas de opresión de la "trinidad" del patrón, el cura y el ejército sobre el mundo indígena, porque, para el escritor indigenista, "el universo indígena parece novelable, en efecto, sólo en la medida en que es interferido –casi siempre– desde afuera"[110]. Esta interferencia marca: "[L]a ruptura de la continuidad temporal en un *antes* y *después*, no puede dejar de aludir de alguna manera al primer momento: de ello depende la estrategia del mensaje, pues solamente un pasado feliz (o menos desgra-

109. A. Arguedas, *Raza...*, Edición crítica, p. 100.
110. A. Cornejo Polar, "La novela indigenista: una desgarrada conciencia de la historia", *Sobre literatura y crítica latinoamericana*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1982, p. 98.

ciado) permite apreciar la magnitud de la injusticia que se comete contra el pueblo indio y la hondura de su sufrimiento" (98).

En *Escribir en el aire*, Cornejo Polar continúa su argumento acerca de la interferencia histórica al ampliar su modelo de ruptura temporal, del simple antes/después, a la dualidad más compleja naturaleza/historia. Según el crítico peruano, el mundo indígena pertenecería a la "naturaleza" y no tendría "historia" mientras no fuera interferido desde afuera. Esta es una exageración: lo que dicen indigenistas como Arguedas no es que el mundo indígena no tiene historia antes de la interferencia, sino que esa historia idealizada no merece ser narrada. La historia preinterferencia, al hallarse lejos de la miserable realidad del presente, es un tema adecuado para escritores indianistas, románticos tardíos o modernistas. La historia postinterferencia, llena de injusticia, crueldad y dolor, es el tema central por excelencia de los escritores *mundonovistas*, influidos por la estética realista y naturalista europea en su intento por representar de manera verosímil la realidad hispanoamericana y descubrir las leyes de funcionamiento de sus heterogéneas sociedades.

Arguedas fue uno de los escritores hispanoamericanos más obsesionados por la historia. Su preocupación por la historia es evidente ya en sus dos primeras novelas, aunque en ambas ocasiones ésta no sea más que un telón de fondo para la narración. En *Pueblo enfermo* se puede apreciar un intento ambicioso de utilizar hechos históricos para explicar narrativamente el fracaso modernizador, la "enfermedad" de la nación boliviana. El resto de la obra de Arguedas no hace más que precisar el argumento de *Pueblo enfermo*. Esto ocurre, significativamente, a través de un desplazamiento formal, en el *continuum* del discurso narrativo, del enfoque literario en la historia al tratamiento literario de la historia. Es como si Arguedas hubiera ido desconfiando poco a poco del discurso literario, encontrándolo insuficiente y terminando por reemplazarlo por el discurso histórico. Pese a la nota optimista acerca del poder de la literatura para transformar la realidad con que concluye la edición definitiva de *Raza…*, ya en la época de la escritura de *Pueblo enfermo*, Arguedas había decidido que el discurso literario no era el más indicado para intervenir en el debate público: los lectores leían novelas para entretenerse, no para aprender sobre la historia y la realidad

del país. El discurso histórico, en cambio, le permitió la posibilidad de ser tomado en cuenta como intelectual serio. Esta visión no tomaba en cuenta a *Raza…*, a quien siempre vio como un caso aparte, pues ésta había logrado trascender las expectativas de entretenimiento del género y, casi a pesar de su forma novelística, influido en el debate público.

En *Raza…*, la interferencia histórica ocurre en el "año triste" de 1868, cuando el caudillo Melgarejo inicia el proceso de despojamiento de la tierra de las comunidades indígenas, "para distribuirla, como gaje de vileza, entre las mancebas y paniaguados del patrón, cayendo así en su aridez de ahora" (115)[111]. Este contexto histórico preciso para la rebelión no existía en *Wuata Wuara*, en la que se hablaba de una interferencia mucho más general, de la grandeza indígena precolombina al presente en la escala más baja de la civilización (383). Ahora, Arguedas no sólo da una fecha sino que matiza la interferencia. El narrador señala que en 1868 "más de trescientos mil indígenas resultaron desposeídos de sus tierras, y muchos emigraron para nunca más volver, y otros... resignáronse a consentir el yugo mestizo" (116)[112]. Alberto Carmona, el patrón blanco y "hermoso ejemplar de la especie humana" (377) de *Wuata Wuara*, se ha convertido en el mestizo Pablo Pantoja, hijo de otro mestizo que, gracias a su asociación con un militar favorito de Melgarejo, ha obtenido las tierras que pertenecían a Kohahuyo. Los amigos de Pantoja, hijos de otros patrones, también son mestizos:

> Cierto es que algunas veces, en charlas de sociedad, habían oído decir los jóvenes que el mariscal Santa Cruz, presidente y dictador, era indio, indio neto del burgo de Huarina…; que Catacora, el protomártir de la independencia, era indio; que eran indios ellos mismos; pero no lo querían creer, y todos, comenzando por los descendientes del mariscal, con diligencia en que parecía irles vida y honra, se apresuraban en sacar a lucir rancios y oscuros abolengos,

111. García Pabón sugiere que Melgarejo es una suerte de "chivo expiatorio" de Arguedas, pues no sólo es él sino todos los gobiernos republicanos –el Estado boliviano en general– quienes despojan de sus tierras a las comunidades indígenas, cfr. *La patria íntima...*, p. 128.

112. En la edición de 1919, la palabra "patronal" es usada en vez de "mestizo". Entre 1919 y 1945, existe un reforzamiento narrativo de la explotación indígena por parte de la ascendente clase mestiza. Ver el artículo de Gordon Brotherston, "Alcides Arguedas as a 'Defender of Indians' in the First and Later Editions of *Raza de bronce*", *Romance Notes* ([Carolina]) Nº 13 (1971), pp. 41-47.

> cual si el pasar por descendientes de indios les trajese imborrable estigma, cuando patente la llevaban del peor y maleado tronco de los mestizos, ya no sólo en la tez cobriza ni en el cabello áspero sino más bien en el fermento de odios y vilezas de su alma[113] (221-222).

Aunque en *Wuata Wuara* existen mestizos (el administrador, el cura), la estructura narrativa se sostiene en torno a la oposición binaria blanco/indio. En *Raza…*, existe una oposición binaria, pero ésta es matizada y mucho más compleja, y parte de una tesis ya trabajada en *Pueblo enfermo*: los males del país se deben al mestizaje, entendido éste no en grueso sino a partir de diversos niveles jerárquicos. Troche, el administrador "cholo" de *Raza…*, es el mestizo en quien predomina la sangre indígena; los patrones son los mestizos en quienes predomina la sangre "blanca". Así, el ataque de Arguedas a la clase terrateniente no es a toda esta clase sino a los "nuevos ricos", los mestizos de la ascendente clase media que adquieren ilegalmente la tierra gracias a otro mestizo, Melgarejo. La crítica arguediana muestra la ansiedad de la clase tradicionalmente privilegiada, "el resentimiento con que se observa el avance de determinados sectores sociales... y manifiesta el malestar de quienes apenas ya pueden esgrimir contra los advenedizos su superioridad moral, el rancio abolengo de sus familias, la condición racial blanca, el mérito de haber sido los primeros"[114].

La ansiedad de Arguedas se debe también al hecho de que los indios quieren pasar por mestizos (cholos). Wata-Wara y Agiali son, en general, representados positivamente, con atributos de juventud, fortaleza y belleza física: Wata-Wara es "una india fuerte y esbelta" (5); Agiali es "alto, ancho de espaldas y de vigoroso cuello. T[iene] expresión inteligente y e[s] gallarda la actitud de su cuerpo" (9). Uno de los momentos en que la representación acusa un tinte negativo es cuando, el día de su matrimonio, ambos se visten como cholos: "Pero si el novio aparecía ridículo con guantes, zapatos, calzón largo, cuello tieso y la melena cortada, la moza, con mantilla de encaje, blusa de ajustadas mangas, traje gastado de seda, medias y zapatos amarillos de tacones elevados, era un adefesio consumado

113. A. Arguedas, *Raza*..., Edición crítica, pp. 221-222.
114. T. Fernández Rodríguez, "Tensiones ideológicas...", *ibid.*, p. 534.

que provocaba a risa cuando se la veía caminar encogida por la intolerable estrechez de los zapatos...”[115] (210).

Significativamente, cuando los parientes de Wata-Wara vienen a ataviarla con los vestidos de novia, le quitan “su lamentable disfraz de chola” y, con el cambio de ropas, ésta vuelve “a adquirir la gracia juvenil que tanta seducción daba a su lindísimo rostro” (211). Desde la perspectiva de la clase o raza dominante, intentar pasar por otro es un engaño, una forma falsa de lograr status y privilegio[116]. Pero, si Pantoja y sus amigos pueden pasar por blancos, ¿qué significa ser blanco? Y si los indios pueden, utilizando la palabra de Arguedas, “disfrazarse” de cholos, ¿qué significa ser indio? La crisis de las categorías fijas de la identidad afecta la idea de un *status* privilegiado, basado en las ideas de la jerarquía racial en una sociedad estratificada. Aunque Arguedas había escrito en *Pueblo enfermo* que entendía las razas como categorías psicológicas, en realidad jamás abandonó la fija concepción biologista de las razas, que la ciencia europea del XIX se encargó de desarrollar y difundir.

Al representar un presente en el que los que se las dan de blancos en realidad no lo son y sólo están “pasando” como tales, contaminando así las categorías fijas de la identidad, Arguedas sugiere que el pasado fue diferente, feliz, “una época en la que dominaban los valores de ese patriciado al que se siente pertenecer”[117]. Pero esa identidad pura del pasado es una “construcción nostálgica”. Toda identidad, ya sea sexual, racial o nacional, es, de hecho, retrospectiva[118]. Ante el caos y la mascarada del presente, la nostalgia permite proyectar en el pasado una imaginaria integridad y coherencia del sujeto. Arguedas, en ese sentido, no sólo critica a la sociedad boliviana moderna (post 1868), sino que sugiere la existencia de un pasado en el que los amos poseían la calidad racial y moral adecuada para mandar y no abusar cruelmente de su posición de poder, y los indios no eran, como ahora, “esclavos de esclavos” (116).

---

115. A. Arguedas, *Raza...*, Edición crítica, p. 210.
116. Elaine K. Ginsberg, “Introduction”, *Passing and the Fictions of Identity*, Elaine K. Ginsberg; ed., Durham, Duke University Press, 1996, (pp. 1-18), p. 8.
117. T. Fernández Rodríguez, “Tensiones...”, *ibid.*, p. 534.
118. Cfr. E.K. Ginsberg, *op. cit.*, p. 10.

Raza de bronce es una prolongada exploración novelesca en la "cuestión del indio". Parte importante de la exploración es la forma que va a tomar su representación literaria. Arguedas presenta, al interior de la novela, un relato a la manera modernista sobre el indio, para que sirva de antimodelo al tipo de literatura que él proponía para la adecuada representación del indio. Curiosamente, la crítica de Arguedas a un modernismo exotista y alejado de la realidad, no viene acompañada de una presentación estereotipada del modernismo: como si la absorción de la estética modernista hubiera sido tan profunda que fuera capaz de trascender la crítica del mismo escritor, en un nivel más superficial del texto, a dicha estética.

Suárez sirve para darle al terrateniente Pantoja un interlocutor de su clase social pero opuesto a él en su visión del aymara, y para, a través de su relato, historizar literariamente la cuestión del indio. Arguedas presenta la leyenda de Suárez como la narración que un modernista escribiría con el tema indígena: romántica, alejada de la realidad. La leyenda sería el modelo estético que una novela como *Raza…* encontraría agotado y pretendería superar[119]. Así como *Pueblo enfermo* contenía la prescripción programática del tipo de literatura que debía aspirar a crear el escritor nacional (esto es, una obra como *Pueblo enfermo*), *Raza…*, a través del antimodelo de la leyenda, se autolegitimaba como el tipo de representación de la vida del indígena y de la realidad continental a la que debía aspirar el escritor latinoamericano.

Suárez es un poeta modernista basado en el personaje Fuenteclara de *Wuata Wuara*. Arguedas lo presenta con ironía:

> Saturado hasta los tuétanos de ciertas lecturas modernistas, estaba obsesionado con encantadas princesas de leyendas medioevales, gnomos, faunos y sátiros. En toda india de rostro agraciado veía la heroína de un cuento azul o versallesco, y a sus personajes les prestaba sentimientos delicados y refinados, un lenguaje pulido y lleno de galas, gestos de suprema y noble elegancia…(294).

119. La leyenda no aparece en la edición de 1919. Circuló como cuento autónomo antes de ser intercalada en *Raza…* Antonio Lorente, "Nota filológica preliminar", *Raza...*, Edición crítica, p. 32.

Suárez sólo puede ver al indio en los territorios exóticos de los relatos modernistas, o en el mundo idealizado del Imperio incaico, antes de cualquier interferencia histórica: "Y todo esto, trasmitido por la leyenda pura y presente a los ojos de Suárez, no le dejaba ver la realidad de su momento, pues se empeñaba en querer prestar a los seres que le rodeaban los mismos sentimientos, la modalidad de los de esa edad de oro y ya casi definitivamente perdidos en más de tres siglos de esclavitud humillante y despiadada" (295). La realidad la conoce a través de la literatura: los indios del altiplano son, por ejemplo, comparados con los mujiks de Gorki. Esta forma de literarizar la realidad se encuentra en cada uno de los actos de Suárez y es caricaturizada por Arguedas. Al encontrarse con Wata-Wara, Suárez la saluda con estas palabras recargadas: "¡Salud, hechicera ondina de este piélago formado por las lágrimas de los de tu raza mártir y esclava!" (269). El ingreso de la interferencia histórica en el relato permitiría, según Arguedas, superar los desfases histórico-temporales del modernismo y dar origen a una visión más adecuada de la realidad circundante a través del indigenismo.

La discusión entre Pantoja y Suárez, después de una escena en que Pantoja maltrata a sus colonos, puede leerse como la tematización discursiva de la "cuestión del indio". Arguedas enfrenta a un hacendado con un intelectual, dos figuras del mismo campo sociocultural "criollo" pero con diferentes intereses en la materia. Aunque la capacidad dialógica de la novela le permite contraponer diferentes posiciones y extraer su fuerza de esta polifonía ideológica y lingüística, es claro que la polifonía novelística, pese a su énfasis en lo armónico, nunca es del todo democrática. Las preferencias de Arguedas apuntan hacia la posición del hacendado[120]. Pantoja enmarca la discusión con la pregunta acerca de quién conoce mejor al indio: el hacendado, que debe lidiar con él todos los días y habla su lenguaje, o el intelectual, que no lo conoce de cerca y ni siquiera habla su idioma. Se trata de una pregunta retórica: para Pantoja, Suárez se parece a

120. Brotherston analiza los cambios que existen de la edición de 1919 a la de 1945, en el debate entre Pantoja y Suárez, y concluye: "In short, at the level of 'rational' discussion and 'character' presentation, Arguedas moves away from Suárez towards Pantoja, and shows less and less sympathy for 'literary' defenders of the Indians", *loc. cit.*, p. 45.

los “doctores cholos”, predecibles en su “defensa de los oprimidos” y en su invocación de “las eternas teorías de igualdad, justicia y otras zarandajas de la misma hechura” (272).

Ante la visión lírica e idealizada de Suárez, Pantoja ofrece ésta: “Los indios son hipócritas, solapados, ladrones por instinto, mentirosos, crueles y vengativos. En apariencia son humildes porque lloran, se arrastran y besan la mano que les hiere; pero ¡ay de ti si te encuentran indefenso y débil! Te comen vivo” (272). Los indios, incluso, se oponen a cualquier intento de modernización tecnológica y se aferran a la tradición: “Años y años puedes estarles predicando las ventajas de las nuevas máquinas agrícolas, de los abonos químicos... [ ] y otros adelantos, y nunca te oirán y seguirán. Al contrario, serán los primeros en oponerse a que hagas ninguna innovación y en estrellarse contra cualquiera tentativa de mejoramiento. Ellos, lo único que quieren es vivir como vivieron sus padres” (276).

El debate concluye con la cuestión de la tierra, tema central para otros pensadores de la región andina en el debate sobre el indio (notablemente, José Carlos Mariátegui). La posición conservadora de Arguedas ha servido para que algunos críticos juzguen su obra como inferior (Rodríguez-Luis) o lo ignoren (Rama). En efecto, Pantoja reconoce que al comienzo las expropiaciones fueron hechas por la fuerza, y hubo “abusos y hasta crímenes” (273), pero que “hoy cada propiedad representa un precio legítimo, porque día a día, en el curso de muchos años, han ido ganando valor con sucesivas transformaciones” (273). Suárez cede y acepta que la tierra pertenece hoy a los patrones y ya no a los indígenas. Con esta concesión, Arguedas se queda como un defensor humanista de los indios, preocupado por las consecuencias de una posible “guerra de razas” si los abusos no cesan o al menos no disminuyen, pero incapaz de proponer cambios estructurales al modelo de relaciones interpersonales en la región andina.

Ahora, ¿cuán antimodernista es Arguedas en *Raza*...? De entrada, el lenguaje con que es descrito el paisaje en *Raza*... es de filiación modernista: “Fulgía el lago como una ascua a los reflejos del sol muriente, y, tintas en rosa, se destacaban las nevadas crestas de las cordilleras por detrás de los cerros grises que enmarcan el Titicaca poniendo blanco festón a su cima angulosa y resquebrajada” (5). Las comparaciones remiten al mundo urbano:

se habla del "concierto del agua y del viento" (67), del "purísimo cristal" de las aguas (69). Si en sus primeras novelas Arguedas entrecruzó una estética realista-naturalista con un romanticismo que creyó haber dejado atrás, en *Raza…* superpuso a su estética anterior la del modernismo preciosista que había sido blanco de sus ataques más violentos. Por un lado, curiosa paradoja de un escritor antimodernista que para lograr su obra maestra debe recurrir a una retórica modernista. Por otro, testimonio sintomático de una característica muy presente en el escritor latinoamericano: su capacidad para hacer de su obra un híbrido que mezcla y condensa diversos y muchas veces contradictorios movimientos literarios[121].

Sin embargo, después de la caracterización con tintes entre irónicos y satíricos de Suárez, podría suponerse que la leyenda que él escribe en los días que se encuentra en la hacienda, y que Arguedas inserta en su totalidad, fuera un amanerado texto modernista. No lo es. El texto, "La justicia del Inca Huaina Capac", es un brillante relato que recoge con sobriedad las mejores virtudes estilísticas del modernismo, aunque temáticamente se aparte de éste. El relato está ambientado en la idealizada "edad de oro" del Imperio incaico, y sus personajes se mueven en los mas altos círculos del poder. El Inca, Huaina Capac, es uno de esos grandes personajes modernistas, un rey aquejado de melancolía ante la llegada del fin del Imperio: "Se le veía pasear sombrío y taciturno, el pensamiento constantemente ocupado con los grandes trastornos de la naturaleza, y sobre todo, con los hombres blancos, barbudos y de ojos azules que decían haber aparecido hacía poco en la costa" (305)[122]. Su descripción muestra la irrealidad del modernismo: es "alto, grueso, de ojos claros, bello" (299). Hay otras descripciones similares: de Wara-Jaiphu se dice que "[s]u tez es blanca como leche recién brotada de las ubres" (302).

121. Rosario Rodríguez y Elizabeth Monasterios mencionan que en *Raza de bronce* coexisten "una variada herencia de corrientes literarias en voga (*sic*): realismo, naturalismo, modernismo, costumbrismo", "Indiscreciones de un narrador: *Raza de bronce*", *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana*, t. 2, p. 109.

122. "La justicia del Inca" es una fantasía acerca de la posibilidad de controlar el deseo. Collaguaqui deja a su amor, Wara-Jaiphu, para poder servir mejor al Inca y adquirir renombre. Cuando, al final de sus días y luego de una vida al servicio del Inca, Wara-Jaiphu no se siente

El relato de Suárez crea una atmósfera estetizante en la que los indios del Imperio incaico son presentados como seres bellos y nobles, capaces de sentimientos abnegados como el servicio fiel a su monarca. Esta atmósfera es diametralmente opuesta a la del mundo indígena de *Raza…*, lleno de fealdad, abusos y crueldades. Por ello, "La justicia del Inca" es un relato falso, y por lo tanto, sin público: "Así leyó Suárez, emocionado; mas nunca supieron sus amigos lo que había leído el ingenuo poeta enamorado..." (308).

Así, se produce la contradicción de que una novela que en apariencia sirve para criticar la postura modernista ante la realidad latinoamericana haya derivado gran parte de su belleza artística del mismo movimiento que se proponía condenar[123]. Las tensiones y contradicciones de Arguedas no sólo se hicieron presentes en su análisis sociocultural de los problemas de Bolivia en el camino a la modernidad, o en su postura ideológica frente a la "cuestión del indio", sino en su misma estética literaria. En la obra de Arguedas, se debatía el lugar de lo literario en relación al cuadro social boliviano. Acaso la paradoja de la forma (modernista) y el contenido (significación sociológica) hace que *Raza de bronce* se haga cargo, en su propio registro, de una contradicción de larga data para Arguedas (la tensión general entre ficción literaria y no-ficción sociológica).

Cuando Agiali regresa del valle, se entera de que su novia está embarazada de Troche, el administrador mestizo. Agiali golpea a Wata-Wara. Ella responde: "¿Y lo hice acaso por mi gusto?... Me puso fuerza, y si no cedo, nos arroja de la hacienda, como a otros, sin dejarnos sacar la cosecha, o cuando menos, lo manda a mi hermano al valle para que inutilice sus bestias o vaya a morirse como el Manuno" (130-131).

---

realizado, su frustración se debe a la esterilidad sexual que acompaña su elección. La historia tiene una moraleja: Huaina-Capac le dice: "has destruido tu vida, la has hecho infecunda y es tu falta, porque antes que amado, has querido ser admirado, y toda vanidad se paga" (307). Si Arguedas adoptó una postura moralista y exploró narrativamente las consecuencias de la falta de "educación" de los deseos en una sociedad racialmente heterogénea, con esta leyenda parecería decir que la represión absoluta de los deseos tampoco es el camino adecuado.

123. Ver el artículo de Teodosio Fernández, "Análisis estructural y estilístico de *Raza de bronce*: texturas, formas y lenguajes", *Raza…*, Edición crítica, pp. 537-552.

Las palabras de Wata-Wara muestran la profunda relación que existe en la hacienda entre el poder y la opresión sexual. Arguedas es uno de los escritores indigenistas más consciente de esta relación. En *Raza…*, la explotación que sufre el indio a manos de la "trinidad" tiene a lo sexual como uno de sus componentes fundamentales. El administrador y el cura fabrican incluso espacios donde su poder omnímodo se despliega sobre las mujeres subalternas. Troche crea un campo de tejer e hilar en la hacienda, "un pretexto para llamar junto a él a todas las muchachas jóvenes de la hacienda, que tornaban a sus hogares mancilladas y con el gusto del pecado en la carne" (120). El cura exige que todas las indígenas comprometidas en matrimonio asistan durante una semana a la casa cural, para que se les enseñe a rezar; ésta es, obviamente, otra excusa (202).

La inmoralidad y lascivia de Troche y del cura se deben a su condición mestiza. Troche es un "cholo grosero, codicioso y sensual" (120), un "Don Juan mestizo" (120). El cura revela en su fisonomía la corrupción de su carácter: "era un hombrote sólido, bien tallado, moreno, de frente irregular deprimida, largos los brazos, lampiño, de gruesos y sensuales labios grietosos y amoratados" (198-199). La crítica de Arguedas a la falta de control del deseo adquiere más especificidad: no se trata ya, como en el esquema binario de *Wuata Wuara*, contra los hombres blancos pertenecientes al universo sociocultural dominante, sino contra los mestizos que "pasan" por blancos y son en realidad usurpadores del poder de éstos en ese mismo universo sociocultural. El poder, sugiere Arguedas, está en manos de gente que abusa de él, de dudosa calidad moral debido a su mezcla racial.

El administrador y el cura ayudan a crear la atmósfera de crueldad y abuso sexual de la novela. Pantoja y sus amigos son, sin embargo, los principales objetivos de la crítica. Los hijos de los hacendados se creen de una especie distinta y superior a los indios. Como tales, su visión de las indias de servicio es una objetivación de sus cualidades de sujetos sobre los cuales puede expresarse libremente su deseo. Ellos, por ejemplo, discuten con tranquilidad si Clorinda, una india joven de fuertes brazos y "senos abundantes y erectos", pertenece primero al patrón o a los invitados (224).

Arguedas prepara poco a poco el encuentro fatal entre Wata-Wara y los jóvenes. Wata-Wara no sólo es la mujer más blanca y más bonita de la

comunidad; también es la protegida de Choquehuanka, el sabio de la comunidad. Es una típica heroína romántica. No es casual que, cuando la encuentran, los jóvenes estén cazando, produciéndose así un desplazamiento metonímico: "La mejor presa es aquella –dijo Valle señalando a la joven" (312). La violación ya no es descrita con el sarcasmo de *Wuata Wuara*: "Y entonces ellos, los civilizados, los cultos, ciegos de lujuria y de coraje, disputándose el cuerpo caído de la india con avidez de famélicos, saciaron en él, sin pudor, sin vergüenza, el torpe deseo de que estaban animados" (402). Ahora, Arguedas subraya apenas la falta de nobleza del acto, la excitación animal de los instintos: "los otros excitados como bestias, innoblemente, la arrastraron al antro… (317). Al ser los mestizos quienes no pueden controlar su deseo en *Raza…*, la violación ya no sorprende tanto al narrador como en *Wuata Wuara*.

La violación y muerte de Wata-Wara, y del hijo que llevaba en sus entrañas, es el desencadenante de una rebelión ya anunciada desde las primeras páginas. Como en *Wuata Wuara*, Agiali y los aymaras de la comunidad actúan de manera animal, buscando la satisfacción de sus instintos de venganza. Una diferencia fundamental, sin embargo, es que en el texto de 1904 la rebelión indígena se hallaba relacionada con el anhelo de venganza de Agiali, convirtiendo así a la obra en una historia romántica ambientada en el mundo andino. En *Raza…*, las crueldades de los patrones con sus colonos aymaras se hallan representadas en detalle, de modo que lo que le sucede a Wata-Wara puede leerse no como un incidente aislado sino como el factor desencadenante de una situación que ya se venía gestando durante largo tiempo.

Ante las mayores fuerzas del enemigo, los rebeldes indígenas saben que serán derrotados. Sin embargo, Choquehuanka esgrime dos razones que justifican la venganza: "hacerles ver [a los opresores] que no somos todavía bestias y después abrir entre ellos y nosotros profundos abismos de sangre y muerte, de manera que el odio viva latente en nuestra raza, hasta que sea fuerte y se imponga o sucumba a los males" (344)[124]. No hay en es-

124. El poeta y ensayista peruano Manuel González Prada da algunas alternativas similares para el indio en su clásico "Nuestros indios": "La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduele al extremo de reconocer el derecho

tas palabras una posibilidad de reconciliación de las razas que permitiría la lectura "positiva" que Arguedas haría luego de su novela. Lo notable, más bien, es cómo el escritor paceño se mantiene constante hasta el final en su reactivación discursiva de la "guerra de las razas", uno de los miedos más marcados en el imaginario criollo desde Mohoza[125].

Era obvia la atracción de Arguedas por el modo melodramático para narrar el síntoma nacional, "la guerra de las razas". El enfrentamiento entre criollos-mestizos e indígenas era, sobre todo, un maniqueo conflicto moral[126]. En la novela, la violación de Wata-Wara termina por sacar a la superficie, a través del levantamiento, los reprimidos y justificados deseos de venganza indígena. La violencia con que termina la novela es característica del modo melodramático, que necesita asegurarse de que la "virtud" se ha liberado del "vicio"[127]. Pero la descarnada brutalidad de la venganza en *Wuata Wuara* es aquí, literalmente, omitida, escondida por las llamas que envuelven la hacienda: "Al fin las llamas fueron encogiéndose gradualmente como si fuesen sofocadas por las sombras de la noche; las siluetas de los hombres, apenas visibles ya, se disolvieron y esfumaron en la negrura densa" (347). La grotesca escena de 1904 –Carmona es desollado, el miembro de García es amputado– queda reducida a un deseo figurado: Agiali dice que "[q]uisiera morderles el corazón" a sus enemigos, o "partirles con mis

de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores". Esas dos maneras se reducen luego a una: "En resumen: el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde, o un Areche", *Ensayos escogidos*, Augusto Salazar Bondy; ed., Lima, Editorial Latinoamericana, 1958, pp. 44-60. Para una crítica al discurso de Choquehuanka como una forma de mostrar "los límites de la capacidad política del indígena", ver García Pabón, *op. cit.*, p. 129.

125. En *La armonía de las desigualdades*, Irurozqui duda de la veracidad del miedo a la "guerra de las razas". Ella sugiere ver a este tema como una hábil manipulación por parte de la élite mestizo-criolla, por la cual se evita dar carta de ciudadanía al indígena y que éste se asocie con otros grupos subalternos.

126. Cfr. lo que dice P. Brooks: "Polarization is not only a dramatic principle but the very means by which integral ethical conditions are identified and shaped, made clear and operative", *The melodramatic imagination...*, p. 36.

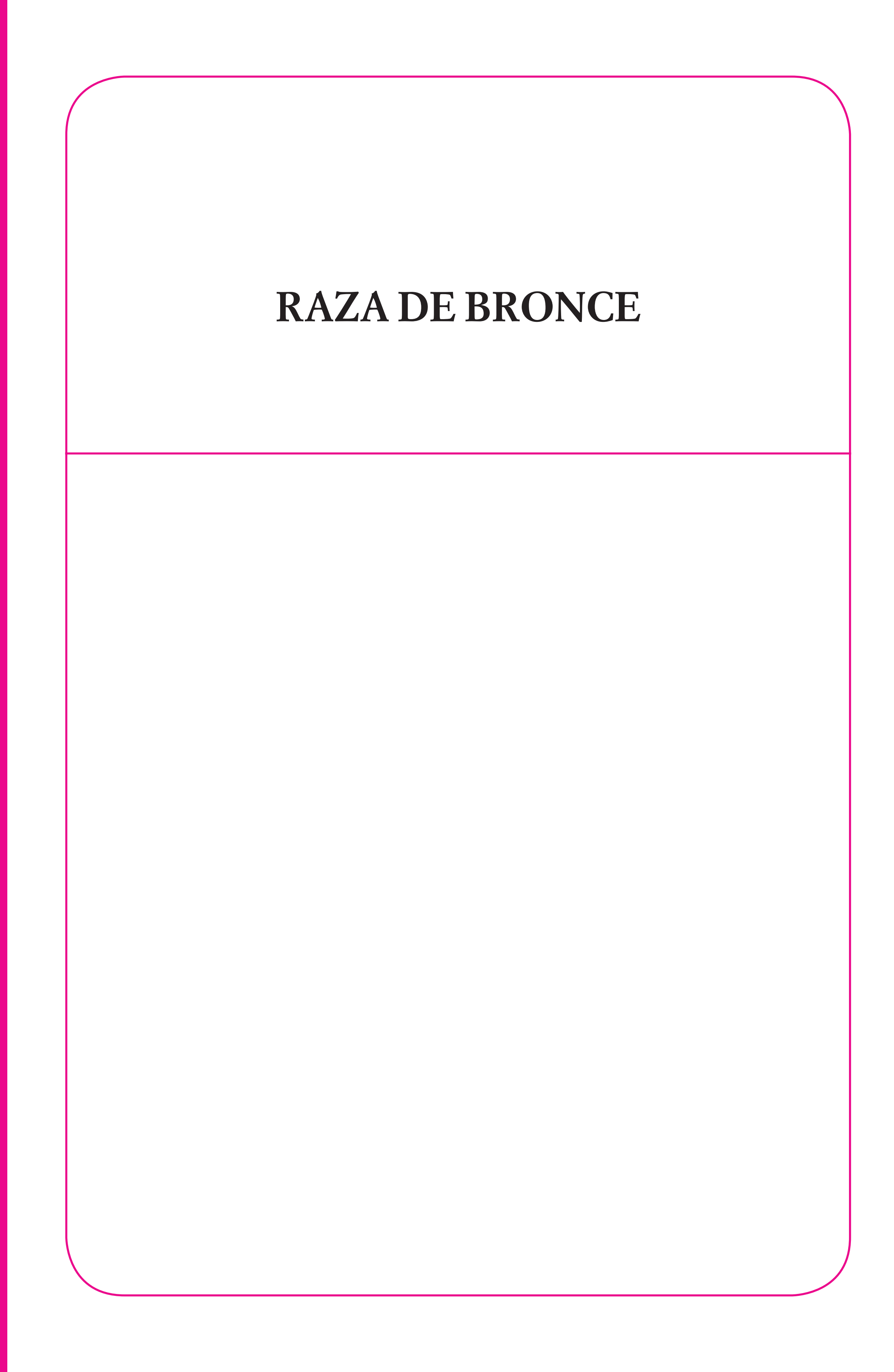
127. "This violent action... is possibly melodrama's version of the tragic catharsis, the ritual by which virtue is freed from what blocked the realization of its desire, and evil is expelled from the universe", *ibid.*, p. 32.

uñas el corazón" (323). El código realista parecería ya no serle suficiente a Arguedas para narrar la rebelión indígena; se necesitaría para ello, al igual que en otros finales de novelas indígenistas, de lo que Cornejo Polar llama "una suerte de idealismo alegórico"[128]. Con la sublimación poética del final de *Raza de bronce*, se sugiere que el realismo puede ser capaz de narrar la crisis del régimen andino, pero no de imaginar el futuro a partir del posible triunfo de la rebelión indígena (196). En la obra de Arguedas, está claro que, a la larga, la "virtud" no podrá liberarse del "vicio", el deseo de venganza del sujeto indígena no podrá liberarse de los caprichos del deseo criollo-mestizo.

Raza de bronce representa un mundo andino estructurado sobre la base de la negación del indio y de su problemática incorporación en los proyectos de configuración nacional. Si el criollo-mestizo se descubre como un ser intersubjetivo a través del deseo del indígena, cuando esta relación se torna en una "dialéctica de la negación del Otro", la nación es condenada a un presente inestable, y a un futuro en que los odios y los rencores acumulados a lo largo de los siglos retornarán periódicamente en estallidos de violencia. Pese a las lecturas "positivas" de la obra que hizo el mismo Arguedas, lo que la novela realmente sugiere para la nación boliviana es que no parece haber forma de trascender esta etapa traumática de las relaciones.

José Edmundo Paz Soldán

128. A. Cornejo Polar, *Escribir...*, p. 195.



RAZA DE BRONCE

LIBRO PRIMERO
EL VALLE

I

EL ROJO dominaba en el paisaje.

Fulgía el lago como una ascua a los reflejos del sol muriente, y, tintas en rosa, se destacaban las nevadas crestas de la cordillera por detrás de los cerros grises que enmarcan el Titicaca poniendo blanco festón a su cima angulosa y resquebrajada, donde se deshacían los restos de nieve que recientes tormentas acumularon en sus oquedades.

De pie sobre un peñón enhiesto en la última plataforma del monte, al socaire de los vientos, avizoraba la pastora los flancos abruptos del cerro, y su silueta se destacaba nítida sobre la claridad rojiza del crepúsculo, acusando los contornos armoniosos de su busto.

Era una india fuerte y esbelta. Caíale la oscura cabellera de reflejos azulosos en dos gruesas trenzas sobre las espaldas, y un sombrerillo pardo con cinta negra le protegía el rostro requemado por el frío y cortante aire de la sierra. Su saya de burda lana oscilaba al viento que silbaba su eterna melopea en los pajonales crecidos entre las hiendas de las rocas, y era el solo ruido que acompañaba el largo balido de las ovejas.

Inquieta, escudriñaba la zagala.

No ha rato, al reunir su majada para conducirla al redil, había echado de ver que faltaba uno de sus carneros; y aunque no temía la voracidad de ninguna fiera ni la rapacidad de malhechores, recelaba que fuese incorporado a los hatos de la hacienda colindante, hechos a merodear en los flancos de la colina a orillas del lago, o a la vera de los linderos marcados por hitos de adobes o pircas de rocalla, y ya harto conocía el ingrato rondar por en-

tre gente agriada con pleitos, a cada instante suscitados por la posesión de ejidos que los terratenientes aún no habían deslindado.

La noche se echaba encima y pronto se haría difícil ordenar la marcha del rebaño. Al pensar en esto, dejó la zagala sus ovejas bajo el ojo vigilante de *Leke*, el lanudo y pequeño can, y se dirigió a las rocas que en gradiente coronaban la cima del cerro, cuyos flancos se bañan por un lado en la transparente linfa del lago, y del otro se tienden con suave declive hacia la llanura, limitada a lo lejos por colinas chatas y altozanos y surcada en medio por la quiebra de un río.

Volvió a trepar a lo alto de una empinada roca, y desde esa atalaya tendió los ojos en torno.

El lago, desde esa altura, parecía una enorme brasa viva. En medio de la hoguera saltaban las islas como manchas negras, dibujando admirablemente los más pequeños detalles de sus contornos; y el estrecho de Tiquina, encajonado al fondo entre dos cerros que a esa distancia fingían muros de un negro azulado, daba la impresión de un río de fuego viniendo a alimentar el ardiente caudal de la encendida linfa. La llanura, escueta de árboles, desnuda, alargábase negra y gris en su totalidad. Algunos sembríos de cebada, ya amarillentos por la madurez, ponían manchas de color sobre la nota triste y opaca de ese suelo casi estéril por el perenne frío de las alturas. Acá y allá, en las hondonadas, fulgían de rojo los charcos formados por las pasadas lluvias, como los restos de un colosal espejo roto en la llanura.

Un silencio de templo envolvía la extensión. Todo parecía recogerse ante la serenidad del crepúsculo, y diríase muerto el paisaje, si de vez en cuando no se oyese a lo lejos el medroso sollozar de la *quena* (flauta) de un pastor, o el desapacible repiqueteo de los *yaka-yakas*, apostados ya al margen de sus nidos cavados en las dunas del río, o en las quiebras de las rocas.

Avizoró la pastora el paisaje, indiferente a la infinita dulzura con que agonizaba el día, y al punto dejó su atalaya, porque le pareció haber oído un solitario balido hacia el final de esa dominante plataforma, adonde rara vez conducía su rebaño, porque, a más de ser pobre en pastos, llevaba en el país la fama de albergar a los espíritus malignos en una caverna cuya boca

se abría mirando al lago, a pocos pasos del flanco que cae, casi a pico, sobre las inquietas aguas.

Era una cantera de berenguela y mármol verde, largo tiempo abandonada, y que hoy servía de cómodo y seguro refugio a las lechuzas y *vizcachas* (liebres). Los *laikas* (brujos) de la región habíanla convertido en su manida, para contraer allí pacto con las potencias sobrenaturales o preparar sus brebajes y hechizos, y rara vez asomaban por allí los profanos. Los pocos animosos que, por extrañas circunstancias, se atrevían a violar su secreto, juraban por lo más santo haber oído gemidos, sollozos y maldiciones de almas en pena y visto brillar los ojos fosforescentes de los demonios, que danzaban en torno a los condenados...

Alguna vez, en horas de tormenta, cuando el rayo hiende las rocas, aúlla el viento y se desatan cataratas de lluvia sobre las alturas, Wata-Wara había profanado su misterio, para expulsar a sus bestias refugiadas en el pavoroso antro; y aunque nunca había visto ni oído lo que otros juraban ver y oír, no se atrevía, sólo por capricho o curiosidad, a provocar el enojo de los *yatiris* (adivinos) poniendo planta insolente en sus dominios.

—¡Jaú-u-u-u! –gritó Wata-Wara avanzando con miedo hacia el boquerón oscuro e informe de la entrada. Su grito penetrante y agudo metióse en el antro y a poco salió en forma de eco, que ella, por extraña ilusión, tomó por el balido de su extraviada res.

Y quiso adentrarse en la caverna, y la detuvo el miedo; pero la codicia fue más fuerte en ella. Con paso furtivo y resuelto, tendidos hacia delante los brazos, dilatados los ojos, avanzó lentamente, cual si tantease en la penumbra, y a pocos pasos quedó inmóvil, oyendo solamente los latidos tumultuosos de su corazón.

Grande y ancha era la caverna. Su piso irregular estaba cubierto con el cascajo que al romper las piedras dejaran los ignorados canteros que allí labraron quizás la piedra blanca con transparencias opalinas para la fontana que otrora se erguía en el hoy destruido Prado de La Paz, y en los rincones se veía la huella del fuego encendido para cocer su yantar o dar filo al cincel. Las paredes se componían de enormes bloques rectangulares y sobrepuestos por capas en espontánea colocación; parecían los materiales dispuestos y abandonados allí por descuido para una enorme y gigantesca

construcción. En las paredes laterales y del fondo, sobre el nivel del suelo, se abrían las bocas de otras tres galerías, oscuras, misteriosas, por donde corrían las vetas de la piedra blanca, y su vista llenó de pavor el ánimo de la zagala, que salió huyendo de las sombras, pasmadas aún de su audacia. Ya fuera, y con voz temblorosa por el miedo, lanzó su penetrante grito, y otro cercano repercutió a sus espaldas. Volvióse vivamente la pastora, y vio con alegría que un mozo avanzaba por la plataforma cargando en su *poncho* la descarriada oveja.

Era el mozo alto, ancho de espaldas y de vigoroso cuello. Tenía expresión inteligente y era gallarda la actitud de su cuerpo. La cabellera le caía enmelenada sobre los hombros saliendo por debajo del gorro amarillo, cuyas aletas le cubrían las orejas con parte de las mejillas. El chaleco escotado, sujeto por cuatro botones de metal, y la camisa abierta, dejaban ver su pecho robusto y moreno.

—¿Dónde hallaste a este diablo, Agiali? –demandó la moza, sin responder al saludo del gigantón.

—Vagaba por la pampa y lo recogí de ella.

—¡Tanto que me ha hecho penar el malo!

Y alzando un guijo dio con él a la bestia, que escapó camino de la majada, cuyos balidos anunciaban impaciencia.

—Dime, ¿entraste a la cueva? –preguntó el mozo, con acento receloso y desconfiado.

—Sí.

—¿Y para qué?

La india hizo un gesto vago y se encogió de hombros.

Agiali, asustado de veras, le objetó:

—Ya verás; seguro que te ha de suceder algo… Como al Manuno.

Callaron ambos, miedosos. El recuerdo, inoportunamente evocado, produjo honda impresión en la pastora.

—¿Y sabes dónde está ahora?

—No sé. Alguien me dijo que se murió.

—¡Pobrecito! El Patrón fue malo con él.

—Lo es con todos. Habría bastado, por castigo, los azotes que le hizo dar; pero quemó su casa.

—Dicen que le debía y no podía pagarle.

—¿Y qué?… Le habría pagado poco a poco, como le pagamos todos… ¡Como si fuera capaz de perdonarnos una deuda!…

Y una sonrisa agria borró la palidez de su rostro.

Quedaron en silencio.

Agiali parecía preocupado, y ella creía conocer la causa de su congoja. Días antes, como castigo a una falta, había recibido orden del administrador para ir, con otros cuatro compañeros castigados como él, a comprar granos al valle, y ella sabía que esas excursiones eran siempre peligrosas, no tanto para los hombres como para las bestias.

¡Cuántas veces las pobres bestias quedaron inutilizadas para el trabajo por las mataduras de sus lomos cruelmente dañados por la carga! ¡Y cuántas los hombres, presas de extraños males, se la pasaron en casa, inútiles para las diarias faenas, o quedaban tullidos y enfermos hasta la muerte!

—¿De veras vas mañana de viaje? –preguntó Wata-Wara, echando a andar camino de la majada, cuyos insistentes balidos era lo único que se oía en la alta cumbre, libre todavía de las sombras.

—Mañana –repuso Agiali con aire preocupado.

—¿Con quiénes vas?

—Con Quilco, Manuno y Cachapa.

—¿Tardarás mucho?

—Lo menos dos semanas.

Enmudecieron otra vez, y ambos caminaban como cohibidos.

Decíase de ellos en la hacienda haberse comprometido en proyectos matrimoniales, y eran frecuentes las bromas que en las faenas del campo recibían de sus compañeros; pero, hasta entonces, el mozo no había arrebatado ninguna prenda de la zagala, como signo formal de amoroso pacto, y sólo se había limitado a usar con ella de pequeños favores que mostraban su deseo de agradarla, vehemente en él, y que no trataba de ocultar. Ayudábale a recoger por las tardes el ganado del cerro donde tenía por costumbre pastorear la moza, o aumentaba de su cosecha la carga de *chango* (algas) recogidas en el lago para el consumo de las bestias. Verdad es, y quizás esto fuera lo más significativo, que ambos tenían los mismos sitios predilectos para divertirse en los días de reposo; que en las siembras y cosechas los dos

labraban el mismo surco, y que en vísperas de las grandes fiestas, cuando de noche ensayaban los mozos sus danzas al luminoso claror de la luna llena, ambos se colocaban juntos e iban cogidos de las manos en las ruedas, y las miradas y sonrisas de ella eran sólo para él; pero de ahí no habían pasado las cosas. Agiali se mantenía reservado en palabras y ademanes, y no por timidez, ya que con las otras jóvenes de la comarca gastaba idénticas licencias que los demás, sino porque la riqueza de los padres de Wata-Wara y la decidida protección que le dispensaba el viejo Choquehuanka ponían siempre a raya sus sentimientos. Si departía con ella, gastando ademanes parsimoniosos, sus palabras eran medidas, y sólo hablaba de lo que ellos hablan de ordinario, es decir, del tiempo, de las labores campestres y de sus bestias. Alguna vez, como los demás, al hacerle una broma, había acompañado sus palabras con un recio empujón o una intentona de pellizco; mas de ahí nunca había pasado su camaradería servicial y comedida.

Así se acostumbró a verlo la joven, y por eso su actitud encogida de esta tarde la llenó de cierta perplejidad. Lo notaba serio, callado, caviloso, y supuso que algo anormal le ocurría. Probablemente no habría cogido mucho pescado en la jornada de la noche precedente… quizás estaba enferma de cuidado alguna de sus bestias.

—¿Te apena el viaje? –le dijo por decir algo y ocultar la turbación que a ella también le embargaba.

Agiali rió, mirándola detenidamente en los ojos con infinita codicia.

—¿Por qué me miras así?

En vez de responder, el mozo aproximóse aún más a ella, y riendo siempre, con risa trémula, alargó con rapidez la mano y le dio un fuerte pellizco en el brazo redondo y de carnes duras…

Wata-Wara comprendió al punto las intenciones del galán, e inclinó la cabeza, confusa y casi aturdida. Jamás él se había permitido esas libertades a solas y era la primera vez…

Retrocedió un paso, con el corazón palpitante de alegría. El avanzó otro, extendió la mano, y cogiéndola por la punta de su *pullo* (mantilla), la atrajo hacia sí.

—¡Déjame! –gimió ella, volviéndole la espalda.

Su voz era desfalleciente, infantil, insinuante.

—¿Y si no quisiera? –suplicó el otro, también con voz queda.

Y, por segunda vez, ahora con calma, la pellizcó en el hombro, reteniendo la carne entre sus dedos.

Tembló Wata-Wara, y un estremecimiento de dolor y voluptuosidad sacudió su cuerpo.

—¡Déjame! –dijo con voz más apagada aún, trémula de dicha inesperada y osando mirarle brevemente en los ojos, radiantes de la más pura alegría.

Entonces el mozo cogió con sus manos callosas y duras las de su amada, ásperas también pero de piel más fina; le tomó el dedo anular, donde un anillo de cobre había dejado su marca negra en la piel, y, suavemente, le quitó el anillo.

Ella dejó hacer, turbada, sin voluntad ni fuerzas para simular resistencia. ¡Al fin se le había declarado el mozo y le significaba su intención de desposarse con ella!

Agiali, riendo siempre, pasó el aro tosco al menor de sus dedos y colocó el suyo entre los de la zagala, cuya redonda carita iluminóse con el fulgor de una sonrisa plácida.

—Le voy a decir a mi madre que vaya a pedirte mi anillo –amenazó ella con melindre.

—Si lo haces –repuso el galán fingiendo creer en la amenaza–, me voy de la hacienda y no vuelvo más.

—¿Y adónde te irías?

—Donde no me vean más tus ojos…

—Quédate con él, entonces…

Se tendieron ambos las manos y se miraron en lo hondo de las pupilas, sonriendo con dicha.

—¿Me ayudarás a conducir mis ovejas? Ya es de noche y en casa han de estar esperándome.

—Vine a eso.

Y quiso la zagala desprender sus manos de las del galán, mas éste las retuvo con fuerza y siguió mirándola detenidamente y en silencio, pero con aire receloso. Al fin, casi hosco, habló:

—Oye.

—¿Qué?

—Desde hace tiempo he notado que te mira mucho el administrador de la hacienda.

—Yo también –repuso la otra, indiferente.

—Sé que se ha quejado a tu madre porque no vas a su casa a escarmenar lanas ni servir de *mitani* (sirvienta).

—Iré la otra semana.

Al oír esto, nublóse el rostro del mancebo. Y dijo con tono imperioso:

—Yo no quiero que vayas. Ese *khara* (mestizo) es malo y me da miedo…

—A ti nunca te hizo daño. Una sola vez te pegó.

—Varias, di; pero eso apenas me importa… Tengo miedo por ti.

—Nunca pega a las jóvenes.

—Pero las seduce.

Se detuvo, indeciso. Y bruscamente, añadió:

—Bueno, si vas de servicio, lleva a tu madre y no te quedes nunca a solas con él.

—Así lo haré.

La noche había caído con rapidez y el rebaño balaba, inquieto y deseoso de volver al aprisco. El mismo *Leke*, sentado sobre las patas posteriores y los ojos clavados en la dueña, ladraba de rato en rato como para anunciar corrida ya la hora del regreso.

—¡Wara!… –llegó hasta los enamorados la voz sonora de un muchacho resonando en las faldas del cerro.

—Me llaman; ¡vámonos! –dijo la pastora. Y al mismo tiempo lanzó un penetrante grito, y, colocando una piedra en su honda, arrojóla sobre el rebaño, el cual, al escuchar el zumbido, púsose en marcha camino del sendero. Avanzaba el grupo en un solo pelotón pardusco, y el polvo que levantaba a su paso parecía espesar aún más la sombra del cielo.

Entonces, la novia, cogida siempre de las manos de Agiali, entonó, quedo primero, luego en voz más alta, uno de esos aires tristes de la estepa que imita el monótono gemir del viento entre los pajonales de la pampa. Le siguió en el canto el mancebo, y las dos voces formaron un dúo lento como una melopea, cuyas notas se diluían al pálido claror de la *celistia*…

En medio camino se les reunió el zagalillo enviado en busca de la pastora, y a poco llegaron todos a la casa, situada en media vertiente del cerro, sobre una especie de estrecha plataforma. Se componía de cuatro habitaciones, adosadas al cerro, y su corral, entre cuyos muros de piedra bruta crecían locamente las ortigas de flor roja y haces de paja dura, en las que el viento arrancaba lamentables y extrañas concertaciones.

Al tropel del ganado salieron tres chiquillos del lar, uno como de siete años y los otros dos un poco mayores y al parecer gemelos; corrieron los palos que cerraban el aprisco y se colocaron a ambos lados de la entrada, para la faena del apartado, que ejecutaron los pequeños, separando a las ovejas madres de sus crías, que bien pronto formaron a sus espaldas un grupo bullicioso y temblante. A los balidos angustiosos de las hembras respondía el desfallecido lamento de la prole, y todo junto, coreado por el viento, formaba la armoniosa canción del campo…

Concluida la tarea se dirigieron los pastores a la cocina.

Era una habitación estrecha, larga y de paredes renegridas. Frente a la puerta angosta y baja estaba el fogón de barro, en cuyo fondo ardía un macilento fuego alimentado por la bosta seca de las ovejas. De las vigas barnizadas por el hollín pendían canastos de mimbre oscuro, sogas, cabestros, algunos instrumentos de labranza y retazos de carne seca. A ambos lados de la entrada, ocupando todo el ancho de las paredes dos tarimas de barro, los *patajatis* servían de lecho. Eran huecos por debajo y en el uno dormían las gallinas sobre perchas y el otro estaba destinado a los pequeños conejos de Indias, manchados de color y que ahora también, en la noche, discurrían silenciosamente por el suelo y alargando sus sombras cuando se deslizaban frente al fogón y mirando sin recelo a la vieja Coyllor-Zuma, madre de Wata-Wara y a otros dos viejos arrugados y de encorvada talla que estaban de cuclillas junto al fogón. Practicaban el *acullico*, es decir, mascaban coca los tres y permanecían silenciosos, impasibles y mudos, como abstraídos en honda cavilación. La moribunda llama del mechero doraba sus rostros acusando con vigor los perfiles mientras el lado opuesto se borraba completamente sobre el fondo de la covacha oscurecida por el hollín y las sombras…

—Buenas noches nos dé Dios, ancianos –saludaron los mozos al entrar.

—Tarde vienes –dijo Coyllor-Zuma a la pastora.

—Se me perdió una oveja y estuve buscándola. Agiali la encontró en la pampa.

La anciana, sin responder, se volvió al pretendiente de su hija:

—Dicen que estás de viaje.

—Sí; me envían al valle a traer semillas.

—Cuida de tus bestias y no les pongas carga pesada.

—¡Si yo pudiera! –repuso el otro con pena.

Y añadió:

—Pero llevamos más de las precisas y nada les pasará.

—Cuídate también tú. No comas fruta recién cogida del árbol ni seas imprudente al atravesar los ríos. Aún no han cesado las lluvias, y deben estar crecidos por el valle.

—Van con Manuno, y ése ya conoce bastante esos sitios –dijo uno de los viejos, tomando parte en la charla.

—¿Cuándo concluirá esta pesada obligación? –preguntó el otro viejo taciturno. Todos están cansados con semejantes correrías.

—Cuando el hermano del patrón venda sus haciendas del valle, o nosotros nos vayamos todos de ésta –repuso el primero.

—¿Y adónde iríamos que no tengamos que servir?

—Así es…

Y cayó el silencio letal, únicamente interrumpido por el lento masticar de los jóvenes, que yantaban la merienda fría preparada para la pastora, y se componía de *chuño* y maíz cocido con algunos retazos de charqui y bolillos de Kispiña.

II

Al amanecer del siguiente día emprendieron marcha al valle los viajeros.

Llevaban doce bestias, entre burros y mulas, cargadas con carnes y pescados secos, patos cocidos y curados al hielo, habas y arvejas tostadas, quesos frescos y otros productos del yermo, e iban casi de buen humor porque Manuno, el jefe de la caravana hubo de asegurarles que esos artículos alcanzaban precios fabulosos en el valle, donde las gentes, por la relativa facilidad con que ganan el dinero, se mostraban pródigas. Y les seducía la expectativa del negocio lucrativo.

Era Manuno un hombre entrado en años, seco, anguloso, bastante alto y de nariz larga y afilada.

Viajero infatigable, conocía todos los rincones de Yungas y de los valles cercanos a La Paz, donde debiera realizar positivos negocios, porque a la vuelta de cada uno de sus viajes casi nunca dejaba de aumentar el caudal de su hacienda, comprando ropas de gala, una yunta, o por lo menos algunas cabezas de ganado lanar, lo que demostraba hasta la evidencia no ser exageradas las relaciones que hacía del país al que iban ahora por primera vez dos de sus compañeros, y del que se traían los almibarados higos, las sabrosas *tunas,* el buen maíz y tantos otros frutos, demasiado costosos para ser adquiridos con frecuencia.

Llegaron de noche a la ciudad, a casa del patrón; y allí, el compañero, que hacía su semana de servicio (*pongueaje*) les dio la noticia de que el amo se había marchado la mañana de ese mismo día a su hacienda de Yungas. La recibieron con placer, pues podían entregarse de inmediato al reposo exigido por sus piernas fatigadas con el peso de setenta kilómetros recorridos en menos de catorce horas, de claro a oscuro y a buen trote.

Descargaron las bestias, y luego de saludar a la esposa del patrón, que en nombre de éste les entregó cuarenta pesos para la compra de ocho cargas de cebada en grano, fueron a tenderse en el zaguán, sobre las sudadas caronas de la recua. Manuno hizo un fajo con los billetes, envolvió el fajo en un trapo, el trapo en un pañuelo, y añudóse el pañuelo a la garganta con cuatro apretados nudos. Para despojarle en su caudal sería menester degollarlo antes.

Al otro día, despuntando la aurora, prosiguieron el viaje.

Ya desde extramuros comenzó a cambiar al paisaje. El camino de Miraflores se quebraba en la cuesta de Karahani, seguía en un corto trecho la vera del río, se metía en la aldea de Obrajes y luego rastreaba la falda de cerros gredosos, hoscos, pelados y de ásperas o suaves quiebras y ondulaciones, orillando a veces pequeños huertos de duraznos, campos de alfalfares entre los que pastaban pequeños hatos de ovejas y vacas lecheras, casitas de indios diseminadas en las faldas de los cerros, entre el verde follaje de arbolillos enclenques.

Salía el sol cuando llegaron a la playa pedregosa del río Calacoto, tendida al pie de altísimos cerros de greda, cortados como por cuchillo.

Las aguas turbias y algo verdosas, confundidas en ese punto con las del río de La Paz, se arrastraban con violencia, y parecían perforar el cerro que al fondo cerraba el horizonte, alzándose rojo y quebrado en sus flancos destrozados como una entraña.

Arremangáronse los calzones y luego de vadear la corriente quisieron componer sus ropas; pero Manuno les aconsejó no hacerlo, porque de allí en adelante, habrían de seguir siempre la playa, atravesando con frecuencia el río, acrecentado por el caudal de los que se le reúnen.

—Y si no, miren cómo vienen ésos –le dijo el guía mostrándoles una pequeña caravana de vallunos, que en ese momento llegaba por la banda opuesta a la orilla de la corriente.

Los hombres traían las piernas desnudas y las mujeres mantenían soliviantadas hasta el muslo las faldas, mostrando sus carnes sólidas, musculosas, morenas y limpias de vello. Muchas bestias llevaban huellas de barro seco en ancas e ijares, como si hubiesen caído en hondos atolladeros.

En Aranjuez comenzó a molestarles el sol. Tocaban ya las regiones cálidas, y ellos venían de las alturas rodeadas por montes que jamás se despojan de su manto de nieves.

—Esto no es nada todavía ¡Ya verán más adelante! –les amenazó Manuno, dándose tono y poniendo autoridad en sus palabras.

Ganada la cuesta de Aranjuez, en la pampa de Mallasa, gozaron la primera fruición del viaje.

A ambos lados del camino, enmarcados por vivos cercos de verdura, se extendían campos de vistosas chumberas, con las pencas cuajadas de frutos maduros o por madurar; arbolillos de duraznos rendidos por el fruto, álamos de hojas lustrosas y de un verde tierno.

Los ojos de los pampeños brillaban de codicia.

—¿Y si cogiéramos algunas? –consultó Agiali a los compañeros, mostrando las pencas.

—Esos sujetos –advirtió Manuno– son malos; y si nos cogen, nos sacuden una paliza o nos quitan una carga.

Pasaban en ese instante por un punto en que sobre el cerco de espinos ralo y bajo dejaba asomar hacia la ruta la paleta de una penca cuajada de grandes *tunas* sazonadas y cubiertas de pelusilla. Manuno echó un vistazo por el camino, y sólo vio venir a lo lejos un viajero conduciendo una yunta.

—Entra y coge las que puedas.

Y deteniendo a un asno con el arnés flojo, se puso a tirar de la chincha, en tanto que Agiali, encaramado sobre la punta de los pies, cosechaba con ahínco los frutos de la penca, y los depositaba en su sombrero, sin cuidarse de los espinillos que se le incrustaban en las manos, produciéndole un cosquilleo desagradable.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene el dueño! –le gritaron sus amigos con voz baja y temerosa.

Un hombre alto y corpulento había surgido casi de repente al otro lado del cerco, y avanzaba por el camino silbando una tonada alegre. Venía con reposado andar, y se apoyaba en un recio palo de *kuphi*, fuerte como el hierro. Al llegar a la altura de los viajeros acortó el paso, y mirándoles con atención dijo en voz alta, como para hacerse oír:

—Estos *sunichos* (habitantes) del yermo suelen ser ladrones.

Cuidaron de darse por aludidos y fingieron no haber oído la ofensa. Estaban lejos de sus pagos y tenían que soportar toda clase de insultos. Además, no llevaban limpia la conciencia.

Se alejó el valluno, haciendo sonar su *kuphi* contra las piedras de la ruta.

—Si te coge, Agiali, te mata –le dijo Quilco.

El joven se sintió lastimado en su vanidad de hombre fuerte:

—¡Hubieras visto si me toca un pelo!

—Pero él tenía un palo.

—¿Y esto? –dijo el mozo mostrando el cabo de su látigo pendiente en las espaldas.

—¿Cuántas has cogido? –preguntó Manuno, para cortar la discusión.

Agiali levantó la bufanda de encima del sombrero y contó. Había doce cabales, y se repartieron a tres, que devoraron en el acto, allí mismo.

Les supieron a gloria. Estaban dulces, frescas y jugosas.

—Se me han quedado en los dientes –dijo Quilco relamiéndose los labios y volviendo los codiciosos ojos al tunal.

—¿Si pudiéramos coger otras? –repitió Manuno.

—No podemos. El dueño nos está espiando –repuso Cachapa, que había visto sacar la cabeza al hombre procaz por encima de las pencas.

—Quizás más adelante; vamos –ordenó Manuno.

Se pusieron en marcha. Y entonces, el guía, alardeando conocimientos de la comarca, comenzó a ilustrar a sus ignorantes compañeros sobre las particularidades de esa pampa de Mallasa, donde los indios, sin tener ni las más remotas noticias del cultivo de secano, aplicaban, desde tiempos inmemoriales, por rutina, los procedimientos aconsejados por los modernos tratados de agricultura.

La charla instructiva se prolongó hasta el momento en que llegaron a un punto en que el camino hacía recodo. A la vera, sobre una pequeña altura, se alzaba una alegre morada de indio, con sus arbolitos de durazno junto a la rústica galería, y trepando por sus ramas un *tumbo*, cuyas guías habían saltado al techo, y de él caían, formando una especie de cortinaje, a la galería. Entre sus hojas triangulares saltaban el rojo de las flores acampanadas y de suntuoso cáliz y los frutos amarillos, como yema de huevos cocidos, largos y redondos, y de pulpa azucarada y deliciosa al paladar.

Bajo la sombra estaba sentado un indio. Tejía una canasta de carrizo y mimbre, y algunas gallinas picoteaban el suelo cerca de él. A su lado había una canasta volcada, y encima de la canasta un balay rebosante de *tunas*.

—¿Y si comprásemos? –propuso Agiali, entusiasmado a la vista de la fruta.

—Ponemos a un real –opinó Quilco.

—Con un real tenemos para todos; ya verán –dijo Manuno.

Desvióse del grupo en dirección al cestero, y le saludó con humilde inflexión de voz y con el tono bajo y servil que emplean los indios cuando se dirigen a un extraño a quien desean pedir favor, cualesquiera que sean su casta y condición.

—Buenas tardes, *tatito*; ¿quieres venderme un realito de *tunas*?

Levantó la cabeza el valluno, y al medir con los ojos a su interlocutor, supo al punto su procedencia. Y viva alegría iluminó su rostro.

—Vienes del lago, ¿verdad?

—Sí, *tatito*.

—Entonces no quiero venderte nada; pero te cambio con lo que traes ¿Qué llevas en tu carga?

—*Chalona*, quesos, patos, pescado.

Los ojos del valluno se encendieron.

—Dame pescado y te doy *tunas*.

—¿Y cuántas me das por un pescado?

—Cinco; pero si traes *hispi*, por un plato (*chúa*) lleno te doy veinte *tunas*.

Ahora le brillaron los ojos a Manuno, pero dominó su emoción. Y fingiendo conocer la superioridad de su producto, regateó mintiendo:

—En otra parte nos han querido dar cuarenta *tunas* y dos platos de maíz por uno de *hispi*, y no hemos querido.

—Yo te doy tres –dijo el valluno, dispuesto a no perder tan bella coyuntura.

Los compañeros de Manuno oían la charla y sudaban de espanto por el cínico aplomo del bribón; nunca imaginaron que se pudiera conseguir tan bella cosa con un puñado de pescadillo seco, y creían que el valluno iba a emprender a palos con el bellaco, dándoles inmerecida parte a ellos, y no les pesaba que tal aconteciese para escarmentar la desfachatez del granuja.

—Dame cinco –repuso el ladino, aumentando así la consternación de sus compañeros, que ya creían ver levantarse el palo del cestero.

—¡Eres un pillo! –saltó éste, exasperado. Y añadió en el colmo del enojo–: ¡Vete al diablo con tu pescado podrido y ojalá te cargue el río!...

—No te enojes, *tatito*, y adiós –repuso cachazudamente el muy zorro.

Y componiéndose el chal de alpaca con un movimiento de hombros, dio media vuelta y largó dos pasos.

—¡Te doy cuatro! –gritó el valluno, con la cólera de lo irremediable, pero sin voluntad para moverse de su posición cómoda e indolente.

Manuno, sin responderle, volvióse a sus compañeros, que estaban decididos a darle una paliza por su grosería, y guiñándoles los ojos les consultó:

—¿Qué dicen ustedes? Recuerden que las *tunas* del otro eran grandes y estaban frescas…

—¿Y crees que las mías están podridas, cara de momia (*chulpa*) vieja? –le gritó, fuera de sí, el valluno. Y cogiendo una se la arrojó con rencor a la cara–: ¡Métela ésa a tus ojos, que deben de estar podridos, para no ver!…

Y como el pillo no se tomase la molestia de recoger la fruta que rodaba por el suelo, aunque los ojos se le fueran detrás, transigió el malhumorado valluno:

—Ya sé que me están robando, pero acepto. Te doy las cinco.

Largos fueron los regateos del negocio. De una parte y otra aparentaban mostrarse descontentos de la mercancía ofrecida en trueque; y si los *sunichos* cogían una a una las *tunas*, las examinaban con ojos de anatomistas para rechazar las que ofrecían la menor huella de desperfecto, el valluno, perezosamente inclinado sobre el *tari* donde había vaciado la *chúa* de pescado menudo, revolvía la fritura con la palma de la mano, ponía a un lado los muy menudos, separaba los aplastados, y así se pasaron cosa de diez minutos, en que los *sunichos* aspiraban con deleite y voluptuosidad el perfume de las frutas, que por primera vez en su vida las veían tan numerosas en su poder.

Al fin, uno y otro hubieron de darse por satisfechos con el cambio, no sin haber antes desechado casi la mitad de lo ofrecido; y fue solemne el instante en que los puneños distribuyeron en cuatro porciones iguales las *tunas*, y el maíz, y cogiendo cada cual la que le correspondía, reanudaron la marcha, devorando, más que comiendo, las frutas que llevaban en sus bufandas, sobre el pecho.

—La gente se muere con cólico si después de comer *tunas* bebe leche –advirtió Manuno, con la boca llena.

Los otros siguieron devorando la jugosa fruta, sin poner mientes en lo oído. No conocían el sabor de la leche y no sería ése el momento de probar a lo que sabía.

—¿Verdad que se hacen buenos negocios por aquí? –preguntó Manuno, ostentando aires de superioridad y satisfechísimo del éxito que habían alcanzado sus imposturas.

—¡Ca!… ¡Yo creí que te iba a romper las costillas!

—¡Si los conozco! Aquí no hay que acobardarse en pedir ¡Ya lo viéramos si ellos fueran por nuestras pampas llevando sus productos! Por cada grano de maíz nos hacían dar un *hispi*, y por cada durazno, una *papa* (patata).

Entretanto, la playa iba ahondándose al pie de los cerros y el sol picaba más, conforme ascendía por los altos cielos. A eso de las doce ganaron la cuesta de Lipari y entraron otra vez en la playa, que se estrechaba unas veces y se abría otras, pero siempre amurallada por altísimos cerros desnudos.

—Ahora llegamos a las huertas de duraznos, peras y manzanas; pero, lo ven, el camino es difícil.

Manuno llamaba camino a una huella blanquizca en la playa, señalada, entre pedrones de granito, por el huano de las bestias, y que caracoleaba de un lado para otro, siguiendo los caprichos del torrente, que iba trazando curvas y rompiendo en retazos la senda.

Las aguas, considerablemente engrosadas por los arroyos y riachuelos de las abras abiertas en el vértice de los cerros, se deslizaban dando tumbos contra los pedrones de granito, y su ruido monótono era coreado por el viento que soplaba playa arriba, sacudiendo los árboles, cuyo ramaje, inclinado en una misma dirección, hablaba de la persistencia y regularidad con que el viento discurría por el valle.

Temprano estuvieron en Mecapaca, y allí resolvieron pasar la noche y aun quedar el día siguiente, caso de que no pudieran vender parte de su carga con objeto de aliviar la fatiga de las bestias, para ellos más dolorosa que la suya propia.

Mecapaca era un poblacho mísero y en ruinas, alzado en la orilla izquierda del río, sobre una plataforma tendida al pie de cerros pelados y

altísimos, color de greda y llenos de grietas y rugosidades. Se llegaba por una especie de calleja con pobres casuchas de planta baja y techo de paja, y huertas de duraznos llenas de salvajina y otras plantas parásitas. Los solares de paredes desmoronadas abundaban; y aquí y allá, surgiendo del suelo, aparecían retazos de muros cubiertos por enredaderas silvestres con flores blancas, rosas y azules en forma de campanillas.

Manuno explicó:

—Antes era este pueblo rico y alegre; pero una noche entró la *mazamorra*, enterró las huertas y se llevó las casas. Desde entonces sólo viven gentes desgraciadas.

—¿Cuándo fue eso? –inquirió Agiali, que, de entre todos, era el más interesado en conocer las cosas del mundo.

Manuno se encogió de hombros:

—No sé; pero debiera ser hace mucho, porque hasta los solares se han desmoronado.

—Entonces no debemos quedarnos aquí. No ha de haber quien nos compre nada, si son tan pobres como aseguras –reflexionó prudentemente Cachapa.

—Pierde cuidado. Los del pueblo no han de comprarnos gran cosa, pero vendrán de las haciendas…

Manuno sabía lo que decía.

Así que tocaron los *sunichos* las primeras casas del burgo, salieron a sus puertas los moradores, y les brindaban su techo para quedar en él, la noche o todo el tiempo de su permanencia, pues sabían que el hospedaje iba a traerles el beneficio de unos cuantos puñados de comestibles, y no querían desperdiciar la ocasión de variar su yantar de una noche con frutos preciados a su gusto. Pero Manuno defraudó todas las esperanzas, porque fue a alojarse a casa de Choque, antiguo conocido suyo, hombre honesto y de comodidades, incapaz de ninguna mala acción, aunque con la singularísima particularidad de ser extremadamente locuaz y comunicativo.

Descargaron, pues, sus bestias en casa de Choque, les sirvieron unas buenas brazas de pienso, y echando sobre los hombros parte de su carga, fueron a instalarse en media plaza, donde extendieron sus ponchos y *manteos*, para lucir encima los allí codiciados frutos del yermo.

La plaza, fea y triste, era de regulares dimensiones. La circundaban casitas romas con techo de paja y ventanas enrejadas. En un ángulo se erguía la iglesia, dentro el cementerio, y era el único edificio descollante. Un triste silencio reinaba en el pueblo, interrumpido únicamente por el viento y el monótono rumor del río. De vez en cuando se veía cruzar un perro flaco y lanudo, y entonces los ojillos negros de *Supaya* se animaban con súbito y extraordinario fulgor; pero tampoco se atrevía a dejar la compañía de su amo, para correr en pos de galantes aventuras, o de peligrosas querellas.

Los puneños se miraban cariacontecidos, pensando que esta vez habían fallado del todo los cálculos de Manuno, y hasta opinó Quilco que se recogiese la carga y se la llevara a ofrecer al buen hombre que tan galantemente los había albergado en su casa; mas en ese momento, y, como para dar siempre razón al guía, una india apareció en un ángulo de la plaza, yendo hacia donde ellos se encontraban; a poco, un indio; luego otro y otro. Diríase que recién se hubiesen enterado de la llegada de los costeños y acudían a divertirse con la heteróclita exposición de sus artículos. Cada uno, sin embargo, traía oculto entre el (*pullo*) mantón, o bajo el poncho, el *tari* en que se llevarían las cosas compradas, pero pasaban frente a los vendedores con gesto desdeñoso, fingiendo no interesarse por los comestibles. Algunos cogían los pescados y patos secos, los olían y los arrojaban fingiendo disgusto: parecían estar hartos de todo eso y nada dispuestos a dejarse coger el dinero, ganado con tan rudos esfuerzos.

Pero pronto tuvieron que apresurarse en abandonar su estudiado desdén. Se habían anoticiado los peones de las haciendas comarcanas del arribo de los costeños, y comenzaban a llegar en grupos, trayendo bolsas llenas de maíz seco y tostado, mazorcas (*choclos*) "cocidas y sin cocer, canastas de higos y de duraznos, manojos de *quirquiña* y todo aquello por lo que se muestran codiciosos los habitantes de las regiones frías.

Sólo que ahora los tales estaban decididos a no dejar sus productos sino por dineros contantes y sonantes. Acaso al volver, y siempre que no se les cansase ninguna de sus bestias, se proveerían de esos buenos artículos, pero, por lo pronto, era inútil ofrecerles ninguna permuta, porque iban a comprar semillas por cuenta del patrón y ciertamente no iban a cargar ellos

en hombros los productos que se les ofrecían en cambio. Que desatasen, por tanto, las bolsas y no diesen paz a las manos. De no, cargaban con sus productos y se iban a venderlos en las haciendas del interior, donde seguramente les pagarían buenos precios.

Este discurso de Manuno, dicho con gesto compungido y gran aire de sinceridad, surtió efectos sorprendentes, porque en un abrir y cerrar de ojos, casi a rebatiña, dieron fin con los productos de los costeños, que de fijo acabaran al punto con su cargamento, entusiasmados por la venta, si Manuno no les disuadiese de la idea. Que no fueran cándidos y fiasen a su experiencia y conocimiento del país. ¿Acaso era la primera vez que él andurriaba por esas regiones? Allí había que vender todo lo susceptible de dañarse con el calor, como los patos cocidos y los huevos; pero más adentro, por cerca de Tirata, desaparecería el resto de la carga en un santiamén y sacarían buenos precios.

Así les habló a solas camino de la casa hospitalaria; y como encontrasen los otros atendible su razonamiento, limitáronse a echar un vistazo a los asnos, para lanzarse en seguida a merodear por las huertas.

Iban en fila los tres, deleitándose ante las ramas rendidas por la abundancia del fruto, oyendo el incansable rumor del río y el perenne sollozar del viento, maravillados de que hubiese tantas aves de vivos colores y cuya armoniosa algarabía llenaba de alegre rumor los espacios rutilantes y de los que caía una luz tibia, alegre, que encendía los tonos de las hojas, ya amarilleadas por el otoño, doraba con reflejos cambiantes las lejanas cimas de los cerros e iluminaba intensamente las grietas de los montes. Respiraban con fruición el aire impregnado con todos los perfumes de las flores silvestres que brillaban en el suelo, entre la hierba de los pastales, se enroscaban a los árboles, trepaban por sus ramas y pendían sus flores azules, moradas, blancas, rosadas, bicolores, con lujo de matices, y tan frescas, tan lozanas, cual si acabasen de abrir su capullo.

Un trueno surgido de una nube negra que apareció de pronto sobre los altos cerros del poniente les hizo tornar a la casa de Choque, quien les dio la bienvenida con una olla llena de *choclos* cocidos, y, como postre, un gran manojo de (*huiros*) cañas de maíz tiernas, de duraznos y de manzanas pintadas.

Comieron vorazmente, sin hablar, atentos a su ración y sin quitar los ojos de la olla. Choque los miraba devorar, sin decir nada, arrojando de tiempo en tiempo codiciosas ojeadas a la carga de los costeños.

Al fin habló:

—¿Quieren venderme un poquito de *hispi*?

Manuno puso aire compungido:

—¡Ay, tata! Lo vendimos casi todo, y ya no nos queda sino un poquito, para nuestro uso solamente.

—¿Y qué necesidad tienen ustedes de comer lo que comen todos los días? Es como si yo fuera a su tierra y sólo me alimentara de maíz…

Manuno deshizo uno de los *tercios*, introdujo con tiento la mano, y, tras largo hurgonear, cual si le costase trabajo encontrar lo que buscaba, sacó un puñado de pescado y se lo alcanzó a Choque:

—Toma este poco, y es lo único que podemos ofrecerte…

El valluno se deshizo en mil promesas de amistad:

—Ustedes pueden venir cuando quieran y alojarse en mi casa. Yo no voy a explotarles, como los otros; tampoco les voy a pedir paga por el pasto que coman sus bestias: me basta que me den alguna cosita del lago, –le dijo con tono despreocupado, sin hacerles sospechar que su beneficio lo obtenía del huano dejado por sus bestias y que hacía producir las cebollas monstruosas, los repollos o coliflores de cabeza enorme y dura que vendía a muy alto precio en los mercados de la ciudad.

Llegó la noche. Una noche oscura, perfumada y tibia. Los viajeros desacaronaron las bestias, y luego de manearlas, tendieron mantas y albardas en el suelo, y echándose encima, de espaldas, estiraron los pies a lo alto, apoyándolos contra el muro de la casa. Luego se colocaron en fila, a fumar un cigarrillo, arrebujándose en sus ponchos, y a poco se elevaban sus ronquidos fuertes y nada acompasados.

Despertaron a eso de media noche, tiritando de frío. Una oscuridad profunda e impenetrable rodeaba todo y se oía caer con fuerza el ruido de una lluvia torrencial. Despertaron mojados, y se dieron prisa en colocar la carga bajo el alar del techo, del que caían hilos de agua tibia.

—Es una tempestad –dijo Manuno.

—Son las últimas lluvias de otoño, las más peligrosas –respondió Cho-

que desde lo hondo de su covacha, en medio de la cual brillaba, como un rubí, el ascua del fogón.

Y añadió en seguida:

—Seguro que mañana entra la *mazamorra*.

Los puneños, sin saber por qué, estremeciéronse con la noticia. Las bestias pateaban en el corral, impotentes para defenderse de la picadura de los murciélagos, cuyas sedosas alas rozaban de vez en cuando el rostro de los viajeros.

—¡Es terrible la *mazamorra*! –dijo Manuno.

—Sí; hay que tener cuidado.

—¿Y qué es preciso hacer para defenderse?

—Nada; contra ella no se puede nada. No hay más que resignarse y dejar que haga lo que quiera, hasta que se le pase la cólera.

—¿De veras este pueblo ha sido enterrado por la *mazamorra*? –preguntó Agiali, que había retenido la breve relación de su compañero.

—Sí. ¿No viste acaso las ruinas al llegar al pueblo?

—Vimos; pero Manuno no supo explicarnos cómo había pasado la cosa. ¿Viste tú?

—Pasó de noche, como ahora, y nadie vio nada; pero todos sentimos la desgracia.

—¿También tú?

—Yo también.

—¿Y cómo fue?

El valluno se calló. El ascua roja ensanchó su círculo, alzóse una llamita azul del fogón, a su resplandor se vio que Choque encendía un cigarrillo. Y de pronto surgió su voz tranquila y gruesa.

—Era, como ahora, una noche oscura y hacía calor. Estábamos en el mes del Carnaval, y las gentes que habían venido de la gran ciudad (*marca*) se divertían bailando en la plaza a la luz de la luna, que brillaba entre nubarrones negros. Todas las noches precedentes habían bailado hasta el amanecer, pero en ésta, ya porque estuviesen rendidas o se sintieran amedrentadas por el aspecto del cielo, se recogieron temprano a descansar. Entonces era yo muchacho y había corrido casi toda la semana en pos de las pandillas de los patrones que discurrían por las huertas, arrojándose flores

y *romaza*, que nosotros les alcanzábamos talando acequias y jardines. No sabiendo qué hacerme, también me fui a dormir en el momento en que del cielo comenzaban a caer torrentes de agua tan grandes como jamás viera ni espero ya ver. Era una masa compacta que se desgajaba de las alturas: parecía que allí arriba el cielo era un lago desfondado y que la masa de agua caía precisamente sobre este pueblo…

"Entonces, repito, era yo un muchacho, y para volver al campo (*sayaña*) de mis padres, tenía que atravesar un arroyo casi siempre seco, menos cuando llovía en las alturas; pero al aproximarme esa noche, su ruido me anunció que había crecido hasta desbordarse. Las aguas, salidas de un cauce empinado y hondo, invadían gran parte del camino y se entraba[n] por las calles, llegándome hasta el tobillo. Me detuve: no iba a ser tan loco de atravesarlo. ¿Qué hacer entonces? Yo estaba mojado de pies a cabeza y tiritaba, no tanto de frío como de miedo; miedo de la noche, miedo del ruido, miedo de encontrarme solo y hasta de recibir al día siguiente una paliza de mis padres, a los que ya no debía volver a ver nunca.

"Entretanto, el ruido del río crecía, más y más. Era como si cajones enteros de cohetes reventasen en el espacio, y ese ruido no provenía del arroyo, a cuya orilla temblaba yo de espanto, sino de otros que, convertidos en ríos, se precipitaban sobre el pueblo desde lo alto de los cerros vecinos.

"De repente me pareció sentir que el agua entre mis pies tomaba mayor violencia e iba aumentando de caudal. Al mismo tiempo, hacia la playa, sentía ruidos intermitentes y poderosos, como disparos de las camaretas en el día de nuestra fiesta parroquial. ¡Cómo! ¡Yo conocía de sobra ese ruido! Una vez que se le oye, ya no se le confunde jamás con ningún otro… ¿Se nos venía acaso la *mazamorra*…? Eché a correr con todas mis piernas por entre los árboles de las huertas, tropezando con los troncos, resbalando entre los charcos, levantándome, pero siempre ganando instintivamente las alturas…

"En esto oí gritos: demandaban socorro, y eran gritos de angustioso espanto, y sentí temblar la tierra cual si todos los montes se viniesen abajo… Corrí, corrí desesperado, camino de la rinconada; y conmigo corrían muchos, y detrás de nosotros oíamos aullidos de perros en pena, gritos de gentes como esos mismos aullidos y que de pronto cesaban cual si una

mano les tapase la boca, y otros mil ruidos terribles que expresaba el espanto, el terror más bien…

"Al amanecer no quedaba casi nada del pueblo: la *mazamorra* se lo había llevado y cubierto. Las huertas estaban enterradas y sólo surgían sobre el lodo las copas de los árboles. Aquí y allá se veía algún cadáver rígido… Era el castigo de Dios contra un pueblo que sólo sabía pecar…

"Desde entonces ya no vienen las gentes de la gran ciudad a divertirse, y el pueblo está abandonado…"

Al oír la relación, los *sunichos* se estrechaban unos contra otros, como si ya sintiesen venir la *mazamorra*; pero el ruido de la lluvia fue calmando poco a poco y cesó por completo.

Volvieron a dormirse.

III

A la mañana siguiente comenzaron a acaronar sus bestias para proseguir el viaje.

Enormes nubarrones oscuros manchaban por retazos el cielo azul, y en la playa reventaba el río con voz hasta entonces desconocida por los costeños.

—Tengan cuidado, el río está de avenida. Será mejor que se queden –les aconsejó el valluno, entre interesado y compasivo.

Los viajeros no hicieron caso. Desde el albergue de Choque se veía la playa, y por ella caminaban algunos viandantes.

Partieron.

Ya en la playa, les impresionó el aspecto de la corriente.

Las aguas, ahora lodosas, corrían vertiginosamente, chocando con los enormes pedrones de granito y alzándose en tumbos altos y de siniestro aspecto. En sitios parecían amansarse y se deslizaban formando ondulaciones; pero era imposible seguirlas en su precipitado curso, porque pronto se cansaban los ojos.

Los *sunichos* tomaron el partido de incorporarse a un grupo de viajeros vallunos que de la ciudad iban camino de sus pagos, y eran los solos que llevaban su ruta, porque los demás marchaban playa arriba, en opuesto sentido; pero bien pronto se quedaron los amigos sin compañía, porque los vallunos conducían mulas avezadas en esos caminos, y los menguados borricos de los puneños, acostumbrados a caminar por la pampa, no podían igualarles en el paso, aunque se había disminuido considerablemente el peso de su carga.

Al alejarse, uno de los vallunos se volvió hacia los puneños y les gritó, dominando el ruido de las aguas:

—Si se quedan, tengan cuidado. Puede cogerlos la *mazamorra*.

Serían, poco más o menos, las nueve de la mañana. El cielo se había limpiado de nubes y el sol lucía con extraordinario esplendor sobre la osamenta rocosa de esos cerros, que tan pronto caían escarpados sobre la playa, estrechando al río en angostos callejones, como se abrían indolentes, presentando sus flancos fecundos al brazo del hombre, que los había cubierto con viñedos y huertas de árboles frutales.

Llegaron a un vado. El río mostrábase dividido en diversos brazos, reunidos entre sí por la huella de los viajeros, húmeda todavía, y fácil les fue a los *sunichos* atravesar los primeros, mas en el último, uno de los asnos fue cogido por una piedra y cayó al agua. Manuno corrió a levantarlo antes de que lo arrastrase la corriente que a los pocos metros volvía a juntarse, y, tras largos esfuerzos, pudo ponerlo en pie y ayudarle a ganar la orilla.

Andaba apenas el borriquillo: la piedra le había desgarrado la piel del corvejón, y el hueso blanqueaba entre el rojizo pelaje.

Le quitaron la carga y se la repartieron entre Quilco y Agiali. Manuno les dijo:

—Sigan caminando. Yo me quedaré a vendarle y déjenme los burros cansados. Si no los alcanzo de pronto, me esperan. Ustedes no conocen esto y pueden caer en algún mal paso.

Así lo hicieron, y a la media legua se les reunió un valluno.

Era un hombre entrado en edad, alto, seco, de nariz afilada, labios delgados y airoso continente. Vestía con cierta elegancia y sus ropas hablaban del buen estado de su bolsa.

Al ver a los costeños, detuvo el paso y los saludó con inusitada cortesanía.

—Buenos días, *tatai* –respondieron humildemente los *sunichos*, con esa humildad del indio cuando se encuentra lejos de su comarca.

—¿Dónde?

—A Usi.

—¿Y de dónde?

—Del lago.

—Dicen que allá no andan bien las cosechas.

—Hace tres años. En éste creo que ni las semillas hemos de sacar. ¿Y por aquí?

—¡Psh! Las heladas cayeron a destiempo y secaron las flores primerizas; pero hubo algo. Son los pájaros, que nos ocasionan mayores daños. En ese mundo también hay hambre.

—Lo mismo que allá arriba; los gusanos se lo comen todo.

—¿Y han de tardar mucho?

—Según. Si no encontramos granos en Usi, pasamos a Cohoni.

—Van lejos. Seguramente llevarán carnes saladas y quesos para cambiar.

—Un poco de pescado y *charqui* y casi nada de chalonas. Este año tampoco hubo ganado para degollar: el *muyumuyu* ha acabado con él.

—Dicen que es un mal terrible. Felizmente, no lo conocemos por acá.

—Es contagioso y ataca en grupo. A lo mejor, las ovejas comienzan a girar sobre las patas, dan algunas vueltas y caen como fulminadas.

—Será alguna maldición.

—Seguro. Por eso no comemos su carne; pero… ¡ja, ja, ja!… los otros, no.

Los "otros" eran los blancos, y así lo comprendió el valluno.

Ahora seguían por un angosto sendero que caracoleaba entre peñascos de granito, blancos y rojos, y aspirando el áspero perfume de unas plantas de hoja clara y flor amarilla.

El valluno, que dijo llamarse Cisco (Francisco), abrió su bolsa, cogió algunas hojas de coca, quitóles de un pellizco el rabo, hizo con ellas la señal de la cruz sobre su boca y las mordió, haciendo crujir sus dientes blanquísimos, agudos y limpios como los de un perro joven. Luego cascó un retazo de lejía, y sosteniendo con ambas manos la bolsa abierta, presentó su ofrenda a sus compañeros.

—Luego ¿no conocen estos parajes? –inquirió cerrando la bolsa y colgándosela de la faja.

—Nosotros, no; pero sí Manuno –repuso Agiali.

—¿Y dónde está ese Manuno?

—Se ha quedado atrás, con los burros cansados. No tardará en darnos encuentro.

—¡Hum! Burro que se cansa, no corre ni apura en playas. Yo les aconsejo no adelantarse mucho.

—¿Por qué?

—Porque estos caminos no son como los de allá arriba. Allá todo es parejo, limpio, claro. El cielo se extiende a lo lejos y caso de venir la tempestad, se la esquiva o se la soporta, pero sin riesgo. Acá, no; hay que aguantarla. En la pampa, cuando se tropieza con una ciénaga o un mal paso, se rodea, se busca otro camino; acá hay uno solo que corre junto a las

aguas, y éstas lo borran cuando vienen un poco gruesas, y entonces hay que abrírselo por entre las peñas y los troncos secos. Esto no es como aquello. Es más difícil… Pero vayan a atajar la recua; me parece que el vado no está practicable.

Agiali corrió y detuvo a los asnos al borde de las aguas.

Corrían tumultuosas y habían cambiado de color: eran ahora negras.

El valluno tenía razón; un repentino cambio había reunido la corriente en un solo brazo. Aún se veía el húmedo lecho de los otros, y las piedras, sin tiempo para secarse todavía, presentaban una capa de fino lodo en su superficie.

Estos cambios son rápidos, casi bruscos. Una piedra arrastrada al arranque de dos brazos, un tronco que se cruza, aumentan la presión de las aguas, que al punto se vuelcan del lado que ofrece menos resistencia.

La playa seguía desigual y multiforme; pero en partes se ensanchaba, y entonces la luz caía en triunfo de las alturas y bañaba las vertientes de los montes implacablemente alzados contra el alto cielo.

Cortados a pico y acribillados de rajaduras, en la cumbre solitaria y altísima, parecían florecer en un hacinamiento de rocas y pedruscos inclinados sobre el abismo, cual si eternamente amenazasen caer desde su cima, aplastar al caminante, pulverizarlo.

Allí, en las oquedades, anidan los cóndores.

Veíaseles revolotear lentamente por bajo de las cumbres, en tanto que otros, parados en las aristas, avizoraban la playa, buscando la presa sobre la que han de caer o la carroña que las tumultuosas aguas arrojaron en el intersticio de los pedrones, y celebrar su festín junto a los cuervos, que, más atrevidos, no se apartan de la playa y se pasan posados horas de horas en los pedrones, piojosos y cavilosos.

—¿De veras crees que entrará el río? –preguntó Quilco al comarcano.

Detúvose éste, volvió los ojos hacia el Norte, y levantando el brazo en esa dirección, repuso:

—Cuando llueve allá arriba, seguro. Y ahora está lloviendo a torrentes; basta ver esas nubes. Pudiera que nos ataje la *mazamorra*, de Huanuni, y en ese caso, no hay más que dormir al aire, en el campo, o retroceder para buscar abrigo en Guaricana o en cualquier otra finca.

—¿Y qué hacemos?

—Deben apurarse. En estas cercanías no hay ningún caserío, y, por lo que veo, ustedes no llevan bastante forraje para sus bestias. Para encontrarlo, aún tienen que andar unas dos leguas, y creo que hasta entonces les coge el agua.

Al oír esto, volviéronse los otros para ver si llegaba Manuno, y el camino estaba vacío. Se sentían tímidos, acobardados, cual si estuviesen frente a enemigos invisibles e implacables. Adivinó su perplejidad Cisco, y les propuso:

—Páguenme un poco de pescado y yo los conduzco. Soy de la región, y conozco todo esto como mi casa.

—Que venga Manuno y él lo diga; ha viajado mucho por acá.

—Le esperaremos entonces, porque tampoco podríamos seguir adelante. Oigan: está entrando la *mazamorra* –les dijo señalando con el dedo a lo largo del camino.

Un ruido sordo y profundo parecía surgir de las entrañas de una planicie gris y desnuda abierta entre dos cerros elevados, cortada en medio por el cauce hondo y estrecho de un torrente, amurallado en la superficie por albergadas de piedras y troncos.

Llenando el fondo del cauce, casi manso por su densidad y sin ruido, corría un barro líquido, embadurnando las piedras del angosto alfoz.

—¿Pasamos? –preguntó Agiali al valluno.

Este le miró con expresión de burla.

—Ni el demonio pasaría a pie en este instante. El agua es poca, pero tiene mucha fuerza. Además, miren: viene la *mazamorra*.

Una masa terrosa avanzaba, llenando el cauce hasta tocar con los *reparos* de piedra y troncos levantados en lo alto. Avanzaba lentamente, como con cautela, rodando sobre sí misma, deteniéndose breves segundos, cual si se replegase para dar un salto, y de pronto se deshacía con un estallido breve y rotundo. Entonces corría la masa con alguna rapidez, hasta que tornaba a calmarse para volver a rodar en tumbos, y de su interior surgía el ruido sordo de piedras que se aglomeran y chocan al juntarse. A veces, detenida por su misma densidad o por algún saliente del terreno, suspendía del todo su lento caminar, y entonces nuevas capas de lodo venían a

acumularse sobre la quieta superficie, para luego volver a estallar y correr. Y temblaba el piso con vibraciones repetidas, como si dentro trabajase una caldera en ebullición.

Los viajeros se retiraron con espanto del cauce cuando la masa estaba por llegar a su altura, dándose prisa en alejar a sus bestias del borde de ese caos siniestro.

Llegó Manuno.

Venía bañado en sudor porque, para seguir el camino, le había sido forzoso aliviar la carga de uno de los burros echándosela, y ya no podía más. Las acémilas, también sudorosas, temblaban sobre sus débiles patas.

—Han avanzado mucho; parece que están muy apurados –dijo torvamente y sin saludar a Cisco, pues traía endiablado mal humor.

—No podemos seguir; ha entrado la *mazamorra* –dijo Agiali, sin responder directamente al colérico.

—Y eso los ha detenido. Si no, me dejan –insistió el otro, arrojando la carga en el suelo y echándose encima.

Las nubes habían desaparecido completamente y el sol lucía en lo alto con todo esplendor, cual en invierno, pues el cielo era azul como una turquesa.

—¿Y qué hacemos ahora? No podemos quedarnos en esta pampa, porque las bestias se morirían de hambre, –dijo Manuno al ver que los otros no respondían nada a sus quejas.

—Este hombre –y Quilco señaló al valluno– nos pide un poco de pescado para llevarnos por buen camino. Es de Millocato.

Manuno se volvió hacia Cisco:

—¿Y por dónde nos llevarías si no podemos atravesar la *mazamorra*?

—Hay un puente más arriba, pero se paga peaje, porque es de la hacienda.

—¿Y cuánto se paga?

—Un real por cada bestia.

—Prefiero volver a Huaricana.

Cisco se alarmó.

—Es que yendo conmigo no pagarán nada.

—¿Y es lejos?

—Una legua corta.

—Mucho es. Sería mejor esperar a que baje el río, y entretanto, descansarían un poco nuestras bestias; ya no puedo más.

—Como quieran; pero a veces hay que esperar hasta la tarde o todo un día… Yo me voy, ¿no quieren ofrecerme un poco de pescado? Si pasan el río, pueden llegar a casa: está sobre el camino.

Manuno dijo que se le dieran unos cuantos pescados y el valluno se fue contentísimo. Al partir les advirtió:

—Ya va cesando la corriente y puedan pasarla en la tarde. Después, sigan el camino hasta otra *mazamorra* y bajen por el lecho, que es seguro, hasta encontrar el río, pero sin abandonar la orilla. El agua es siempre menos peligrosa que el barro.

—¿Y cuánto dista de aquí al río de Palca?

—Una legua corta.

Despidióse Cisco y se fue.

Los *sunichos* descargaron las bestias, les dieron el resto de la cebada seca que traían sobre las cargas y se tendieron a merendar.

El ruido del río menguaba de sonoridad, y ya no se oían los fuertes estampidos de la *mazamorra*.

Quedaron allí hasta que el sol estaba por esconderse tras los altos cerros, y emprendieron otra vez la marcha, reconfortados con la merienda y el reposo.

—Deben de ser las tres, y llegaremos temprano a la casa de Cisco –dijo Manuno mirando el sol.

Atravesaron sin incidente el lecho de la *mazamorra*, lavado por las aguas turbias, y salieron a otra llanura cortada también en medio por el cauce de una nueva *mazamorra*.

—Ha dicho que bajemos por la orilla, hasta encontrar el río grande…

—No hay que creerle –repuso el guía. Lo dijo porque tenemos que atravesar algunas huertas, y los vallunos temen que les roben su fruta.

—¿Y si no fuera por eso? –arguyó Quilco.

—Por eso es. El camino por la huerta es más corto; pero si quieren, sigamos la *mazamorra*: lo mismo me da.

Así lo hicieron, sin más discusión. Y para no sufrir mayores contra-

tiempos ni correr el riesgo de extraviarse, Agiali, el más ágil, se puso a la cabeza del convoy.

Se fue abriendo la playa. Las vertientes de los cerros estaban talladas en plataformas donde verdeaban huertas de duraznos y viñedos, pero en sus cumbres peladas sólo florecían las chumberas o los cardos enhiestos y agudos.

Al fin, treparon a una ancha llanura que se extendía sin ondulaciones hacia el fondo de la playa. Los rebalses de sus *mazamorras*, esparcidos en una gran extensión, aprisionaban las aguas al fondo del mismo cerro contra la roca viva; pero éstas habían vuelto a ganar terreno, carcomiendo la espesa muralla y llevándosela retazo a retazo, hasta convertir el callejón en un pasaje ancho y de poco pedrusco.

Sobre el suelo de la llamada, duro como la piedra, no medraba ni la más pequeña hierba. Hecho de argamasa, arena, y lodo batido y rodado por muchas pendientes, su tierra no lleva ninguna virtud germinativa, y tienen que caer sobre ella muchas lluvias y el polen de muchas flores para recubrirse en partes con el verdor de plantas inútiles, que en su afán de vivir, serían capaces de echar raíces sobre el mismo hierro batido.

A poco andar sobre la meseta, Agiali se volvió hacia sus compañeros. Estaba azaroso, inquieto.

—Por este camino hace tiempo que no ha venido nadie; no hay rastro fresco y debe de conducir a malas partes.

Manuno halló justa la observación de su compañero. Ni polvo tenía la senda, y sólo guardaba sobre el lodo seco la antigua huella de una tropa de ovejas.

—¿Qué será?

—No sé. Bueno sería preguntar a alguien, pero a nadie se ve. A no ser que fuéramos hasta aquella casa –opinó Quilco, señalando el confín de la meseta, donde verdeaba una huerta.

Por entre los árboles se alzaba una derecha columna de humo tenue y azulado.

Los borricos avanzaban con paso ligero sobre ese terreno llano, parecido al de la querencia, y el mismo *Supaya* se mostraba locuaz con sus alegres ladridos.

De repente, los asnos se detuvieron formando grupo. Quilco se alzó de puntas, y lanzando una exclamación de angustia corrió hacia las bestias. Sus compañeros, presintiendo una desgracia, corrieron tras él.

¡Lo de siempre!

La planicie, rellenada con los rebalses de una *mazamorra* que se había endurecido por encima con el sol, presentaba una superficie lisa y, al parecer, compacta; pero en lo hondo el lodo permanecía fresco y cedía con facilidad a cualquier presión de encima, sobre todo en las primeras semanas de su estancamiento.

Y al lodo había caído una mula de Agiali, la delantera, y se debatía metida hasta el pecho en el atolladero, sin poder arrancarse de él, y antes hundiéndose más a cada nuevo movimiento que intentaba para zafar de la traidora sima. Con la cabeza levantada, las orejas rígidas, inmensamente dilatadas las fosas nasales por el terror, daba resoplidos como demandando pronto socorro.

Manuno, más previsor que sus compañeros, sacó de su faja un cuchillo y se lo pasó a Agiali, ordenándole cortar la cuerda que sujetaba la carga; mas el mozo, dolido por la pérdida, no se atrevió de pronto a ejecutar la orden.

Ante su vacilación, Manuno gritó, colérico:

—¿No ves que ya no puede tu animal? Si no cortas, lo pierdes.

Ciertamente, la mula ya no podía. Los continuos esfuerzos agotaron pronto sus bríos, y ahora, inmóvil, paciente, manteníase quieta, como resignada a su suerte, en santa humildad. Las otras bestias, muertas de hambre, vagabundeaban bajo la vigilante mirada de uno de los puneños, lejos del peligro. *Supaya*, sentado sobre sus patas traseras y el hocico al cielo, ladraba sin reposo.

—Voy a pedir ayuda a aquella casa –dijo Agiali, confundido con su desventura.

Y sin esperar respuesta ni ver dónde ponía los pies, se lanzó por la traidora llanura, andando de puntillas, como para aligerar el peso de su corpacho.

En la casa topó con Cisco. Yacía sentado sobre una piedra, al pie de un peral, y departía con otros tres vallunos, al parecer dueños de la vivienda.

—¿A qué vienes? –le preguntó.

—Una mula… ¡mi mula se ha hundido! –repuso, sofocado.

—¿Dónde?

—Allí, en la *mazamorra*… ¡Ayúdennos, por Dios!

Se levantaron los vallunos con piadosas diligencia, y, armándose de picos, azadas, cuerdas y algunas vigas, se fueron al lugar del accidente.

El lodo estaba acuoso y deleznable.

Cruzaron los maderos en torno de la bestia atollada, y cavando un círculo en su derredor, pasáronle dos cuerdas bajo el pecho, atáronle otras a la cola y al hocico, y, a una mano, tiraron unos de los lazos y otros introdujeron las vigas bajo el cuerpo de la mula, la cual, poniendo de su parte alguna buena voluntad y tras pocos esfuerzos y gritos y algunos varazos bien aplicados en las ancas, pudo saltar a lo seco, cubierta de sudor y de lodo.

—¿No les dije? Esto no es lo mismo que la pampa. Aquí hay que andar con cuidado.

Engulló Cisco unas hojas, mordió un retazo de lejía, y añadió con acento distraído:

—Pero tienen suerte. El otro día, aquí mismo, se hundió un burro y se fue adentro, como si los demonios lo jalasen por las patas.

—¿Y no hubo manera de sacarlo?

—Se podía; pero el mestizo quiso obligarnos a trabajar por la fuerza, y lo dejamos…

Comenzó a reír con malicia, coreado por los otros que rompieron en unánime carcajada.

Y añadió luego:

—Otro día, más lejos, se hundió toda una recua, y los dueños, para salvarse, tuvieron que ganar la orilla pisando sobre los cadáveres de sus mulas… Ustedes anduvieron felices… El susto, y nada más.

Y viendo que los puneños se disponían a emprender la marcha, les dijo:

—Vayan con cuidado y no sean muy atrevidos. Si se deciden a pasar el río, pregunten por mí y quédense en casa. Está sobre el camino.

Y añadió, insistiendo en sus consejos:

—Es preferible marchar con la corriente, meterse en ella, porque el

agua, aunque traicionera, no lo es tanto como el lodo… Yo sé eso y les advertí: ¡pero no me han hecho caso!

Se encogió de hombros y se puso a maldecir del río, lleno de rencor.

¡Cómo era condenado el maldito! En invierno, cuando no hay nada para conducir a la ciudad y el sol luce y la tierra es yesca seca, apenas unas cuantas gotas para refrescar el casco de las bestias y sólo la playa desnuda y polvorienta. En otoño, rico en frutos y pródigo en verdura, diluvios de agua, avenidas, tempestades, el desplome incontenible de los cerros trocados en lodo…

El río es traicionero, veleidoso, implacable. Hay que arrojarlo palmo a palmo, sin reposo ni desfallecimientos. Hoy corre por aquí, socava el terreno y lo derrumba. En vano se ponen muros a su veloz corriente; vanamente se construyen a fuerza de paciencia y dinero esas grandes albergadas de troncos y asentadas con piedra acumulada en largos días de trabajo porfiado; de pronto se encapricha, toma nuevo rumbo y las deja en seco, para mostrarse allí donde no existen, cuando no las ataca por detrás, para cargárselas con toda su complicada trabazón, después de haberlas despojado de su armadura de piedra.

¡Oh, ellos bien conocían el río! Toda su vida no era sino una perpetua lucha con él. Lucha tenaz, porfiada, perenne, eterna… ¡pero él siempre triunfante, siempre devastador, siempre terrible!

De padres a hijos, era la misma cosa. El río es peor que la peste y que cualesquiera otras calamidades. La peste viene, calienta, y se va, llevándose a algunos. Otros nuevos los reemplazan, y se vuelve a recomenzar la lucha. El río ataca la tierra, la carcome y la derrumba. Una vez caída, se convierte en playa, y la playa es estéril como vientre de momia…

¡Y cómo mata el perverso!

En los ríos mansos, aunque hondos, se puede flotar, nadar, tocar tierra, asirse a cualquier cosa, salvarse; aquí nada es posible. Las aguas, sobre un lecho inclinado de rocalla, corren encrespadas, furiosas, chocando contra peñascos, dando tumbos, y ¡guay del que se deje coger por las cochinas!…

Y Cisco, lleno de rencor, lanzó un escupitajo al lodo.

Caía dulcemente la tarde cuando los viajeros llegaron a la orilla del río.

Las aguas negras y lodosas, pero divididas en varios brazos, se arras-

traban con violencia, y de sus entrañas surgían ruidos sordos producidos por el choque de las piedras. Rodaban éstas alzando tumbos que caían desflecándose como las barbas de una pluma, daban con otras y se detenían, avanzaban otra vez, volvían a pararse…

En la playa no había viajeros. Habíanse detenido en la opuesta orilla, sobre tierra firme, cabe las huertas, y se les veía formar grupos al lado de sus bestias descargadas, que ramoneaban en los bordes de la escarpa por entre floridos retamales. Yacían sentados junto a su cargamento, mirando la corriente negra y siguiendo los andares de esos nuevos caminantes que serían tan locos de atravesar esa corriente enfurecida.

—¿Qué hacemos? No podemos pasar –dijo Quilco, mostrando las aguas barrosas.

—¿Y cómo pasaron aquéllos? –repuso Manuno señalando a los viajeros de la banda opuesta.

—Acaso fue antes, cuando no entró la avenida.

—Yo creo que sería preferible volver –opinó prudentemente Agiali.

Manuno se enojó:

—Ustedes no parecen hombres. Ya está cerrando la noche, y no sabríamos dónde dirigirnos para encontrar forraje, cuando de dos saltos podremos llegar a la orilla opuesta, alojarnos en casa de Cisco y hartarnos con choclos y buena fruta…

Al oír esto brillaron los ojos de los *sunichos* y se les cayó la baba. Tenían un apetito devorador, y era inhumano hablarles de cosas suculentas.

En ese momento llegó junto a ellos un hombre alto, delgado, musculoso, amojamado, de piernas redondas, finas, llenas de nervios. Traía completamente remangados los calzones y se sostenía en una percha de más talla que él, nudosa, recta y fuerte: un *kuphi* magnífico, endurecido y dorado al fuego.

Salúdoles con urbanidad, y echando una rápida ojeada a los brazos del río, como para ver por dónde podía atravesarlos, comenzó a despojarse de sus ropas.

—¿Ven cómo ha de pasar éste? No tenemos sino que seguirle –dijo Manuno aflojándose los calzones.

Le imitaron los otros, contagiados por el ejemplo.

El valluno les miró y no dijo una palabra. Se había despojado de los calzones, la chaqueta y el chaleco, con los que formó un paquete, que se lo puso sobre los hombros sujetándolo con la correa del calzón alrededor del cuello; luego se soliviantó la camisa hasta las axilas, hundió con un golpe el palo en la corriente y se metió en ella.

El agua le llegó hasta la cintura, y se levantó al chocar con el cuerpo del hombre, en brusco salto, con furia crispada; mas no pudo derribarlo. Avanzaba el indio con rapidez, siguiendo al sesgo el curso de la corriente, pero sin perder de vista el punto de arribo de la orilla opuesta.

Le imitó Agiali, con valentía, halando del ronzal al más débil de sus asnos, y detrás de Agiali se metió al agua *Supaya*, el perro. Tras él lanzáronse los demás, colocándose al lado de las bestias, para recibir ellos todo el choque de las aguas y quitarles algo de su fuerza, oponiendo la frágil resistencia de sus cuerpos.

Estaban en medio vado, cuando se oyó el sordo choque de una piedra y uno de los burros de Manuno fue envuelto por la corriente. Alzóse otro tumbo negro, y desapareció la bestia un instante; mas al llegar a un punto en que se explayaba la turbia onda, probó ponerse en pie, pero era tal la violencia de las aguas, que sólo alcanzó a erguir la cabeza. Y río adentro, se fue dando tumbos, en alto las patas rígidas o mostrando el combo de la carga, que iba alejándose a una angostura, donde las aguas corrían en anchas ondulaciones por un cauce desigual y lleno de agujeros.

Manuno prorrumpió en un grito desolado. Y, ciego ante el peligro, atento únicamente a su desgracia dejó la recua y se lanzó corriente adentro, en auxilio de su bestia; pero, a unos cuantos pasos, perdió el equilibro y también cayó.

Las aguas dieron otro salto.

—¡Hú-u-u! –aulló el indio, sacando al aire la mano crispada, como en busca de un asidero.

—¡¡Choy!! –gritó Agiali, sin atreverse a soltar el ronzal de su asno!

Y a su grito de sin igual espanto volvió la cabeza el valluno, y al ver rodar el cuerpo de Manuno, vaciló un segundo, cual si quisiera prestarle socorro; pero siguió avanzando, con más presteza aún, pues bien sabía que detenerse era morir.

Llegó a la ribera, y sin preocuparse del náufrago, gritó a los otros, indicándoles el camino:

—¡Avancen! ¡Avancen sin parar!… ¡Por aquí!… ¡Por aquí! –y con palo mostrábales el punto en que las aguas saltaban entre las piedras y por el que acababa de ganar la banda.

Los otros, pálidos, despavoridos, con los ojos fuera de las órbitas, seguían avanzando. Agiali fue el primero en llegar, y apenas hubo tocado tierra firme, diose a correr playa adentro con los ojos fijos en su compañero, que seguía luchando con la corriente, irguiéndose a veces hasta ponerse en pie, queriendo nadar otras para ganar la orilla; mas las aguas lo derribaban a cada intento, arrastrándolo cual frágil rama de árbol seco.

Uno de esos momentos quedó, sin embargo, atravesado contra un peñasco que en medio del cauce hacía saltar las aguas y probablemente hubo de asirse de alguna arista, porque en la base de la turbia onda aparecía la redonda forma de su cabeza como una bola de lodo, en la que blanqueaban los ojos con expresión de infinito terror… Y hasta ellos, por sobre el ruido impetuoso y cóncavo de las aguas, llegó su aullido horrendo que nada tenía de humano. Pero eso apenas duró un corto instante, porque resonó un postrer alarido, ahora de dolor, y el cuerpo desprendióse de la piedra para ir a reunirse al de la bestia, que seguía rodando, informe…

Se agruparon en la orilla, despavoridos, con los ojos agrandados por el más profundo de los espantos…

—¿Qué hacemos, *tatai*? –preguntó Quilco al valluno, llorando.

—Nada –repuso éste con acento triste. Y añadió– Seguir avanzando o quedarse. Lo que es a su compañero ya no lo encuentran vivo.

—¿De veras? –interrogó Agiali ansiosamente.

—Seguro. Si no se ha ahogado, lo han destrozado las piedras… Pero ahora ustedes no pueden quedarse aquí. Pasen de una vez el río, y ya verán mañana si encuentran el cuerpo de ese desgraciado. La noche se viene.

Efectivamente, se espesaban las sombras y en la orilla brillaban los fuegos encendidos por los viajeros. Las aguas ya se veían negras, y en la penumbra parecía resonar más rabioso su hueco mugir.

—Yo sigo, y si quieren, vengan tras mí –dijo el valluno.

Y partió.

Siguiéronle, doloridos y sin voluntad. Todo su temple se había aflojado como un resorte roto, e iban ahora ganados por el miedo a la muerte, avasallador, terrificante.

Pasaron otro brazo menos fuerte, luego algunas ramificaciones dispersas, hasta llegar a un islote ancho y largo como de treinta metros, que tenía la forma cabal de un hierro de lanza. Arroyuelos de agua limpia lo cruzaban por tres puntos, y una enorme mole de granito detenía todo el ímpetu de la corriente, obligándola a dividirse en diversos brazos para formar en medio el dicho islote.

Los viajeros acampados en la banda opuesta habían corrido al borde del acantilado, para seguir con miedo las terribles peripecias de esa travesía.

Muchos gritaban a los *sunichos*, aconsejándoles se volviesen; pero su voz se perdía en el tumulto de las aguas, y los cuitados iban llorando, no tanto al muerto como al caudal que con él se perdiera, e iban sin quitar los nublados ojos de sus bestias ni perder una sola pisada del valluno, el cual, llegando a la orilla, se detuvo, con los pies metidos en el agua y los ojos fijos en la corriente, a esperar que se le reuniesen los desolados caminantes. Cuando los vio juntos, hablóles a gritos:

—Mejor es que ustedes no sigan y me vean pasar. Este brazo es más fuerte que los otros y les dará muchos trabajos, porque ustedes no saben atravesar un río. Si ven que el agua me llega hasta el pecho, mejor es que no pasen y se queden la noche en este sitio, que no ofrece ningún riesgo, porque mañana la corriente habrá disminuido.

—Sí, *tatai*, y gracias –repuso Quilco, dando diente con diente a la vista del río y lleno de un terror indefinible.

El valluno hizo una cruz y, santiguándose, volvió a meterse en las aguas negras. Los viajeros acampados en las huertas prorrumpieron en una serie de alaridos, que más parecían de amenaza que de súplica:

¡Locos!… ¡Estúpidos!… ¡Condenados!…

—¿Nos quedamos? –consultó Agiali a Quilco, cuando vio arribar a la orilla al audaz caminante.

—Sí: ¿no viste acaso que casi se lo lleva? –dijo señalando con los ojos al mozo, que, sentado sobre una piedra, se ponía los calzones.

—Mejor; porque yo no vuelvo.

—Tampoco yo.

—¿Y les quitamos las cargas a las bestias?

—Les quitamos. ¿Cómo nos abrigaríamos si no?

Así lo hicieron. Y con las cargas formaron en medio del islote, en la parte más seca, un círculo, dentro del cual se instalaron hombres y bestias, enloquecidos por el terror: los hombres se juntaron en un solo grupo temblante y las bestias doblaron las patas dando grupas a la corriente, como si quisiesen evitar espectáculos de miseria.

Cayó, densa, la noche; dejó de soplar el viento y los pobres, apretados entre sí, yacían inmóviles, mudos, sombríos, en tanto que el río mugía bravamente y su ruido, en la oscuridad de las tinieblas, llenaba todo el valle. A veces –cosas de la ilusión– parecía que su rumor cambiaba de rumbo; entonces los viajeros sentían un estremecimiento de gozo en sus corazones ateridos de miedo y de frío… Pensaban en el compañero desaparecido quizás por siempre… Nada veían a su alrededor; la oscuridad impenetrable les envolvía. Para darse un poco de tibieza, se habían cubierto con sus ponchos y mantas; pero la humedad de la playa subía hasta ellos, pegándoles la ropa a las carnes, y las salpicaduras les bañaban el rostro con gotas lodosas y de sabor extraño.

Pasaron las horas.

Chispas luminosas brillaban con intensidad en las tinieblas densas, y los cuitados no sabían si eran luciérnagas o los otros viajeros que fumaban… ¡Qué les importaba a ellos, después de todo, lo que fuera! Sólo anhelaban que viniese la luz, se hiciese el día o que engrosase de veras la corriente y se los cargase… ¡Perra vida!

—¿Sientes? –gritó Agiali a oídos de Cachapa.

—¿Qué-e-e?

—Tengo los pies mojados: el agua se nos viene…

Cachapa se estremeció. Y extendiendo las manos, palpó el suelo para convencerse. El perro aullaba sin reposo.

—No; son las piedras frías. Me parece más bien que se oye menos la corriente.

Y así era. El ruido parecía alejarse poco a poco y cual si las aguas hubiesen tomado otro rumbo.

—¿Sabes? Estaba escrito. La *Chulpa* (bruja) lo ha predicho.

—¿De veras? –preguntó, ansioso y temblando de espanto.

—Sí; dijo que moriría de mala manera… Así…

Su voz profunda temblaba de pavor, y al extraño eco, *Supaya* se dolía con largos gemidos. Cachapa se estrechó aún más contra su compañero, que repitió:

—Sí, cierto; lo ha dicho la *Chulpa*. El diablo ha de estar contento. Tengo miedo.

Se callaron; sus pechos latían, tumultuosos.

—También ha muerto mal su padre. Recuerda que lo cogió una avalancha en la *apacheta*; no se pudo encontrar su cadáver, y la *Chulpa* dijo que el diablo se lo había llevado.

—Sí; y también el tío; se ahogó una noche cogiendo *suches*.

Volvieron a callar sin fuerzas ni ánimo para seguir evocando recuerdos de muerte.

Al fin, el alba se anunció en las alturas.

Una franja violácea lució primero sobre el fondo oscuro de los montes, empurpuró después, y poco a poco se fue extendiendo y cambiando de tonos, yendo del púrpura al anaranjado, en tanto que la cuenca del río permanecía ahogada en sombras impenetrables. Las estrellas comenzaron a languidecer y el oscuro aterciopelado de la ancha bóveda se fue haciendo más claro.

Allá, en lo hondo, al parecer entre la espesa sombra de la huerta, apareció el parpadeo brillante e intenso de una hoguera. De lo lejos, vino el rebuzno de un pollino. Y, por el hueco del cauce profundo pasó zumbando un cuerpo opaco.

A poco, se diseñaron sobre la claridad vespertina las cimas de los montes como grupas de camellos enormes, y las aristas dibujaron sus picos sobre la opaca tonalidad del cielo. Luego vióse esparcir un resplandor rojo, y, en el fondo de la playa, saltó el blanco de un muro de granito cortado a pico.

Agiali fue el primero en ponerse de pie, sobre el grupo hecho un ovillo. Diestro en sondear las tinieblas, investigó la corriente, cuyos tumbos lodosos parecían espesar las sombras del valle. Y vio que, como lo presintiera

Cachapa, gran parte de la corriente se había volcado a la banda opuesta, cual si se apiadase de la tribulación de los hombres.

Pasaron el río, en medio de la expectación de los viajeros acampados sobre el talud, que los vieron ganar la plataforma con curiosidad y conmiseración pero sin dirigirles la palabra; y fueron a alojarse a la vivienda de Cisco, alzada sobre el camino, al amor de viejos árboles de peros ya cosechados.

—¿De veras se ha llevado el río a uno de sus compañeros? –les preguntó el dueño apenas los hubo visto.

Los cuitados contaron, gimiendo, la escena de pavor. Y no bien aseguraron sus acémilas en el corral del caritativo valluno, se dieron prisa en cumplir su piadosa e interesada tarea de buscar a su compañero.

Playa adentro, siguieron la corriente, investigando en el hueco de los pedrones, deteniéndose allí donde las viscosas aguas formaban remansos, para hurgonear el fondo con las perchas de que se habían provisto. Descendieron así más de una legua, sin hallar rastro del desaparecido. Y Quilco aventuró la sospecha de que quizás haya podido salir en alguna distante orilla… Cisco, que iba con ellos, meneó la cabeza negativamente.

—Inútil. Cuando el río lleva, mata.

Pero no se dejaron convencer y siguieron buscando hasta la hora de la merienda, en que mutuamente se obsequiaron ofreciéndose sus comestibles. Se habló de las cosechas, de los malos años, y poco de Manuno. Al final, fue Cisco quien dio su parecer en frase breve:

—¡Inútil! No hay más que irse. Se ha perdido…

—¿Y el dinero? –exclamó Agiali. Si no lo encontramos, han de creer que nos lo hemos repartido.

Cisco hizo un gesto y no repuso nada. Subido sobre una piedra, con las manos sobre los ojos miraba el fondo de la playa, en actitud pensativa. Al fin interrogó:

—¿Cuánto llevaba?

—Cuarenta pesos.

Hizo otro gesto vago, y añadió:

—Inútil. Las aguas se los han quitado: son ladronas. ¿Los llevaba en la ropa?

—No; atados al cuello, en un pañuelo.

Escupió el valluno con cólera y dijo:

—¡Cochinas aguas! ¡Todo lo tragan!…

Aún buscaron dos horas, hasta el atardecer, y la playa arriba, porque Cisco les juró no haber visto jamás que los cadáveres fuesen arrastrados más de una legua. Cuando llegaron a la casa, les esperaba la consorte de Cisco, con una bandeja de *choclos* reventados y otra de manzanas y duraznos recogidos del suelo y caídos por maduros de la rama.

Comieron con apetito y sin hablar. Estaban entontecidos de dolor, no tanto por el compañero como por el dinero perdido… ¿Cómo llenarían su misión? ¿Qué responderían a los patrones…?

Acordaron, unánimes, la última tentativa. Irían playa adentro, hasta la vega, si posible, y si no daban con los despojos de Manuno, no tornarían a la hacienda, fugarían lejos, donde nadie pudiera verlos más. Así lo declaró Quilco rotundamente.

—¿Y tu casa? ¿Tus bueyes? ¿Y tu mujer y tus hijos? –aventuró Agiali.

Quilco se alzó de hombros, desolado.

—¡No importa! ¡Pero el patrón nos mata!…

Y llorando con el miedo del castigo por venir volvieron a emprender al día siguiente la búsqueda. Del amanecer al mediodía, recorrieron toda la orilla del río hasta su encuentro con el de Palca; pero cuando se vieron en ese sitio desolado y salvaje, perdieron toda esperanza de encontrar el cadáver de Manuno.

Tornaron al alojamiento. Estaban rendidos, fatigados, y se echaron a reposar al pie de los árboles, donde quedaron adormecidos con profundo sueño.

Durmiendo los encontró Cisco, al caer la tarde. Y dijo a su mujer:

—El muerto llevaba cuarenta pesos, y sé dónde está.

—¿Dónde?

—Allá abajo, cerca de la toma.

Y señalando el confín de la playa que en ángulo se perdía en la falda del cerro, añadió:

—¿Ves revolotear allá abajo a los cuervos? Pues en aquel sitio está.

—¿Y por qué no vas a cogerle el dinero? –le interrogó la hembra.

Cisco no repuso. Y ella insistió:

—No seas tonto. Con ese dinero tenemos para comprar una yunta joven, y la tuya está ya vieja: no puede más ¡Cuarenta pesos! No los ganas en un año…

Cisco no puso mayor resistencia: el argumento le pareció convincente y decisivo.

Se encaminó hacia sus huéspedes, que acababan de despertar, y les dijo:

—Voy a regar mi huerta, y les ruego cuidar de la casa, porque llevo a mi mujer.

Hizo una seña a la consorte, empuñaron las herramientas y se internaron en la fronda del arbolado.

La tarde estaba serena y tibia. El viento había cesado y reinaba profunda calma en el follaje. Las aves, por bandadas, revoloteaban en torno a sus madrigueras, gorjeando a plena garganta. Había mirlos canoros de rojo pico, azulejos, gorriones, jilgueros negros, de alas y pecho amarillos, torcazas cenicientas. En la fronda se oía el aleteo de las medianas; el silencio estaba poblado de trinos, y la tierra exhalaba vaho tibio y perfumado. En el éter triunfaba el azahar.

Anduvieron algunos minutos por un sendero abierto al borde del acantilado, sobre la playa rumorosa y pedregosa y por entre los altos perales cargados de fruto, y cuyas ramas pendían sobre el abismo. Iban silenciosos, mascando hojas de coca y rumiando halagüeños pensares. Al doblar un recodo bruscamente se detuvieron y se miraron azorados. En sus rostros se pintó una viva inquietud: una víbora acababa de atravesar el camino por la siniestra, y ésa era señal de mal agüero.

—¿Has visto? –preguntó Cisco con acento inseguro.

—Sí. No hay remedio. Tenemos que regresar; algo nos pasaría si seguimos.

—¡Hay que regresar!…

Dieron media vuelta, y sin volver la cabeza, a paso lento, deshicieron lo andado.

—¿Y qué les decimos? –inquirió el esposo cuando estuvieron por llegar a la casa.

—La verdad. Si mentimos, puede que nos pase algo.

No hablaron más. Pero al día siguiente y cuando los forasteros acaronaban sus bestias para emprender el interrumpido camino, Cisco, simplemente, sin conceder gran importancia a sus palabras, les dijo:

—Habría que ir a ver lo que rondan los cuervos allá abajo; pudiera que sea *él*.

Se consultaron los otros. Cachapa arguyó:

—¿No será un perro muerto?

—Puede; un perro o un hombre muertos. Los cuervos no revolotean en torno de las rosas.

Resolvieron ir. La distancia quedaba corta, y no era inútil intentar la última prueba, pues lo más que podría ocurrirles era perder una media jornada, y ellos la recuperarían andando de noche, ya que las bestias estaban reposadas y comidas y había en el cielo anuncios de una luna nueva.

Les acompañó el valluno.

Al acercarse al sitio en que revoloteaban los cuervos, tuvieron que buscar cosa de una hora para dar con el cadáver, y acaso no lo habrían conseguido si por indicación del Cisco no tomasen la precaución de seguir la direccíon en que miraban los voraces animales, que en sus revuelos pesados y lúgubres se cernían en torno de un solo punto, sobre las aguas del río.

Fue Agiali quien, detrás de un peñón, en una especie de remanso, vio una piedra lodosa con la forma de pie. Dio con el suyo una patada, y sintió una masa blanda y elástica que le hizo correr un temblor por el cuerpo…

Se pusieron al trabajo, y a la media hora retiraron el cadáver de Manuno. La única preocupación de los dolientes fue ver si aún llevaba el retobo de dinero. Allí estaba fuertemente anudado alrededor del cuello, y tan fuertemente que hubo necesidad de cortar a cuchillo el pañuelo.

Trasladaron el cadáver y lo enterraron esa misma tarde, en el cementerio de hacienda, sobre una colina que dominaba el valle, pelada de verdura. A Cisco le obsequiaron un cuarto de carnero seco (*chalona*) y algunos puñados de pescadillo asado (*hispi*), y partieron casi tranquilos y con el corazón más ligero, pues habían dado con el caudal, lo más precioso para ellos, y ninguno sufrió quebranto de fortuna yendo todo el daño a la cuenta del difunto…

IV

El terror al río ganó de lleno el corazón de los viajeros.

Iban ahora intranquilos, miedosos.

Cuando tenían que atravesar la corriente, todavía más gruesa con la junción del río de Palca, quedaban en la orilla, a esperar que algún viajero de la comarca se aventurase en sus aguas turbias, y la atravesaban con miedo, cogidos los tres de las manos para sostenerse mutuamente en caso de peligro.

La playa, siempre idéntica, ofrecía a los ojos el mismo espectáculo imponente y hosco: a ambos costados, cerros altísimos que se echaban hacia atrás, mostrando sus faldas verdes y pobladas de huertas, o se estrechaban, cayendo a plomo sobre el río, para enseñar la estructura de sus rocas rayadas horizontalmente, como las perforadas hojas de un libro. Y siempre el ruido bravo de la linfa opaca, combinado con el del viento incansable, tenaz, formando todo un concierto de voces duras, que los puneños escuchaban con el corazón encogido de angustia…

Hacia el atardecer llegaron a Tirata, donde vendieron el resto de su carguío, pero sin obtener los precios indicados por el difunto. Comenzaban a cansarse de veras del viaje riesgoso; y la playa sin camino, sin puentes, calentada como plancha por el sol, les causaba una indefinible angustia. Únicamente anhelaban llegar a su destino, comprar el grano y tornar a sus pagos, para no alejarse nunca de ellos ni a la fuerza.

En Tirata, la playa se abría con gesto pródigo, dejando en medio una extensa llanura fértil, toda plantada de cañaverales que se mecían al soplo de la brisa, con rumor tenue de hojas frotadas entre sí, y los árboles adquirían gigantescas proporciones.

Las casitas de caña eran miserables, a pesar de las enredaderas silvestres que trepaban por el techo, festoneando su sordidez con flores de vivos colores y penetrante perfume. Algunas ostentaban un emparrado, o yacían a la sombra de añosos y retorcidos algarrobos, en cuyos troncos se colgaban con fuerte abrazo las *granadillas*, y los *lacayotes* dejaban reposar sus enormes calabazas amarillas sobre el soporte de las ramas.

Enjambres de aves de brillante y encendido plumaje picoteaban, entre silbos y trinos, la cosecha de los árboles. Diamantinos colibríes venían a libar la miel de los *tumbos*, y revoloteaban, haciendo cabrillear al sol, como piedras preciosas, sus plumas metálicas y doradas; zumbaban las abejas silvestres en torno a sus colmenas colgadas de las ramas, y las mariposas –verdes, rojas, tornasoles, amarillas– iban por los campos floridos reflejando el polvo luminoso de sus alas tenues…

Pidieron hospitalidad en casa de un indio viejo, que hablaba con voz gangosa, apenas perceptible porque un enorme bocio le cubría toda la garganta, y era encorvado, canijo y de una palidez cadavérica.

Su casucha de carrizo medraba la benigna sombra de una opulenta higuera, la sola que se veía en la rinconada, a la vera del cañaveral rumoroso y ondulante.

Vino la noche: una noche serena, tibia, plácida y de infinita melancolía. La luna brillaba en el alto cielo, y de cada brizna de hierba se alzaba el canto de un grillo, monocorde e igual; de los charcos venía el largo croar de las ranas, y de lejos, el incesante rumor de la turbia onda, lento, regular, incansable. En el corral, los asnos pateaban impacientes el suelo para librarse de las picaduras de los murciélagos, que a la luz de la naciente luna, se les veía revolotear en torno de la casa, agitando incesantemente las alas. Pequeñas chispas de luz se encendían y apagaban en el aire, y se oía el zumbido de los noctámbulos insectos…

Fatigados por el calor, molidos de cansancio, abrumados por la pena, los *sunichos* se tendieron en el suelo a descansar, junto al lugareño, que se había echado con pereza sobre su poyo y dormía con trabajosa respiración, medio ahogado por el bocio.

—Oye –dijo Quilco a Agiali en uno de esos momentos– vamos a coger cañas.

—¿Y si nos ven? –objetó Agiali de mala gana y deseando más dormir.

—No hay nadie por ese lado.

—Vamos conmigo –se brindó Cachapa.

Levantáronse cautelosamente y desaparecieron entre la maraña del cañaveral. De vez en cuando se oía el ruido de las cañas al quebrarse, y estuvieron de regreso a la media hora. Cada uno traía la bufanda llena de

cañas cortadas, y pronto las hicieron desaparecer en el fondo de los costales vacíos.

—¡Toma! Parecen de miel –dijo Quilco, ofreciendo una a Agiali.

—¿Comiste muchas?

—Hartado estoy de comer.

—Cuidado con enfermarse. Le oí decir a Manuno que hacían daño tomándolas en el sitio donde se producen.

—¿Y qué hacen?

—Traen las tercianas. Y en Tirata dicen que hasta las aves enferman.

—¡Demonio! ¡Si me hubiese acordado antes! –dijo preocupado Quilco.

Y se tendió a dormir, en tanto que el otro guardaba prudentemente el fruto entre su chal.

Se levantaron al amanecer y emprendieron la marcha. Al pasar por la orilla de los cañaverales echaban una ojeada por todos lados, y de un tirón arrancaban desde raíz los frutos. Así lograron formar casi una carga.

El río había bajado mucho y las aguas ya no tenían el tinte lodoso que tanto impresionaba a los puneños. Corrían turbias por entre arroyuelos cristalinos, que se iban a perder a la sombra de los gramales y bejucos que crecían en medio de pantanos podridos.

El aire era tibio, a pesar de que el sol no doraba aún la playa, y en el alfoz de los cerros crecían enormes algarrobos de tronco atormentado, gigantescos cactos y otras plantas y arbustos cubiertos de salvajina o de enredaderas. Bandadas de loros recorrían la playa, y sus gritos estridentes llenaban de salvaje ruido esas regiones desiertas y hoscas.

A eso de mediodía echáronse a descansar un momento al pie de unos algarrobos que proyectaban espesa sombra en el suelo, formando ancho círculo. Pegadas al tronco había dos piedras puestas de filo y renegrecidas por el humo de las fogatas encendidas por los viajeros.

—No estoy bien –dijo Quilco cuando se disponían a emprender la marcha.

—¿Qué tienes?

—Me duele la cabeza y siento escalofríos –repuso estremeciéndose y dando diente con diente.

—¿No serán las tercianas?– advirtió Agiali, mirándole con interés.

—Pudiera.

Estaba desencajado, pálido, y tenía los ojos acuosos y algo hundidos.

—Sigamos andando; acaso te mejores con la marcha.

Llegaron a Llujrata. Y un caminito empinado que subía por el talud les condujo a una estrecha plataforma encajada entre dos altos cerros y partida en medio por un riachuelo de lecho pedregoso y escarpado y en cuyas orillas medraban los algodoneros, ofreciendo al aire sus grandes flores amarillas y sus nueces reventadas, de las que emergían los copos blancos con los que estaba cubierto el suelo.

Vibraba de claridad el aire, y su tibieza hacía pensar en las emanaciones de una fragua. Zumbaban enjambres de hormigas aladas, grandes moscardones de cuerpo negro, peludo y alas tornasoladas, avispas de talle estrecho, y cuyos nidos se balanceaban pendientes de las ramas de los algarrobos altos y retorcidos; peligrosos e invisibles zancudos, zumbaban incansables a los oídos de los cansados y dolidos viajeros.

A poco andar, buscaron el refugio de la sombra. Sentíanse sofocados por ese aire de fuego, y Quilco se quejaba de una sequedad terrible en la garganta. Las bestias, chorreando sudor, caminaban al paso, con las cabezas inclinadas, pendientes y yertas las orejas.

Se internaron en un bosque de *pakaes* que encontraron a la izquierda del camino, al pie de una cuesta; descargaron los borricos bajo lo más espeso de la enramada y se tendieron a dormir la siesta.

Los elevadísimos árboles estaban agobiados por *granadillas*, cuyos sarmientos, cual cuerdas, se anudaban a las ramas; trepaban por ellas hasta la copa, y allí, entre las redondas y lustrosas hojas, verdes unas, rojas y amarillas otras por la vejez, colgaban sus flores moradas con pistilos en forma de cruz, y sus redondas frutas como huevos y de color que iba del verde y llegaba al rojo oscuro, pasando por el amarillo de tonos delicados.

Las bandadas de loros discurrían de un monte a otro incesantemente, y sus agudos chillidos resonaban con tal fuerza en el estrecho alfoz, que dejaban un sordo zumbido en los oídos. Se les veía posarse en las ramas altas, dar pico con pico, colgarse hasta quedar con el pecho blanco al cielo, morder los verdes frutos, pasando de unos a otros con rabia de destruc-

ción, y los cuales, ya dañados, se pudrían y secaban, no quedando sino las vainas huecas, que al chocar entre sí con el viento producían extraño y triste rumor.

Los *sunichos* no pudieron dormir. Tábanos y zancudos se abatían sobre ellos con voracidad; la sed les torturaba las entrañas, y los loros no cesaban de atronar la encañada con sus chillidos.

Quilco rogó a Agiali fuese a ver si en el riachuelo podía conseguir un poco de agua. Se moría de sed y no se sentía con ánimos de continuar el camino si no bebía algo que aliviase la sequedad de su garganta. Fue el mozo, pero el riachuelo estaba seco; se puso a cavar en el cauce, y las piedras quemaban.

Cuando volvió, Quilco deliraba. Creía encontrarse a orillas de su lago y que de las ondas mansas emergía la cabeza trágica de Manuno…

Agiali propuso a Cachapa –mozo ágil y listo– cosechar frutas. Acaso su jugo causaría algún alivio al enfermo y ellos mismos aplacarían su sed, porque no se atrevían a tocar las cañas, a las que atribuían el mal de Quilco. Aceptó Cachapa, y despojándose ambos de sus chaquetas, treparon a los *pakaes* izándose por los sarmientos de las *granadillas*, y luego de hacer una buena provisión de frutas, exprimieron el jugo de algunos limones dulces y se lo dieron a beber al enfermo.

Quedaron allí hasta la tarde, y emprendieron la marcha por la empinada cuesta cuando el sol había desaparecido tras el alto cerro.

Ganaron las alturas de Cotaña antes de que el sol se ocultase en el ocaso, y allí un nuevo espectáculo se presentó a los atónitos ojos de los viajeros.

Todo era color, perfume y ruido en aquellas alturas.

El verde, con sus infinitas gamas, ostentábase en la cimera de los árboles escalonados a lo largo de los montes. Los naranjos y limoneros lucían verde claro y lustroso; los granados, un verde oscuro que ponía de relieve la púrpura de sus flores; casi negros eran los eucaliptos, las ceibas, enormes y copudas, tenían color de esmeralda con flores de rubíes: los nísperos ondulaban a la brisa su apergaminado follaje oscuro, y los pinos araucaria recortaban su elegantísima silueta sobre la nieve de Illimani, que, allá arriba, sobre el esplendor de tanto follaje loco, señoreando cimas, se ostentaba por la primera vez, erguido, majestuoso, inaccesible.

Hicieron noche en la huerta de un montañés. Y al siguiente día, temprano, arribaron, por fin, al lugar de su destino; mas como si la desgracia les persiguiese, díjoseles en Usi que el patrón había vendido en la misma hacienda toda su cosecha de grano, y se les aconsejó ir a buscarlo en las alturas de Cohoni y de Palca, donde los colonos estaban recogiendo la cosecha.

Muy a pesar suyo hubieron de permanecer dos días en Usi, porque Quilco deseaba mejorarse para emprender, de un tirón, el camino de sus pagos. Partieron al tercero por una cuesta de empinadísimos zigzags y de difícil acceso, allí donde por ningún lado reposan los ojos en línea serena de un plano, y llegaron a la cumbre de una montaña, sobre cuyos lomos de piedra se afirman las estribaciones del último pico de Illimani, que salta enorme sobre los montes, cubriendo todo el ancho cielo con su masa de nieve y de granito, acribillado de oquedades negras, de ventisqueros, de torrentes cristalinos que al juntarse caen en cascadas desde prodigiosas alturas, azotando con furia los muros de sus alfoces.

Tan fuerte era la visión del paisaje, que los viajeros, no obstante su absoluta insensibilidad ante los espectáculos de la Naturaleza, sintiéronse, más que cautivados, sobrecogidos por el cuadro que se desplegó ante sus ojos atónitos y por el silencio que en ese concierto del agua y del viento parecía sofocar con su peso la voz grave de los elementos, única soberana en esas alturas.

Era un silencio penoso, enorme, infinito. Pesaba sobre el ambiente con dolor.

El mismo trinar de mirlos y gorriones, el ajeo estridente de las perdices, el bramar y el mugir de toros y llamas, dispersos en los hondos pliegues de la ladera, contribuían para hacer más sensible la insignificancia de la vida animal frente a aquella enorme mole blanca que cubría el cielo, desafiaba tempestades y parecía amurallar el horizonte infinito, ahogando sus voces sonoras.

Y bajo el esplendor del sol, a la luz cruda del astro vivo, ¡cómo parecía muerto el enorme paisaje!

Únicamente los cóndores osaban mostrarse allí ensoberbecidos por el poder de sus recias alas. Se les veía cruzar a lo largo del monte siguiendo la conformación de sus salientes; pero ¡cuán insignificantes! ¡cuán peque-

ños! Diríase que aleteaban con trabajo, impotentes para escalar esas cimas, donde quizás nunca llegará a posarse planta humana…

La tarde fue cayendo dulcemente, mansamente, y la cuesta no llevaba trazas de acabar nunca. A una loma se sucedía otra más alta, luego otra más alta todavía. Y así, trasmontando cumbres, habían viajado desde mediodía, reposando apenas de un cansancio que desde hacía días venían sintiéndolo, terrible, indominable.

Todo allí era barrancos, desfiladeros, laderas empinadas, insondables precipicios. Por todas partes, surgiendo detrás de los más elevados montes, presentándose de improviso a la vuelta de las laderas, saltaba el nevado alto, deforme, inaccesible, soberbiamente erguido en el espacio. Su presencia aterrorizaba y llenaba de angustia el ánimo de los pobres llaneros. Sentíanse vilmente empequeñecidos, impotentes, débiles. Sentían miedo de ser hombres.

En este dulce atardecer, caminaban viéndolo de más cerca que nunca. Apenas les separaba una quiebra abrupta, rugosa y a medio rellenar con los peñones desgajados de los ventisqueros, quiebra que ellos dominaban, porque iban por la arista del monte opuesto, cuyas vertientes caían en saltos bruscos, pero cubiertos de algaidas, y surcadas por arroyos, que al rodar sobre cauces angostos y empinados, se deshacían en espuma blanca y cantaban su enorme canción vibrante y cristalina.

Desde esa atalaya de montes, veían los viajeros extenderse las playas de todos los valles que van a verter sus aguas en el callejón de las *Juntas*. Primero, el valle de Mecapaca, que ellos acababan de dejar; luego, el de Caracato, unido al de Luribay; casi al frente, el de Araca. Esas playas blancas, de allí parecían senderos, y estaban enmarcadas por el verde jocundo de las huertas y viñedos, que atenuaba el gris y pardo de las sierras calvas, bañadas a esa hora de rosa y azul.

En la quiebra no se veía vestigio de huella viviente. Sólo un senderito empinado y blanco rastreaba con timidez por entre el hueco de los peñascales caídos en las faldas inferiores del monte helado, al pie mismo de las nieves que avanzaban –dijérase ríos de leche– manchando de un blanco purísimo e inmaculado la negra roca de la montaña, y se detenía, cortada a pico, para verter en cascadas el purísimo cristal de sus aguas.

Únicamente los cóndores parecían vivir sin la angustia de lo grande en aquellos sitios, que otro día los poetas han de elegir para cantar alguna tremenda tragedia humana. Rayando la claridad divina del espacio, se les veía cruzar por el horizonte embermejado, rumbo de sus inaccesibles cubiles. Volaban lentamente, en línea recta, con el acollarado cuello erguido y la cabeza moviendo de derecha a izquierda, oteando la maraña de cumbres y de valles. A veces, trazaban un ancho círculo en el espacio, volvían sobre la ruta, daban una enorme vuelta alrededor de la caravana, descendían más bajo, hasta hacer oír el fuerte zumbido de sus alas, y entonces, en las parábolas que describían, se veía brillar su lomo blanco, encendido también de rosa por los reflejos de la nieve iluminada por el sol crepuscular…

Pronunciábase la noche cuando llegaron a media cuesta de Tamipata, a un punto en que el camino reposaba sobre el lomo de una montaña, a cuatro mil metros de altura, casi junto a las nubes.

Una pobre casucha de pastor, defendida por seto vivo de arbustos salvajes, erguía su negro y bajo techo de paja, y era el solo refugio en toda esa región alta y solemne. Pequeñas parcelas de tierra sembrada de cebada y empalidecida por los anuncios de los hielos invernales manchaban de dorado el fondo oscuro del cerro y aseguraban abundante pienso a las bestias rendidas y hambrientas.

Fue Quilco quien propuso quedarse allí para pasar la noche. Ya no podía más con la debilidad de sus piernas. Se había arrastrado penosamente toda la tarde, y ahora, sus miembros, fatigados y doloridos, se negaban formalmente a servirle. La fiebre le devoraba las entrañas; sentíase cansado, roto, molido. Si sus amigos querían seguir adelante, que se fuesen solos. Él se quedaba allí, y ojalá por siempre…

El enamorado Agiali, no obstante su empeño en llegar a los distantes pagos, aprobó la idea, no únicamente por piedad hacia su camarada, sino porque se le ocurrió que por allí podían conseguir el grano que faltaba, y opinó porque se descansase todo el siguiente día en ese punto, para dar reposo al enfermo y poder explorar la región, buscando lo menester. Cachapa, contra su deseo también, y aun sabiendo que, de negarse en complacer al maltrecho, tendría que seguirle aunque reventase, halló convincentes las razones de Agiali y aprobó la idea del reposo.

Uno de ellos haló la caravana y enderezó el paso de las bestias perezosas hacia la, al parecer, abandonada casita de pastor; mas no bien asomaron a los muros, cuando saltó enfurecido sobre la vieja y carcomida pared del redil un perrillo canijo, lanudo y bullicioso, que hubo de callarse repentinamente al distinguir la faz hosca y malhumorada de *Supaya*. Detrás del menguado can, mostróse en los umbrales un indio de cara redonda, mejillas abultadas por la coca y la expresión idiotizada y embrutecida.

—Buenas tardes nos dé Dios, *tatito* –saludó Agiali.

Repuso al saludo con una especie de gruñido malhumorado, pero sonriendo tontamente.

—¿Quieres ofrecernos hospedaje por esta noche en tu casa? Hemos de pagarte.

El pastor envolvióles en una mirada detenida y escrutadora, y al punto vio, por las trazas, que esos viajeros venían de la puna y traían quizás en sus cargas la codiciada *chalona*, el pescado delicioso, el *acu* perfumado y nutritivo.

—¿Y qué me han de pagar? –preguntó con recelo.

Agiali púsose a enumerar todos los productos de sus pagos. La experiencia del difunto Manuno le había enseñado que los nombres de los comestibles del yermo daban mejores resultados que los más rendidos ruegos, o las ofertas de pago, o las amenazas. Al nombre del *acu*, o de los *hispis*, no había valluno que se negase a abrir las puertas de su casa. Soltó, pues, delante del entontecido pastor todos los buenos nombres de los comestibles. Y a medida que los enunciaba, una sonrisa enorme le abría más la boca estupenda; y, al fin, les dejó penetrar dentro el cerco del chiquero, que no era otra cosa la cuadra del pastor, y donde nunca debiera haberse guardado ganado, porque la dura paja crecía locamente entre las junturas de piedra de los muros y el desigual y rocalloso piso.

Descargaron las bestias y metiéronlas al corral, sobre cuyas tapias la yerba erguía también sus salvajes tallos. El pastor les dejó un momento solos, y a poco estuvo de vuelta, trayendo en brazos dos pobres manojos de cebada, que distribuyó a las necesitadas bestias.

—Es un real –les dijo entrando al patio, donde los *sunichos* habían ya dispuesto la cama de Quilco bajo los aleros del techo.

—¿Cómo te llamas? –le preguntó Agiali, ofreciéndole su bolsa para que tomara algunas hojas de coca.

—¡Mallcu! –repuso con énfasis el idiota. Y su rostro se iluminó con una sonrisa de soberbia y orgullo.

Porque, en verdad, el solo sentimiento que animaba con su divina chispa esa alma dormida era el orgullo.

Estaba orgulloso de su nombre, o más bien, de su apodo, porque cuando algún habitante del otro lado le llamaba Kesphi, su verdadero nombre, se enojaba. Y quien le viera no alcanzaba a explicarse la analogía o relación que podía existir entre Kesphi –tuerto, canijo e idiota– y un *mallcu*, cóndor viejo, lleno de tretas, maligno y rapaz.

Fue un hecho notable en la región que le puso el sobrenombre que con tanta fiereza ostentaba.

Y sucedió así:

Profunda consternación reinaba en la montaña.

De años atrás, eran contados los días que no se contase la desaparición de alguna res de entre los ganados que en los montes pastaban, y pronto cundió la noticia de que un cóndor viejo (*mallcu*), feroz y ladino, atacaba los rebaños, sin temor al colmillo de los perros ni a los certeros hondazos de los pastores.

Muchos de éstos, haciendo la cruz sobre el escupón, juraron haber visto al *mallcu* vencer las reses viejas y bravas, sirviéndose de una treta diabólica y audaz. Desde la cima del risco virgen e inaccesible a planta de bestia o de hombre, y donde tenía su habitual morada, o de lo alto de las nubes, escrutaba las laderas de los montes, y al descubrir una res al borde de un barranco emprendía el vuelo en descenso, y al llegar a la altura de su víctima, de un fuere aletazo la precipitaba despeñadero abajo, y luego, soberbiamente, se iba a dormir la siesta a su cubil insondable, para tornar de noche a regalarse con abundante y fresco festín…

Así había desolado la montaña.

Alarmáronse los indios, y en ellos surgió la creencia de que el mismo demonio se ocultaba bajo la piel del *mallcu*. Y fue repetido con tanta insistencia el absurdo, que aun los hacendados concluyeron por participar de esta opinión y a cobrar viva inquietud por la presencia de la feroz ave de

rapiña. Para ahuyentarla, organizáronse batidas en regla. Valle y montaña se poblaron con el hórrido fragor de descargas de fusilería y el ladrido de los perros incitados a la lucha; se hicieron conjuros y los brujos (*yatiris*) pusieron las mañas de sus artes mágicas para destruirla; pero todo en vano. Al día siguiente, o al otro, o al tercero, se echaba de menos la desaparición de un buey, de una vaquilla, o por lo menos, de una oveja, porque la muy socarrona ave estaba ya enviciada y no quería alimentarse sino de carne fresca y tierna.

Un día… ¡Oh, fue el gran día!… Un día un pastor joven y aguerrido llevó al patrón de una hacienda la noticia de que el *mallcu* merodeaba en torno a una majada instalada en una loma vecina al caserío. Armóse el patrón de una carabina, llamó en su ayuda a varios colonos, los colonos llamaron a sus perros, y todos fueron al encuentro del audaz *mallcu*, que volaba con el ojo pegado a la majada aterrorizada. Volaba lentamente, describiendo fantásticas parábolas sobre el fondo luminoso y purísimo de los cielos, y su plumaje negro era como un punto en la vasta planicie rutilante del dombo azul.

El patrón, perito en el manejo de las armas, echóse la carabina a la cara, hizo fuego, y el ave, en línea oblicua, abatióse pesadamente en tierra.

Hombres y perros se lanzaron sobre el caído.

El primer perro que llegó, anheloso de hacer presa, rodó a los pies del *mallcu* con el cráneo hendido de un picotazo. Los hombres, medrosos, hicieron llover descomunales pedradas sobre el duro plumón del herido, que se defendía de unos y otros repartiendo aletazos, que hacían crujir su sólida armazón y abatían al ser que tocaban.

El patrón, entusiasmado por el bello plumaje del bicho y sabiendo que se habitúan pronto a la esclavitud, ordenó se respetase la vida del cóndor, al que cogieron tras porfiada lucha y lo llevaron a la casa de hacienda, donde lo encerraron en un vasto granero, a la sazón desocupado.

No fue larga la convalecencia del cautivo. Cuando acudió el curandero (*kolliri*) para examinar la herida, constató con sorpresa que tenía vacío el buche y coligió que su caída fue más efecto de la vigilia que de la avería leve.

El hacendado, gozoso con su presa, ciñó el desnudo y arrugado cuello del ave, encima de su albo collar de plumas tiernas y sedosas, con otro ar-

tificial de lana hecho con los colores que la patria enseña, y dispuso que se le mirase con gran acatamiento. Y no había títere que pasase por sus dominios que no oyese de sus labios la fantástica relación de la captura del cóndor, ni fuese invitado a admirar las dos bestias que más halagaban su vanidad: Primero un magnífico marrano de raza inglesa, expresamente traído para progenitor y mejora de la menguada raza porcuna, y luego el temible *mallcu*, cautivo merced a su coraje y a la invencible firmeza de su pulso.

Y pasaron los días, las semanas y aun los meses.

Humillada la dignidad del cóndor con la oportuna y necesaria mutilación de las guías de sus alas, se le dejó en libertad, y pronto pareció establecerse cordiales relaciones entre el monarca cautivo y los demás ordinarios y vulgarísimos bichos de corral. Terneros, ovejas, gallos, patos y gansos pasaban orondamente a su vera, sin experimentar temor ni respeto alguno por el destronado rey de los aires y como burlándose más bien de la esclavitud del solitario, quien los miraba discurrir, indiferente y desdeñoso a sus ademanes confiados y altaneros, que sólo revelaban su índole plebeya y su bajo instinto de servidumbre.

Desde lo alto de una pared que había elegido por morada, quizás porque era el sitio más culminante de toda la vivienda, pasaba horas y horas contemplando la vasta extensión rutilante de los cielos, tranquilo y resignado al parecer, pero en realidad nostálgico de espacio.

Y distraía su nostalgia siguiendo los pesados andares del puerco señor y vil, por el que parecía sentir particular afección, pero que no era sino pura codicia, porque un día, fuertes ya sus alas, y sin que nadie sospechara siquiera tamaño desaguisado, lanzóse sobre la pesada bestia, hincó las fuertes garras en su lomo graso, y sin arredrarse por los horrendos gruñidos del marrano ni las desoladas blasfemias del burlado dueño, testigo impotente del asalto, escaló los aires con su presa y desapareció raudo en el azul, para recomenzar, días después, sus rapiñas, pero más feroces, más arriesgadas, pues ya conocía a los hombres y había llegado a adquirir una falsa idea de su bondad…

Volvió a cundir el abatimiento entre los moradores de la montaña; pero fue de corta duración, porque a los pocos días sucedió la catástrofe definitiva.

Era una tarde hibernal, clara y vibrante de luz. Ni una nube, ni la menor sombra en los cielos. Arriba, fulgurando, las cumbres eternamente nevadas del Illimani; abajo, las cimas de los montes; y en lo hondo de la vega, el verde de los trópicos en las huertas de sabrosos frutos y flores de turbador perfume. Ningún ruido humano en la quieta extensión de las alturas, y sólo el golpear de las cascadas, que descienden, espumosas, por el granito de su angosto alfoz, y el gemir del viento en los ralos pajonales, donde pastan pobres y ariscos rebaños de llamas y alpacas.

Kesphi vigilaba aquella tarde su majada.

De bruces sobre el plano de una roca, cuyas yendas ennegrecía el musgo, soplaba en su zampoña los aires melancólicos de la sierra.

De pronto oyó zumbido de alas y una sombra colosal se proyectó en el suelo. Las ovejas, juntando las cabezas, hicieron un montón de carne palpitante por la angustia. El perrillo buscó refugio al lado del pastor y se puso a ladrar medrosamente, con el hocico husmeando el cielo. Kesphi levantó la cabeza y vio cernirse el bravío *mallcu* en lo alto, a unos treinta metros del suelo. Traía las patas extendidas y abiertas las aceradas garras, listas a hacer presa. Su plateado lomo brillaba al sol en sus raudos vuelos, y sobre el cuello se veía lucir los colores de la bandera nacional, paseados por las luminosas alturas…

Lento, lento, a cada parábola de su enorme vuelo se aproximaba con desfachatez y sangre fría al montón gimiente de las bestias; y cuando hubo hecho su elección, precipitóse en medio, enredo las garras en el vellón de una *maltona* y dando un fuerte aletazo cargó con su presa, sin tomar en serio el ladrar desesperado del menguado can, ni las pedradas inútiles de Kesphi, que parecía más espantado todavía por la sin par audacia del *mallcu*, quien, en brusco impulso, trepó a un lugar vecino al del pastoreo y depositó sobre la roca su presa, yerta por el feroz picotazo que le había hendido y abierto el cráneo.

Kesphi, atolondrado de estupor, de cólera bravía pero impotente, al verle posar tan junto a la majada, supuso que, no satisfecho aún con su víctima, tornaría al ataque para cargar con otra; y entonces su despecho tocó las lindes de la desesperación.

Cogió su cayado, y deslizándose y trepando por ente las quiebras del

barranquerío, llegó a unos veinte pasos del glotón, puso un afilado guijo en su honda y dándole dos vueltas silbantes sobre la cabeza, lanzó el proyectil en dirección al ave con todas sus fuerzas y al mismo tiempo prorrumpió en tremendo alarido, deseoso de que, sorprendida el ave por la insólita acometida, huyese, dejando por lo menos la presa… Pero ¡cómo fue de enorme su consternación cuando vio que el *mallcu* se lanzó barranca abajo, no al impulso y abandono de sus fuertes alas, sido rodando con estrépito en franco sacudón de su plumaje, hasta dar en el fondo, con las alas rotas, las patas al aire y bañado en lodo y sangre el blanco plumón de su collar intocado!…

Kesphi, aturdido, sin saber aún fijamente lo que había hecho, pero presintiendo la catástrofe, se lanzó barranco abajo también, tuvo que emplear no pocos minutos hasta llegar a la sima del despeñadero y encontrar allí el tibio cadáver del aguerrido *mallcu*, que se agitaba aún en leves convulsiones con el cráneo magullado por el fenomenal hondazo.

Aquella tarde, contra su costumbre, llegó temprano al caserío, conduciendo sobre sus hombros orgullosamente, los despojos del ave y de la bestia.

Al verle llegar así, acudió la indiada al establo, consternada de veras por la inaudita proeza del canijo pastor; y todos reconocieron tener delante los despojos del audaz *mallcu*.

Las mujeres se precipitaron sobre el cadáver y se pusieron a arrancar el plumón para ahuyentar de sus casas las aves de mal agüero; los hombres le arrancaron los hígados y los pulmones, y se los comieron para adquirir la fortaleza y la perspicacia del ave simbólica.

—¿Y cómo fue? –preguntó el *hilacata* haciendo uso de su autoridad.

Kesphi abrió la boca y enseñó su fuerte dentadura de lobezno; pero no articuló palabra. No sabía razonar y era impotente para coordinar algunas frases con lógica ilación.

—¿A palo? ¿A piedra?

Kesphi comprendió, y mostró su honda anudada alrededor del talle.

—Eres un valiente: hasta matado al *mallcu*. Eres más que el *mallcu*.

A estas palabras volvió a sonreír Kesphi; pero ahora había orgullo y vanidad en su sonrisa.

Y articuló, apoyando la mano sobre el pecho:

—Sí; yo, Mallcu.

Le quedó el apodo. Y desde entonces todos le llamaron así, y al que por descuido o por olvido le llamaba Kesphi, su nombre, torcíale los ojos y le sacaba la lengua, manifiesto signo de profundo desprecio.

Y nadie se hacía despreciar.

Esta proeza les refirió con torpe frase y media lengua el tonto, cuya vida era simplemente animal, porque no la movían sino los apetitos de la carne.

La montaña y la soledad habían aplastado completamente su espíritu. Jamás se ponía en comunicación con ningún ser dotado de palabra. De tarde en tarde cruzaba por allí algún viajero; pero pasaba de largo, como huyendo de la vecindad de los agentes naturales que allí se ostentaban con toda su grandeza. Y él se quedaba solo con sus pocas ovejas, solo frente a la montaña, solo con sus ruidos, con el viento y la tempestad.

Había cerrado la noche, y una vaga claridad comenzó a dorar las cumbres de los montes sumidos en silencio y oscuridad: era la luna que surgía detrás de un pico de Illimani, rielando en un cielo limpio y tachonado de estrellas. Lejos, en las cuencas de los valles y en la falda de los montes, se encendieron algunos fuegos, como para anunciar la presencia del hombre en esos parajes, cuya grandeza y soledad angustiosa oprimían dolorosamente el corazón.

Los viajeros se dieron a la faena de preparar su merienda.

Uno de ellos, Cachapa, cogió una pequeña *chonta* que encontró sobre una piedra plana que servía de muela al pastor y, con disimulo, salióse a cosechar en una chacra de patatas que había visto crecer detrás de la casa, a la vera del camino; y a poco regresó llevando en su poncho una buena porción de ellas. Agiali fue en busca de leña, porque el pastor se mostraba huraño y permanecía de pie a la entrada de su covacha, mirando con gran curiosidad los andares de sus huéspedes.

En uno de ellos Agiali alargó el cuello en el interior de la vivienda de Mallcu, iluminada por un pabilo puesto sobre grasa en roto cacharro, y dijo en voz baja a sus compañeros:

—Este es más pobre que el Leque. (Era el tal un miserable sin más bienes en el mundo que los andrajos con que se cubría).

Cachapa, curioso, se asomó al agujero negro.

Casi nada había en la desamparada vivienda. Un poyo de barro por lecho, y encima dos cueros carcomidos y casi pelados sobre los que el idiota dormía abrazado a su perro; un fogón con una olla desportillada encima, un cántaro con el cuello roto, y, colgados de los muros, una *chontilla* vieja y dos lazos. Era todo…

Quilco, acurrucado contra el ángulo de las dos habitaciones que componían la casa, temblaba encogido bajo su poncho. Hicieron los otros un lecho con las caronas sudadas de las bestias, se arroparon con mantas, agruparon en torno los costales de semilla, dieron un último vistazo a sus animales, y luego de sorber su caldo y mascar un poco de coca, tendiéronse a dormir.

La luna, en su plenitud, brillaba en lo alto del cielo, limpio de nubes, y velaba el fulgor de las estrellas, que parecían agonizar en ese horizonte de claror indefinible.

Repentinamente, en medio del silencio infinito de la montaña, agrandado quizás por el lento y perenne golpear de las cascadas, surgió un largo fragor de trueno, que despertó sobresaltados a los *sunichos*. *Supaya* y el perrillo del pastor, apoyadas las patas delanteras contra el cerco de piedra, ladraban con la cabeza tendida hacia la blanca montaña.

El trueno, largo, sordo e inacabable, parecía surgir del seno mismo del nevado. Volvieron hacia allí los ojos, y vieron diseñarse sobre la inmaculada albura de su flanco una brecha oscura, que poco a poco fue creciendo y ensanchándose por su base, en forma de ángulo, a la vez que las negras faldas se vestían de blanco; era como si un lienzo se desprendiese del cuerpo de la montaña y rodase por sus pies para mostrar la conformación de su recia musculatura de piedra.

—¡Es una avalancha! –dijo el tonto desde el fondo de su agujero, con la tranquilidad del que está habituado a los accidentes de la Naturaleza.

Al día siguiente, Quilco amaneció peor y tuvieron que demorar en casa de Mallcu hasta mediodía, hora en que, a paso de procesión, emprendieron la marcha por las alturas para dirigirse a la hacienda de Phinaya, al pie mismo del nevado, donde les dijeron unos viajeros que habrían de encontrar grano a precio relativamente bajo, por ser abundante en esa región.

Llegaron al anochecer y se alojaron en casa de un indio de holgada apariencia, que prometió proveerles de todo lo que necesitaban; pero al otro día, al distribuir el pienso a la recua, Agiali echó de ver que faltaba una de las mejores bestias de carga, y puso el grito en el cielo creyendo que se la habían robado, mas Kalahumana, su casero le aseguró que en la comarca no había ladrones y que debiera haberse soltado en noche para ir a ramonear por los campos vecinos.

—¿Y cómo era tu mula? –le preguntó, demostrando tomar parte en su infortunio.

—Era… ¡No; yo la he de encontrar! Lo único que les pido es que me ayuden –repuso evasivamente y mirando con afán el suelo.

—Como quieras –contestó Kalahumana sin dar importancia a la evasiva de Agiali.

—Quilco puede quedarse con las bestias. Cachapa que vaya a buscar los alrededores, y tú, si eres bueno, sígueme, porque aquí veo las huellas de mi mula –dijo sin levantar los ojos de la tierra.

Se dispersaron.

Agiali, siempre con los ojos en el suelo, como un sabueso, iba delante, cerro arriba, sin detenerse, cual si en tierra hubiese descubierto alguna señal conocida para él. En los trechos rocallosos se detenía, al parecer desorientado, se bajaba, iba a un lado, luego a otro, volvía a su punto de partida, y al fin echaba a caminar al cabo de algún tiempo, seguro de sí mismo.

—Pero ¿dónde crees que haya ido por acá? –le preguntó el casero con cierta desconfianza.

—No sé, pero por acá ha ido; conozco sus huellas.

—Será mejor preguntar por aquí –dijo, señalando una casita levantada a la orilla del empinado sendero y dirigiéndose a ella.

A poco apareció sonriendo socarronamente:

—Tienes razón. Dicen que esta mañana, al amanecer, ha pasado un pastor conduciendo una recua a la apacheta. Llevaba consigo una bestia desconocida: negra, frontina…

—¡Mi mula! –le interrumpió Agiali, radiante–, ¡Si ya sabía que vino por acá!…

—Entonces ya no tienes necesidad de mí. Sigue el rastro, y si lo pierdes, pregunta por el pastor Walpa, que es quien lleva tu mula… Tienes que andar un poco: es lejos, allá arriba…

Y con el brazo señaló la blanca montaña que se erguía serena, majestuosa y radiante, bajo el cielo azul.

—¿Y por qué no vienes conmigo?

—Si me dieras algo…

—Me queda un poco de *hispi*, ¿quieres?

¡Que si quería! Al fin del mundo iría él por tan preciada cosa…

Llegaron a un plano, en la coronación de una lomada que servía de era a los montañeses de la hacienda. Sus vertientes, suaves de un lado, caían hoscas al costado hasta perderse en la hondura donde estaba la casa de hacienda, parda y chata, a la sombra de negruzcos eucaliptos, sobre un campo verde de alfalfa.

En la era esperaban las hacinas; y las aves –tórtolas, gorriones, *kellunchos*, torcaces y jilgueros– pillaban abatiéndose por bandadas sobre el grano, impávidas a la presencia de los peones, que, sentados en un desmonte, mascaban coca esperando el mediodía, hora en que el viento sopla con fuerza sobre esas alturas, para aventar el grano batido que el sol tostaba en la parva. Yacían mudos, silenciosos, graves, y cada uno tenía junto a sí, recogidos en canastos de mimbre y carrizo, los pequeños enseres de madera fabricados por sus propias manos.

Se detuvieron un instante para juzgar la calidad de la cosecha y ver si la espiga había alcanzado su total madurez, y luego de cambiar frases breves con los peones, prosiguieron, monte arriba, su ruta, a cada instante más penosa por la sutileza del aire, cada vez mayor a medida que ganaban la altura.

—¿Está lejos todavía? –preguntó Agiali deteniéndose en un recodo para respirar con algún desahogo.

El montañés señaló con el dedo la región de las nieves.

—Todavía. Pero no mucho. Cerca de la nieve, en una hondonada.

El mozo ya no podía más. Latíale el pecho con fuerza inusitada, zumbábanle los oídos y le parecía que el aire había huido de esas alturas, desalojado por la gigantesca masa del nevado.

La soledad era impresionante allí. No había huella de habitación humana ni rastro alguno de vida animal. Por todas partes la roca viva a flor de tierra, el musgo renegrido, y haces de paja en las yendas de la piedra calva y casi brillante a los rayos del sol.

El más pequeño ruido insólito adquiría una sonoridad extraña y patética en las oquedades. La atmósfera era de una transparencia indescriptible. Los objetos más lejanos destacaban nítidos sus contornos, y la mirada se extendía hasta tropezar con la curva del cielo y la bruma de la tierra, confundida en una línea azul. Y bajo la bóveda, jalonando el horizonte, alzábanse las cumbres de los cerros –rojas, pardas, amarillas, ocres, azules– hasta atenuarse y diluirse en los confines, junto a una raya rutilante, más allá de una enorme mancha roja salpicada de puntos blancos y brillantes.

—¿Sabes lo que es aquello, allá, en el confín? –preguntó el montañés apuntando esa mancha.

Agiali volvió los ojos hacia el punto señalado, y dijo sin vacilar:

—Es la ciudad.

Kalahumana le miró con asombro.

—¿Y aquello? –añadió, mostrando la raya diamantina que era pincelada de luz en el espacio.

—¡Toma! El lago… ¡Mi tierra! –suspiró el mancebo con el pecho palpitante de amor.

—¡Qué ojos tienes!

Y Kalahumana, que a un centenar de metros solía distinguir, sobre la negra peña, las garras negras de un cóndor, sintió, por la primera vez, envidia de otro hombre.

Agiali, sonrió y le dijo que había nacido al horizonte sin fin de sus pampas, donde los ojos, como ahora, no tropiezan sino con el azul.

Al cabo de una hora llegaron por fin al límite de las nieves perpetuas, un vasto *glacier* que avanzaba por las faldas del monte, hasta detenerse al borde de la roca cortada casi a pico sobre el lomo de la última cumbre, en que venía a morir el infinito escalonamiento de montes, cuyas cimas alborotadas iban a rendirse todas a los pies del nevado inaccesible.

Allí vio Agiali un fenómeno extraordinario, cuya causa nunca pudo explicarse, porque jamás llegó a sospechar que los ventisqueros, a semejanza

de los ríos, tuviesen su movimiento de avance y la fuerza suficiente para trasladar peñascos, de lo alto de las cumbres a lo hondo de los valles.

Vio, y apenas podía dar crédito a sus ojos, posados sobre finos pilares de hielo azulado y casi transparente enormísimos peñascos de pizarra negra. Estos pilares, así coronados o simplemente lisos, que a veces tomaban esbeltez de columnas, yacían en toda la extensión del ventisquero, menos en las orillas de un laguito circular, cubierto por una capa de nieve que, derretida en sus bordes por el sol, oscilaba rítmicamente con el viento como un péndulo.

El ventisquero, visto desde lejos, daba la impresión de un río de leche petrificado; pero de cerca, era un caos de cosas blancas, cerrado en los costados por dos murallas de granito. En su ondulada superficie se abrían grietas insondables, y la nieve adquiría coloraciones azuladas y verdosas, por donde chorreaba el agua transparente. Y ruidos extraños, ruidos como de cristal que se quiebra, surgían de los abismos de esas grietas, que parecían palpitar con una vida vigorosa y que fuera hostil a la vida humana.

—¿Y dónde pueden pastar las bestias por aquí? –preguntó Agiali repentinamente, invadido de un miedo incontenible, frente a la grandeza de esa masa blanca y viva.

El otro, sin responder, le señaló el muro lateral que cerraba el ventisquero, indicándole que al otro lado de él se encontraban las bestias.

Así era, en efecto.

Un poco más debajo de las nieves, en otra vasta ondulación, surcada en medio por un torrentoso arroyo de aguas cristalinas, había un prado verdoso, donde pacían numerosas majadas de alpacas, llamas y ovejas. Pequeños remansos y laguitos de fondo esmeraldino servían de refugio a bandadas de gaviotas y gansos silvestres, cuyo albo plumaje parecía retazos de nieve rodados de la montaña.

Allí, entre una recua de asnos y caballitos de pelaje lanoso, estaba la mula de Agiali, quien tornó al lado de sus compañeros, radiante por el hallazgo y por huir de la vecindad de esos parajes, en que el hombre ni aun alcanza a tener traza de gusano.

Cinco días anduvieron Cachapa y Agiali por las haciendas comarcanas, sin poder completar su cargamento de grano, pues los colonos prefe-

rían venderlo en la ciudad, donde alcanzan precios subidos, ya que nada significa para ellos las fatigas del viaje si han de obtener algunos céntimos de beneficio.

—Vayan a Collana –les aconsejó Kalahumana–, y allí conseguirán lo que necesitan. Esos indios siempre tienen buenas cosechas y prefieren venderlas en plaza.

Y como Agiali repusiese que no conocían la región, el montañés les dio detalles sobre el camino que debían de seguir.

Era fácil. Bajar, cuesta adentro, hasta el valle de Quilihuaya, tomar la otra banda del río y subir la cuesta de Tacachía. En las alturas estaba el pueblo, en las faldas de una lomada, y del pueblo a la ciudad la jornada era cómoda y corta: apenas medio día de viaje.

Los *sunichos* temblaron a la sola idea de meterse otra vez en la garganta de los montes, y sobre todo, atravesar ríos, ahora que el cielo volvía a encapotarse hacia el poniente. Ya estaban verdaderamente hartos de aventurarse en peripecias riesgosas, y llenos llevaban los oídos con el ruido de los torrentes enfurecidos. Ellos anhelaban el horizonte desnudo de sus pampas, la claridad indefinible de su cielo vasto…

Kalahumana les tranquilizó. Sólo debían atravesar una vez el río, y el valle no quedaba lejos.

Con esta seguridad partieron los cuitados, satisfechos de acortar la distancia que los separaba de sus pagos, e hicieron jornada breve, porque llegaron a Tacachía cuando el sol se hundía tras los elevados montes del poniente.

La playa era relativamente angosta, y la hacienda ocupaba las faldas de los cerros, que en ese punto se echan atrás, dejando un gran plano sobre el río, lleno de huertas de duraznos, manzanos y un viñedo.

El río había roído el terreno de las huertas, que en algunos puntos quedaban a quince y veinte metros de altura, y los árboles colgaban en medio del acantilado, con las raíces prendidas en tierra y la cimera volcada hacia la corriente.

Un senderito discretamente abierto en un hueco del acantilado conducía a la huerta de manzanos, y tomaron por él los viajeros, decididos a pedir hospedaje en el primer rancho que encontrasen.

La huerta, baja y enmarañada, ofrecía aspecto de abandono e indolente descuido. Los árboles, cubiertos de salvajina, inclinaban sus copas chatas al peso del parásito. Parecían viejos, enanos. Entre las luengas crines o surgiendo de ellas brillaban al sol los colores encendidos de las pomas. El piso, plano, igual y gredoso, mostrábase en partes desnudo de vegetación y empedrado del fruto que el viento había arrancado de los árboles y se pudría allí abandonado. Entre la salvajina y la fronda colgaban nidos de aves y los bolsones blancos de una casta de mariposas de cuerpo ventrudo y afelpado, alas bicolores, rojo y negro, y patas gruesas. Eran tantos, que los árboles parecían producir insectos, pues cada bolsón, hecho de hojas enroscadas y cubiertas de una gasa de hilos de seda blanca, contenía una asquerosa larva…

Casi toda la huerta estaba invadida por los voraces insectos. Se les veía revolotear sueltos o acoplados en crisis de amor, alrededor de las flores silvestres, penderse de los frutos para devorar la miel que contenían las deyecciones de las aves, avanzar por las ramas con las alas temblorosas y convulsas.

En medio del pomar, en un claro de la maraña, encontraron los viajeros una casucha de barro, con techo de paja y rodeada por un maizal alto, que en partes se había acamado por el grosor desmesurado de las mazorcas. En la cocina, con paredes de cañahejas recubiertas de barro y con techo de paja, sobre el que un *zapallo* había colgado sus hojas redondas y amplias, y sus frutos verdosos, merendaba la familia; el padre, alto, grueso y viejo; el hijo, mozo y enclenque, dos muchachos casi desnudos y la mujer, blancota y opulenta.

Adelantóse Quilco, y con tono humilde y rendidas maneras, pidió hospedaje por esa sola noche, pues se sentía empeorar y deseaba descanso.

El valluno los recibió de mala manera. Estaba ocupado en las vendimias de la hacienda y no le hacía gracia ofrecer hospitalidad a tipos de la calaña de los *sunichos*, pobres, codiciosos y ladrones.

—¿Y qué traen ustedes? –le preguntó, rascándose la cabeza de muy mal humor.

—Un poco de semillas, *tata*.

—¿Y me han de comprar manzanas?

—No podemos. Hemos venido por cuenta del patrón…

—Entonces no me convienen –dijo el valluno con sequedad.

—No seas malo, *tata* –rogó Agiali–. Nos bastará un rincón de tu corral para nuestras bestias y el alero de tu techo para nosotros. Si no quieres alojarnos en tu casa, déjanos dormir en la huerta.

El valluno volvió a rascarse la cabeza indeciso, y repuso tras breves momentos de vacilación:

—Sus bestias harían daño y ustedes robarían manzanas de mi huerta, y eso no me hace gracia.

—No, *tata* –repuso Agiali humildemente–; nosotros mismos hemos de segar hierba para la recua y no te hemos de robar fruta como crees.

La hembra grasa tomó aparte a su esposo, y le dijo:

—No los eches. Que uno de ellos te supla dos o tres días en el trabajo, y tú puedes ir a la ciudad a cobrar tu deuda.

El valluno encontró razonable el consejo de su consorte, y volviéndose hacia los viajeros les dijo, cambiando de tono:

—Si quieren pueden quedarse aquí en casa, pero a condición de que entraben sus bestias y uno de ustedes me supla en el trabajo de mañana. Es fácil; no hay más que cortar uvas y trasladarlas al lagar. Estamos vendimiando y pueden atracarse de ellas y trasladar el resto al lagar…

Aceptaron el trato los *sunichos*; y esa misma noche, conseguida la licencia, partió el valluno en pos de su atrasada deuda.

V

Rayando el alba despertóles la mujer del valluno, para pedirles fuesen a cosechar mazorcas en un maizal algo distante de la casa, pues los pequeños debían de estar antes del amanecer en la viña, donde llenaban faenas de espantajos, y el mayor había marchado con su padre a la ciudad. Recibieron con agrado la comisión y se encaminaron al través de la huerta, por entre un almarjal, al maizal lejano.

Hacía frío y era la hora en que cuaja el aljófar. Aún chirriaban los grillos y la brisa estaba saturada con hálitos de flores silvestres.

Ya, al marchar por la huerta, se dieron los *sunichos* un buen atracón de duraznos y manzanas, que un insólito viento de tempestad había hecho caer en la noche. Y aprovecharon su aislamiento para reunir en un poncho una buena provisión de frutos, sin más trabajo que bajarse y recoger los del piso. Llegados al maizal fue un segundo atracón de cañas. Arrancábanlas con glotonería insaciable, y después de despojarlas de sus mazorcas chupaban las varillas, apretujándolas con sus fuertes dientes de lobos, y bebían el azucarado líquido con fruición indecible. Les parecía que una vez en la huerta tenían derecho a saciar su apetito, romper sus privaciones de toda la vida, ya que esas cosas deliciosas estaban al alcance de sus manos y no había alma viviente que les privase de gustarlas.

Volvieron a la media hora, después de haber ocultado su rapiña en lo espeso de un cañaveral que crecía, impenetrable, al borde de una acequia. La dueña les dijo:

—Han tardado mucho; probablemente se han atracado de huiros. Hacen mal; puede que los atrape la terciana.

Cocidos los choclos, los ató en su *tari* y entregó el retobo al que debía suplir al amo ausente.

Fue Agiali quien se prestó voluntariamente para la faena del día, y por consejo de la casera Cachapa, porque le aseguró que como había mucho trabajo, el mayordomo le pagaría tres reales por la jornada. Marcháronse, pues, los dos, y cuando llegaron a la viña, vieron que eran los primeros en llegar.

El sol, ausente todavía del valle, doraba los picos de los cerros de occidente. Las aves cantaban bullangueras y había rumor de alas en la floresta.

Una escarcha fina perlaba las hojas de los alfalfares y humedecía los pies de los pasantes. El viñedo, inmenso y empalidecido, estaba desierto. En medio se erguía la atalaya de los pajareros, hecha de carrizos, junto a la choza de paja y mimbre, que ocupan los pastores desde que endulza la uva hasta el momento de la vendimia; de su cono se alzaba una columna de humo recta y fina, como el tronco azulado de una palmera.

Una chicuela, de pie sobre la atalaya, agitaba su latiguillo haciendo restallar el ñudo que lo remataba, hecho con la fibra de agave, sedosa y blanca.

Los *sunichos*, al verse tan al alcance de la codiciada fruta, sufrieron una especie de atolondramiento.

Las cepas empalidecían al sol, cuyos besos ardientes arrancan fuego de las piedras, y ya sus hojas amarilleaban por el largo estío. Colgaban los racimos pesadamente, rindiendo las débiles ramitas, o descansando en el suelo, y ostentaban sus granos opacados por una especie de polvo. Las higueras agitaban sus grandes y elásticas ramas, cargadas de fruto, sobre el que se abatían las aves con feroz insistencia, picoteándolos todos sin acabar ninguno… Cuando la bandada crecía hasta poblar el espacio con sus gorjeos, el pastor dirigía un hondazo a las cimeras desde su atalaya, y entonces las glotonas bestezuelas remontaban el vuelo para buscar refugio en la huerta lindante, interrumpían su gritería y tornaban a poco, más tenaces y más destructoras.

—¡Higos! Yo creí que se daban en árbol bajo –dijo Cachapa, que era expansivo y no sabía disimular sus impresiones.

Agiali, sin responder, estiró la mano, curvó una rama y arrancó un higo, el más grande, el más negro, el más lucio; mas apenas hubo mordido en el fruto lo escupió haciendo un gesto.

—¿Malo?

—Quema; parece de fuego.

En ese momento apareció el primer jornalero.

Traía pendiente de su brazo una canasta, y dentro las tijeras de podar. A poco llegaron los restantes.

Eran como cuarenta, y venían mascando coca o engullendo retazos de carne con maíz tostado. A eso de las siete, y cuando el sol descendía al

valle, apareció el administrador. Montaba una yegua zaina, y de la muñeca le pendía un grueso y flexible rebenque.

—¡A la faena! ¡A la faena! –ordenó– hoy acabamos de vendimiar.

Los peones se despojaron de sus ponchos, se ajustaron al talle las fajas y empuñaron sus herramientas.

—¿Son ustedes los que han venido en lugar de José? –interrogó el empleado viendo a los dos puneños, que permanecían aún emponchados y medio corridos por la malicia con que los miraban los comarcanos.

—Sí, *tata*.

—¿Y saben vendimiar?

—No, *tata*.

El empleado se molestó:

—Si se les deja a estos animales, han de estropear la viña; más vale hacerles pisar uva.

Fueron enviados al lagar; pero a eso de mediodía ya estaban deshechos los novicios. El calor les sofocaba, y dentro del lagar no sabían qué hacer. El caldo pegajoso de la uva les producía mareos y un malestar indefinible en la cabeza.

Las moscas revoloteaban incansables alrededor del torno, muchas caían, borrachas, sobre la pegajosa masa. Del techo pendían anchas cortinas de telarañas, cuajadas con los despojos de moscardones, cucarachas y gusanillos, en medio de los cuales yacían inmóviles las arañas, ventrudas y con sus patas gruesas y peludas. Una luz indecisa y escasa se cernía por una ventana, guarnecida de sólidos barrotes, abierta en el grueso muro, sin conseguir ahuyentar las sombras adueñadas de los rincones.

Chirriaba el torno al aprensar la masa; cantaba el mosto cayendo sobre los anchos y robustos tinajones de cinc, y se oía fuera el alborotado cacareo de las aves caseras, sueltas en el vasto patio de la casa, donde jugueteaban los chicos de la servidumbre arrastrándose sobre el suelo cubierto de verde pelusilla.

—¿Tienes hambre? –interrogó a su compañero Agiali, apenado porque su calzón nuevo había cogido miel.

—Me estoy muriendo.

Llegó la hora de la merienda, y fue una fruición para los maltrechos

sunichos el poder estirar sus enmeladas piernas a la vera de un arroyo que corría murmurador, besando las robustas raíces de una vieja ceiba, cuyas flores habían tapizado de rojo el jugoso césped…

Frugal fue la merienda: cuatro *choclos* cocidos, un poco de *chuño*, manzanas e higos; mas no bien hubo devorado Cachapa su ración, huyó a la huerta, sin ánimo de cobrar su jornal, y decidido a pagarse con la fruta de cercado ajeno su trabajo de medio día.

Encontrábase el rebelde verdaderamente nostálgico del limpio horizonte de las llanuras. Ese aire cálido e impregnado de perfume de azahares no cuadraba a sus pulmones, ni era grato a sus oídos el sordo mugir del río, que le recordaba incesantemente el fin trágico del pobre Manuno.

Quedó en la huerta, oculto en la maraña y hartándose con fruta, hasta el atardecer, y distrajo su ocio interesándose con rara obstinación en las aves, en las plantas y en los insectos. Le entusiasmó seguir los afanes del pico (*carpintero*), ave de fuerte garra y recio pico, que vive mal golpeando y taladrando los troncos, barrenándolos con suprema habilidad.

Entretanto, había vuelto al trabajo Agiali de muy mal talante y llenaba su faena con pereza, furiosamente arrepentido de haberse prestado a suplir a su casero, cuando bien podía a esa hora estar merodeando por las huertas, libre de fatigas y ahíto de frutas escogidas y abundantes.

—¿Qué tiene ese hombre? Parece que está enfermo –dijo en ese momento el patrón entrando al lagar.

Era un hombre de cuarenta o más años, alto, grueso, moreno, de nariz aguileña, ojos pequeños y cenicientos, bigote y ceja poblados.

—No sabe trabajar, señor; es la primera vez que viene al valle.

El patrón, con el entrecejo fruncido, se volvió hacia Agiali.

—¿De dónde eres?

—Del lago.

—¿Quién es tu patrón?

—El caballero Pantoja.

—Entonces tú has de saber servir, porque conozco a tu patrón y sé que nunca gasta servidumbre fuera de sus *pongos*. Anda, pues, a ayudar a la señora, y que el *pongo* de casa venga a reemplazarte en el lagar.

Agiali se fue a la galería, donde la esposa del terrateniente –esbelta,

pálida, de ojos infinitamente tristes y piadosamente dulces– desmochaba maíz acompañada de algunas indias, sentadas en torno a una enorme hacina de mazorcas secas; y recibió la orden como una liberación, que bien pudo ser su sentencia de muerte, si la fortuna no se le hubiese mostrado propicia en esa tarde, indeleble en su memoria.

La aventura que hasta su muerte no pudo olvidar aconteció así:

Días atrás, concluido el yantar, la familia del terrateniente había dejado el comedor y fue a sentarse en los poyos circundantes del largo patio, embellecido por un jardín central, donde un frondoso naranjo, un ciprés de copa torcida y un pimiento cuajado de fruto ofrecían cómodo reposo a las torcaces y a los mirlos, que aun entre las luces del crepúsculo ensayaban sobre el techo de paja sus últimos gorjeos. De barro eran los poyos, pero en los ángulos estaban cubiertos de grandes y anchas losas sin pulir, o pulidas por el uso, sobre las cuales, en tiempo de cosecha, se ponían a secar las frutas mondadas, o se muele el maíz tierno para las *humintas* después de borrar de su superficie las huellas que dejan las aves del corral, en sus devaneos amorosos, o sus querellas con odio aunque sin rencor.

La madre, como de costumbre, ocupó su asiento, tibio aún por los rayos del sol, junto a la puerta de la sala, al pie de un limonero cuajado de azahares y de frutos verdes y maduros a la vez; púsose a la diestra su primogénito, bachiller en letras, mozo de quince años, alto, paliducho y de rostro serio; a la siniestra, el del medio, que daba ocupación a las manos tallando el mango de un bastón de *jamillo*, y fuese el más pequeño, del brazo del padre, al establo, para ver la distribución de alfalfa a las bestias de servicio y ayudar, si cabe, el recuento de las aves, reacias siempre a cobijarse bajo de techo, donde quedan libres de la garra del gato montés, ávido de carne fresca.

Tarde tranquila y de indefinible dulzura. Del follaje de las huertas aledañas venía el postrer gorjeo de las aves, cuyos fuertes aletazos se escuchaban entre el incesante trinar de gorriones instalados ya entre la espesura de la querencia; zumbaba en el aire el élitro de los insectos nocturnos; los gusanos de luz, "gotas de luna", rayaban las sombras con el brillo de sus alas, y los murciélagos vagabundeaban por el cielo, en vuelo bajo, rozando con sus alas de pergamino el ramaje de los limoneros y haciendo caer lluvia

de azahares marchitos… A lo lejos, el río cantaba su enorme y larga canción de espumas.

—¡Un cuento, mamá, un cuento!

Y en tanto que la pálida matrona, de aire modesto y enfermizo aliviada por entretenidas lecturas, urdía algún cuentecillo inocente con que colmar la despierta imaginación del rapaz, el mayor de los mozos, perito ya en la lectura de Julio Verne, dirigía los ojos por sobre la colina arboleada, a cuyas faldas parecía sonar la casa de hacienda, para fijarlos, ya en el cielo enrojecido por el crepúsculo, o en el monte alto y desgarrado que se alzaba al fondo, como una muralla, y entre cuyos peñascales hallaban reposo los cóndores y cómoda guarida las vizcachas.

Era este cerro el último eslabón de una cadena de montañas cortadas en medio por el río de Palca, angosto como un sajo. Uno de sus costados moría en saltos bruscos sobre el río; el centro se desgajaba, casi perpendicular, sobre una planicie, al pie de la cual se erguía la casa de hacienda en medio de huertas de higos, limoneros, granadas, *pakaes* y duraznos, y el otro costado se cortaba también en sajo sobre un callejón de paredes rectas, por el fondo del cual corría un arroyo de aguas escasas en invierno, dividiendo en dos partes el plano lleno de oteros, altozanos y plataformas que constituían la hacienda.

Mirando la cumbre del cerro desde las honduras del valle, se le veía a una distancia fantástica, cual si allí concluyese el espacio o estuviesen asentadas las bóvedas del horizonte; pero por el callejón, y poniendo raya negra en la púrpura del cielo crepuscular, volaban los cóndores, o se posaban en las crestas de los peñascales, inmóviles, hasta que las sombras se hacían densas.

Decían los indios de Collana, famosos montañeses hechos a trepar riscos, que desde el otro lado de la cuesta veíase en medio del despeñadero alzado sobre el abismo una honda cueva donde anidaban los rapaces bajo la protección de un *mallcu*, y la noticia traía caviloso al estudiante, que en las tardes, desde el poyo de su casa, se la pasaba con los ojos fijos en la cuenca, siguiendo el vuelo lento de los animales y con el propósito firme, que llegó a poseerle con la cruel fijeza de una obsesión, de matar algunos para disecar sus pieles y venderlas a los indios, que las buscan con interés

y las pagan a buen precio, para disfrazarse con ellas en las festividades de su devoción.

—Papá, regálame el *Zorro* –le dijo, al fin, un día el bachiller a su padre.

El *Zorro* era un asno envejecido en servicio de la hacienda. Durante diez años, una vez por semana, había trillado los cuarenta kilómetros que separan el fundo de la ciudad, cargando en sus lomos la fruta de las cosechas en primavera, la dorada uva de las vendimias en otoño y el maíz seco, o el vino mosto en invierno, y el propietario lo conservaba en gratitud de sus humildes servicios, dejándole vegetar junto con las demás bestias útiles de la recua.

Tenía el *Zorro* un color indefinible, entre pardo y rosillo, como si el polvo del camino hollado en diez años de ajetreo, se hubiera infiltrado en su piel, dándole ese color raro de las cosas viejas.

—¿Y qué has de hacer con el *Zorro*? –preguntó con indolencia el terrateniente.

—Una cosita, papá. Regálamelo, pues ya no sirve, y no me preguntes más.

—Te lo regalo.

No lo dijera el caballero, pues al punto lanzóse el bachiller a la sala y a poco apareció cargado de su enorme escopeta de dos cañones y de atacar por la boca, traía al costado la bolsa de municiones fabricada por su madre, y una jáquima con lazo en la diestra.

—¿Qué has de hacer con todo eso? –preguntó el padre, un poco intrigado y pesaroso ya de haber consentido en el obsequio.

—Una cosita, papá… Te lo diré mañana.

Y huyó el demonio para evitar indiscretas preguntas, ansioso de sorprender a todos con sus hazañas.

A la salida del callejón, bajo la sombra de un emparrado y junto a la acequia, encontró a su pequeño hermano, que se entretenía en poner diques a la corriente. Le dio la jáquima y se lo llevó consigo al alfalfar.

Allí pastaban las bestias en grupo, bajo el ojo vigilante de dos harapientos rapaces provistos de hondas, que prorrumpían en grandes gritos cada vez que las bestias avanzaban más allá de la línea indicada por el patrón. Holgaban en medio alfalfar o entre retamales fraganciosos, con las panzas

hinchadas; y muchas, ahítas de rumiar, dormían la siesta a la sombra de una coposa y corpulenta ceiba, cuyas flores encarnadas tapizaban el suelo ahora pelado e igual.

El *Zorro* reposaba bajo esta sombra. Como su edad ya respetable y la hinchazón de sus patas no le permitían quedar mucho tiempo en pie, dormitaba con la cabeza yerta y recogidas bajo del vientre las nudosas patas. Se le aproximaron sin que intentase huir, como las demás bestias; le pusieron la jáquima y le obligaron a levantarse.

El asno se puso en pie perezosamente, y a los jalones que el muchacho daba del ronzal comenzó a moverse, paso a paso, lentamente con la cabeza inclinada, las orejas gachas, el continente cansado y humilde.

Era el atardecer. El sol brillaba en el cielo, próximo a esconderse tras el elevado monte; a lo lejos se escuchaban los gritos de los pastores, que en huertas y viñedos ahuyentaban a las aves, sacudiendo tambores o haciendo reventar sus fuetes estrepitosamente.

Atravesaron una huerta de manzanos, y cerro arriba, tomaron la cuesta que en pronunciados zigzags va hasta la lejana y alta cumbre. *Zorro*, al notar que le conducían por un camino distinto al de la querencia, se detuvo y probó empacarse, como para advertir a sus conductores que se equivocaban de ruta; pero un par de fuetazos dados con la espinosa rama de un algarrobo le hizo doblar el lomo como un arco y lo redujo a la obediencia. Siguió adelante mustio y perezoso; y como ya no tenía costumbre de subir cuestas, a poco andar comenzó a ponerse más pesado y más flojo. Estiraba con tiento las patas, como para ver dónde iba a ponerlas; el sudor le bañó los flancos huesudos; sus ijares, de tanto resoplar, parecían fuelles, y se detenía a tomar aliento cada diez pasos.

Una hora o más duró la pesada caminata, y llegaron a la meseta cuando el sol se había escondido tras la montaña y el valle estaba iluminado con los últimos reflejos del astro, que aún doraba los cerros de la banda opuesta del río.

Al ver el estudiante que *Zorro* ya no podía más y considerando que de intentar subir el primer tramo del monte les cogería la noche, que en los valles hondos de la sierra se viene apenas puesto el sol, hizo que el rapaz se desviase un poco del camino hacia la rinconada, donde los flancos del

cerro caen como paredes sobre la meseta –y se internaron por en medio de los cactus y espinos gigantescos, que crecen en ese suelo torturado por peñones y lastras rodados de la hosca muralla–. Se detuvieron junto a un cerco de piedras, en cuyas junturas crecían plantas silvestres de vistoso aspecto y penetrante perfume, y sólo se oía el canto armonioso pero estridente de las calandrias… *Zorro*, molido por el paseo insólito, dolió las temblorosas y deformes patas y se dejó caer pesadamente en tierra. Estaba bañado en sudor y las fosas de su nariz se dilataban y recogían con el resuello.

Sentóse el mozo sobre un cerco de piedras y cebó su vieja escopeta. Cuando hubo atacado la doble carga de perdigones, echósela a la cara e hizo puntería bajo la oreja del asno. *Zorro*, como si adivinara la intención matadora del estudiante, volvió en ese momento la cabeza y se quedó inmóvil, mirándole fijamente con sus ojos hundidos y cansados. Se estremeció el mozalbete, pues era algo sentimental; creyó leer en la mirada de la bestia vieja una súplica, y bajó su arma, turbado de un miedo y de una piedad que hasta entonces jamás había sentido por las bestias.

—No; no puedo. ¡Pobrecito!

—¿Quieres que le mate yo? –pregunto el minúsculo hombrecillo, lleno de atrevimiento inconsciente.

—¡Qué disparate! Lo harías sufrir.

—¡Sí, sí, yo le mato! –repuso el pequeño dándoselas de hombre hecho y derecho.

—No; hazlo parar más bien.

Descargó el rapaz una patada en las costillas de *Zorro*, y éste se alzó de pie, dio dos perezosos pasos y se puso a pastar la hierba que crecía entre la rocalla derrumbada. Al ver esto enternecióse más el bachiller; y dominado por la pena, pensó desistir de sus fatales propósitos si la idea de la segura ganancia no le decidiera a mostrarse valeroso y despiadado. Apuntó por segunda vez, y ésta, sin esperar mucho tiempo, dio un firme apretón al gatillo; mas el tiro no partió. Se había olvidado amartillar el arma, y tomó el olvido como un anuncio de la providencia para respetar la vida de un ser que en luengos años de trabajo había adquirido el incontestable derecho de morir cuando buenamente le llegase su hora.

—¡Yo le mato! ¡Yo le mato! –insistía el rapaz frente a la indecisión de su hermano.

—¡No, hombre! –repuso el otro con cierto mal humor por la crueldad del pequeño.

Y seguramente dejara con vida al menguado pollino, si por desgracia para él no acudiesen en ese instante a la memoria del colegial las ideas generales de una teoría aprendida en uno de sus libros, y según la cual la vida no era sino un combate rudo e incesante en todos los elementos de la Naturaleza y entre todos los seres vivos de la creación; una cruel y enorme carnicería en que los más fuertes vivían a costa de los menos fuertes. Y pensó (acababa de pasar su examen de filosofía escolástica): los cóndores se comen a las reses útiles y son dañosos; para matar cóndores hay que ofrecerles carroña, luego…

Preparó el arma, hizo puntería parapetándose en el cerco de piedras, cerró los ojos y apretó el gatillo.

Una fragorosa detonación turbó la paz del crepúsculo e hizo huir de espanto a las aves que gorjeaban quedamente en sus nidos. Abrió los ojos el desalmado y vio al viejo borrico caído de costado, con las patas temblantes y rígidas, tendido el cuello. Un hilillo de sangre le corría a lo largo del hocico y un grueso lagrimón se desprendía de sus ojos enormemente abiertos…

El estudiante huyó sollozando.

Al día siguiente, al atardecer, fue a ver su víctima. Estaba allí, con los ojos turbios mirando al cielo. En lo alto volaban los cóndores sin atreverse a descender al valle.

Volvió al otro. Tampoco nada; pero al olor penetrante de la carne descompuesta comenzaban a acudir los hambrientos canes de los colonos: se les veía agazapados contra los gruesos pedruscos o a la sombra de los algarrobos.

Y por los perros fue devorada la carroña, pues los cóndores, intimidados de bajar al valle, cerca del camino, se contentaban con voltear en lo alto, los ojos fijos en la hondonada.

—¿Y qué has hecho con el *Zorro*? –le preguntó esa tarde, la de nuestra historia, el padre, sonriendo socarronamente.

El estudiante enrojeció, reacio a la confesión.

—Me han dicho –prosiguió el caballero– que ibas a matar cóndores; ¿dónde están?

—Espérate, papá; ya verás. ¿Quieres prestarme al *pongo* por algunas horas? –repuso súbitamente iluminado por una idea y resuelto a conseguir por la audacia lo que con la astucia no había podido alcanzar.

—¿Para qué? Tiene que hacer.

—Quisiera que me acompañe un momento…

—¿Pero adónde?

—No; ahora no te lo digo… después.

—Al *pongo* no te lo presto. Si quieres, llévate a ése –dijo el padre señalando a Agiali, que acaba de salir de la cocina, donde había ido a beber un trago de agua.

El mozo le llamó, y entregándole su venerable escopeta se lo llevó consigo…

¡Sí; qué diantre! Había que salirles al encuentro. Ya que ellos no tenían el coraje de descender al valle, él iría a sus riscos y los atacaría, como hombre, junto a sus cubiles…

Y esgrimía con fiereza un gran cuchillo de monte, de que se había provisto el bachiller, imaginándose luchas feroces entre él y los rapaces con pico y garras de hierro.

Eran próximamente las tres de la tarde. El camino, llano en lo hondo, se levantaba en empinadísimos zigzags por los flancos riscosos de la montaña, y estaba obstruido en partes por los derrumbes que habían producido las recientes lluvias; y a medida que ganaban la altura, la masa del Illimani crecía y se achataban las de los montes arremolinados a sus plantas.

Llegaron a un punto bravío. Metíase el camino a un recodo de tierra amarilla bautizado por los indios de la región con el nombre de *kellu-kelluni*, y dieron frente a un cerro cortado a pico sobre el riachuelo de Collana, que corre al fondo de la sima profunda, invisible desde el camino por las rocas que sobresalen del despeñadero liso.

Cuando los cazadores llegaron a este punto comenzaron a caer de la bóveda menudas piedrecillas, y un hilo de arena amarilla se deslizó con blando ruido por la pared tosca.

—¡Vizcachas, señor, vizcachas! –exclamó Agiali radiante de contento.

—¿Crees?

—Sí, señor: son vizcachas.

El estudiante y el indio levantaron los ojos y sólo tropezaron con las paredes toscas y rajadas, inclinadas sobre el camino, limpio de toda huella animal.

—Espérame aquí, niño; voy a ver lo que es.

Y Agiali, andando sobre las puntas de los pies, se alejó del borde del precipicio, yendo hacia el final superior de la zeta, desde donde se dominaba el peñón amarillo.

El mozo quedó bajo la bóveda, los ojos levantados a la pared, y en las manos la escopeta amartillada, lista a hacer fuego.

—¿Qué hay? –preguntó por señas cuando Agiali hubo llegado al final de la zeta.

Agiali levantó la mano a la altura de la cara e indicó que nada veía.

El mozo se puso en marcha: mas no bien hubo salido de debajo de la bóveda, cuando un ruido sordo que hizo temblar el suelo le obligó a volver la cabeza.

Al punto nada pudo distinguir. Una densa polvareda se había alzado entre él y los objetos, pero sintió crujir el piso a la fuerza irresistible con que los peñascos rodaban precipicio abajo, hasta saltar en el vacío e ir a chocar en la pared del otro cerro, a no menos de treinta metros, para volver a rebotar al primero, contra los peñones incrustados en la pendiente y desgajarlos, para rodar todos hasta el riachuelo en medio de un ruido espantoso.

El mozo echó a correr cuesta arriba, pálido y despavorido, en alcance de su compañero, y cuando llegó junto a él, daba diente con diente, con el rostro lívido y desencajado de horror.

Agiali se había sentado en una piedra y cascaba la argamasa de *llucta*, al parecer impasible, pero mudo de angustia y de sufrimiento…

VI

Bravo amaneció el tiempo al siguiente día. El cielo, encresponado, mostraba hosca faz, y un viento de huracán curvó la copa de los árboles, arrojando al suelo la fruta a medio madurar, que los vallunos miraban con solicitud, por las ganancias que se prometían vendiéndola en la ciudad, en meses en que la fruta de los valles es poca y fuera de sazón.

A mediodía se anunció la lluvia. Una lluvia torrencial, de gotas gruesas y pesadas, con gran acompañamiento de truenos, rayos y relámpagos.

Se suspendió la cosecha de la uva, y la peonada fue enviada a las huertas a recoger la fruta desgajada por el viento, para reblandecerla al sol antes de ser pisada en el lagar; y el trabajo, hecho de prisa y bajo la vigilancia inmediata del patrón, resultó demasiado duro para el comedido Agiali y su compañero Cachapa, que había tornado a la faena para no perder su jornal del día anterior.

Cuando se recogieron, en la noche, estaban molidos. Ninguno podía levantar los brazos, y un sudor copioso y caliente bañaba sus miembros.

Apenas comieron. Quilco, no obstante su malestar creciente, los recibió con bromas.

—Parecen burros derrengados –rió, viéndoles entrar con las manos en las adormecidas caderas y los rostros descompuestos.

—¿Mucho trabajo? –interrogó la patrona, afanándose por dar de comer a sus conejos.

Los otros hicieron un gesto como de rencor y cansancio, sin responder, casi furiosos contra el enfermo.

Se echaron a dormir al pie de los aleros para resguardarse de la lluvia que creyeron iba a caer, porque aún colgaban del cielo oscuros nubarrones y el viento no cesaba de sacudir el follaje.

Se hizo la noche, y en la espesura de las sombras sólo brillaba la llama del fogón que atizaba la hembra, para alistar la merienda del día siguiente.

De pronto ladraron los perros corriendo hacia la fronda lindante con la playa, y eran sus ladridos desesperados e inquietos. La dueña creyó que era un gato montés que venía a rondar las gallinas encaramadas en la rama de un viejo manzano, y armándose de una azada, salió de la cocina en di-

rección a la espesura, y a pocos pasos de ella, de frente a la luz del hogar, vio a un hombre que manejaba un grueso bastón y tenía en jaque a los enfurecidos canes.

—¿Quién es?

—Oye, mamita; están bravos tus perros; has de guardar mucho dinero.

La dueña reconoció al punto la voz del *hilacata* y comenzó a castigar a las bestias, que se perdieron entre los árboles, quejándose.

—¿Qué te trae a rondar por aquí y a estas horas?

—Me ha enviado el patrón a ver la playa, y eso da miedo… ¿No oyes el ruido del río?

—Sí; revienta como camaretas.

—Está horrible. Se ha llevado los dos *reparos* de la toma, y cambiando de curso ha dejado en seco al más fuerte y se ha metido al pie de la viña. Si esta noche no se la lleva, puede que no se la cargue nunca.

—¿Y sabe el patrón?

—Voy a decírselo.

—Estará sufriendo la huerta de Tomás.

—Y también la tuya.

—¿De veras?

—Por eso he venido. No sería inútil que cosechases los árboles de la orilla, porque si se los ha de cargar el río, vale más que el fruto se quede en casa. Puede que te dé algo.

No se lo hizo repetir la dueña. Despertó a sus dos pequeños y llamó en su ayuda a sus huéspedes, y todos cinco se encaminaron a la playa.

La noche, oscura, se hacía tenebrosa en la huerta por el espeso follaje del pomar. Nada se podía descubrir en medio de tanta negrura; pero los muchachos tenían tal potencia de visualidad, que, como los nictálopes, andaban con absoluta confianza y sin apartarse en punto de la senda ni chocar con los troncos retorcidos de los manzanos.

Conforme se acercaban a la playa crecía el rumor del torrente, que chocaba contra las indefensas paredes del acantilado, carcomiendo su base y echando abajo la tierra de labor junto con los árboles cargados de fruto maduro. El piso temblaba, amenazando abrirse, y se sentía correr el aire agitado por la fuerza de la corriente.

De pronto, entre el hórrido fragor del río desbordado, oyóse repicar la campana de la casa de hacienda llamando a la peonada. La huertana, oyéndola, gritó a uno de los muchachos:

—Si quieren, que vengan; nosotros no vamos.

Y volviéndose a sus huéspedes, espantados por el fragor del río:

—¡Ligero! Trepen a los árboles de la orilla y recojan cuanto puedan del fruto.

Los puneños protestaron. ¡Eso sí que no! En tierra, bueno, todo lo que se les pida; pero nada en los árboles y sobre el agua.

Los muchachos se colgaron del cuello su *aguayo*, y como simios subieron a los manzanos, inclinados ya sobre el rugiente abismo.

A poco, entre la espesura de las tinieblas brillaron lucecitas rojas. Eran los peones, encabezados por el patrón y el *hilacata*, que venían a instalar reparos sobre la corriente misma para echarla, si posible, a la opuesta orilla. Los indios estaban provistos de hachas y cuerdas. Llegados al punto amenazado, el patrón dio orden de derribar todos los árboles que bordeaban la orilla del talud, pues ya que se hacia difícil guardar el terreno, por lo menos que se salvasen la madera y frutos de los árboles: la fruta, para hacer aguardiente, y los troncos, para alimentar la hoguera de la falca y construir albergadas.

Se pusieron a la faena los peones. Algunos ataron cuerdas en los troncos de los árboles distantes de la orilla, el cabo a su cintura, y animosos emprendieron con los árboles amenazados por el torrente.

¡Blum! Un golpe seco y rápido. Viose inclinarse un retazo del suelo y desaparecer entre el oscuro cauce del río. Tembló el piso bajo la planta de los peones y todos emprendieron atropellada carrera de recule hacia el interior de la huerta. Un grito de angustia brotó del fondo del abismo, dominando el ruido de las aguas, y alguien, al correr, tropezó con una cuerda tendida y tirante que vibraba a punto de romperse.

—Alguien ha caído al agua –gritó el que había tropezado con ella y tomándola entre las manos.

El patrón, refugiado al pie de un corpulento manzano y a buena distancia del peligro, ordenó tirasen de ella.

Hízose así, y remontaron el cuerpo inanimado de un peón. Como no

había nada a mano para volverlo en sí, tuvo que correr un indio hasta la casa patronal en busca de una botella de alcohol, árnica y suturas.

—¿Y ustedes? –preguntó el *hilacata* a los puneños, que todo lo veían con el mayor de los espantos y sin atreverse a prestar ninguna ayuda–: ¡A ver, a las hachas!…

No lo oyeron segunda vez. Al avanzar hacia el torrente de sus espantos, fingiendo obedecer, dijo Agiali a Cachapa:

—Corre a acaronar las bestias y yo escapo más luego. Si Quilco no puede o no quiere, que se quede…

Algunos minutos después se habían eclipsado los *sunichos*.

Partieron con el alba; y cual si quisieran hacerse pago por los jornales no cobrados al valluno, se pusieron a cosechar los frutos que les caían en las manos, desgajando de intento las ramas, pues bien sabían que el pomar estaba deshabitado y a merced de quien se diese el trabajo de venir a cosechar en él, lo que no sucedía nunca.

Cantaban los grillos entre las piedras del camino y las luciérnagas vagaban por los árboles rayando de luz las sombras, el río decía entre la rocalla su canción de espumas, y de vez en cuando surgía el canto arrogante de algún gallo. Y era todo el ruido que se oía en el valle.

Les salió el sol cuando ganaban la altura, y a la luz radiante de su lumbre vieron sus ojos el último paisaje, que se llevaron prendido en la retina.

El valle se abría a sus pies en ancha zanja ribeteada de verde, y al otro lado se escalonaban los montes jocundos y llenos de huertas y de flores en su base, y cuyas cimas, desnudas, atormentadas, y de color de gamas variadísimas, desde el negro hasta el rojo encendido, iban a morir todas a los pies de Illimani, cubierto hasta las faldas con su alba vestidura de nieve. Una nube parda ceñía el cuerpo de la montaña con una banda tenue, y sus picos, dorados por el sol, tenían un borde cristalino, cual si la nieve de la cumbre floreciese en diamantes o se orlase de una diadema en honor del astro alegre y fecundo.

Salieron al llano de Collana, extendido en las faldas de unos cerros altos cubiertos de pajonales, y dejaron a la izquierda el poblacho que se veía a lo lejos, sobre una lomada. Las casas con techos de paja, cuadradas unas y redondas las más, en forma de conos, se derramaban por la vertiente

en torno a la iglesia, cuyo rojo techo era la sola nota riente en esa mancha gris del caserío.

Desde que los viajeros dejaron sus pagos, era la primera vez que podían abarcar con los ojos el ancho cielo sin tropezar con las líneas duras de los montes hostiles; y fue tanta su alegría, que se les ocurrió hallar cierto parecido entre su comarca y esa en que ahora estaban, con el corazón ligero de penas y sobresaltos. Ancho era el horizonte, pelado y gris el suelo, y los ojos podían extenderse por el lado del pueblo hasta tropezar con la línea del espacio.

Desistieron de tocar en el poblacho. Quilco, acaso únicamente en fuerza de ilusión, se sentía más aliviado, y como temía que le atacase el mal, que lo sabía caprichoso, con mayor fuerza, prefirió seguir viaje a la urbe, acortando así la distancia que lo separaba de su hogar.

No opusieron ningún reparo los otros y aun acogieron con alegría la súplica del enfermo. Sentíanse cansados y con grandes deseos de verse en sus casas, más que por ellos mismos por sus bestias. Casi todas llevaban desollados y purulentos los lomos: caminaban con pereza y doblándose cada vez que al subir o bajar esos escarpados senderos les oprimía el lomo la carga.

Arribaron a la ciudad pasado mediodía; y como el patrón aún no había vuelto de su hacienda de los Yungas, devolvieron a la esposa el dinero sobrante de las compras, descansaron un día, y al siguiente, con luz de aurora, emprendieron, felices, la última etapa del viaje.

Llegaron con el crepúsculo a la hacienda e hicieron su entrada llevando sobre las espaldas la carga de dos asnos rendidos por la fatiga y empujando por la grupa a los que ya no podían más con el desarreglo que les había producido la fresca hierba de los valles.

Muchos colonos, al divisarlos en la lejanía de la ruta, acudieron para recibirlos en la casa de hacienda, donde era obligación deshacerse del cargamento. Allí encontraron, de las primeras, a sus familias los viajeros. La mujer de Manuno, en espera desde hacía muchos días, fue la más empeñosa en correr a la casa patronal. En la puerta topó con Agiali, que se ocupaba en aflojar la cincha a sus bestias.

—¿Y mi marido?

El mozo, con pretexto de que un asno tomaba camino de la querencia, corrió a detenerlo, dejando sin respuesta a la viuda. Ella se volvió a Quilco, flaco y pálido.

—¿Y mi marido?

Quilco no pudo hallar una respuesta. Y púsose a temblar con todos sus miembros, apoyándose contra la pared para no dar en el suelo con los sacudimientos de la fiebre.

—Se ha quedado.

—¿Dónde?

—Allá, en el valle.

—¿Y por qué? No veo su mula; seguramente se cansaría. Yo le dije que no la llevara... ¿O ha perdido el dinero y tiene miedo de volver?

Quilco permanecía silencioso, dando diente con diente.

Entonces ella comenzó a gimotear, presintiendo una desgracia:

—¿Está enfermo quizás?...

—¡Ha muerto; se lo ha llevado el río! –repuso brutalmente el enfermo, sin ánimos para fingir.

Un alarido estridente rasgó el silencio del crepúsculo. Los perros de la casa comenzaron a ladrar con furia, irritados por la brusca irrupción del grito, y al punto respondieron los de las casas vecinas, agrupadas en torno a la de la hacienda, como pollos al regazo de la madre. Uno de los asistentes, temeroso de que se encolerizara el administrador y emprendiese a palos con los intrusos, cogió a la viuda por el brazo y se la llevó campo adelante, sin conseguir que la desolada cesase de poblar la calma del crepúsculo con sus alaridos inconsolables...

—¿De veras? ¿Y cómo? –inquirió uno de los circunstantes.

Entonces Quilco, a pesar de la fiebre que le devoraba, narró la escena con lujo de detalles y haciendo correr libre la fantasía. Desfiguró los hechos, rodeándolos de siniestro aparato; dijo de cosas que nunca habían pasado con asentimiento tácito de los otros, y juró por su vida, y juraron Agiali y Cachapa, haber visto al diablo la noche de la fatal tormenta.

La concurrencia quedó sumida en silencio meditativo y grave.

—¡Estaba previsto! –exclamó uno, solemnemente.

Los demás inclinaron la cabeza y, temblando, se separaron sin decir

nada, y cada uno, por distinta senda, se perdió en la borrosidad de la noche… Sólo quedó con los viajeros Tokorcunki, el *hilacata*, y estaba mudo, con el ceño fruncido.

Apareció Troche, el administrador. Acababa de comer y venía alegre fumando su cigarrillo.

—¡Ah! ¿Son ustedes? Me alegro. ¿Han conseguido semillas?

—Sí, *tata*; traemos.

—¿Y cuánto?

—Cinco cargas.

—¿Y por qué cinco? Por perezosos, sin duda.

—No, *tata*; no pudimos conseguir más.

—¡Quítate con eso, pillo! Seguro que en vez del grano han traído fruta para vender.

Calláronse los viajeros con la confesión de la culpa.

—¿Y tú qué tienes? –le interrogó Troche a Quilco viéndole temblar incesantemente y sin poder tenerse en pie.

—Está enfermo, señor –repuso por él Tokorcunki.

—Son las tercianas… ¿Manuno? –preguntó, queriendo desviar la conversación y evitar reproches.

—Ha muerto…

Troche se echó atrás bruscamente, cual si delante se le hubiese erguido una sombra acusadora.

—¡Cómo! ¿Ha muerto dices? –preguntó con voz opaca.

—Sí, señor; se lo ha llevado el río.

—¿Y cómo fue? ¡Pobrecito!

Agiali volvió a contar brevemente la escena y Troche la escuchaba alelado, sin interrumpirle. Al fulgor de su cigarrillo se le veía pálido y ceñoso.

Cuando Agiali dejó de hablar, les dijo:

—Bueno, váyanse a dormir y vengan mañana temprano a entregar la carga…

LIBRO SEGUNDO
EL YERMO

I

LA NOTICIA de la trágica muerte de Manuno cundió con pasmosa celeridad en el disperso caserío de la hacienda y de los contornos, y fue recibida con sordo encono por los peones, que atribuyeron a la codicia del terrateniente y sus servidores mestizos las irreparables desgracias que sobre ellos y sus bestias se abatían, periódicamente, cada año.

Ellos, los amos, por economizar unos céntimos y poner a prueba su mansedumbre, urdían ardides para hacerles caer en faltas, y luego, por castigo, enviarlos a esas regiones malditas, donde atrapaban dolencias a veces incurables, sin recibir ninguna recompensa y más bien utilizando sus bestias, que a raíz de cada viaje resultaban enfermas por meses de meses, y a veces definitivamente; ellos…

En todas las casas, de todas las bocas se elevó, en secreto, un coro de anatemas contra los criollos detentadores de esas sus tierras, que, por tradición, habían pertenecido a sus antepasados, y de las que fueron desposeídos, hace medio siglo, cuando sobre el país, indefenso y acobardado, pesaba la ignorante brutalidad de Melgarejo.

Entonces, so pretexto de poner en manos diligentes y emprendedoras la gleba en las suyas infecunda, arrancaron, con mendrugos o a balazos, la tierra de su poder, para distribuirla, como gaje de vileza, entre las mancebas y los paniaguados del mandón, cayendo así en su aridez de ahora, porque el brazo indígena, que por interés, codicia y sarcasmo, dieron en llamar inactivo los congresales de ese año triste de 1868, resultó más pobre, más ocioso, que el de los improvisados terratenientes, que sólo tuvieron la habilidad de encontrar en el indio un producto valioso de fácil explotación

y el talento de inventar nuevas cargas, sin osar ningún esfuerzo de modernización, inhábiles del todo para emprender…

La familia ilegítima del caudillo bárbaro fue la primera en acaparar, aunque sin provecho, extraordinarias extensiones de tierras feraces a orillas del lago; y el despojo se consumó vertiendo a torrentes la sangre de más de dos mil indios que rehuyeron aceptar los mendrugos señalados como precio de su heredad.

Fueron los propios miembros de la fatal familia los encargados de poner en ejecución el decreto presidencial autorizado por el servil Congreso. El hermano de la manceba, casado con la hija legítima del presidente Melgarejo, estrenó las insignias de su generalato yendo a balear montoneras de indios armados de palos y de hondas.

Entonces se improvisaron fortunas y se vieron cosas inauditas.

El incendio, el robo, el estupro, la violación, el asesinato, campearon sin control en los campos de Taraco, Guaycho, Ancoraimes y Tiquina, a la vera del lago azul y de leyendas doradas. Y el frío mes de junio de 1869 fue testigo del furor bestial que a veces gasta el hombre para con otros que considera inferiores en casta y estirpe.

Se cogía a los adolescentes de ambos sexos, para fusilarlos en presencia de los padres, atrincados como fieras, con lazos y grillos, a pilares de barro o madera; los soldados infantes se hartaron con forzadas caricias de doncellas, y llegaron a sentir asco por la pegajosa humedad de la sangre tibia; los de a caballo ataron a los principales indios a la cola de sus brutos y con el trote duro de sus corceles hollaron, como otrora los guerrilleros de la independencia, pero innoblemente ahora, la grave calma de la estepa, tiñéndola de sangre, y todos se mostraron cínicamente crueles y heroicos…

Así, a fuerza de sangre y lágrimas, fueron disueltas, en tres años de lucha innoble, cosa de cien *comunidades* indígenas, que se repartieron entre un centenar de propietarios nuevos, habiendo no pocos que llegaron a acaparar más de veinte kilómetros seguidos de tierras de pan llevar. De este modo, más de trescientos mil indígenas resultaron desposeídos de sus tierras, y muchos emigraron para nunca más volver, y otros, vencidos por la miseria, acosados por la nostalgia indomable de la heredad, resignáronse

a consentir el yugo mestizo y se hicieron colonos para llegar a ser, como en adelante serían, esclavos de esclavos…

Con estos procedimientos había logrado entrar en posesión de la comunidad de Kohahuyo don Manuel Pantoja, el padre del actual poseedor de la hacienda en que servían nuestros maltraídos viajeros.

Asociado a un general favorito de Melgarejo, hombre de instintos feroces, cobarde pero traidor y malo, borrachín y sucio, había asolado las regiones de Chililaya, Aigachi y Taraco, lanzando a la soldadesca iletrada contra los comunarios, que, no obstante su pavor, apercibiéronse para la defensa de sus tierras, adjudicadas a don Manuel por un alto precio nominal, pero casi de balde, porque sólo alcanzó a cubrir menos de un tercio del valor estipulado; y sus hazañas, silenciadas entonces por la prensa servil, sólo llegaron a conocerse tarde ya, cuando se hubo disipado con la muerte la sombra del soldado audaz y nuevos hombres se hicieron cargo de los destinos de la nación agonizante.

Entonces apareció la figura de don Manuel en toda su fea desnudez moral.

Incondicional partidario de Melgarejo, le había servido con decisión inquebrantable, primero en calidad de escribiente, y luego como su secretario de Hacienda; y su labia fácil aunque vulgar, que se desbordaba cálida y humilde en los orgiásticos banquetes servidos con cualquier motivo en palacio, le valieron la singular estima de Melgarejo, que le placía verse comparado con las más grandes figuras de la Historia por sus ministros juguetes y sus demás obedientes servidores, civiles y militares, quienes sabían que adular al amo era conseguir sus favores y, con ellos, fortuna y honores.

Aduló como nadie don Manuel; fue obediente y comedido; supo ser feliz y bastante cínico en sus discursos de bacanal y sus escritos de prensa, y Melgarejo lo premió concediéndole enormes extensiones de tierras comunarias y pasando por alto su morosidad de deudor insolvente.

Hizo más.

Le prestó la ayuda de uno de sus generales para reducir a la obediencia a los comunarios rebeldes y castigar a aquellos que se negasen a entregar su suelo fecundado con el sudor de interminables generaciones de indios, agotadas en el cultivo de esas tierras magras y frías.

Y estos dos hombres, el uno alto, jetón y ventrudo, y el otro rechoncho, grueso y picado de viruelas, se entendieron a maravilla, ganando en crueldad el militar al abogado, y en beneficios el abogado al militar, porque mientras el uno entablaba apuestas por botellas de cerveza con sus oficiales para ver quién presentaba en la tarde de una cacería más cabezas de indios, el otro ponía pilares de piedra y barro a los terrenos robados, yéndose de las lindes de Huarina hasta Guaqui, a orillas del lago, y de los ríos Cullucachi, Batallas, Sehuenka y Colorado, que bajan de la cordillera nevada y se pierden en la linfa azul.

Tamaño latifundio, que de subsistir habría hecho de don Manuel uno de los más poderosos hacendados de que se tenga memoria, fue reparado en parte por la Asamblea de 1871, formada a la caída de Melgarejo, que en su ley de 21 de julio anuló todo lo realizado por los Congresos del 68 y 69 en materia de tierras; pero, así y todo, fue lo bastante hábil para quedarse con una parte de su expoliación, mostrando títulos de apariencia legal, que parecían justificar su dominio sobre las valiosas tierras de la comunidad de Kohahuyo, deshecha por la rivalidad entre los mismos poseedores, y una de las más grandes y ricas en la región ribereña.

Así había llegado a constituir la valiosa hacienda don Manuel Pantoja, y ahora era su hijo quien la explotaba, haciendo caer sobre los colonos, siempre descontentos, su sed inmoderada de lucro que con la sangre había recibido por herencia.

Isaac Pantoja era avaro, y se mostraba brutal, como su padre, con el indio.

El indio carecía para él de toda noción de sentimiento y su única superioridad sobre los brutos era que podía traducir por palabras las necesidades de su organismo. No sabía ni quería establecer distinción alguna entre los servicios de la bestia y del hombre. Sólo sabía que de ambos podía servirse por igual para el uso de sus comodidades. Y así como se mostraba indiferente al trabajo de los brutos, le dejaban frío las penas de los hombres, bien que en él unos y otros no entraban casi nunca en el marco de sus preocupaciones, que se reducían a amontonar caudales y a llevar una vida de diversiones y de frivolidad mundana en la ciudad. Indolente para realizar ninguna tentativa que rompiese con la secular rutina, y menos para innovar,

se contentaba con recoger cada año el producto de las cosechas y suplir con desgana los menesteres que su empleado le decía indispensables para mantener la renta de la propiedad en el pie en que la había dejado su padre.

Era el administrador quien dirigía el fundo. El joven Pantoja se contentaba con visitarlo de tarde en tarde, para las cosechas o siembras, en compañía de sus amigos. Entonces, si de algo se ocupaba, era de perseguir a cuanta ave se ponía al alcance de su fusil, que no erraba pieza, y de probar el temple de sus puños en las espaldas de los peones que incurriesen en falta.

Y los peones le odiaban y le temían, porque nunca supieron encontrar apoyo en él contra los abusos inauditos del bravucón, exprofesamente puesto para hostilizarles. Encontraba Pantoja que en Kohahuyo había demasiados colonos y deseaba aumentar los terrenos de hacienda que, por falta de inteligente actividad, descansan los siete años de rotación estilados en las grandes e incultivadas estancias del yermo.

De ahí sus exigencias cada día renovadas, su impasibilidad egoísta ante las quejas de los esclavos y su tolerancia culpable y desmedida por Troche, el administrador, cholo grosero, codicioso y sensual, y al que pagaba un sueldo mezquino a trueque de permitirle carta blanca en sus manejos con los colonos.

Troche supo aprovechar a maravilla la terrible concesión. Instaló en la casa de hacienda un tenducho de comestibles y licores, e impuso a los indios la obligación de comprarle sus artículos, que él los vendía al triple de su valor, castigando con saña a quienes no acudían al puesto. Prefería siempre cederlos al fiado, para cobrar intereses de judaica usura y pagarse, a la postre, con las prendas retenidas en su poder, o sea, ponchos finos, raros objetos de plata vieja y quizás bestias de labor.

Su casa resultó con el tiempo un almacén de telas sólidas y bellamente tejidas, que él las enviaba a la ciudad, donde las vendía en muy buen precio. Y como no tardase en ver que eran grandes los beneficios del negocio, estableció un campo de tejer e hilar en uno de los espaciosos corralones de la casa patronal, y éste fue un pretexto para llamar junto a él a todas las muchachas jóvenes de la hacienda, que tornaban a sus hogares mancilladas y con el gusto del pecado en la carne.

Y tuvo muchos hijos, renegados todos, a vista y paciencia de la esposa, únicamente anhelosa de negociar en el tenducho, sorda a las tímidas reclamaciones que alguna vez intentaron las familias ofendidas, creyendo que al provocar un conflicto doméstico podrían moderar los arranques amatorios del Don Juan mestizo.

Y todo esto, agravado sin cesar, traía en extremo disgustados a los colonos de Kohahuyo, los cuales inútilmente discurrían la manera de romper sus cadenas de esclavitud, ya que cualquier esfuerzo de liberación lo pagaban, no sólo con la pérdida de sus bienes, sino de su sangre, derramada en diversas ocasiones estérilmente, cual si hubiese una suerte de confabulación oculta para mantenerlos en un estado de servidumbre o exterminarlos sin remisión y de un modo implacable.

Y su conciencia sobresaltada les decía que tamaña falta de equidad se hacía indispensable enmendar por cualesquiera medios, si todavía alentaban el instinto de vivir, elemental de todos los seres…

Los más de los colonos desfilaron por la casa de Agiali, unos para pedir detalles sobre los desgraciados incidentes de la excursión, y otros para enterarse del contenido de su cargamento, pues se sabía que el mozo había retenido prendas a la hija de Coyllor-Zuma y esperaban el inmediato noviazgo, con su cortejo de danzas locas y abundantes libaciones, que se realiza tan luego como los parientes se enteran del suceso.

Ni Coyllor-Zuma ni su hija aparecieron por casa del viajero, y esto quería decir que no miraban con desagrado las intenciones de Agiali, ya que de lo contrario habrían sido de las primeras en acudir a casa del pretendiente a recuperar la prenda cogida a la zagala.

Así lo comprendió el enamorado, y se hallaba gozoso de su suerte. Se había echado de espaldas sobre la tarima (*patajati*), con las piernas apoyadas en la pared, tendidas a lo alto, y pensaba con dolor en sus bestias, cual si en sus propios lomos llevase las contusiones y mataduras que se habían producido en dos semanas de viaje, por caminos abiertos en las atormentadas entrañas del valle.

Una dulce languidez se fue apoderando de sus cansados miembros. Sentíase a gusto en su casa, con los suyos, oyendo balar en el establo a los corderos, cuyas menudas coces se percibían a través de las delgadas

paredes, saboreando el acre olor del estiércol y oyendo gemir incansable el viento en los aleros de la casucha. ¡Qué bien estaba allí, después de haber visto tantas veces cara a cara la muerte!

Pero en esto de la muerte pensó de pasada, porque jamás para él constituía una preocupación. Se muere en cualquier parte, de cualquier modo. Lo esencial era vivir en cómoda holganza y satisfaciendo las necesidades del cuerpo frágil; que las bestias no sufriesen nunca ningún accidente; que las cosechas le permitiesen vivir sin hambre, que en las fiestas de común devoción hubiese mucha cosa buena de comer y beber y dinero para comprar un disfraz recamado de plata, o salir airosamente en los ineludibles compromisos del alferazgo…

Entró su madre, una viejecita de cara redonda y arrugada, todavía fuerte a pesar de sus cincuenta y pico de años.

Se acordó de la vaca que adquiriera en la feria de Laja, días antes de partir, y la dejara a punto de tener su cría. No la había visto en el establo, y un prolongado mugido le anunció su presencia.

—¿Y ha parido la *Choroja*? –preguntó con vivo interés.

—Ayer de mañana.

—¿Hembra o macho?

—Hembra.

Hizo un gesto de contrariedad. El habría preferido un macho, para formar yunta con el ternero que ya tenía tratado con el viejo Leque, huérfano a los pocos días de nacer.

Salió fuera de casa para ver la bestia. Estaba tendida junto al muro del aprisco, y la cría dormitaba hecha una bola, blanco y negro, pegada a sus flancos. Acarició el testuz de la madre y dio dos palmadas sobre el lomo enflaquecido de la bestezuela, y volvió a la cocina. Sentíase de veras fatigado, con ganas sólo para dormir. Aflójose la correa que le sujetaba el calzón, tendióse sobre la tarima, encima los gastados cueros que le servían de colchón, y cerró los ojos. En ese momento oyó entrar a su madre.

Pensó en Wata-Wara, su novia. Y con voz soñolienta, fatigada, preguntó.

—¿Ha venido Coyllor-Zuma?

Hacía rato que la madre esperaba la pregunta, y repuso haciendo un gesto de malicia:

—No ha venido…

Sonrió apenas el mozo, volvióse hacia la pared, y a poco roncaba apaciblemente.

Tuvo pesadilla. Soñó con montañas que se desgajaban, con ríos caudalosos y de corriente tumultuosa, con barrancos de insondable sima. Y en todas partes creía ver el cadáver de Manuno, con el trágico gesto de espanto helado en el rostro.

Se levantó con el alba y corrió a ver sus bestias. Los burros habían botado en la noche las caronas y mostraban enormes hinchazones en el lomo desollado y purulento. ¡Lo de siempre! Ahora los trabajos eran para él. Quedarían inutilizados por algún tiempo o tendría que acabarlos de rematar usándolos en ese estado, sin que nadie le resarciese los perjuicios que sufriera.

Meneó la cabeza con desaliento y fue a ver el ganado.

Los toros, amarrados en sus estacas y tendidos en el suelo, rumiaban gravemente y en silencio; en sus pieles erizadas había congelado el rocío y de sus flancos se escapaba un vapor ligero y tenue; las ovejas hacían grupo en medio del corral, y dormitaban pegadas unas a otras formando un solo montón.

El cielo tenía un color pálido y estaba limpio de nubes. El sol comenzaba a dorar las lejanas cimas de los cerros alzados en la banda opuesta del lago, hacia el estrecho de Tiquina.

Enfrente a ese horizonte vasto y limpio, respiró Agiali con satisfacción. ¡Cómo era bella su tierra, plana, luminosa, infinita! Allí nada de cuestas, de horizontes cerrados, de precipicios, de cimas. Verdad que sus frutos no destilaban miel y aroma, ni se daban en ella el buen maíz o las sabrosas tunas, pero latía el lago, abundante en pesca y en huevos de aves marinas, y en el cielo ancho se respiraba aire fresco, sin gérmenes de malignas fiebres.

Fue hasta el río, y al acercarse a uno de sus remansos levantó el vuelo una bandada de patos salvajes.

Apareció el sol. Un sol claro, rutilante, pero frío. De las casitas comenzaron a elevarse columnas de humo azulado; y era tanta la serenidad

del ambiente, que se alzaban rectas, para confundir en el cielo su penacho desleído.

Siguió andando hasta el lago, deseoso de ver sus balsas. A los lejos bogaban los pescadores nocturnos en dirección de la tierra y las velas de sus balsas blanqueaban nítidas a la luz del sol.

Un pescador se abrió paso entre los *totorales* y tomó uno de los canales, que venía a morir en el sitio mismo donde se encontraba Agiali.

—Buenos días nos dé Dios –saludó el marino, saltando sobre el lodo de la orilla.

—Buenos días, Agiali.

—¿Qué tal la pesca?

El pescador se alzó de hombros, apenado:

—Mal, y todos los días peor. Yo no sé adónde se van ahora los peces. Por aquí ya tenemos pocos; creo que pasan el estrecho. Mira lo que he cogido en toda la noche.

Con el pie empujó hacia la proa un montón de algas que había en medio de la balsa, y puso al descubierto unos veinte *carachis*, de cabeza grande, cuerpo menudo, amarillentos. Algunos aún se estremecían con las últimas convulsiones de la agonía.

—¿Nada más?

—Nada más; y entré a media noche…

Despidióse Agiali y siguió andando hasta el sitio en que tenía por costumbre dejar sus balsas.

Estaban allí, atracadas a la salida de un canal. Eran nuevas y aún no habían perdido su color de paja seca. Las acarició con los ojos, y luego de probar la firmeza de las amarras, volvió a casa, donde su madre le esperaba con el yantar preparado, simple y burdo; una sopa de *quinua* y un poco de pescado cocido.

Comió de prisa, ansioso de operar cuanto antes la primera curación en sus bestias, en lo que puso esmerosa diligencia, gastando más de dos horas en reventar las hinchazones, lavar las llagaduras, cubrirlas de orines podridos y sal… Cuando hubo concluido la ingrata faena, deshizo las *chipas*, desempaquetó la lata de alcohol y los abundantes comestibles de que se había provisto en la ciudad, cogió algunas manzanas de las mejores, las

anudó en una de las extremidades de su chal, y fuese en busca de Wata-Wara, al cerro Cusipata, donde la moza tenía por costumbre apacentar su ganado.

Iba sonriente, dichoso, deteniéndose como nunca en las particularidades del paisaje, atento a los ruidos de la pampa. Todo le parecía nuevo y seductor.

Al llegar a media cuesta, se detuvo para mirar el caserío de la peonada, agrupada en torno a la casa de hacienda, construida en el lomo de un altozano. Su portalón se abría mirando al lago y los muros bajos de los (*aijeros*) apriscos que la rodeaban se extendían hasta el río Colorado, que en ese punto hacía una ancha curva y luego iba a morir pausadamente en el charco.

Constaba de un solo piso la casa, y sus paredes enjalbegadas de blanco eran la única nota de color limpio en el yermo. Uno de sus lados, libre de habitaciones, comunicaba con los corrales, hechos a tapialera; los pesebres ocupaban el fondo, al abrigo de los vientos de la costa. Las casitas de los indios agrupábanse en torno, sin orden, unas a lo largo del muro del aprisco y otras a entrambas orillas del río. Eran chatas, de puertas angostas y sin ventanas, y todas tenían un corralito de paredes bajas. Había algunas adosadas al cerro o erguidas en la ladera; y al amor de sus muros y entre las hiendas de la roca, medraban arbolillos de olivos silvestres, los fuertes *kishuaras*, budleya de follaje oscuro por encima y casi blanco en el dorso, mostrando con el viento el contraste armonioso de sus dos colores. Se veían agitarse en los corrales las majadas de ovejas, bueyes y vacas rumiaban en el campo, junto a los corralones, atados a sus estacas de piedras; cerca de ellos había pequeñas hacinas de estiércol seco, por entre los que vagabundeaban perros y aves de corral, en amable consorcio.

Agiali siguió trepando por el angosto sendero, y a medida que ganaba la cumbre, el paisaje se dilataba y aparecía el lago más ancho, más abierto.

Los menudos ruidos llegaban hasta él nítidos y en toda su sonoridad: el ladrido de algún perro, el cacarear de las gallinetas en la orilla del lago, el estridente repique de los *yaka-yakas*, y, de cuando en cuando, dominando todos estos ruidos, el bramido de un toro en celo; pero la paz del cielo era infinita.

Ya en la cuesta, volvió a detenerse el mancebo para engullir unas cuantas hojas de coca. Abrió su bolsa, y, al hacerlo, difundió gozosamente la mirada en torno del paisaje, pues traía los ojos horrorizados con el espectáculo de la montaña, y sentía la necesidad de reposarlos en la sedante contemplación de un panorama familiar y plácido.

La pampa, surcada en medio por el río, se alargaba hasta el fondo de la rinconada en multitud de colinas y oteros, parecidos a rebalses petrificados de la cadena de montes que en serranía áspera y rocosa se ostentaba a la derecha como una muralla, perfilando vigorosamente los contornos de su arista sobre la nevada masa de la cordillera, que quedaba detrás de esta cortina de montes, y cuyas nevadas cumbres, partiendo del Illimani, se sucedían –combas unas, romas otras, rotas y agudas las más– a lo largo del lago, yendo a tropezar con el Illampu, gallardamente erguido en el horizonte, allá, en el lejano confín de las aguas azules, y cual si de ellas surgiese.

El lago brillaba a los rayos del sol temprano, terso como un cristal, roto en primer término por los cerros ásperos de la isla Ampura, que dejaban ver por entre sus huecos las islas de Pakawi, Paco, Taquiri, Sicoya, Suani, y los islotes de Cumana, Quevaya, Kachilaya, Mercedes y otros cercanos al estrecho de Tiquina; a la derecha y en el fondo, dando la ilusión de estar en tierra, el cerro de la isla de Sojata, erguida entre el verde de los *totorales*; a la izquierda, en un rincón, la isla Ampura, y, avanzando en forma de fierro de una lanza, la punta de Taraco, en la dirección de Guaqui; al frente mismo, en la azul lejanía, el estrecho de Tiquina por fin, amurallando entre la roca de sus paredes cortadas casi a pico las aguas cristalinas y puras, que en la tarde, cuando el sol crepuscular las tiñe de rojo, parecen un río de sangre irrumpiendo en el caudal fecundo del lago de las sagradas leyendas incásicas.

Difundió Agiali la mirada en torno, respiró con ansias ese aire frío y puro, y siguió su marcha por la meseta, hasta llegar junto al rebaño de Wata-Wara.

Estaba la pastora sentada en el suelo, al abrigo de unas rocas, y se entretenía en zurcir una red de pesca. Había enganchado uno de los extremos en el dedo mayor de su pie, y los de la mano se movían ágiles con el manejo de las agujas enhebradas con hilo blanco.

—Buenos días, Wata-Wara –saludó Agiali, risueño.

La joven, sin responder directamente al saludo ni alzar la cabeza de la empeñosa labor, preguntó con acento tranquilo y como si se hubiesen separado la víspera:

—¿Has traído semillas?

—Sí.

—¿Y frutas?

—También.

—Habrá algunas para mí –dijo, siempre con la cabeza inclinada a la tarea.

Cogió el otro las manzanas y se las entregó.

—¡Ay, qué lindas! ¡Y cómo huelen bien! –dijo Wata-Wara cogiendo el presente y respirando con fruición el aroma de las frutas.

Luego las enfiló en su regazo, sobre la red, y se entretuvo en hacer una imaginaria distribución, comenzando por la más gorda:

—Esa para mi madre; esta otra para Choquehuanka; esta para mi hermanito menor y ésta para mí.

Y cogiendo la dedicada a su madre, hincó en ella los dientes con glotonería, haciendo crujir la lustrosa y encendida piel.

Agiali la contemplaba en silencio, con codicia, y parecía placerle su voracidad. ¡Cómo hubiese querido, él también, devorarle la carita redonda y linda con sus rudas caricias de amor y de deseo!

—¿De veras ha muerto Manuno? –interrogó, con la boca llena y los labios humedecidos por el jugo.

Al recuerdo de la desgracia, se nubló el rostro del enamorado. Y púsose a contar con detalles la desgracia.

—¡Pobrecito! –dijo la joven con indiferencia; y calló.

—Y tú, ¿qué has hecho? Mi madre me dijo que fuiste a servir de *mitani*.

La zagala suspendió su trabajo y miró por primera vez a su novio, fijamente.

—Sí. Me hizo llamar el mayordomo, al día siguiente mismo de tu marcha, y tuve que ir.

—¿Y quedaste muchos días?

—Toda la semana.

—Te trataría mal.

Hizo un gesto vago la moza, sin responder. Luego metió las manos al seno por entre la ajustada chaqueta, y sacando una bolsa menuda, nueva y tejida de mil colores, se la alargó al enamorado, casi temblando de congoja:

—Me ha dado esto.

Tomóla Agiali y la sintió tibia. En el suave tejido dibujaban las monedas sus contornos circulares.

Una gran zozobra penetró como una cuchillada en el corazón del mozo a la vista del obsequio. Jamás Troche se mostraba dadivoso con nadie, y aquello era el pago de un favor…

—Entonces –dijo con voz alterada–, tú te has quedado a dormir en la casa de hacienda…

—Sí –confesó con voz débil y lenta la pecadora.

—¿Todas las noches?

—Todas… pero…

Agiali no la dejó disculparse. De un brinco estuvo a su lado, cogióla por los cabellos, y con la diestra púsose a descargar fuertes golpes en la cabeza de la joven. Wata-Wara abandonó los hilos de la red y las manzanas, y con ambas manos se cubrió el rostro humildemente, sin quejarse y con la mansedumbre de su perrillo, que ladraba con recelo, dando vueltas alrededor de la pareja por lo insólito de la escena.

—¡Eso no más, Agiali, basta! –imploró con voz suplicante y cuando le hubo parecido que ya estaba bien castigada su culpa.

Al oír el quejido miróla fijamente un rato, y sin proferir palabra se alejó algunos pasos, sentóse sobre una saliente roca, apoyó la cabeza en la palma de las manos y se quedó inmóvil, mudo, mirando el paisaje. La cólera le ahogaba. No por el acto, sino porque le había desobedecido yendo a dormir a la casa de pecado…

La maltrecha no se movió de su sitio. Lloraba con la cabeza inclinada sobre el regazo, dulcemente, sin quejarse, lloraba de alegría, porque al conocer el enamorado su falta, no le había pedido su anillo, ni la despreció como una bestia del campo, y sus golpes, pocos y casi leves, revelaban su amor y su bondad.

Al verle inmóvil, le dijo:

—Yo no tengo la culpa. Agiali; me ha forzado…

El otro, sin alzar la cabeza, repuso con voz sorda y baja:

—Mientes…

—No miento, Agiali, créeme; Dios nos escucha.

El mozo se puso en pie y se aproximó a la cuitada.

—Eres malo; me has lastimado… –dijo ésta con los ojos húmedos y frotándose las heridas del rostro.

Agiali se sentó a su lado y abrió la bolsa. Contenía ocho monedas de a diez céntimos…

—Ya tienes para comprar cuatro gallinas o un cordero, cuando nos casemos –dijo tranquilamente.

—No; he de reunir para comprarme un rebozo, pero no me voy a casar contigo. Me has lastimado –repuso la otra con zalamería y sonriendo al través de las lágrimas.

—Si me hubieses obedecido, no te habrías quedado en casa del patrón, y ahora estaríamos en paz –arguyó el mancebo evasivamente.

—¿Y lo hice acaso por mi gusto? –le interrumpió la joven, gozosa al ver la tribulación del enamorado. Me puso fuerza, y si no cedo, nos arroja de la hacienda, como a otros, sin dejarnos sacar la cosecha, o cuando menos, lo manda a mi hermano al valle para que inutilice sus bestias o vaya a morirse como el Manuno. Dicen, que a éste lo mandó porque no fue fácil su mujer…

El reparo era justo y así lo sabía Agiali. Y repuso mansamente, con humildad:

—Tienes razón; pero no soy malo. La sangre me ha subido a la cabeza…

—¿Y ya no me has de pegar por *eso*?…

Agiali frunció el ceño; pero al punto arregló el rostro.

—Nunca. Tú no tienes la culpa; pero a él, si pudiera, le comería el corazón…

—¡Y yo también! Le odiamos, ¿verdad?

Nada repuso Agiali. Con el entrecejo fruncido y el gesto duro, acariciaba la cabeza de Leke y parecía pensar en cosas lejanas.

A poco se levantó para ir a su casa y contarle todo a su madre.

Choquela se puso furiosa.

—¿Y por qué quieres casarte todavía? –le dijo. Seguro que has de tener hijo ajeno, y los hijos cuestan.

—Pero también ayudan.

—No, no; cuestan. ¡Si sabré yo, que te he tenido a ti y a los otros que se han muerto!

—Es que, si quiere, puede hacer como las otras: botarlo al lago o al río.

—Así, quién sabe. Pero es todavía muy tonta. Todo lo habla. ¿Por qué te ha contado eso, cuando bien pudo guardárselo?

—Tendrá pena la pobre. Y como no puede decirle nada a su hermano…

—¡Merece que la maten! –repuso Choquela, con esa inquina de las madres pobres que viven a expensas de los hijos solteros.

—A ella, no; a él… –repuso con indolencia el mozo.

Días después, y ya decidido a formalizar sus relaciones con la zagala, casi indiferente a las consecuencias de su pecado, le dijo a su madre:

—Olvida lo sucedido, como yo, y anda a ofrecer el *jichi* a los Coyllor. No han venido a reclamar el anillo de Wata-Wara y deben de estar esperando tu visita.

—Como quieras; pero has de criar hijo ajeno –repuso la otra, rencorosa y suspicaz.

—Te digo que no. Se lo comerán los cerdos. Crían muchos en su casa para que no dejen ni los huesos –contestó el joven interrumpiéndola.

Se encogió de hombros Choquela, hizo un gesto de despecho y se metió en la habitación donde guardaba las ropas y demás objetos preciosos, y a poco apareció vestida con traje de fiesta, trayendo en manos el *tari* vistoso guarnecido con flecos de diverso color.

El mozo le echó un vistazo y le dijo:

—¿Por qué no te pones tus zarcillos y tus prendedores de plata? Han de creer que los has vendido y que ya no tenemos nada.

Tuvo que obedecer Choquela. El mozo le hablaba con tono imperativo, y, además, era razonable su advertencia. Los pobres siempre son desdeñados y ella debía evitar que se tenga en mal concepto a su hijo.

Fue recibida con mayores miramientos de los que se imaginara, y ésto

calmó su inquina contra la presunta nuera. La vieja Coyllor le salió al encuentro hasta el patio, con los brazos tendidos al *tari*, que Choquela presentó abierto desde los umbrales de la casa. Cogió unas cuantas hojas y se las llevó a la boca…

—Que sean felices y que nunca les falte ni el comer ni el vestir –dijo elevando los ojos al cielo.

Los mozos imitaron a su madre y también mascaron la hierba, en signo de aceptación y parentesco.

—Anda donde tu hermana, y dile que su novio la espera –ordenó Coyllor a uno de sus pequeños.

Salió éste, y las dos comadres se entretuvieron en organizar el porvenir de los novios. Debían pedir un terreno (*sayaña*), tomar la calidad de *personas*, y salir de la condición de agregados de familia, como es costumbre. Wata-Wara era laboriosa, económica y entendía bien el manejo de una casa. Habíase captado desde muy moza la afección del viejo Choquehuanka y recibido de él sabias lecciones de orden y prudencia. Nadie como ella para tejer *pullos* y frazadas o agenciarse lo necesario para el arreglo de la vida. Seguramente lo haría feliz a Agiali. Nada le faltaba por el momento; era rica en ropas lujosas y su ganado había crecido mucho desde hacía algunos años. Dineros tenía pocos, como los más. Los malos años se comieron las economías, y era preciso bregar sin tregua para rehacer lo perdido.

Choquela tampoco anduvo corta en alabar cumplidamente los merecimientos de su hijo.

Era, de entre todos, hábil para las labores y animoso en los esfuerzos. ¿Quién como él para roturar un campo y matar los ocios recogiendo abundante pesca del lago? Envidia causaba a los demás por su actividad, tesonería y vida ordenada; y si por el momento no contaba con bienes de fortuna, ya sabría él arreglárselas para no morirse de hambre…

Así, intrigándose mutuamente, pasaron casi medio día.

A la caída de la tarde, Coyllor-Zuma y sus hijos se presentaron en casa de Agiali. Iban todos trajeados de fiesta y traían el *chimo*, es decir, otro *tari* lleno. Detrás seguía Wata-Wara luciendo su mejor ropa. Llevaba cubierta la cabeza con un pequeño manto (*pullo*) cuadrado y lleno de borlas, y andaba con actitud cohibida, gacha la cabeza, las mejillas encendidas.

Agiali salió a recibirlas hasta el borde de la casa. Coyllor-Zuma abrió el *tari* y lo presentó al mozo. Cogió éste algunas hojas, hizo una cruz sobre la boca y se puso a mascarla. Choquela imitó a su hijo.

El patio del lar estaba limpio de basuras y cacharros. En medio se veía una pequeña mesa y, encima, una botella de licor y tres copas. Sobre los poyos se habían tendido mantas nuevas, cuyos colores gayos daban alegre aspecto a la vivienda gris.

Comenzaron a beber.

A la entrada del sol, Agiali presentó al hermano de su novia un tambor, y plantó una bandera blanca en medio del patio junto a la mesa. El mozo salió a la vera del aprisco y rompió la dulce tranquilidad del crepúsculo batiendo el instrumento de una manera particular, primero con lentos y espaciados golpes, después más seguidos y sonoros. Tun… tun… tun… Tu, tun, tun, tun… Tu, tun, tun, tun…

En las casas aledañas hubo movimiento. Los peones, ya advertidos, aparecieron tras las tapias de los corrales o en las puertas de sus viviendas. Algunos, los más curiosos, subían sobre las paredes de los corrales para ver de dónde partía el redoble. A poco, contestó otro tambor de la casa más cercana a la de Agiali, otro de la más distante, en la opuesta orilla del río, a los pocos minutos, en cada casa latía un timbal, y la llanura se poblaba de un enorme y desconcertante fragor de tambores agitados con la alegría de un regocijante suceso. Luego surgió, lánguido, el sollozo de una flauta; contestó otra y otra. Y todas sonaban un mismo aire, y las nuevas que surgían iban a aumentar el concierto de las demás.

Comenzó el desfile de los peones. Venían en grupos de dos o más personas. Cada grupo batía su caja y soplaba en su flauta. Seguían las mujeres, vestidas con sus prendas nuevas o poco usadas, y todos llevaban aire regocijado y malicioso. Al llegar al patio, saludaban las mujeres a Wata-Wara y a los padres de los novios, y se sentaban en los poyos, frente a los *taris* extendidos en el suelo, los hombres se destocaban, y con las manos juntas tendidas a lo alto, y armadas, la una con el sombrero y la otra con el tambor, el palillo y la flauta, avanzaban hasta medio patio, cerca la mesa, inclinaban el busto y se reunían al familiar grupo, congregado junto a las tapias del corral.

Se llenó la casa. Los retardados hubieron de esparcirse en sus contornos, donde les alcanzó la primera copa, bebida en honor de los novios, y que servía Agiali, pasándola de mano en mano. Sonaron flautas y tambores y organizóse el baile.

Estrecho como era el patio para contener tanta gente, desbordaron de él los bailarines, e invadieron la llanura cortada por el río. Iban en pandilla hombres y mujeres, cogidos por las manos. Agiali rompía la marcha prendido a su novia y dirigía la rueda, trazando, a su capricho, círculos y ángulos obtusos, ya a la vera del río, o en torno de las casas, y parecía de lejos la pandilla una enorme culebra roja arrastrándose por el llano yermo y gris.

Cerró la noche. En el cielo profundo saltaron a lucir los astros; y la culebra seguía moviéndose en la sombra, incansable, y no se oía sino el tuntunear de los tambores, el quejido lamentable y doloroso de las flautas, y el grito triunfal de las doncellas: "*¡Huiphala! ¡huiphalita!*"

De pronto, un grito unánime y regocijado resonó en la llanura quieta: "¡Ladrón! ¡Ladrón!…"

Cesaron a un punto los tambores y las flautas, se oyó chasquido de piedras y saltaron en la sombra las chispas de los guijos rotos al chocar.

Agiali, cumpliendo el rito ancestral, de un jalón brusco, había desprendido a su novia de la cuerda y la arrastraba tras sí, fingiendo llevarla contra su deseo, y los otros simulaban perseguirlo para libertar a la cautiva.

Los gritos fueron cesando poco a poco, y el silencio cayó, letal, profundo, sobre la llanura. Sólo a los lejos resonaba el canto triunfal del enamorado:

> Me llevo, me llevo,
> una blanca palomita me llevo…

Los novios llegaron a casa, ahora vacía y muda. Venían doloridos por las piedras que les habían alcanzado: Agiali traía la cabeza rota, y la novia se quejaba de dolores en las espaldas; pero a ambos les latía el pecho de alegría.

Empujó el mozo a Wata-Wara a la alcoba, y se atrancó por dentro…

Venus fulgía intensamente en lo alto del cielo.

II

Pasó la fiesta de San Juan, y con las heladas rigurosas en junio, de ese año, desapareció toda huella verde en la estepa, que era inmensa sabana gris, por donde vagaban las columnas de polvo levantadas por los ganados al trajinar por eras y senderos, y que el viento disolvía en el cielo de un azul bruñido, implacable, que daba más tonalidad al contraste entre el blanco purísimo de las montañas de la cordillera y el gris pardusco del yermo, pelado, inmenso y seco.

Menguadas resultaron las cosechas, y ahora se hacían, sin entusiasmo, las labores de la matanza y de la elaboración del *chuño*, *tunta*, *caya* y otros productos exclusivos del altiplano, de fácil expendio en la meseta andina.

Los encargados de hacer *tunta* y *caya* atravesaron los remansos del río con redes de eneales (*totora*), cubrieron el fondo del lecho con un espeso tejido de paja sostenido por gruesas piedras, y echaron encima, en sitios diferentes, las patatas, y las *ocas*, donde quedarían hasta desprenderse de la cáscara, para luego exponerlas al aire, aprensarlas en seguida con los pies, y secarlas por fin al hielo de media noche y al sol meridiano. Se veían sus chozas de paja en las orillas del río, a entrambos lados, redondas, en forma de colmena, bajas y de puerta angosta, por donde se deslizaban de noche los vigilantes, arrastrándose como larvas, a reculones, para quedar tendidos allí, desvelados y con los ojos fijos en las aguas del río, silenciosas, mansas. Unos pingajos tapaban el redondo agujero de la puerta, y en el interior, sobre el suelo apelmazado, no había sino dos cueros esquilmados de carnero, sobre los que reposaban como en el más mullido de los colchones.

Los encargados del *chuño* tenían sus chozas en torno a los enormes tendales de patatas, que formaban cuadros de colores variados –rojos, blancos, negros, amarillos, amoratados, según la familia del tubérculo–, y estaban tendidos parejo, sobre camas de paja dorada o fino césped, para recibir por igual el hielo y el sol, que en el yermo tuesta, y que, combinados, cuecen el fruto y lo secan después de que los peones han penado por arrancarles la cáscara estrujándolo con los pies desnudos, antes de que salga el sol, cuando el frío de la aurora, que los indios llaman *kalatakaya*,

porque en verdad revienta las piedras, los ha convertido en guijos sonoros, tan duros como el pedernal.

Así se pasó el mes de las heladas crudas y de sol radioso, viendo venir a lo lejos el espectro del hambre, porque los más de los colonos habían recogido flaca cosecha, y muchos estaban decididos a marchar a la ciudad para conchabarse como jornaleros y poder reunir algún pequeño caudal, fondo que les permitiese comprar semillas y subvenir a sus exiguos gastos de vida diaria, que en el indio se suman por centésimos, dada la mediocridad de sus gustos y la inverosímil parquedad de sus necesidades.

El éxodo se hizo general en la región que los *yatiris* (agoreros indios) dieron en creer condenada, ya que el mismo lago, siempre pródigo en dones, ahora se mostraba esquivo con sus riquezas de peces, aves y *totoras*, explotadas sin medida ni control desde tiempo inmemorial, hasta el punto de agotarse día a día por falta de una rudimentaria legislación que resguardase el raro tesoro de su fauna y flora, únicas en el mundo.

Las noticias de los pescadores, a este respecto, eran cada año más y más alarmantes. ¡El lago sagrado de la leyenda incásica se moría! Poco a poco se retiraba, los veranos, para dejar en seco a los *totorales*, que se les veía amarillear, mustiarse sobre sus flexibles tallos y acamarse, por fin, sin tentar el apetito de los bueyes, que pasaban hollándolos, desdeñosos, la cabeza alta, brillantes los ojos, y las astas levantadas hacia el cielo, a buscar su alimento de verdes algas y tiernas *totoras* allá dentro, cerca las libres aguas… Se pudrían en las orillas lodosas, al contacto del agua impura, e infestaban con sus miasmas ponzoñosas ese ambiente estremecido por los hálitos fríos de la cordillera, cuyas cumbres blancas y enormes soplaban sobre el lago el aliento de sus nieves eternas. Se veía enormes extensiones de tierras negras, resquebrajadas, secas por los bordes y lodosas en las márgenes, acribilladas de huellas animales, donde se estancaban las aguas de las lluvias, para congelarse de noche con una capa dura de cristal. En las hendiduras hormigueaban millares de sapitos negros y de patas amarillas, menudos, invisibles casi al primer golpe de vista, regalo de los pájaros bobos, de las gaviotas, flamencos y patos, que en numerosas y bulliciosas bandadas trazaban enormes parábolas en el aire, se detenían en las orillas, reflejando su plumón en las quietas aguas azules.

¡Se secaba el lago y se iban las *totoras*, que no solamente son alegre fleco de sus riberas, sino el más precioso producto de su limo, pues con ellas se construyen las balsas en que los costeños transportaban los productos de la tierra, sirven de alimento a los hombres y a las bestias, se cubren los techos del hogar y dan mullido colchón a los enfermos! Y con las *totoras* y las algas se iban también los finos peces: el *kesi*, de vientre blanco y lomo azulado, el *mantu*, sabroso, de plateadas escamas, el *suche* ágil y espinoso, pero de carne deliciosa, y sólo quedaba el ordinario *karachi*, el menudo *hispi* y el inútil *chajana*.

Al amanecer, cuando los pescadores tornaban a sus hogares, luciendo al sol las velas de sus balsas, venían cabizbajos y entristecidos porque únicamente lograban coger algunos peces para la comida de una jornada a cambio de pasar toda la noche mecidos por el viento helado, azotados por la lluvia, mal comidos y sin dormir.

Y decían los *yatiris* que el lago de Wiñaymarka, hogaño generoso de recursos, ahora expulsaba, enfermo de males hechiceros, el mundo vivo de sus entrañas, arrojándolo hacia el estrecho de Tiquina, a las cercanías de la isla de Watajata, o a la desembocadura del río Desaguadero; pero tampoco se veía pasar a los isleños, en viaje al mercado de la capital, con sus cargas de pescados frescos, y los indios *urus*, que viven y mueren en el lago sobre sus balsas y alimentándose de peces, de poco a esta parte se hacían más insociables y más hoscos, porque disminuía su tribu, mermada por el hambre y las privaciones…

Era, pues, preciso poner algún remedio a tan grande aflicción. Urgía no descuidarse en ofrendar a las divinidades lacustres, quizás celosas por el abandono en que las tenía la incuria de los hombres.

Así lo pensó Choquehuanka. Y una mañana radiosa de julio en que el sol lucía con extraordinario esplendor, arrancando áureos destellos de las olas irisadas por la brisa, convocó a los moradores de la hacienda para advertirles que al siguiente día debían celebrar la fiesta del *chaulla-katu*, casi perdida ya, con los afanes que demandan el cultivo diligente de la tierra.

Puntuales fueron los pescadores.

Presentáronse vestidos con sus trajes de gala y rematada la punta de sus largos remos por un rodelete de paja tejida. Eran sesenta, y formados

en la orilla, cada uno delante de su balsa, daban la ilusión de una compañía de lanceros.

A una seña de Choquehuanka comenzaron a desfilar los balseros por el canal abierto entre la maraña de los *totorales*. Delante iba el anciano conduciendo la red, y le acompañaban el remero y dos músicos: el uno provisto de un tamboril engalanado con flecos de colores, y el otro de su flauta revestida de papeles plateados.

Y al redoble acompasado del tambor y al son gemebundo de la flauta, iban los pescadores en fila, apoyando sus enormes perchas en el limo del fondo, y a cuyo impulso las balsas se deslizaban lentas y silenciosas. A su paso, las gaviotas levantaban el vuelo lanzando agudos chillidos, los patos escapaban por bandadas, las *chocas* huían azotando el agua con sus cortas alas y produciendo un ruido de cascada, las *panas* zambullían o se ocultaban entre los gramadales, sacando sólo la cabeza negra, que brillaba como flores entre las verdosas algas.

Salieron así del límite de los *totorales* verdes y llegaron a la planicie ondulante de las libres aguas, transparentes como cristal. Los remeros adoptaron otra postura, porque las perchas ya no tocaban el fondo, y tuvieron que sentarse a remar para impulsar a las balsas.

El sol hería oblicuamente las aguas y se veía el fondo de su lecho en sus menores detalles. Estaba tapizado de musgo de un verde claro. Aquí y allá brillaban, cual perlas, los moluscos de reflejos rosas y plateados, y se veía huir en bandada los peces, cuyos vientres blancos centelleaban como puñales al perderse entre las algas o a la sombra de las embarcaciones, que con su proa quebraban en prismas el fino cristal de la onda.

Llegaron a los dominios de la isla Ampura o *Patapatani*, y allí se detuvieron, pues era imprudente seguir avanzando en aguas ajenas y no deseaban enconar aún más la cólera de los isleños, con quienes de tiempo inmemorial estaban en constante guerra. Se reprochaban mutuamente robarse la *totora* y cosechar los huevos de las *panas* en sus jurisdicciones, y muchas veces, tras cruenta lucha, habían tenido que dejar unos y otros sus muertos flotando sobre el agua, en la precipitación de la derrota. Y pues de algún tiempo a esta parte diezmaba sensiblemente las fuerzas de los costeños, obligados a huir o a emigrar para librarse de las crueldades del patrón, no

era prudente provocar nuevos conflictos que se resolverían a costa de sus propios intereses.

—Podemos detenernos aquí –dijo Choquehuanka, poniéndose en pie sobre su frágil embarcación.

Los pescadores suspendieron sus remos y las balsas se agitaron rítmicamente al impulso de la brisa mañanera.

El remero de Choquehuanka cogió la red y la echó al agua, inclinándose luego sobre la borda para verla bajar horizontalmente, arrastrada por las piedras aseguradas en el tejido. Los demás pescadores se fueron apartando poco a poco para formar un círculo casi perfecto, cuyo vértice era la balsa del viejo Choquehuanka.

—¡Adelante y cuidado! –gritó éste.

Y los sesenta remeros, a un solo impulso, hundieron sus perchas hasta el fondo, bruscamente y con seco golpe. Al punto, de la balsa inmóvil volvió a levantarse el brioso redoblar del tambor y el melancólico son de la flauta.

Remaban mansamente los pescadores hundiendo sus perchas en los flancos de sus balsas, y las ondas se movían alborotadas cual si dentro ardiese una llama y las hiciese hervir.

Cuando sus balsas comenzaron a rozarse entre sí, quedábase uno y avanzaba el otro, y pronto formaron dos círculos concéntricos, luego tres, y por fin, cuatro. En medio quedaba la red, y a un lado la balsa de Choquehuanka.

—¡Arriba! –gritó el anciano cuando los quince remeros del primer círculo tocaron con sus proas las borlas de la red.

Soltaron al punto las perchas y cada remero empuñó un cable. Los otros seguían hiriendo el agua, y eran tan fuertes sus golpes que levantaban un agitado oleaje, haciendo danzar las balsas, mojadas con las salpicaduras. Los músicos habían dejado de tocar sus instrumentos, y sólo se oía el golpe de los remos y el resoplido de los pescadores, sudorosos, con los cabellos tendidos al aire, los brazos cobrizos desnudos, surcados de venas gruesas.

Lucía el sol ya en medio de su carrera, y sus rayos se quebraban en las ondas, arrancando de ellas destellos luminosos teñidos con los colores

del iris; una fuerte brisa hacía mecer en la orilla los *totorales*, que de lejos parecían sembríos de verde avena.

—¡Arriba! –volvió a gritar Choquehuanka.

Tiraron de la red los indios y fueron recogiéndola en sus balsas conforme salía del agua; en el fondo se movían los peces, chocando contra los hilos de la malla, sin poder escapar.

—¡Alto! –ordenó Choquehuanka cuando la red hubo aparecido del todo y flotaba al ras de las agitadas ondas.

Aprisionados en el tejido estaban todos los moradores acuáticos del sagrado charco, hasta las repulsivas *kairas*, sapos enormes de piel lustrosa y granujienta; pero faltaban el *suche* y sus vecinos los *mauris*, que huyen del agua estancada y anidan en los remansos de los ríos.

Levantaron la red y la depositaron sobre la balsa de Choquehuanka. Los peces, al sentirse fuera de su elemento, comenzaron a saltar, agitándose con movimientos tan bruscos, que hasta la balsa parecía temblar, estremecida.

Cogieron los más gruesos de cada especie y los apartaron, aprisionándolos en una lata de alcohol mediada de agua, y volvieron a vaciar el resto al lago. Los que no estaban heridos desaparecían, rápidos como centellas, bajo las balsas de los pescadores, orientadas todas a la costa hacia el naciente, y los otros quedaban flotando en la superficie maltrechos.

Entonces comenzó la ceremonia.

Cada una de las autoridades, según su rango, cogía de la lata, con precauciones, un pez, le apretaba por las agallas y le abría la boca, en la que el viejo Choquehuanka introducía una hoja de coca y vertía algunas gotas de alcohol, pronunciando las palabras mágicas forjadas al calor del común deseo y de iguales esperanzas:

—¡Vete, pez, y fecunda en el misterio de tu morada la prole que ha de matar en nosotros, los pobrecitos hombres, el hambre que nos devora!…

Cada especie recibió el estupendo encargo y su ración de coca y alcohol, mientras batía el tambor y se desgañitaba el flautista; mas no bien se retiraron los pescadores rumbo a sus moradas, que *mijis*, *keullas*, patos y *macamacas* revoloteaban lanzando agudos chillidos alrededor de los pobres peces ebrios y lastimados, y se abatían, con ruido de picos y alas so-

badas, a devorar los pescados que llevaban la misión de reproducirse para aplacar el hambre de los "pobrecitos hombres"…

III

Orlaba el terciopelo de la noche la *celistia*, claror de astros que da a las tinieblas una transparencia misteriosa, dentro de la que se adivinan los objetos sin precisar sus contornos. Rutilantes y numerosas brillaban en el cielo las estrellas, tan vastas y tan puras, que aquello resultaba el apogeo del oro en el espacio, y para celebrarlo se había recogido la llanura en un enorme silencio, turbado de tarde en tarde por el medroso ladrido de un perro o el chillido de alguna ave noctámbula. Y después, nada. Ningún rumor, ni el del río; ningún susurro, ni el de la brisa. Aquel silencio era más hondo que el del sueño; parecía de la muerte.

Choquehuanka, abstraído en sus pensamientos, caminaba con paso cauteloso por la orilla del río, rumbo a la vivienda de Tokorcunki. La perspicacia de sus ojos, habituados a ver en la noche, y la costumbre de andar por ese suelo, lo llevaban con una seguridad absoluta por entre las sombras. Iba recto, sin titubear, evitando los obstáculos insalvables y traidores para los extraños, aun con luz de pleno día; aquí, una guarida de conejos; allá, un atolladero bajo el limpio terciopelo del musgo; más lejos, una grieta disimulada entre el pajonal o el montón de piedras defendido por punzantes espinos.

—¡Lek… lek… lek… lek!… ¡Lek… lek… lek, lek!…

Alzóse el leke-leke de entre sus pies, y el estridente alarido del ave repercutió dolorosamente en el enorme silencio de las tinieblas.

Es ave noctámbula y vigilante. Al menor ruido insólito en la noche profunda, levanta el vuelo y lanza su grito alerta, alborotando las sombras y encogiendo de angustia el corazón. Los indios la veneran y escuchan con gozo su ajeo, pues les anuncia el paso furtivo de alguien por la llanura o les señala el vagar premioso de las bestias que huyen del aprisco, causando desperfectos en los campos de cultivo.

Estremecióse Choquehuanka y se detuvo un instante para escuchar el latido de las alas del ave que huía, y prosiguió luego su marcha, investigando de tiempo en tiempo los fuegos encendidos todavía en los fogones de las cocinas o en los cerros de las islas, donde se confundían con las estrellas, rojizas unas, azuladas otras, albas y diamantinas las más.

En la atmósfera hubo un soplo y repentinamente se alzó el viento, arrancando agudos y prolongados silbidos de las duras matas de paja que crecían en las orillas escarpadas del río, y temblaban, vibrantes, cual cuerdas de un sutil instrumento…

Aquí y allá, entre la sombra, y como sombras de sombra, se levantaban en relieve las casas de los colonos.

Al acercarse a la del *hilacata*, lindamente con el río, fue detenido Choquehuanka por el desesperado ladrido de un perro. Requirió el viejo su cayado y quedó en espera del can. Este, acobardado, detúvose en seco, pero puso más concentrado furor en sus ladridos.

¡Condenado animal! ¿Es que ya no conocía al viejo Choquehuanka, el consejero del amo, y había perdido la vista y el olfato hasta el punto de confundirlo con un vulgar ladrón de gallinas? ¡Qué palo le asestaría si se pusiese al alcance de su arma!…

Una voz soñolienta y dura surgió de improviso desde el interior de un cuartucho débilmente iluminado.

—¿Quién es?

—Soy yo, Tokorcunki, y ataja tu perro, que ya no me conoce.

—¡Ah! ¿Eres tú, anciano (*achachila*)? Espera, voy a castigar a este holgazán…

Se oyó el zumbido de una piedra y un aullido de dolor. El can huyó quejándose, y sus lastimeras quejas provocaron el ladrido de otros perros.

—De balde le castigas. No es culpa suya si los años ya no le permiten reconocer a los amigos.

—A ti no debe ladrarte; eres más que amigo… Pero entra, corre frío esta noche.

Avanzó Choquehuanka, esquivando tropezar con los toros que estaban tendidos en el suelo, atados a las estacas, y rumiaban lenta y ruidosamente. Los dos hombres se metieron doblados por el angosto y bajo agujero de la puerta y entraron a la caverna, tenuemente alumbrada por los últimos centelleos del fogón.

Sobre el poyo de barro y encima de tejidos (*kesanas*) de *totora*, crujiente por lo seca, estaban recostados tres chiquillos de caras mugrientas, junto a la madre, que por lo ajada y fea parecía una momia o una bruja. El áspero

cabello hacía maraña en su cabeza, y por la abertura de la camisa se le veían los senos, secos y pendientes como dos vejigas desinfladas. Sentada en el lecho, al lado de las crías, refregábase con una mano los ojos con gesto de fatiga y mal humor y con la otra se rascaba la crin hirsuta y sin brillo.

En las paredes, ennegrecidas por el humo, había estacas clavadas, y en ellas pendían vestidos, aparejos, sogas, cabestros, canastillas y útiles de pesca. Metido en un agujero cuadrado hecho en la pared, la embocadura de cobre del *pututo* cuerno lucía y centelleaba al fulgor de la lumbre agonizante. Más alto, en posición horizontal, sostenido por dos estacas, se veía el bastón de *chonta* con empuñadura y anillos de plata labrada, instrumentos ambos que son insignia de los jefes y lo único de algún valor artístico en toda la vivienda.

—Buenas noches, mamita –saludó Choquehuanka al entrar.

La mujer contestó con un gruñido y siguió rascándose la cabeza. Los chicos miraron un instante con curiosos ojos al intruso y luego se tendieron sobre su dura *kesana*, y, como los perros, hicieron rosca, y a poco roncaban apaciblemente.

Tokorcunki acercó al fuego un cajón vacío y le invitó a sentarse.

—¿Traes algo, abuelo?

—Nada. Sólo vine a recordarte que mañana debemos consultar el tiempo. Yo iré al lago y tú al cerro.

—Me parece inútil. También este año ha de ser seco, como los otros.

—Así parece, pero pudiera que nos equivoquemos. Las bestias no se equivocan nunca.

—Quizás…

Callaron. Afuera, el viento gemía entre los pajonales.

—¿Y viste a Quilco?

—Le vi en la tarde. Sigue mal. Le duelen los huesos y no cesa de tiritar.

—Capaz de morirse.

—Como tantos: no sería el único…

—Es culpa de *ellos*. Se obstinan en traer las semillas del valle, cuando las tenemos en toda la comarca, abundantes.

—Es que cuestan menos en el valle, y *él* sólo piensa en economizar.

—Está resultando peor que el padre: más cruel y más avaro.

—Se ha de podrir, por miserable. Limachi acaba de llegar de *pongo* y ha traído las vituallas para los trabajos del barbecho. ¿Sabes cuánto? Admírate: algunas libras de coca y media lata de licor…

—¿Y qué quiere que hagamos con eso? –preguntó con rabia Choquehuanka. Apenas ha de alcanzar para medio día de trabajo.

—El padre era más generoso: nos enviaba lo menos un cesto de coca y dos latas de alcohol.

—¿Y vendrá este año?

—Limache dice que no; pero ha prometido venir para las cosechas. Hasta en eso es miserable.

—¡Cobardes ustedes que lo soportan! ¡Yo ya me habría levantado! –interrumpió la mujer, con voz agria.

Los dos viejos volvieron los ojos hacia la momia y la miraron en silencio. Y Choquehuanka, con voz lenta repuso:

—¿Y para qué? ¿Quieres que nos maten o nos pudramos años en los calabozos de una cárcel? Nosotros no podemos nada; nuestro destino es sufrir.

Y su acento se hizo triste.

—Además –agregó el marido–, recuerda lo que nos pasó la última vez que intentamos sublevarnos. ¿Lo has olvidado ya?

—¡Ay, no! –repuso la bruja con miedo. Y se estremeció.

Y ellos, los hombres, temblaron también.

Es que el recuerdo latía, terrible y vivo, en su memoria.

Exasperados por las crueldades del patrón, se propusieron acabar con él, una vez que había ido, por excepción, solo a la hacienda. Reuniéronse una noche algunos de los más descontentos, rodearon la casa, atrancaron por fuera las puertas, le prendieron fuego por los cuatro costados y se fueron tranquilamente a la suya para contemplar el desastre, después de haberse prometido, con juramento, no revelar jamás a nadie el secreto de su fechoría.

Al fragor del incendio despertaron el patrón y el mayordomo, rompieron a martillazos las puertas, y en tanto que el empleado, con pretexto de salvar las bestias encerradas en el corral, se daba a la fuga en el caballo del patrón, éste, en calzoncillos y desarmado, buscaba refugio en un cebadal a orillas del

lago, donde seguramente le dieran muerte sus colonos si por su buena fortuna no hubiese encontrado al alcance de su miedo una balsa de pescador con los remos encima, y en la que emprendió la huida con toda la salvaje energía de un coraje poderosamente estimulado. Amaneció en la isla de Patapatani, donde el empleado le procuró lo preciso para su viaje a La Paz.

Una vez en su casa y ya repuesto del susto, quiso tomar debida e inmediata venganza de los indios. Requirió de la autoridad un piquete armado que le fue concedido sin la menor dificultad, porque el prefecto, a más de amigo íntimo, era su colindante y le convenía, como a pocos, que de tiempo en tiempo algún patrón ofendido mostrase de lo que eran capaces los blancos cuando se trataba de defender sus propiedades. Puso, pues, sin dilación y a su inmediata orden una veintena de gendarmes comandados por un oficial. Y con éstos y los diez o doce amigos que él y su heredero pudieron reunir, encamináronse todos, armados hasta los dientes, a la hacienda, donde llegaron de intento al amanecer.

Los revoltosos, aunque dispuestos para el ataque, fueron sorprendidos, pues nunca pensaron que de un día para otro tornase en armas el agraviado patrón. Alboreaba el día, y al oír el lejano ajeo de los leke-lekes aplicaron el oído al suelo, recelosos, y al escuchar tropel de bestias herradas, se dieron prisa en huir los diligentes, arrastrando sus familias, sus ganados y sus enseres y desaparecieron definitivamente, abandonando en manos del vengativo patrón sus chacarismos ya maduros y a punto de cosechar. Los perezosos o los confiados, sin tiempo para nada, huyeron, solos, de sus casas, dejando a su suerte padres, hijos, esposas y bienes y como la fuga era indicio de culpabilidad, ardieron las casas luego de ser saqueadas, las bestias fueron incorporadas a los ganados de la hacienda y padres, hijos y esposas fueron conducidos a rastras a la casa patronal, ayer limpia y alegre y hoy convertida en viejo y sucio solar ennegrecido por el humo del incendio, y arrojados, en montón, en medio del patio.

Ya claro el día, con el sol, repicó la campana de la capilla llamando a la peonada. Se dieron prisa en acudir los siervos; y entonces fueron testigos de una escena que puso espanto en sus almas y curó en ellas, de inmediato a lo menos, todo conato de venganza, aunque añadió recio combustible a la hoguera de su odio.

En el solar de la casa, los soldados, arma al brazo, formaban cuadro y yacían en actitud de fuerza confiada y de indomable serenidad, que en ellos resultaban cómicas porque casi todos ostentaban en el rostro cobrizo y en la áspera crin los signos de su procedencia genuinamente indígena, sin la menor gota de sangre extraña, diferenciándose de los otros únicamente en el uniforme militar, que en la imaginación de los indios despierta penosas remembranzas.

Entraban al solar los indios temblando como bestias enfermas, con los ojos fugitivos, y poniéndose de rodillas besaban la mano del patrón con rendida humildad y ciega hipocresía.

Se llenó pronto el patio. Entonces, Pantoja, con severo continente y acento de profundo rencor, increpó a la consternada servidumbre:

—Malagradecidos, yo nunca les he ocasionado ningún mal y han intentado matarme… Son ustedes unos desalmados; no saben respetar al patrón, que es el representante de Dios en la tierra, después de los curas… ¿Qué motivos de queja les he dado para que no estén contentos conmigo? ¿Les obligo acaso a trabajar como otros patronos?

Y dirigiéndose al viejo *hilacata*, que estaba allí, en primera fila, pálido y miedoso, le increpó:

—Di, tú, Choquehuanka, que eres el más racional de estos asesinos, ¿de veras soy malo con ustedes?…

El indio irguió la cabeza por un segundo y clavó sus ojos, cansados de contemplar la tristeza de esa tierra en los ojos del patrón. Luego abarcó el grupo tembloroso de sus iguales, y volviendo a humillar la cerviz, repuso con acento balbuciente:

—No, *tata*, no eres malo.

—¿Es que les pego sin motivo?

El viejo guardó silencio; estaba grave, y su rostro, como los demás, permanecía rígido e inmóvil. Pantoja, ante el silencio del viejo, volvió a repetir su pregunta. Choquehuanka tornó a mirar a los suyos y contestó con el mismo tono:

—No, *tata*; sólo nos pegas cuando tenemos culpa…

—¿Y de qué están descontentos entonces?

Tampoco habló el *hilacata*. Con los brazos cruzados sobre el pecho, en

humilde postura, y los ojos bajos, miraba el suelo fijamente, sin moverse, duro como una estatua, igual a los otros. Todos guardaban el más profundo silencio, y hasta allí llegaban los menores ruidos del campo: una gaviota que crotaba siguiendo las curvas del río, el lejano castañetear de las gallinetas o el bufido de un toro en celo.

—Di: ¿por qué se quejan? –insistió Pantoja, ya medio irritado ante el silencio del viejo.

Entonces, éste, con voz más firme, habló:

—Bueno, señor, te lo he de decir… Cuando estos tus hijos –señalando con un gesto de la mano a la peonada– van de *pongos* a la ciudad, dicen que no les das bastante de comer y que la señora y los niños los castigan con rigor por cualquier cosa. Nos exiges diez cargas de *taquia* semanales y dos pesos de huevos y apenas dan las bestias para seis cargas y los huevos los compramos nosotros a dos por medio para dártelos a ti por tres. En tiempos de siembras o cosechas, jamás nos regalas, como otros patronos, o como tu mismo padre, con licor, coca y merienda, y el avío nos los ponemos nosotros, sin merecerte nada a ti; cuando faltan semillas o tenemos la desgracia de incurrir en cualquier error, nos castigas enviándonos a los valles, donde atrapamos males que a veces matan y nuestras bestias se malogran, sin que haya quien nos indemnice de tanto daño… Esto nos apena el corazón, pues pase que nos pegues, que tu mujer y tus hijos nos rompan la cabeza o nos maltraten las espaldas; pero no nos obligues a perder nuestras bestias y a gastar nuestro dinero…

Se puso a sollozar, y los otros le imitaron. Y del grupo se levantó un gemido doloroso y profundo. Pantoja, que creyó que el miedo iba a atar la lengua de los cuitados, al ver revelada su tacañería a los ojos de sus amigos, se indignó de veras y, naturalmente, acudió al insulto y empleó el argumento de los terratenientes…

—¡Mentira de ustedes, bribones!… Lo que ustedes quieren es vivir libres de toda obligación, haciendo su voluntad. Son flojos y no saben otra cosa que robar y mentir… Y es que yo he sido muy bueno; pero de hoy en adelante seré malo, ya que ustedes sólo obedecen a palos, como las bestias… ¡Nos pegan!… ¿Y cómo no se les ha de pegar si son perezosos y ladrones?… Se quejan de que se les pide *taquia* y huevos y se les manda al

valle por semillas… ¿Y qué obligaciones quieren cumplir en pago de los terrenos que se les da? ¿Creen que nosotros compramos haciendas para que ustedes vivan de balde en ellas y sin trabajar?… ¡Bonita cosa! El que crea que no está bien conmigo, que se vaya, no lo necesito. Al contrario. Yo no quiero gente ociosa ni asesina…

Hablaba con creciente cólera y era sincero en lo que decía: tenía gente de sobra. Con ciento cincuenta peones podía doblar el área de tierra cultivable, pero tenía trescientos, que acaparaban las mejores parcelas del fundo y le hacían vivir en constante inquietud y con la continua zozobra de ser fácilmente asesinado el mejor día de esos…

—¡No; quien no esté contento conmigo, que se vaya; no lo necesito! Yo tampoco estoy satisfecho con ustedes: son mañudos, insolentes y levantiscos. ¿Acaso no intentaron asesinarme la otra noche? ¿Y quién me ha de pagar ahora lo que he perdido en el incendio de la casa?…

Al recuerdo del atentado, tembló de coraje Pantoja.

Desde esa noche se sentía decaído, enfermo, con un dolor sordo en el costado. Y la tos que no le dejaba hablar siquiera… ¡Ejem, ejem, ejem!…

—¿Lo ven, pícaros? Estoy enfermo, y ustedes tienen la culpa. Huyendo de sus manos criminales cogí frío, y desde entonces…

No: eso merecía un castigo ejemplar…

Hizo una señal al sargento. Éste, de antemano ya instruido, casi ebrio con el vino del terrateniente, llamó a dos soldados, y juntos arrastraron por los pies a uno de los que Pantoja señaló como principal cabecilla, le desnudaron por completo y le tendieron sobre el césped chamuscado del patio, cogiéndole cada uno por un brazo, mientras que el sargento cabalgaba en el cuello del peón, manteniendo inmóvil la cabeza bajo el peso de su cuerpo.

Entonces, uno de los cabos desligóse de la cintura su látigo rematado en la punta por una porra de estaño y comenzó la azotaina, haciendo silbar su cuerda con fruición y hasta con entusiasmo.

Cada golpe marcaba surco azul con cabeza roja en la bronceada piel, y a poco brotó la sangre, salpicando la cara y la ropa de los soldados que sujetaban al paciente, el cual se retorcía aullando de dolor e implorando la piedad del amo.

Pantoja, de bracero con el oficial, paseaba a lo largo del patio, fumando cigarrillos, y los dos acariciaban de tiempo en tiempo las cachas de sus revólveres puestos en evidencia, como para advertir a los indios que al menor signo de protesta harían uso de sus armas.

A los diez minutos el cabo dio signos de fatiga, y fue reemplazado por otro. Después vino un tercero; y así, por turno, macerando las carnes de los infelices, ebrios de vino, de sangre y de placer, sin acordarse ninguno que la sangre derramada corría pura, sin mezcla, por sus venas…

Entretanto, el hijo del patrón y algunos de sus amigos cazaban en el lago. Se oía el incansable traquido de sus armas, que llegaba hasta el patio, donde los indios, pálidos, descompuestos, miraban la feroz faena, sin decir palabra ni hacer un gesto; su inmovilidad era todavía más rígida y sólo se les veía pestañear con precipitación.

—¡Perdón, *tata*, perdón, por Dios! Yo no he incendiado la casa… ¡Perdón!…– se quejaba y plañía dolorosamente el flagelado.

Aproximósele Pantoja, y ordenando a los cabos que se detuvieran un momento, interrogó al miserable:

—¿Y quién ha sido entonces?

—No sé, *tata* –gimió el otro debajo las nalgas del soldado.

—Mientes, canalla; sabes, ¿Quién ha sido?

—No sé, *tata*… ¡Por Dios, que no me atormenten más!…

Se alzaban sus espaldas con sollozos y le temblaban las carnes de las piernas con temblores intermitentes y convulsivos.

—¿Quién ha sido? –insistió Pantoja, testarudo y gozoso de mostrar semejante espectáculo a los indios, muchos de los cuales lloraban enternecidos y miedosos.

—No sé, *tata*; yo no he sido… Estaba pescando en el lago esa noche y no vi nada.

El patrón sonrió, incrédulo. El conocía bien a su gente, pues no en balde había vivido más de treinta años manejando fincas y tratando a los indios. Eran hipócritas, mentirosos, ladrones; sólo querían vivir a costa de los patrones, sacando de los bolsillos de éstos todos sus bienes.

Hizo otra seña, y el cabo púsose a pegar con más ganas todavía, vanidoso de su habilidad consumada en el manejo del infamante instrumento, impasible ante el dolor ajeno.

Un mocetón, alto, fornido, musculado, no pudo reprimir por más tiempo su angustia. Echóse a los pies del patrón y abrazándole las piernas, sollozó:

—¡Perdón, *tata*! Es mi padre… Tiene sesenta años.

—Sí, ¿eh? Pues para que no sepa sublevarse otra vez.

Y de una patada echó a rodar al fornido labriego.

Los otros, aterrorizados, gimientes, cayeron en masa de rodillas:

—¡Perdón! ¡perdón!…

Pantoja, triunfante, paseó la mirada sobre esos trescientos esclavos humillados.

—¡Ah, pícaros! ¿Les duele?… ¡Me alegro! ¿Y por qué quisieron asesinarme?

—¡Perdón! ¡perdón! –gemía Choquehuanka, tembloroso y hundiendo en el suelo su rostro mojado por las lágrimas…

—¡Ya no más, *tata*; te vamos a querer y a respetar siempre!… ¡Ya no más! –seguían gimiendo los otros, que sentían vehementes deseos de escapar para librarse del horroroso espectáculo, mas ninguno abrigaba la más remota intención de hablar y delatar a los compañeros; primero se harían matar todos a azotes, antes que traicionar a los suyos.

Así lo comprendió Pantoja. Y en vez de deponer su encono a la vista de la sangre y de las lágrimas, sintióse más enfurecido todavía y renovó su orden a los cabos, recomendándoles extremasen el rigor de sus músculos.

Los soldados, excitados por la promesa de una buena prima y con el alma sorda a los sufrimientos de los indios, sus pares, así lo hicieron, y a poco blanquearon los huesos. El paciente no daba señales de vida. Sólo de rato en rato un ronco gemido se escapaba de su pecho.

—¿Cuántos van, sargento?

—Setecientos, teniente.

—Bueno, basta; ahora a otro.

Y así, uno a uno, fueron flagelados los sindicados, sin que uno solo de esos siervos hiciese un movimiento de protesta, atontados, embrutecidos por el terror y el espanto.

Todo el día duró la azotaina; y el día entero también permanecieron los patrones como testigos exasperados pero impotentes ante la crueldad del agraviado y vengativo Pantoja.

Cuando los soldados hubieron arrojado, desfallecido de dolor, al último sobre una manta deshilachada y lo dejaron en brazos de sus parientes, martirizados por la angustia, Pantoja, que desde hacía rato venía preparando un discurso, habló frente a los consternados peones.

—¿Lo han visto? Pero esto no es nada todavía. Si en otra tuvieran la desgracia de sublevarse, los hago matar a palos… El señor prefecto es mi amigo y puede mandar toda la tropa que yo quiera…

Luego repuso, con inflexible acento de mando:

—Ahora tienen que trabajar la casa, ponerla en el estado en que estaba y pagarme todo lo que allí se quemó… ¿Entienden?

—Si, *tata*; entendemos –sollozaron los siervos, siempre de rodillas.

Y se sometieron por el rigor, como las bestias; pero creció su odio hacia los blancos. El viejo Choquehuanka lo dijo frunciendo severamente la frente:

—Bien está. También las llamas andan cuando se las pega, pero saben patear. El camino de la vida es largo, y no todas las veces ha de haber tropas en la hacienda.

Volvieron los peones a sus faenas, aparentemente sometidos; pero muchos, después de sacar sus cosechas en verde, abandonaron para siempre la hacienda, sin ánimo de someterse a las exigencias del patrón. Pantoja, con pretexto de indemnizarse por los daños, reedificó la casa incendiada, y al lado hizo construir una nueva, con materiales gratuitamente transportados por los indios, más amplia que la antigua por la abundancia de corralones, pesebres, depósitos y *aijeros*, la dotó de algunos muebles, muchos de los cuales, no siendo posible llevarlos a lomo de bestia, fueron conducidos a pulso y en muchos días de viaje. Así pudo tener un pianito ordinario pero de regular aspecto, armarios con espejos, catres de hierro y de madera, una mesa enorme de comedor y otros muebles poco o nada conocidos en las haciendas del altiplano, donde la dificultad de los transportes, generalmente invencibles, y la miseria de los hacendados, hacen que la vivienda en el yermo sea pobre e ingrata. Los campos abandonados por los fugitivos se cosecharon para el patrón y luego se incorporaron al lote de la hacienda, que de mil hectáreas cultivables se convirtieron en casi el doble.

Todo, pues, recuperó su aspecto de costumbre. Sólo que ahora los peones dejaron de acudir a la casa patronal, cual si la hubiesen maldecido los brujos de la comarca (*laikas*), y si tenían que pasar cerca, lo hacían de prisa, tratando de esconderse entre los montones de piedras coronados de espinos, abundantes en los contornos, y que habían sido formados uno a uno, en barbechos sucesivamente labrados por muchas generaciones de labriegos indios.

Algo más hizo Pantoja. Mandó como administrador de la hacienda a uno de sus ahijados, Tomás Troche, cuyos puños conocía desde los no lejanos tiempos en que, nombrado intendente de La Paz, hacía castigar a golpes y patadas las opiniones políticas de sus adversarios, y eran los policiales sarta de forajidos ligados al mandatario imperante por lazos de parentesco espiritual.

Troche llevaba muchas víctimas a cuestas. Bruto, intemperante y sensual, se había ganado legítima fama de matón entre los de su partido por la solidez de sus puños y la ferocidad de sus hazañas. Hacía ostentación de sus crímenes con desconcertante desenvoltura y por el más insignificante motivo ofrecía dar de balazos y bofetadas, porque para él las únicas razones atendibles eran las que se dan con puñetazos, y tenía más confianza en la eficacia de sus golpes que en los más fundados razonamientos.

Pero, como buen cholo, únicamente era audaz cuando estaba con sus amigos o contaba con el apoyo de alguien. Solo, era incapaz de alzar la voz a un chiquillo, no obstante la fortaleza de su brazo; de ahí que jamás aflojaba el bastón ferrado o el revólver.

Como en el tiempo que ejerciera su oficio de sayón se había concitado muchos y temibles enemigos, andaba disgustado de su puesto y buscaba una colocación más segura en alguna hacienda o pueblo apartado de la comarca. Y le vino de perlas la proposición de su compadre Pantoja para enviarlo como administrador a su hacienda de orillas al lago, donde –le dijo– podría hacer buenos negocios con los indios rescatando sus cosechas y vendiéndolas en la capital.

Troche puso en inmediata ejecución el consejo de su compadre; pero con tan buenas mañas, que en menos de dos años logró reunir un pequeño capital, con la ayuda certera de su mujer y de su hija Clorinda. Inventaban

las hembras mil ardides para enriquecer a costa de los indios, quienes pronto hubieron de ver el poco acierto con que habían obrado levantándose.

Vanamente elevaron sus quejas al patrón, creyendo ser oídos. No les escuchaba o daba razón al administrador, feliz de haber encontrado un hombre de hígados, capaz de reducir a esos caníbales que le obligaron a fugar en calzoncillos y ocultarse, como bestia perseguida por hambrienta jauría, en el charco. Y agradecido, escribía a Troche aconsejándole no dejarse intimidar por ninguna queja, con lo que el cholo extremaba su tiranía y castigaba la más insignificante falta a golpes de puño y palo.

Los colonos, pese a su exasperación, no se atrevían a intentar ninguna demostración belicosa, aleccionados por los rigores que les había valido su hazaña de hacer dormir al patrón en el cebadal, bajo la lluvia y el viento.

Poco después murió Pantoja.

Entonces creyeron los colonos que disminuiría el duro peso de su yugo y bendijeron sinceramente la muerte del amo, pero bien pronto tuvieron que desengañarse, porque el hijo conservó la herencia del padre íntegra y mantuvo al empleado. Y pues vieron, a poco andar, que el joven Pantoja era aún más avaro y más cruel que el difunto, muchos buscaron *sayañas* en otra hacienda, y los demás, encariñados con su casa, resignáronse a sufrir todavía.

Soportaban, pues, ahora, entristecidos, la dura esclavitud. ¿Para qué sublevarse a protestar, si estaban seguros de que iban a ser estériles sus esfuerzos y quedar inútiles sus quejas? ¿Qué podían ellos con sus primitivas armas de combate frente a los mortíferos instrumentos de muerte de los blancos? No; vano resultaba el consejo de la mujer de Tokorcunki. Eran vencidos y estaban condenados a sufrir en silencio, pasivamente. ¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! Acaso por siempre, hasta morir…

—Sí; duro la hemos pagado –repitió el viejo Choquehuanka al recuerdo de estas crueldades; y quedó caviloso y mustio.

Los otros no respondieron. Acaso repasaban en su imaginación las desdichas que de entonces a acá venían padeciendo.

Después de un momento de profundo silencio, Choquehuanka se puso en pie y dijo:

—Me voy; y no olvides lo de mañana: tú al cerro, y yo al lago.

Y salió.

Un gallo cantó en la lejanía saludando la media noche, le respondió otro.

El viento seguía silbando.

IV

Choquehuanka se levantó con el alba, cogió del patio una de las pértigas apoyadas contra el techo, echóse encima un manteo, y salió al campo.

Todavía parpadeaban las estrellas en un cielo turquesa, de placidez infinita, y las bestias aún no habían despertado de su sueño. Un silencio profundo pesaba sobre la llanura y los objetos ya perdían sus contornos en la tenue claridad de la aurora.

Andaba el anciano con los ojos empeñosamente fijos en tierra, cual si buscase algo. Otros muchos hacían lo propio; mas al verle, se le reunieron, y en grupo, se alejaron hacia la costa, sin dejar de examinar atentamente el suelo.

Al fin, uno se detuvo y llamó a Choquehuanka para enseñarle una piedra azulada, plana y de regulares dimensiones.

Vaga angustia oprimió el pecho del anciano, porque de esa piedra iba a recibir en esa aurora la revelación de un misterio que ni él con su sabiduría, ni otros antes que él, supieron explicarse jamás: si la piedra llevaba el dorso enjuto, era seña inequívoca de que el año sería seco; si escarchado, abundarían las lluvias y habría cosechas.

Se inclinó, tomóla cuidadosamente y miró el lado en que apoyaba en tierra. Estaba seco, y en sus asperosidades una araña había tejido su hilo. Hizo un gesto de contrariedad y la enseñó a los otros:

—¿Lo ven? Tenemos mal año.

—Ya lo sabemos; todas se presentan así.

Estaban tristes, afligidos, y callaron.

A poco se les reunieron los otros cateadores, y todos traían idéntica convicción: el dorso de las lastras, seco en estos primeros días de agosto, anunciaba falta de humedad en la atmósfera, y por consiguiente, ausencia de grandes lluvias, es decir, año fatal.

Apareció Tokorcunki. Había salido al amanecer de su casa y venía del cerro, donde fue a ver si los gansos silvestres habían anidado en las alturas, que es otra señal de tiempo, y estable desolado.

—¿Qué hay, Tokorcunki? –interrogó el viejo Choquehuanka– ¿Encontraste nidos en los cerros?

—No; todos están en el plano.

—Como el año pasado, entonces.

—Como el año pasado.

Guardaron silencio. Unos miraban el lago, mustios, y otros mascaban coca lentamente.

—Parece que los campos están *kenchas* (embrujados) –dijo uno, miedoso.

—Se habrá enojado Dios –repuso otro.

—Aún nos falta una prueba, la decisiva, y vamos a ensayarla –dijo Choquehuanka, encaminándose a la orilla del lago.

Una vez allí, se volvió hacia el *hilacata* y le ordenó:

—Anda a ver tú, pues yo ya soy viejo para meterme en el agua, y ojalá nos traigas más consoladoras noticias. Las aves no se engañan nunca y tienen mejor instinto que nosotros, los hombres.

—Anda tú, anciano. Conoces mejor que nadie el secreto de las cosas y entiendes su lenguaje, para nosotros impenetrable –repuso el *hilacata* con fervorosa deferencia.

Los otros aprobaron en silencio con un signo de cabeza, pues tenían ciega fe en la sabiduría y experiencia del anciano y nadie osaba nada sin su aprobación.

Choquehuanka era el jefe espiritual incontestable de la comarca, y su fama de justo, sabido y prudente la traía por herencia, pues era descendiente directo del cacique que cien años atrás había saludado en Huaraz al Libertador con el discurso que ha quedado como modelo de gallardía y elevación en alabanza de un hombre y esa su fama había cundido en las haciendas costeras, trasmontando las islas y aun llegando a los pueblos de Aygachi, Pucarani, Laja, Peñas, Huarina y Achacachi, de donde venían a consultarle sobre diversos asuntos, no solamente los indios, sino los mismos cholos, y muchos decían que hasta ciertos patrones no desdeñaban nunca poner en práctica sus consejos.

Era un indio setentón, de regular estatura, delgado, huesoso y algo cargado de espaldas, lo que le hacía aparecer canijo y menudo. Su enmelenada cabellera mostrábase deslucida con los años y las canas le brillaban sólo entre los mechones que le cubrían las orejas. Su rostro cobrizo y lleno

de arrugas acusaba una gravedad venerable, rasgo nada común en la raza. Era un rostro que imponía respeto, porque delataba corazón puro y serena conciencia.

De todo hacía Choquehuanka en la región: era consejero, astrónomo, mecánico y curandero. Parecía poseer los secretos del cielo y de la tierra. Era bíblico y sentencioso.

No tenía envidiosos, émulos, ni enemigos, salvo los curas de los pueblos donde corría la fama de sus bondades y de sus hazañas. Creían los buenos personeros del buen Dios que si no era sumisa, según sus deseos, la indiada de todos esos contornos, era porque oía de preferencia los consejos del anciano, no siempre favorables a sus intereses perecederos y terrenales, pero nunca desdeñados. Le acusaban de hechicero y de mantener secretos pactos con los demonios y otros seres malignos y perversos, sin sospechar, los inocentes, que tales imputaciones, en vez de concitarle la animosidad de los indios, ponía sólidos remaches a su veneración, porque le presentaban poseyendo cualidades negadas a los demás hombres, llámense sacerdotes o lo que se quiera.

Como curandero, hacía maravillas el viejo Choquehuanka.

De mozo, y cuando pastor, había aprendido a conocer en las bestias los males de los hombres, percatándose que era corta la diferencia entre unas y otros. Diestro *taliri* (masajista), sabía, en el primer golpe de vista, descubrir el miembro roto o dislocado. La anatomía humana no guardaba secretos para él. En el color de los ojos, en el pliegue de los labios, conocía los males, y sabía si provenían de la carne o de *allá adentro*.

Como astrólogo ya se sabía: nadie podía aventajarle en su penetración de los secretos del cielo. Hasta la forma y color de las nubes tenían para él su significación inviolada. Él sabía cuándo traían agua y cuándo nieve; cuándo rayo y cuándo trueno.

—¡Esto no va bien! –decía mirando el cielo.

Y ¡cataplúm! se venía todo abajo, convertido en nieve o en rayo.

Tenía tal fuerza de previsión y presentimiento, que lo que él decía debía suceder, fatalmente, irremediablemente, con precisión casi matemática. Agudo, perspicaz, malicioso y zahorí, con una sola mirada leía, como en un libro, lo que pasaba en el fondo de un corazón, o de una conciencia…

Nada se ocultaba a sus ojos penetrantes e investigadores: ni acciones, ni sentimientos. Cuando abría la boca, eso sí, no había más que ponerse a temblar, porque el terrible anciano generalmente hablaba para anunciar desgracias. Alguna vez uno de sus admiradores se atrevió a preguntarle enternecido, la causa de su inexorable escepticismo. El viejo sonrió con mansedumbre, y fijando sus ojos acariciadores y profundos en el curioso, respondió, sin añadir una sola sílaba en su frase rotunda y desolada:

—¡Es la vida!

Y pare usted de contar.

Para él la vida era eso: sufrir, llorar, luchar y morir. La alegría no entraba en sus cálculos, la alegría exenta de añoranzas o inquietudes. Consideraba cosa amable un buen trago de licor, una golosina cualquiera, un puñado de maíz, pero sin conceder gran valor ni importancia a eso, como los otros. Era parco en sus placeres. Comía poco, bebía poco también, dormía lo preciso y trabajaba mucho. Se podía asegurar que, a pesar de sus años, era el más trabajador de la hacienda y sus contornos.

Tenía una especialidad: hacer balsas. Él sabía, mejor que nadie, cuándo, cómo, dónde y en qué cantidad, hay que recoger la *totora* para hacerlas ni muy anchas ni muy flacas, ni pesadas ni frágiles.

En el cultivo de la tierra, sus andanzas servían de regla a toda la comarca. Cuando el viejo Choquehuanka uncía su yunta y, arado al hombro, se iba a laborar su terrón pedregoso y situado casi en medio de la colina coronada por rotos peñascos, todos le imitaban, y enganchaban sus bueyes, llamaban a sus ayudantes y se iban a roturar los campos, deshierbarlos y abonarlos.

Huraño y algo mañero, pero inofensivo, vivía parcamente el viejo, cultivando sus tierras, haciendo balsas, arreglando los aparejos de pesca, distrayendo a los hombres, viejos y niños, con sus narraciones de hechos sobrenaturales, en que los espíritus jugaban principal papel.

Como ninguno, conocía la comarca y las orillas del lago en todos sus accidentes. Él sabía dónde era fácil coger el *hispi*, y dónde abundaba el *suche* de carne sabrosa y blanca como de algodón; conocía los sitios dilectos de los espíritus tenebrosos y las alturas donde se posan las aves de mal agüero, cuyos graznidos anuncian las desgracias que han de hacer llorar y padecer a los hombres.

Le querían los niños, le escuchaban las mujeres y le obedecían los hombres. Le obedecían con fe, ciegamente; y semejante sumisión era el motivo por el que los patrones y sus empleados le guardaban muchos miramientos y le permitían vivir a su arbitrio, sin exigirle servicios por el retazo de suelo que le dejaban cultivar en la vertiente de la colina y la casita que ocupaba, limpia y coquetona, a orillas del río…

—Aproxima, entonces, una de esas balsas –ordenó el viejo cuando vio que todos esperaban de él la revelación de un secreto que pertenecía a las aves.

Muchas balsas había en la ribera, con la proa hundida entre el lodo. Eligió una el *hilacata*, y ayudando a subir en ella al anciano, la empujó con el pie cuando Choquehuanka se hubo sentado en medio, con la pértiga apoyada en el piso. La frágil canoa comenzó a deslizarse con suavidad entre las escasas *totoras* del borde y bien pronto se perdió en los recodos del canal.

A su paso, despertaban las aves. Y sin levantar el vuelo ni arredrarse, se alejaban moviendo de un lado a otro la cabeza lentamente.

Llegó a un claro en forma de plazoleta, de la que partían varios canales en distinta dirección. Choquehuanka, sin tomar ninguno, dirigió la proa de su balsa a lo más espeso del *totoral* y se internó en él.

Aquí las aves entumecidas aún por la vaguedad del crepúsculo dormían en bandadas, formando cada especie grupo aparte. Las *zulunquías* y *queñoqueyas* ostentaban el blanco níveo de sus pechos aterciopelados; las *panas* desaparecían bajo el agua e iban a perderse lejos; las *chocas* apenas diseñaban en las sombras sus oscuras siluetas.

Comenzó a aclarar.

Las cumbres de los cerros del estrecho y de la isla Patapatani o Pakawi, se encendieron de un color anaranjado que saltaba discretamente y con divina suavidad sobre el azul pálido del cielo. Una gaviota chilló en lo alto dando revuelos lentos; los negros jilguerillos piaban entre las *totoras*, y era a su canto que prestaba oídos el viejo Choquehuanka, haciendo lo posible por apagar el ruido de su balsa, que, medio hundida entre las *totoras* avanzaba con pena, dejando tras sí leve rumor de tallos al doblarse y volver a recobrar su tiesura.

Al fin ya no pudo avanzar más el fatigado viejo. A sus esfuerzos, la balsa se movía entre la crujiente *totora* pero sin ganar un palmo.

Estaba Choquehuanka, en medio de una maraña inextricable, verde, jocunda y olorosa. Las frágiles varillas se entrelazaban sobre su cabeza, tupidas, y era imposible vencer su resistencia. Entonces hundió el remo para medir la profundidad del agua, y al ver que era poca, arremangóse los calzones y se metió en ella, lanzando un suspiro al contacto de su tremenda frialdad.

Dióse a caminar lentamente, con tiento, agarrándose de su percha y mirando con profunda atención las *totoras*, altas y flexibles.

Formaban fronda y florecían en la punta. Eran verdes, de un verde oscuro en lo alto y más claras en el medio, para tornarse blancas, de un blanco nítido, en la raíz suave, mantecosa, cuyo sabor de hongo tienta a los hombres y es delicado manjar de las bestias.

Allí anidaban los jilgueros de plumaje negro, lustroso como el raso, y con fleco amarillo en el ala. Holgaban lanzando una especie de repiqueteo breve y agudo; y eran tan nutridas las bandadas, que el *totoral* parecía estremecerse al ruido de los chasquidos. Saltaban las bestezuelas de un lado para otro, pendiéndose a las *totoras*, engullendo al vuelo las moscas y otros insectos que en infinitos enjambres se movían como polvo sobre la superficie ondulante del eneal.

Pero Choquehuanka ponía poca atención al ruido. Eran los nidos lo que a él le importaba, construidos con maravillosa ingeniosidad y consumado arte en las *totoras*. Se movía de un lado para otro, mirándolos todos, metiendo los dedos en cada uno e inclinando los nuevos para medir la distancia en que estaban edificados sobre las aguas.

El sol le halló en estos afanes, y cuando creyó que ya nada tenía que hacer, porque todo estaba visto, volvió a su balsa, entristecido.

Ahora tenía la profunda seguridad de que también ese año sería seco, al igual de los últimos pasados: se lo acababan de decir los nidos de las aves, cuyo instinto del tiempo jamás yerra. Cuando el año ha de ser lluvioso, cuelgan las aves sus moradas en lo alto de las *totoras*, para que al crecer el lago no mate la pollada… ¡Y ahora todos los nuevos estaban construidos al mismo nivel de los antiguos!…

Al salir de la maraña topó con los balseros que Tokorcunki había enviado a su encuentro. Lo recogieron en la más grande de las balsas y se lo llevaron a tierra, donde esperaban los demás, ansiosos, aunque sin alentar ninguna riente ilusión.

—Podemos ir pensado en lo que hemos de ganar este año; el tiempo no ha de ser bueno –les dijo Choquehuanka al saltar en tierra.

Los otros fruncieron el ceño, consternados.

Y, convencidos de su infortunio, pero resueltos a poner en su esfuerzo todo lo que humanamente fuera posible para no morirse de hambre, diéronse a barbechar sus campos sedientos y polvorosos; pero muchos, ganados por la idea de que Dios estaba dolido por los crímenes de los hombres y quería convertir en yesca el suelo en que delinquían, cifraron sus esperanzas en la pesca, y se metieron en la charca o echaron redes en los remansos del río donde se cría el *suche* y prospera el menudo *hispi*, que se come seco y tostado a la brasa…

Quilco tenía fe en la generosidad de la tierra, y las excursiones al lago le sentaban mal. Cada vez que pernoctaba en las duras faenas de la red veíase forzado a quedar varios días sin moverse de su casa, consumido por la fiebre y con un dolor intenso y constante en los riñones.

Pero un día se sintió mejor, y viendo que el cielo tenía trazas de no cambiar su vestidura azul, se le ocurrió ir a barbechar su *sayaña*, que estaba en la vertiente rocallosa del cerro, a la media hora de camino de su casa.

Pidió a su mujer que unciese la yunta, y cuando estuvieron los toros bajo el yugo, cogió su pica, echóse al hombro el arado y, casi a rastras, se fue a la distante *sayaña*.

Al llegar, se sintió fatigado como nunca, y hubo de sentarse un momento sobre una piedra para cobrar reposo mascando algunas hojas de coca. Después preparó el arado, enganchó las bestias y empuñó la pica:

—¡Nust, adelante!

Los toros, con la cabeza inclinada bajo el yugo, avanzaron firme y lento, rompiendo la costra endurecida del terrón. A veces, vencidos por la resistencia del suelo, se detenían de golpe. Crujía el arado al choque con la piedra y de la tierra seca se desprendía olor de azufre. Quilco, de un tirón sacaba el arado, e incitaba a la yunta con un grito corto y ahogado, y volvían

a ponerse en marcha las enormes bestias, con los hocicos húmedos tendidos a lo largo, blanqueantes los ojos dirigidos al cielo y llenos de infinita dulzura y mansedumbre, cual si tuvieran conciencia de que sus esfuerzos servirían para prolongar la agonía de sus dueños los pobres esclavos…

Trazó el primer surco en la tierra dura y seca, un surco ligero, donde se veían marcadas las pezuñas de las bestias; pero al comenzar el segundo y hacer fuerza para que la reja rompiese desde más hondo la costra endurecida, notó que las piernas le temblaban, que crujía la vasta armazón de su corpacho, ayer sólido y hoy en ruinas, y que un sudor frío y abundante bañaba sus miembros.

Se aferró, con todo, a la labor e hizo otros dos surcos; pero al tercero dio un traspié y cayó desfallecido, sin ánimo ni aun para alzarse. La yunta, al sentirse libre, echó a andar sin rumbo en busca del misérrimo pasto que crecía junto a las pircas de piedras. Y seguramente se habría quedado tendido bajo el cielo raso, si un vecino que logró pasar por allí, al ver vagar la yunta enganchada y reconocerla, no se hubiese preocupado de buscar al dueño.

Le encontró delirando y tembloroso. Le habló, y no fue reconocido. Entonces desunció la yunta, y llevándosela consigo, fue a dar parte al *hilacata* del accidente que había sufrido el enfermo.

Tuvieron que transportarlo en camilla hasta su casa, y sólo en la tarde volvió en sí.

Su primera pregunta fue para la yunta. ¿Dónde estaba? ¿La habrían recogido? ¿No se habrían quebrado los aparejos?

La respuesta de la esposa le tranquilizó.

—¿Y cómo te sientes?

Hizo un gesto triste y resignado.

No; no estaba bien. El lomo se le partía; las espaldas las llevaba rendidas por un gran peso, y dentro la cabeza, en lo hondo de las cuencas orbitales, un rumor sordo, incontenible, no le dejaba reposar.

Varios días quedó en cama, sin hacer nada; pero al fin hubo de levantarse porque la mujer, hembra ágil, laboriosa, dura para sí y para los demás, siempre andaba recordándole sus deberes, cuando no le obligaba, con sus sarcasmos, a levantarse para dar pienso a la yunta, arrear las gallinas que se

metían al troje y saqueaban el grano, cosechar algas en las orillas del lago, coser, lavar y aun cocinar.

Estas labores las realizaba el enfermo de buen grado, no obstante el enorme cansancio de sus músculos y el invencible aflojamiento de su voluntad. Le remordía la conciencia verse recostado e inmóvil, como un haragán. Le parecía que el tiempo avanzaba, trayendo de golpe todas sus estaciones, y que por su holganza se quedarían sin comer sus hijos. E iba, por matar el tiempo, de un lado para otro, atareado en labores menudas, limpiando sus herramientas, arreglando su arado, fregando el barro que en el hierro había prendido, hasta poder mirarse en él como un cristal, ordeñando la vaca, haciendo los quesos que la hacienda exigía de cada colono y rascando el suelo para los pequeños sembríos de papas primerizas.

—¡Quilco: hay que ir a traer la yunta! –ordenaba la garrida hembra.

Y Quilco se ponía un doble poncho; cogía, cual si fuese viejo y con harta vergüenza para los vecinos, un cayado, y apoyándose en él, doblado en dos y tiritando con todos sus miembros, se iba al lago a recoger la yunta y conducirla al establo.

Al fin se puso de veras mal.

Estaba flaco, transparente, y su estómago no podía soportar ningún alimento. Sus manos huesosas parecían garras; se le habían hundido enormemente los ojos, afilado el mentón y descarnado las mejillas, en las que comenzaron a crecer algunos pelos. Al través de la piel amarillenta y bronceada se le adivinaba la calavera.

El *hilacata* se asustó, y fue un día, el último para Quilco, a ver al administrador, por si tuviera algún remedio maravilloso.

—*Tata*: Quilco está mal.

—¿De veras?

—Sí, *tata*; está mal.

—¿Qué tiene?

—No sé; pero está pálido como un muerto y tiembla mucho. No hace otra cosa que temblar y pedir agua.

—¡Ah! Ya sé; son las tercianas.

—Quizás; pero nunca he visto cosa igual. Da miedo.

—¿Y crees que muera?

Choquehuanka lo cree. Tampoco ha visto mucho de esto; pero se acuerda de algunos que estaban atacados de ese mal, y dice que morían irremediablemente.

—¡Que no amuele muriéndose! Me debe diez pesos –dijo Troche, sinceramente consternado.

A mí también me debe, y no le queda gran cosa de sus bienes.

Troche, el cigarrillo entre los dientes, paseaba por el patio. La idea de perder sus diez pesos le traía de veras cariacontecido, y pensaba en la manera de cobrárselos al enfermo antes de su claudicación. Creyó encontrar la manera, pues guardaba entre la botillería del tenducho un frasco de quinina, y el remedio podía por lo menos prolongar el desenlace del mal. Llamó a grandes voces a su mujer para pedirle el frasco, y cuando estuvo en posesión de él, se encaminó a casa de Quilco.

Tendido en el poyo sobre los gastados vellones de cordero, estaba allí de espaldas, pálido y transparente, rígido bajo el temblor de la fiebre, los dientes apretados, ahogada en sombras la razón, los vidriosos ojos mirando por el agujero de la puerta la azul extensión del lago, la cabeza vendada en sucios andrajos y escapando por debajo de ellos mechones de cabello lacio y áspero.

No bien le viera Troche, supo que ese hombre se moría. Y juzgando inútil probar cualquier tentativa de curación, cuidóse bien de sacar a lucir su frasco, por temor de que los asistentes o la familia le pidiesen la droga, aumentando así la deuda del moribundo. Estaba allí, entre otros, Choquehuanka, y a su lado una agorera conocida con el sobrenombre de *Chulpa* (momia), acaso por lo seca, vieja y repugnante. Al verla, Troche tembló de espanto, porque como los indios, era en extremo supersticioso, creía en toda laya de maleficios y se cuidaba mucho de no causar el menor daño a ninguno de los dos viejos. Se les llegó comedido y zalamero.

—¿Verdad que está mal? –interrogó a Choquehuanka. Este hizo un gesto vago y repuso, displicente:

—Ya lo ves; no dura hasta la tarde.

—¡Pobrecito!

Volvió el viejo la cabeza, y deteniendo los dedos cargados de coca a la altura del mentón, le miró profundamente en los ojos, como queriendo

leer en el brillo de su furtiva mirada si era verdad la piedad de su alma. Troche esquivó los ojos del viejo. Y Choquehuanka, sonriendo imperceptiblemente, dijo:

—Deja dos hijos, mujer y su madre enferma.

—¿Y qué le han dado?

—Todo; pero inútil. La *Chulpa* ha de intentar ahora su último remedio, porque los míos de nada sirvieron. Si con él no se alivia, ya no hay nada que hacer. Ayer probó algo, pero lo arrojó en seguida.

—¿Y qué hizo?

—Lo de siempre.

Y contó:

Había ordenado la *Chulpa* se degollase una oveja maltona, gorda y jamás parida, y que con la carne del cuello y las piernas, cortadas en tenues lonjas, se vendasen los miembros doloridos del enfermo, colocando el resto en el punto exacto donde Quilco, el día del barbecho, había caído sin sentido, para que fuese devorado por los espíritus necesitados, quienes, por complacencia, habrían de volver la salud al paciente que… se moría.

Hablaba con despego y ligeramente irónico.

—¿Y han ido a ver esta mañana si la carne estaba allí? –preguntó Troche, asustado y convencido.

—Allí estaba, y se la llevó ésta, que es la única que puede tocarla –dijo señalando con los ojos a la *Chulpa*.

—¡Yo sola debo comerla! ¡Los otros se morirían! –afirmó la momia, con acento regañón.

—¿Y ahora?

—Le ha de dar su último remedio… Mira: lo trae la mujer.

Salía de la cocina la animosa y fornida hembra, toda desgreñada y con los senos robustos casi al aire. Al andar cojeaba un poco por una lastimadura que se había producido en la planta callosa de los pies, y el desacompasado movimiento la obligaba a mantener en equilibrio una taza de barro cocido repleta de un menjurje apestante y de horrenda fabricación, porque estaba hecho con orines podridos, sal y el polvo finísimo de vidrio molido.

Se llegaron al enfermo, hiciéronle sentar, le abrieron la boca con la ayuda de un cuchillo y le vaciaron en el gaznate la inverosímil cochinada.

Quilco se agitó un momento con horribles convulsiones; estiró, rígidos, los enflaquecidos brazos, como para abominar de quienes le daban cosas tan sucias; dio una patada a la derecha, otra a la izquierda, abrió la boca con gesto amargo, fijó los ojos turbios e inmensamente abiertos en el cielo purísimo, volvió a caer de espaldas, y ¡brr! dando un último sacudón, agitó la cabeza, blanqueó los ojos y se quedó inmóvil, para siempre inmóvil.

Troche, despavorido, huyó, poniendo a ocultas su frasco de quinina. Al través de la estepa resonaban los gritos de la madre del difunto. Cuando el cholo llegó a su casa, Clorinda le esperaba con una estupenda noticia: La *Ñata*, una soberbia marrana inglesa, había parido seis cochinillos de aspecto gatuno…

V

Solemnes resultaron los funerales de Quilco, correspondiendo a su fama de *Kamiri* (adinerado), que ahora la familia, por decoro y vanidad, debía mantener en el entierro, aunque cayese, como cayó después, en esa miseria del indio aymara, sin igual en la tierra.

Se vistió al difunto con su mejor ropa: en el mundo desconocido adonde iba, debía presentarse con decencia, para no merecer el despego de nadie. Calzósele con abarcas sin estrenar y de triple suela, para que no sintiese los abrojos de la ruta misteriosa, debajo del gorro calado en la cabeza se puso un manojo de hierbas, para que absorbiese el sudor de la fatiga; ciñósele a un costado la *chuspa* (bolsa) con coca y maíz y al otro un lienzo atravesado por una aguja, para que no padeciese hambre ni fatigas, guardase las ganancias adquiridas y pudiese recoser sus ropas rasgadas entre los escollos del camino; diósele *quena* y *zampoña*, para que matase la murria modulando los aires aprendidos en la juventud; y, por último, púsosele en las manos algunas herramientas, para que una vez en su destino siguiese trabajando como en la tierra de donde había partido, y trabajase por siempre jamás.

La viuda se proveyó con abundancia de toda suerte de licores y comestibles; hizo degollar, por esta única vez, un torillo, algunos corderos y todas las gallinas, y preparó diligente y serena, una gran comilona para los amigos y parientes del difunto que asistirían al largo ceremonial del entierro.

Para hacer frente a todos estos gastos, viose constreñida a atacar las economías acumuladas por el matrimonio en varios años de ruda labor y vender las dos únicas vacas, que Troche se las llevó en menos de la mitad de su justo precio, pues el pobre Quilco tuvo la desgracia de morirse cuando no había un solo amigo que contase alguna reserva de capital en este año de miseria y abandono.

Dos días estuvo expuesto el cadáver en el patio sobre parihuelas, y fue velado en la casa mortuoria por casi toda la peonada de la hacienda, y a la que tuvo que atender la viuda obsequiándola con toda suerte de comidas, refrescos y licores.

En la mañana del tercero, temprano, se formó el cortejo y ésa fue la hora de intensa fruición para la viuda, pues cada uno de sus numerosos

compadres se presentó con su estandarte negro adornado de campanillas y blancas lágrimas de metal. Todos vestían fúnebremente, y sus negros pendones probaban la estima en que había vivido el difunto y los favores que hiciera.

Hombres y mujeres estaban trajeados de luto. Las mujeres ocultaban la cabeza y parte del rostro en la mantilla negra, y la viuda iba absolutamente arrebujada en el manto, no descubriendo sino los ojos y la nariz.

Cuatro fornidos mozos levantaron las parihuelas; y como si fuese la señal, todas las mujeres lanzaron un tremendo alarido, que provocó en los perros del caserío un aullido lastimero y prolongado. Y, primero al trote, a carrera después, emprendió camino del cementerio la negra comitiva ebria, para que el alma del difunto llegase a su destino inmortal con la misma rapidez que ella ponía en ganar la mansión del reposo definitivo.

Y corrió en carrera fantástica por el camino árido y largo, ofreciendo pavoroso espectáculo, pues la cabeza y los pies del muerto sobresalían de las parihuelas, y con el trote de los portadores balanceaban rígidos los pies y pendía la descoyuntada cabeza mirando de frente al sol.

Hicieron dos descansos forzosos para vaciar colmadas copas de aguardiente y remudarse los portadores. En el tercero, de rito y al aproximarse al cementerio, comenzó la viuda a plañir su dolor.

En esta parada depositaron las parihuelas en el suelo y la comitiva se puso de cuclillas en torno, con la mirada fija en el rostro del cadáver, medio descompuesto ya, con los ojos inmensamente hundidos en el cráneo, la nariz afilada y ennegrecidos los labios.

Los ayudantes, allí enviados con anticipación, se dieron a repartir copas de licor y puñados de coca, que los acompañantes consumían sin proferir palabra. Lanzó la viuda un prolongado suspiro, suspiraron los parientes cercanos y después los demás, ostensiblemente. Bebieron otra copa aún, y otros amigos echaron sobre sus hombros las parihuelas para salvar el postrer tramo de la ruta. Entonces la viuda púsose a prorrumpir en una especie de gimoteo canturreado, que se alargaba en notas sostenidas y monótonas, intercaladas de frases breves:

—¡Hi… Hiii!… hiiii… mi marido… ¡Hi… hiiii… hiiiii… tan bueno!… Hi, hiii… hiiii me ha dejado… ¡Hii… hiii…hiiii por siempre!

Crecían de tono los gemidos y alargaban las frases, mas al último trocóse en doliente monólogo, que la comitiva escuchaba en silencioso recogimiento para saber hasta dónde era justificada su simpatía al muerto. Con voz monótona y modulada en lamentable canturreo, contaba la viuda toda la historia de sus amores, penas y desengaños. Era una especie de confesión pública y la postrera evocación de los hechos y andanzas del difunto; una dolorosa evocación de su vida ordinaria, hasta en sus partes más recónditas:

—¡Ay, era bueno no más mi marido!… Me pegaba algunas veces, pero era no más porque me quería... Tenía su concubina, pero nunca dejó sin dineros la casa… Sabía embriagarse, pero era tranquilo en su borrachera…

Toda la historia simple fue narrada hasta el cementerio, y allí se reprodujo el aullido desesperado de las mujeres cuando cayó la primera palada de tierra sobre los despojos del muerto.

Con la última comenzaron las libaciones hasta bien entrada la tarde, hora en que tomaron el camino de retorno.

Volvían en grupos dispersos y todos estaban abominablemente ebrios. Cantaban los hombres en lamentos y las mujeres aullaban detrás de sus mantillas negras; y aullidos y cantos resonaban tristemente en la estepa y hacían levantar el vuelo a las innumerables aves que poblaban la orilla del lago.

Caía la tarde y el sol brillaba en el ocaso, detrás de los lejanos cerros del estrecho, apareciendo y ocultándose entre inmensos nubarrones pardos que se extendían en todo lo ancho del horizonte e iban cubriendo poco a poco la vasta planicie rutilante: dijérase un velo que corría.

—Creo que el tiempo se compone; tendremos nieve –dijo Tokorcunki a su compañero señalando la altura, pues a pesar de la borrachera, no había podido vencer sus inquietudes respecto del tiempo.

Los otros no le hicieron caso. Iban cogidos de bracero, sosteniéndose mutuamente para no caer. Quienes no podían más con sus cuerpos tendíanse a lo largo del camino, en la vera, y quedaban allí a dormir de bruces el pesado sueño de la borrachera, para pasar algunos al hondo sueño sin ensueños de la muerte…

Choquela, la viuda, ebria hasta la idiotez, iba en brazos de dos mujeres, casi a rastras. Había cesado de llorar y lamentarse, pero no dejaba de lanzar

su nota plañidera, ya ronca de tan gastada. Iban las tres tropezando con los guijos y escobajos del sendero, en estado deplorable. Una de sus compañeras era la madre del difunto. La otra mujer, no mal parecida ni apersonada, no cesaba de interrumpir sus quejidos para hablarle de negocios:

—¡Cuidado con vender el macho! Mi marido te ha de dar buen precio por él, y aun puede que te perdone la deuda del difunto. Se querían mucho los dos… ¡Hi, hi, hi!…

Al descender a una ondulación del camino tropezaron con un hombre caído en media ruta. Era el esposo de la negociante. Lo reconoció la mujer, y soltando el brazo de la viuda se acercó al ebrio e intentó despertarlo; pero el infeliz parecía muerto. Lo arrastró hasta la vera, penosamente, y con el esfuerzo que hizo para colocarlo en postura conveniente, cayó sobre él y se quedó dormida.

Las dos mujeres siguieron caminando, sin preocuparse de la compañera; pero su marcha era más trabajosa. Caían a cada paso y tenían que andar a rastras para ponerse en pie. En uno de esos movimientos rodó la viuda en un hoyo cubierto de grama fina al borde de la ruta, y al sentir la blandura del piso, se volvió de pechos contra el suelo y se durmió, con las piernas al aire y la cabeza baja, en tanto que la suegra rodaba también a los pocos metros, como inerte masa.

Las nubes avanzaban entretanto, macizas, sobre el cielo, y habían velado completamente al sol; sus sombras reflejaban en el lago, cuyas aguas parecían de plomo, y daban al paisaje un aspecto de desolación y tristeza infinitas.

Comenzó a oscurecer, y en el lejano horizonte, aún libre de nubes, parpadeó una estrella, tímida, indecisa.

Una solitaria flauta resonó en el camino. Venía por él un hombre alto, grueso, vigoroso. Pasaba junto a los hombres aletargados, dirigiéndoles apenas una mirada indiferente; pero al llegar junto a la viuda y reconocerla, se detuvo, apartó de sus labios la flauta y algo como una llamarada de fuego pasó por sus ojos grises. Difundió la mirada en torno, y el camino estaba desierto. Entonces cautelosamente, se llegó a ella.

—¡Choquela! –gritó sacudiéndola por el brazo y clavando los ojos en el busto firme de la hembra.

La mujer apenas se movió, y creeríasela muerta sin la respiración pesada que hinchaba su pecho.

Y entonces el caminante se acercó a ella, bestialmente…

A los pocos días Choquela vendió todas las bestias adquiridas por el difunto para pagar los gastos del entierro. Sabía que de no hacerlo desaparecerían los animales, atacados del mismo mal que había matado al dueño, y prefirió liquidar sus bienes antes que arrastrar una pobreza con deudas, que es dos veces miserable.

Y así, el muerto hundió en la miseria a los vivos, trágica, irremediable…

. . . .

Según las previsiones de Tokorcunki, el tiempo comenzó a descomponerse al finalizar ese mes de agosto.

Masas de nubes negras se levantaban por detrás de la cordillera, o emergían del fondo del lago, y cerraban el horizonte por el poniente, en tanto que en el otro extremo lucía el cielo azul y el sol caía gloriosamente sobre las lejanías azuladas de la llanura y los picos albos del Illimani.

Pero, en la tarde de ese mismo día, todo cambió de aspecto.

Las nubes, bajas, informes, pesadas, se extendieron por todo el ancho horizonte, y parecían aplastar la llanura silenciosa bajo el peso de su color pardusco o negro, cual si estuviesen cargadas de hollín. El lago yacía inmóvil, sin la menor ondulación, y parecía una placa pulida de estaño, hecha de una sola pieza; y así el paisaje hízose doloroso con tanta sombra densa, del cielo y de la tierra.

Amaneció nevando.

Ahora el cielo tenía un color transparente, y el paisaje fulgía lleno de una hermosa claridad blanca.

La nieve caía en copos menudos y silenciosos e iba cubriendo con armiño todas las rugosidades del llano, nivelaba las superiores toscas y orlaba de preciosos encajes los techos de las viviendas y las dunas del río.

Todo parecía muerto y aterido. Ningún ruido rompía el enorme estupor de la campiña, que se había recogido, en un silencio religioso.

Los colonos, amurallados dentro de sus casas, al amor de los fogones alimentados con la bosta seca de los bueyes y que levantaban al cielo rectas

columnas de humo tenue y azulado, preparaban los aparejos; las mujeres extraían del oscuro rincón de la despensa los arrugados frutos de la simiente y pellizcaban las yemas que habían brotado de sus ojos.

Lució el sol al tercer día, y entonces el campo mostró un nuevo esplendor de belleza fantástica e indescriptible.

Todo era blanco, de un blanco puro y brillante que cegaba, y sólo en la serranía resaltaban las negras oquedades de las rocas, y tan intensas, que parecían pinceladas de tinta china. Y entre ese blanco uniforme de armiño, el lago y el cielo azules, y los verdes *totorales*, formaban la divina armonía de los tres colores más bellos.

Pero pronto esfumóse el espléndido miraje. La nieve se derritió a los rayos purísimos del claro sol, y fue hollada en los caminos y senderos por el trajín de las bestias y de los hombres que se preparaban a las faenas del campo, llenos de alegría desbordante. Después desapareció de los techos, fundida por los tibios hálitos del hogar, y únicamente quedó congelada en los huecos de la pampa y en las grietas de los montes, donde se la vio brillar hasta bien entrada la primavera.

Se animó el yermo. "Año de nieves, año de bienes", decían los indios. Y flautas y tambores resonaban por todos lados con aire de fiesta, y en los rostros abatidos lucían llamas de esperanza. En el horizonte, a cualquier punto adonde se tendiesen los ojos, se veían difuminarse en el espacio las hogueras encendidas sobre los campos barbechados y alimentadas con paja arrancada de cuajo, o las parejas de yuntas que araban los terrenos, reblandecidos por fecundante humedad.

Vino, pues, el período de fatigas para hombres y bestias. Era preciso aprovechar el tiempo antes de que el sol primaveral, puro y ardoroso, endureciese la gleba.

Así pasó septiembre en estas faenas preliminares, se anunció la tibia primavera, y vino octubre, el mes de las siembras.

Se hicieron las primerizas, de patatas, en los terrenos aledaños al río y al lago, siempre húmedos; y días después dispuso Troche que se efectuaran las siembras ordinarias, importantes en la hacienda Kohahuyo por el número de peones y yuntas que se ponían en movimiento sobre los campos removidos y grasos en más de un lustro de reposo absoluto.

Temprano se presentaban los peones, para evitar castigos y represalias. Venían precedidos de sus acémilas, cargadas de semillas o de huano recogido en los chiqueros y apriscos de la hacienda, y las cuales iban al paso de las yuntas, ya cogidas bajo el yugo. Ellos porteaban sobre los hombros el arado, cuya reja de acero, pulida con los trabajos del barbecho, brillaba herida por los limpios rayos del sol primaveral. Detrás seguían las esposas e hijos. Las mujeres cargaban la parca merienda del mediodía y los pequeños los costales y canastos en los que se retendría la simiente. Muchos descargaban sus borricos para tenderse al punto contra los sacos de abono, rendidos por la luenga caminata, pues venían desde los lejanos linderos de la hacienda.

Choquehuanka fue de los primeros en aparecer, después del *hilacata*. Su yunta lucía enjalmas de encendido color, llenas de espejuelos, y detrás venían sus cuatro borricos cargados de estiércol. Tokorcunki ostentaba en la diestra su bastón de mando con puño de plata. Sobre el pecho traía cruzado el látigo floreciente de cintas y en sus espaldas descansaba el mango de *chonta* con incrustaciones del mismo metal.

Hormigueaban los rapaces de pata pelada tras de sus bestias, que en dispersión galopaban en pos de amorosas querellas o pacían a lo largo del arroyo la verde hierba de las orillas; bramaban los toros, rascando el suelo con ánimo de disputa, o ensayaban lances de combate, enganchándose por los cuernos. Se oían carcajadas, voces de mando, bramidos, rebuznos de amor aplacado; y todo bullía con insólita animación, en tanto que los peones adornaban las cabezas de sus bueyes con jaquimones de lana incrustados de espejuelos que brillaban intensamente al sol, o colocaban en la gamella minúsculas banderitas blancas, rojas, verdes, amarillas, y las cuales flotaban a la brisa como alas de mariposas.

Troche llegó a las ocho. Venía caballero en un macho pardo, frontino, con el sombrero alón echado hacia la nuca, el poncho doblado sobre uno de los hombros, el amplio pañuelo rojo anudado al cuello, los pies armados de anchas roncadoras y el rebenque en las manos. En la maletera de la montura brillaba la cacha de su revolver.

—¿Están todos? –preguntó al *hilacata*.

—Sí, *tata*, todos.

—Entonces, a la faena.

Cada peón condujo su yunta al sitio señalado y todos permanecieron en fila, guardando entre sí un ancho espacio para que las bestias no se molestasen al andar.

A una seña del *hilacata*, puesto de pie en el lomo de un alcor a cuyas faldas se extendía el campo de labranza, arrancaron las primeras cuarenta yuntas casi a un mismo tiempo. Levantóse del suelo una ligera polvareda y esparcióse por el aire la fuerte fragancia de tierra húmeda.

Las yuntas avanzaban en orden, con las cabezas a lo alto y firmes las pezuñas, marcando la tierra arcillosa y de color rojizo, cual si estuviese embebida con la sangre de muchas generaciones de esclavos. Seguía un peón arrojando en el surco puñados de estiércol humeante y detrás del peón venía una mujer, que con singular destreza iba dejando a igual distancia la simiente de patatas partidas, después sucedía otro peón, que volvía a echar estiércol sobre la semilla, y por fin, cerraba la marcha una nueva yunta, que cubría el surco, dejando a los lados anchos y rectos camellones.

Toda una semana ocuparon los siervos en las faenas de las siembras, pasadas las cuales y mermadas las arcas y vacíos los graneros, hubo urgencia de recurrir a algún expediente para comer en los meses de estío, secos y amenazadores con las heladas que seguían cayendo a fines de octubre y en las épocas señaladas por el calendario indígena, con inexorable crueldad.

Al fin fue preciso rendirse a la fatal evidencia del mal año.

Muchos, dejando a sus protegidos (*hiuhuatas*) el encargo de llenar los deberes de la hacienda, cogieron sus balsas, y salvando el estrecho de Tiquina, atravesaron el lago grande para ir a pescar en las rinconadas de Sotalaya, Ancoraimes y Carabuco. Otros emigraron con negocios a los Yungas y Sorata, y los más tomaron camino de la ciudad para conchabarse como peones y braceros.

Tokorcunki no pudo emigrar; su cargo lo retenía en la hacienda. Aprovechó el forzado descanso para fabricar un par de balsas, porque las suyas, pesadas por la vejez (habían servido más de ocho meses), comenzaban a podrirse. Estaban negras, deformes, y se filtraba el agua sobre su cubierta.

Ocho días empleó en la faena, y luego pensó vender en cualquier feria de algún cercano pueblo un toro bravío y de bella estampa, que en mala hora había comprado no hacía seis meses.

Ya no podía más con el feroz bruto.

Tan fuerte era su instinto de libertad, que no quería reconocer a nadie por amo. En cuanto se le ponía Tokorcunki delante con intención de reducirlo, se erguía, juntaba las patas delanteras, y, la cabeza alta, las orejas tiesas, miraba de frente, sin pestañear, los ojos inflamados con fuego, avasallador, imponente, terrible. Un día, uno de sus hijos, mozo audaz y fuerte, quiso entrar en lucha con él. Se le fue encima como un rayo, y enganchándole por las ropas lo lanzó en mitad de un charco lindante con el aprisco donde las aves acuáticas, en tiempo de lluvias, iban a coger renacuajos y pececillos.

Tokorcunki se consternó. Seguramente el maldito tenía alojado el demonio en el cuerpo. Ninguno como él había producido tanta desdicha en la comarca. Las quejas comenzaron a elevarse, airadas, por todos lados. Aquí, bueyes corneados; allá, burros mal heridos; acullá, gente asustada.

Todo le ayudaba al demonio para infundir terror: era alto, fuerte, ágil, robusto. Tenía la piel negra y lustrosa, rayada en el lomo por una tira rojiza; y bastaba mirarle los ojos torvos y maliciosos, la frente enmarañada con rizos crespos y duros, para saber que gastaba malas pulgas y no había aceptado jamás el peso redentor de un yugo.

Resolvió, pues, venderlo.

Y un domingo de feria en Pucarani, temprano, fue a casa de su vecino Apaña y le rogó que le ayudase a conducir la bestia al mercado.

Apaña había sufrido mucho con la vecindad de la fiera indómita, y aceptó complacido el ruego. Y entre él, el amo, sus hijos allegados y otros vecinos, consiguieron, tras duras penas, enganchar cuatro fuertes lazos en las puntiagudas astas del rabioso cornúpeto.

Y dos delante y otros dos atrás, se pusieron en macha, gritando a los viajeros que se alejasen para evitar desgracias, los cuales, al ver las precauciones para conducir tan soberbio bruto, se apartaban del camino, desviaban de él a sus bestias y se quedaban parados a la vera, viendo avanzar al retinto, que marchaba erguido y bufando de cólera impotente o de contentamiento al verse tan dueño de la vía.

Llegaron pasadas las doce a Pucarani.

Los *mañasos* (matarifes) indios recorrían el campo de la feria cabalgan-

do en sus mulas bajas, lanudas, mañosas y fuertes. Sus alforjas, abultadas de billetes, se batían al furioso trotar de sus cabalgaduras, como alas, e iban de un lado para otro, paseando sobre los ganados la mirada al parecer indiferente, pero ejercitada en descubrir al primer golpe de vista las cualidades o taras de una bestia. Nada se escapaba a su ojo penetrante y no fueron tardos en descubrir el toro de Tokorcunki.

—¿Cuánto pides?

—Cien pesos.

El demandante dio un talonazo a su mula y se alejó al galope del grupo, lanzando una enorme carcajada de burla.

A poco estuvo de regreso.

—Parecías loco hace rato. ¿Cuánto pides ahora?

—Cien pesos.

—Tú has bebido. Racionalmente no se puede pedir ese precio. ¿Quieres cincuenta?

Tokorcunki le miró con desdén y le volvió las espaldas, sin responder.

—Eres testarudo; cincuenta pesos y la *challa*.

—¡No me hables! –repuso, hosco, el dueño, sin dignarse mirar al ofertante.

Estaba irritado. Ochenta pesos le había costado la bestia, sin contar la manutención de medio año en casa, y no la vendería si no conseguía su justo valor, aun cuando despanzurrase a medio mundo.

Estás engreído, como si tú sólo tuvieras una bestia presentable. Las hay mejores.

—Anda a comprarlas. Yo no te he llamado.

—Ni tu ni yo. Sesenta pesos y la *challa*.

—He dicho cien.

—¿Y dónde se ha visto pedir un precio y obtenerlo?

—Ahora lo verás.

—¿Por tu linda cara?

Tokorcunki se alzó de hombros, desdeñoso.

Se había formado rueda de curiosos en torno de los dos interlocutores y de la bestia, fuertemente sujetada por los cuatro lazos que tenían los hombres con mano firme, y todos hallaban entretenida la contienda.

—Di tu última palabra –porfió el matarife, que estaba decidido a llevarse al bruto.

—Rebajo cinco pesos.

—¡Vete al cuerno, y ojalá te reviente la barriga el mostrenco! –maldijo el matarife zafando del grupo, despechado por la testarudez de Tokorcunki.

—Y a ti que se te pudra la lengua.

—¡Sinvergüenza!

—¡Ladrón!

Los curiosos lanzaron una carcajada y se dispersaron, yéndose a otros grupos.

Se presentó un nuevo comprador.

—Sé razonable. Tu bestia está en carnes, pero nadie te ha de pagar lo que pides. Yo soy formal y te doy setenta pesos y la *challa*. ¿Qué dices?

Tokorcunki se ablandó ante la palabra insinuante del nuevo interesado. Y repuso con acento comedido:

—No, *tata*; a mi me ha costado más cuando estaba flaca. Si ahora la vendo, es porque es muy arisca y alarma a mi gente.

—Lo dicen sus ojos, y no has de poder venderla. Sólo sirve para el carneo.

—Por el precio que pides hablamos de balde.

—¿Y si te ofreciera setenta y cinco y la *challa*?

—Ni ochenta. Me cuesta más.

—Bueno; ochenta pero sin *challa*.

Tokorcunki meneó la cabeza.

—¿Y cuánto quieres, por fin? –repuso el otro, que ya comenzaba a sulfurarse.

—Noventa, lo menos, y la *challa*.

—Que otro te la compre, *tata*. Adiós.

—Adiós.

El uno se fue por un lado y el otro sacó su bolsa, y convidando a sus compañeros se puso a mascar coca.

—Creo que por ese precio no lo has de vender –objetó Apaña.

—Lo he de vender; ya verás.

—Todos han pasado y nadie quiere ofrecerte nada.

—Es que se han puesto de acuerdo. Cuando nos vayamos con el toro verás cómo me ofrecen y me pagan.

Fue así.

Fingieron marcharse, y cuando los matarifes vieron que se iban llevándose la bestia, fingieron de su parte verla recién y se aglomeraron en torno del dueño y de sus acompañantes.

Pidieron el precio. Uno ofreció la mitad; otro mejoró la oferta en cinco; y así, de cinco en cinco, llegaron hasta la cantidad ofrecida por el segundo proponente. Tokorcunki se mostró inflexible: conocía las mañas de los carneadores, y no era la primera vez que entraba en tratos con ellos. Si no le pagaban noventa pesos y la *challa*, se iba con su bestia al mercado de la ciudad, y allí la vendería en su justo precio, sin chicanas ni inútiles bellaquerías.

Se presentó el segundo ofertante con una botella de licor y un fajo de billetes en la mano, y le dijo alargándole la botella:

—Aquí está la *challa* y aquí –mostrándole el dinero– los ochenta pesos que te ofrecí. Es mío el toro.

—Dije noventa y no rebajo –se aferró el *hilacata*, sin recibir la botella.

—Dan ganas de zurrarte… y creo de veras que estás loco. Pero hay que ser razonable… Toma, gran *tata*, y no desperdicies la ocasión.

Sacó de debajo de su poncho un jarrito de metal, y llenándolo hasta los bordes se lo presentó a Tokorcunki, para comprometerlo.

Este permaneció inflexible.

—Es de balde; por ese precio no lo he de vender.

—Ya he servido y no me vuelvo atrás. Ochenta y cinco.

—Noventa.

El otro vio que era inútil insistir. Contó noventa pesos, se los arrojó con brío a los pies de Tokorcunki, y llamando, a sus compañeros prevenidos, voltearon la bestia, y mudándole los lazos se la llevaron, con harta satisfacción de Apaña, que en adelante se vería libre de tan peligrosa vecindad.

VI

Fines de octubre.

El hambre hace estragos en la región. Diariamente se ven ambular por los caminos polvorosos y secos caravanas de dolientes. Van en pos de parihuelas sobre las que saltan formas rígidas de cuerpos cubiertos con oscuros crespones, y se oyen los plañideros acentos con que se despiden los abandonados y malhayan el rigor de hados implacables que consienten la aniquilación por hambre de vidas humanas.

Ninguna huella de verdor anima la perspectiva de esos campos yermos y duros de sequedad. Por todas partes se levantan columnas de polvo viajando de un punto a otro, en fantástica procesión.

Las familias se preparan, no obstante, para solemnizar el *alma-despachu*, la fiesta de los muertos. Saben que de no hacerlo, la doliente alma del difunto no se alejará del hogar vacío y ocupará siempre el sitio que en vida le era familiar, y cuyos lamentos turban la quietud, no siempre plácida, en los vivos.

Entre las muchas familias que en la hacienda se afanaban por acumular víveres y bebidas para celebrar el *alma-despachu* y recobrar la santa paz de los corazones, Carmela, la viuda de Manuno, el viajero desgraciado, era la más empeñosa en salir con suerte de la empresa. No podía la pobre vivir sosegada. La muerte trágica de su marido, acaecida quizás en hora de pecado, le causaba horror. De noche, en el gemir doliente del viento, Se imaginaba escuchar su voz, que se quejaba; entre las sombras de las oquedades del monte distante creía distinguir su silueta, como doblada bajo el peso de las penas o de una enorme carga. Y los chicos no siempre estaban bien de salud; se morían las ovejas con el *muyumuyu*, y las gallinas no ponían… Y era la miseria que rondaba en torno al hogar deshecho… miseria de parias.

Había, pues, que hacer algo. Había que alejar de casa la desgracia.

Porque en la casa apenas si había otra cosa.

Todos los bienes de ella –ganados, dineros, ropas– desaparecieron para pagar las deudas de Manuno. Primero vendióse la yunta, por no haber ya mano de varón que la guiase; después los burros; luego la vaquita, para

proveer a la familia de ropas negras y comestibles. Y ahora sólo quedaban un gallo viejo y sin bríos, tres gallinas cluecas y unos diez corderos, que de tan flacos apenas podían arrastrarse hasta las breñas ásperas del cerro, único punto en que los otros colonos le permitían usufructuar.

Carmela eligió cuatro de los mejores, y los hizo malvender en la feria de Chililaya, la más próxima a sus pagos.

Cuando tuvo bajo de su poyo (*patajati*) las botellas de licor, el cuarto tambor de coca, los panecillos hechos en forma de muñecos con cara pintada de rojo, se sintió más tranquila y más serena también. Ahora, la voz gimiente del viento ya no la hablaba con eco humano; las sombras no dibujaban más en los cerros contornos de seres vivos.

Y llegó el ansiado día.

El cielo tenía una pureza de tonos admirable, y su color vivo contrastaba con el del suelo, pelado, seco y gris. A lo lejos rebrillaba el aire, fingiendo espejismos en que se admiraban lagos de onda inquieta y urbes inmensas con enormes torres agudas que desaparecían de pronto borradas por las trombas de polvo alzadas por el viento. Por los caminos pardos, negras caravanas de peregrinos iban al camposanto tras de sus banderas negras, algo reverdecidas por el sol y rematadas por un círculo de latón ornado de campanillas, que al chocar con la lanza cascabeleaban con aire de fiesta.

Ocupa el camposanto de Chililaya la angosta falda de una colina entre el cerro de Cutusani y el lago, y su derruido portalón se abre mirando el caserío a medio destruir del poblacho mísero y hoy abandonado. Circúndanle altas y ruinosas paredes de adobes acribilladas de redondos agujeros, donde anidan búhos, cernícalos y *kellunchos*, invitados por la paz misteriosa del recinto, y cubren el suelo matorrales de paja áspera, de entre los que emergen algunas cruces de madera podrida, única señal de que allí descansan de toda fatiga quienes supieron vivir cansados por un enorme y constante ajetreo.

El cementerio se fue llenando con la gente de los contornos que en larga romería hollaba el camino pardo tendido a la orilla del lago azul. A eso de las ocho apareció el cura del pueblo, hombrecillo bajo, rechoncho y enteramente moreno. Su sotana negra, constelada de manchones de grasa y lustrosa por las espaldas, había adquirido un tinte verdoso indefinible.

Venía acompañado de su sacristán armado de un hisopo y su recipiente lleno de agua bendita, y otro acólito que en un retobo portaba la estola.

Se vistió allí mismo, delante de los fieles, y comenzó a llenar sus funciones, deteniéndose frente a cada cruz y musitando palabras ininteligibles que remataba con un par de hisopazos y unas cuantas gotas de agua bendita, ávidamente absorbida por el suelo flojo tan luego como en él caían. Antes de coger el hisopo se cubría con el bonete, extendía imperiosamente la mano y embolsillaba en sus hondas faltriqueras el pré del responso breve.

Y se iba frente a otra cruz.

Carmela, sin tumba donde hacer derramar sobre ella el fervor de las preces, pagó el responso besando la mano del sacerdote, y cuando éste se hubo alejado aproximóse Choquehuanka, y haciéndola sentar en el suelo tendió frente a ella un poncho negro cuidadosamente plegado y alineó encima algunas latas vacías de alcohol, botellas de aguardiente y puñados de coca con retazos de lejía (*llukta*). Los otros, graves, mudos, serios y con aire compungido, tomaron asiento alrededor del tendal, manteniendo en alto los estandartes fúnebres. Uno de los parientes, el más anciano, sirvió la primera copa a Choquehuanka. Tomóla pulcramente el viejo, murmuró frases enigmáticas, mojó dos dedos en el licor, hizo caer algunas gotas en el suelo, y de un trago bebió el contenido.

En la misma copa libaron los otros por tres veces y luego se sirvió la merienda, que todos comieron en medio del más profundo silencio.

Concluido el yantar, circulóse otra vez la copa y se repartieron cigarrillos.

Mediodía.

El cielo es de añil y el sol cae a plomo sobre la vasta llanura, arrancando de las aguas bruñidas reflejos cristalinos.

Las cabezas comenzaron a turbarse.

Suspiró Carmela, y hondo fue el suspiro de su pecho; suspiró el anciano Choquehuanka, suspiraron los demás.

De pronto surgió un gemido débil, como distante mayido de gato. Todos se volvieron a la viuda.

Con la cabeza caída sobre el pecho y envuelta en la tupida mantilla, estaba inmóvil, hierática.

Levantóse entonces Choquehuanka, volvió los ojos en todas direcciones con actitud desconfiada y medrosa: el espíritu del difunto vagaba en torno y había que alejarlo.

Sacóse de la boca la coca mascada, y arrojándola en dirección al lago amonestó con voz suplicante:

—¡Vete, alma doliente, vete!... Ya has comido, ya has bebido, ¡vete!...

Al punto, los parientes, los invitados y la viuda cogieron las latas vacías, las chocaron entre sí con formidable ruido, y lanzando piedras al vacío inundaron en coro de tremendo vocerío el espacio, gritando con acento enternecido:

—¡Vete, alma, vete! No llores, ni tus quejas nos traigas... ¡Vete!...

"¡Vete! ¡Vete", se oía por todas partes; y el grito amenazador y angustiado parecía hallar eco en el viento, que se lamentaba entre los hirsutos pajonales del cerro en largos y estridentes silbidos...

....

Definitivamente pagadas las deudas con los muertos, había que pensar ahora en el hambre de los vivos.

Y la inmigración se hizo general.

Agiali se resistió a dejar los pagos.

Desde el último viaje al valle había crecido su apego al terruño, y no pensaba moverse de él. ¿Para qué ir a buscar fatigas, si allí mismo, del seno pródigo de la onda, podía sacar el alimento para la familia hambrienta y necesitada? ¿No pasaba acaso entre los suyos por modelo de vigor, de destreza y de obstinación? ¿O era tan desgraciado que no tuviese una balsa propia y debía de estar mendigando a los compañeros que le prestasen una para ir de noche a coger peces en ajenas jurisdicciones? ¡No! Su balsa grácil, ligera y nueva le esperaba allí, en la orilla, y con tomarla y largarse en aventuras sobre las olas, hallaría la recompensa de su determinación.

Primero tentó fortuna en la jurisdicción de las propias riberas, pero sus andanzas resultaron estériles. Lanzóse después a la desembocadura del lago, en el Desaguadero, y allí la hostilidad de los indios Urus puso en peligro su existencia, pues fue apaleado por los bravos y hoscos moradores de esa región. Fuese, por último, al lago grande; pero de nada le sirvieron

sus redadas fructuosas, porque el pescado se pudrió antes de ser vendido en la ciudad.

Forzoso le fue resolverse a seguir el ejemplo de los otros si deseaba matrimoniarse, como eran sus propósitos a fines de año, para Navidad, y si aún persistía en su decisión de asombrar a sus paisanos por el lujo que derrocharía en su casamiento. Era necesario, pensaba, sobrepujar en fastuosidad a lo más sonado que hasta entonces se había visto en la hacienda; dejar incrustado en todas las memorias el recuerdo de sus larguezas.

El último gran acontecimiento celebrado en la comarca había sido el matrimonio del difunto Quilco con la gallarda Choquela; se bailó durante la semana, sin descanso, y no hubo quien en esos días no comiese a sus anchas y bebiese tanto como se lo pidiera el deseo. Y el recuerdo perduraba al través de los años, y de entonces databa la estima y la consideración que todos, hasta ahora, sentían por la viuda.

Y era preciso borrar ese recuerdo.

Por lo pronto, estaba decidido a vender la yunta vieja y quedarse con la joven. Los toros, ya perezosos, no tenían mucha fuerza para arar. Los recibió algo maduros como herencia de su padre y le sirvieron cinco años. Era bastante. Vendería también el machito pardo y mezquino de orejas. En cada viaje le daba buenos sinsabores con su pesadez de sapo.

Pero esto no bastaba. Tampoco quería pedir dineros prestados. Matrimonio construido sobre deudas, se deshace. No le quedaba, pues, más recursos que engancharse como ayudante de albañil, oficio que desempeñaba con singular donosura.

La víspera del viaje fue al encuentro de su novia al cerro de Cusipata, ahora más árido que nunca; parecía un terrón seco y los ganados levantaban nubes de polvo de los senderos al pastar las ralas pajas que medraban entre las breñas.

Wata-Wara, según las previsiones de su futura suegra, había concebido y hacía cinco meses que la joven sentía latir en su seno el fruto de su pecado.

Sobre esto venía hablarle el novio. Él no quería hijos ajenos, y estaba resuelto a que su futura se arreglase para no dar cabida a intrusos en el nuevo hogar.

—Me voy, Wata-Wara –le dijo. El año, como ves, ha de ser malo, y debo reunir dinero para casarnos en la próxima cosecha. Cuida bien de los ganados y no los lleves a la pampa, donde atrapan el *muyumuyu*.

—Vete y trabaja. Yo también he de comenzar a tejer tu ropa. ¿De qué color quieres el poncho?

Agiali vaciló un momento:

—Plomo, con raya morada.

—¿Y el gorro?

—Verde.

—El traje será azul –opinó ella, sonriendo.

—Que sea azul –asintió el otro, complacido.

Y luego, señalando con una mirada el vientre de su prometida:

—La *Chulpa* se ha de entender con "eso", y dice que vayas a verla uno de estos días. No tengas recelos…

—Iré.

—Hasta otro día, florecilla blanca.

—Adiós, mi dueño.

Agiali no tomó directamente el camino de la ciudad. Se fue al pueblo, pues quería saber, de los propios labios del cura, lo que le costaría su matrimonio y si su novia debía de ir, como era costumbre, a adoctrinarse en la casa parroquial.

Don Hermógenes Pizarro era un hombrote sólido, bien tallado, moreno, de frente irregular deprimida, largos los brazos, lampiño, de gruesos y sensuales labios grietosos y amoratados. Tenía las manos cortas, grasientas y de uñas combadas, como garra de rapiña, constantemente sucias.

Cubría su robusto corpachón una sotana lustrosa por los codos y las espaldas, pues el sol, el polvo y los años habían deslucido su primitivo color y héchole adquirir ese verde sucio y mohoso de las cosas viejas y gastadas.

—Buenos días, *tatai* –saludó humildemente el mocetón, doblando la rodilla en tierra y empleando el más humilde de sus acentos.

—¡Hola! ¿Qué quieres?

—Quiero casarme, *tatai*.

Sonrió el cura y los ojos le brillaron.

—¿Cuándo?

—Para Navidad, *tata*.

La mirada del cura se tornó agria.

—¿Y por qué vienes a molestarme desde ahora, si recién estamos en noviembre?

El mozo repuso, con más humildad todavía:

—Es que deseo saber lo que me has de cobrar.

—¿Acaso no lo sabes?

—No *tatai*.

El cura echó una rápida ojeada al mozo; por la indumentaria sabía juzgar el estado de una bolsa, y, por las carnes, la largueza o tacañería de los gustos. Y el mozo llevaba camisa sin remendar, poncho de colores gayos, gorro nuevo de lana y sombrero de castor. Era, pues, rico. Además estaba gordo, musculoso, y eso revelaba buena comida. Falló:

—Son cincuenta pesos.

Agiali tembló. ¿Cincuenta pesos? Jamás dedicaría él esa suma a un solo objeto. Cincuenta pesos costaba un torillo, un burro, una excelente piel de tigre. Debía rebajar.

Don Hermógenes se enfureció. Tomaba mucho cuidado con la salvación de las almas de sus feligreses. ¿Se imaginaba ese perdido hereje que la redención de su alma pecadora y vil valía menos que cincuenta pesos?

—¡Condenado maldito! ¿Es que quieres condenarte, perro? Pues toma, para que no seas bruto ni sepas pensar tan torcidamente…

Desprendió del muro, junto a la puerta, un enorme vergajo, y púsose a sacudirlo sobre las espaldas del novio, que no se alzaba de rodillas, y, la cabeza gacha, recibía con mansedumbre la santa y generosa indignación del pastor de almas.

—¿Saben ustedes lo que son? Pues unos pillos que no temen a Dios y sólo piensan en pecar y holgar a su gusto, sin acordarse jamás del buen cura, que es como un padre… ¿Qué hacen ustedes por él? ¿Le traen siquiera un cordero, algunas gallinitas, una canastita de huevos, alguna cosita, en fin, que pueda contentarlo?… ¡Nunca! Y después, cuando quieren servirse del buen padre y comprarse la gloria con sus oraciones, encuentran caro lo que les pide…

Recorría la estancia, tropezando con las sillas, lleno de cólera sinceramente expresada.

—¿Y acaso ese dinero les pide para guardárselo él, so pillos? ¿No saben que el templo, la casa de nuestro Dios, se está cayendo con las goteras del techo, y que hay que retejar, pintar, barnizar?… Caro cincuenta pesos, ¿no? ¡Ay, pillo! ¡Si mereces que te maten!

Y ¡zas! ¡zas! ¡zas! hacía llover nuevos vergajazos sobre el lomo robusto del mozo, que se retorcía lleno de dolor por los palos y por haber encendido la cólera sagrada del representante de Dios en la tierra…

Se fatigó el buen cura con el piadoso ejercicio. Sobre su frente estrecha y deprimida saltaron algunas gotas de sudor, que él se enjugaba con un gran pañuelo de madraza, rojo y amarillo. Resoplaba, hinchando los carrillos, y llamas de furor emergían de sus ojillos pequeños, cenicientos, de pestaña recta y dura y mirar cínico solapado.

Se detuvo frente al indio humillado:

—Di, hereje, ¿no tienes miedo al infierno?

—Perdón; *tatai* –sollozó el mozo, de veras asustado.

—Pues si te parece caro cincuenta pesos, no te cases por la iglesia y vive como los perros, sin mis bendiciones; pero entonces teme al infierno… ¡El infierno!… ¡El infierno!… ¿Entiendes, condenado? ¡¡El infierno, te digo!!…

Y al pronunciar con airada vehemencia el nombre del antro pavoroso, volvía a encenderse su cólera, briosa y potente, sincera cólera de despecho por la tacañería de los indios, todos los días más acentuada a medida que los malos años se hacían más frecuentes. Cólera por ver que sus palabras no producían la honda consternación que él quisiera y que ya sus amenazas del infierno iban poco a poco siendo menos eficaces. Antes, a la sola enunciación del sitio maléfico, temblaban los indios, arrastrábanse de rodillas a sus pies, llenaban con sus obsequios la despensa, y eran tan abundantes que con la venta iba formando una reserva de fondos, con intenciones de dejarlos a los pobrecitos seres venidos al mundo por obra y gracia de la carne, que, ¡carne al fin!… lo había vencido tristemente, haciéndole caer en pecado. Y era por ellos que se afanaba, para que pudiesen borrar los infelices el estigma de su nacimiento con la seducción del oro, que todo lo vence…

—¿De dónde eres, ladrón?

—De Kohahuyo, *tatai*.

Don Hermógenes se detuvo frente al mozo y su rostro se calmó. Sabía él, como nadie, que los indios de Kohahuyo no eran ricos. Los esquilmaban entre el patrón, y el administrador, y si muchos permanecían en la hacienda, era porque, como los perros, sentían amor a la querencia. Era, pues, sincero el llanto del mozo.

—Entonces, eres peón del viracocha Pantoja.

—Sí, *tatai*.

—Bueno; porque tu patrón es mi amigo, te voy a rebajar. Me pagarás veinte pesos.

Esa cantidad le habían indicado al mozo, y Agiali tuvo que acceder.

—¿Es joven tu novia?

—Joven es.

—Probablemente, bonita.

—No tiene igual –repuso con candidez y orgullo Agiali.

Sonrió el cura y volvieron a brillarle los ojos.

—Sabrá ya rezar…

—No, *tatai*; no sabe.

Don Hermógenes fingió pavor y desconsuelo.

—¿No sabe rezar, dices? –y agrandó enormemente los ojos–. Pues hay que mandarla aquí para que aprenda, como esas otras que están afuera.

Y con otro gesto señaló el patio asoleado, donde, efectivamente, había visto el mozo al entrar algunas indias jóvenes y graciosas.

Era su contribución de la pernada, fructífera y llena de encantos, que demandaba el cura. Todas las mozas ligadas con compromiso de matrimonio estaban en la obligación de asistir por una semana a la casa cural, donde un indio viejo y malhumorado, que hacía de portero, campanero y a veces de sacristán, les enseñaba a rezar.

Iban las doncellas con avío y sus camas, para no ocasionar molestias ni gastos al buen pastor de almas, el cual, sabiendo que la holganza engendra malos pensares, había imaginado un ardid que mataba el tiempo de las mozas, produciéndole a él apreciables utilidades. Hacíales distribuir cueros de ovejas, con la obligación de devolverlos convertidos en lindas mantas,

vistosos ponchos y finísimos *aguayos*, que no resultarían ni lindos ni flexibles si la lana no estuviese preparada con particular cuidado ni esmerosamente escogida y escarmenada. Para conocer el señor cura la bondad del escarmeno, y como hombre hábil en recursos ingeniosos y utilitarios, había inventado un procedimiento singular y eficacísimo: hacía juntar la lana escarmenada en voluminosas hacinas y soltaba sobre ellas, desde lo alto de su brazo extendido, una gruesa aguja, la cual tenía que atravesar la sedosa montaña y clavarse perpendicularmente en el suelo. Si la aguja quedaba retenida en el montón, el escarmeno era deficiente, y había que empezar la fatigosa labor…

Y en tanto las mozas lavaban, escarmenaban, hilaban y tejían a la luz radiosa del día y bajo la inmediata vigilancia del indio viejo, de noche, y a solas, pasaban al poder del señor cura para ser larga y cuidadosamente examinadas por él, notándose el fenómeno, hasta ahora inexplicable, de que todas las mujeres jóvenes y bonitas, sin excepción, revelaban ser supinamente cortas de entendimiento; porque en tanto que las maduras y feas volvían a su hogar a los breves días de reclusión y sin pasar por manos del señor cura para el examen, las mozas quedaban toda la semana o parte de ella en su poder y eran objeto del empeñoso celo de su paternidad reverente…

. . . .

Con las lluvias de diciembre, ya regulares, y como golondrinas al calor del nido, tornaron los emigrantes a sus lares. Llegaban flacos, descoloridos por el poco comer y mal dormir, y salíanles al encuentro los parientes, más flacos todavía. Y eran espectros y sombras, que sonreían sin frases ni calor de afecto. Tornaban los emigrantes vencidos por la morriña de la urbe aunque con la bolsa repleta, y el yermo les ofrecía ahora frutos con que matar el hambre: en el lago, nuevas nidadas de primavera, y en la tierra, hoja tierna de la *kañahua*.

Pero pronto dieron fin con ambos productos.

Los nidos fueron cosechados antes de que estuviese cabal la puesta, y las aves emigraron; el miedo de quedarse sin cosechas si talaban los sembríos, y los terribles cólicos que les ocasionaba el abuso de la hoja sin madurar, les obligó a hacer uso del dinero ganado en jornales. Y como nunca,

por la primera vez quizás, esperaban todos con ansia su turno de ir como *pongos* a la ciudad.

Cuatro *pongos* y un vendedor *aljiri* daba la hacienda. Quedábase el patrón con el *aljiri* y un *pongo* y alquilaba los otros tres a sus amigos y parientes, en precios que variaban de ciento cincuenta a doscientos veinte pesos anuales. En todos los periódicos se leía su anuncio:

PABLO PANTOJA ALQUILA PONGOS CON TAQUIA

De *pongo*, por lo menos tenían algo que comer en casa de los patrones. Y ellos, lo sólo que por el momento pedían era comer, matar el hambre, es decir, vivir.

Agiali fue de los últimos en tornar a la hacienda. Cuando madre e hijo se encontraron al atardecer sobre el camino, ahora festoneado de verdes franjas vistosas y hasta perfumadas, apenas pudieron reconocerse, pues habían cambiado mucho los dos. Ella estaba más vieja y hondas arrugas acentuaban el rictus de su boca amarga; su cabellera sin lustre parecía quemada por el sol y brillaban en ella mechones blancos, amarillentos y sucios. Él venía flaco y envejecido, pero risueño.

Sonrieron al verse, y ésa fue su sola demostración de afecto.

—¿Traes dineros bastantes? –preguntó la madre, con los ojos esperanzados en la grata respuesta.

—¡Psh!...

Y el mozo se alzó de hombros, siempre sonriendo. Ella dio un suspiro de satisfacción: ya sabía que su hijo venía con dineros.

—¿Y cómo van mis bestias? ¿Han enflaquecido? Tú estás un poco delgada...

—Y tú también. Las bestias...

Contó. Las bestias estaban bien, aunque algo flacas. ¿De dónde quería él que buscasen su sustento por esa época? ¿De la tierra, acaso? No; no estaban gordas; pero ella había hecho lo posible por que no se muriesen de hambre. Las llevaba todos los días a los *totorales* del lago, y así pudo lograr que no se arruinasen del todo.

—¿Y por qué no vino Wata-Wara a mi encuentro? Creí verla contigo.

La anciana hizo otro gesto vago, con ese despego por el que disminuye el caudal de una dicha.

Y contó también.

Wata-Wara estuvo enferma, bien enferma, de un accidente comprometido. Días hubo que se creyó iría a morirse, y no faltaron quienes no daban una piedra por su vida; pero su fuerte juventud y los cuidados inteligentes del viejo Choquehuanka la habían salvado…

—¿Sabes? Los cerdos del lago comieron carne blanda, como querías.

El mozo tomó poco interés en el relato y únicamente se alegró de que no ofreciese ningún peligro la salud de su novia. Traía con qué casarse derrochando lujo y lo demás le era indiferente.

—Y ahora, ¿cómo sigue?

—Está mejor; pero todavía no puede ir al cerro a pastorear sus ganados. Se siente sin fuerzas, y apenas anda por la casa cuidando los conejos y las gallinas o tejiendo las prendas que has de lucir en tu matrimonio. Han tenido que llamar a un *minga* (suplente) para cuidar sus bestias.

—¿Y se han muerto algunas?

—Dicen que no. Los Coyllor tienen suerte en todo. Y es que los protegen la *Chulpa* y Choquehuanka.

—¿Y cómo cayó enferma?

—Cosas de la *Chulpa*. Se entregó en sus manos, y ella lo hizo todo. Yo no lo sé; nunca he sido mala hembra.

—¿Tienes algo para ofrecerme? Me estoy muriendo de hambre –dijo el mozo, sin sentir la injusticia de la alusión.

La vieja hizo otro gesto. Los comestibles no eran abundantes en casa. Habíase agotado la *quinua* que dejara, y vivían con las verduras y algas recogidas del lago, con huevos de pato cocidos al agua, y si la fortuna se mostraba propicia, con la carne espinosa de los *carachis* o de algún pato cogido, por milagro, en red. Ella más bien contaba con algún sabroso presente, y por recibirlo había salido a su encuentro.

—¿No tienes pan? –dijo señalando con una mirada el atado que el mozo traía sobre las espaldas.

—Traigo algunos, y te los daré en casa; pero ayúdame a llevar esto, que estoy rendido.

Y pasó el bulto a la madre hambrienta.

Los hermanos menores salieron al encuentro de Agiali lanzando verdaderos alaridos de gozo. Sabían que en breve iban a regalarse con el sabor casi ignorado del pan burdo, para ellos infinitamente delicado… Causaba lástima al verlos. Cubríales el cuerpo una camisilla de tocuyo abierta sobre el pecho y atada a la cintura con una faja. Por la abertura se les veía los cuerpecitos morenos, flacos y angulosos.

Agiali obsequió a cada uno de los pequeños con la mitad de un pan, que los canijos fueron a devorar, con devoción, en la puerta de la cocina, recogiendo la más menuda migaja que dejaban caer de la boca, silenciosos ante la solemnidad del acto estupendo, y sin dignarse a mirar a los dos grandes, lanudos y enflaquecidos perros que, sentados sobre sus patas traseras, permanecían inmóviles frente a ellos, con las babas colgantes y los ojos obstinadamente clavados en el mendrugo que los granujillas seguían saboreando lentamente, con fruición, cual si jamás sus paladares hubiesen gustado cosa más deliciosa.

El mozo cogió algunos panecillos y dijo a su madre:

—Oye, madre; has de encontrar en el atado un poco de maíz, y puedes cocinarlo hasta que yo venga. Voy donde Wata-Wara.

Salió.

Al aproximarse a la casa de su novia ladráronle los perros, y al ruido apareció la enferma en el vano del rústico arco de adobes. Presentóse pálida, enflaquecida, transparente, y parecía blanca como la camisa que le cubría el busto; blanca, ojerosa. Los cabellos, azulosos por tan negros, le caían en dos gruesas trenzas sobre las espaldas, y llevaba desnuda la cabeza, partida en medio por la raya del peinado. En los días de enfermedad y de reposo, se le había aclarado el cutis y en la tersura de su rostro ovalado le brillaban extraordinariamente los ojos, grandes, negros, y expresivos.

Al ver a su novio, un tinte rosa cubrióle las mejillas pálidas y una sonrisa dulce y alegre animó su rostro:

—¿Eres tú? No creí que vinieras tan pronto. Te vi llegar y venías con la madre; pero, ya ves… ¡no puedo!

Y el rubor se hizo más intenso.

—Dicen que has estado mal.

—No sé.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy bien… Pero siéntate, estarás cansado. ¿Me traes algo?

—Te traigo esto.

Y el mozo le presentó los panes, que la joven se apresuró en coger de sus manos con alegría glotona y desbordante.

—¿Y cómo te fue por allá? –inquirió la Coyllor, recibiendo un pan de manos de su hija.

—Bien; trabajé mucho.

—Mejor para ustedes; nada les faltará en su casa. ¿Y vistes al cura?

Agiali narró la tempestuosa entrevista, sin omitir lo de la apaleadura, divirtiendo bastante a las dos mujeres.

—Benditas sean sus manos –dijo la zagala mirando con picardía a su novio.

—¿Y cómo andan las sementeras? –preguntó a su vez Agiali.

Hicieron un gesto desolado. Iban mal. Quizás habría un poco de grano y algo de patatas; el resto, perdido.

—Llueve poco –agregó la anciana– y hiela; creo que perderemos las cosechas.

Era la preocupación general. El tiempo se había hecho imposible: llovía muy poco, helaba a menudo, y un día vino el granizo y arrasó con todo. Ellos lo vieron venir tal como se les presenta a su fantasía: un viejo muy viejo, de luengas barbas blancas, perverso y sañudo, que se oculta detrás de las nubes y lanza su metralla allí donde se produjo un aborto… Y ellos, ignorantes de todo, probaron conjurar el peligro, como otras veces. Corrieron a las cimas de los cerros, encendieron grandes fogatas, y agitando en el aire palmas benditas, poblaron los espacios con el hondo clamor de *pututos* y de gritos imploradores: ¡pasa! ¡pasa!; pero se rompieron las nubes con el peso de su carga, y el pedrisco blanco del viejo implacable machucó los sembríos, haciendo correr arroyos de agua verde por el llano…

Ahora, con las lluvias, se iban reponiendo de la avería, y ojalá pudiesen llenar los trojes, aunque sólo fuese para pasar la estación, sin tener que emigrar lejos en busca de comida; pero fue necesario establecer un vigilante servicio de policía para evitar el robo de los viajeros y de los vagos que me-

rodeaban de noche por las chacras y el lago cosechando los tablones lindantes con el camino y los pocos nidos que aún quedaban entre los eneales.

Y alertas, avizores, dormían los vigilantes en sus chozas de paja construidas al borde de las plantaciones, con el oído atento y los ojos vagando por las sombras, sin dormir.

Agiali y Wata-Wara dejaron a los suyos el cuidado de las chacras; Wata-Wara fuese al pueblo para entregarse al cura, y Agiali se marchó a la ciudad para hacer las últimas compras de los artículos frescos que habrían de consumirse en su matrimonio, llevar la ropa de la novia y el follaje verde de la estacada nupcial, que se construyó en el patio, a la puerta del hogar, clavándose en cuadro varias vigas unidas por sus tres costados con ramas de eucaliptos, sauces llorones, *kantutas*, olivos silvestres y otras plantas, púsosele techo verde, del que pendían racimos de plátanos y naranjas verdes traídas de los Yungas por un compañero de Agiali, y en cada ángulo de la estacada clavóse una banderita blanca, que aleteaba a la brisa cual una mariposa.

El día triunfal, cada novio se fue al pueblo escoltado de sus acompañantes y padrinos. Llevaban éstos el obligado presente del cura: una canasta de huevos, una carga de cebada en grano y otra en berza, un gallo joven y una gallina con huevos, para que hubiese abundancia en el nuevo hogar, según decía el cura. Ambas parejas encontráronse en el atrio de la iglesia, cuyas campanas fueron echadas al vuelo anunciando alegría de desposados.

Agiali iba vestido de cholo: pantalón largo, chaqueta corta, chaleco de paño, cadena sin reloj, camisa con cuello aplanchado y zapatos de gruesa suela claveteada. Para disfrazarse mejor, se había hecho cortar al ras la melena ondulosa y abundante, y presentaba traza que a los ojos de sus paisanos era imponente y resultaba simplemente ridícula, porque siendo la primera vez que usaba tales prendas, no sabía la manera de llevarlas, y suplía su ignorancia andando tieso, erguido, con las manos enguantadas pendientes, rígidas, a lo largo del cuerpo.

Wata-Wara no quiso quedarse atrás y se presentó disfrazada de chola. Pero si el novio aparecía ridículo con guantes, zapatos, calzón largo, cuello tieso y la melena cortada, la moza, con mantilla de encaje, blusa de ajustadas mangas, traje gastado de seda, medias y zapatos amarillos de tacones

elevados, era un adefesio consumado que provocaba a risa cuando se la veía caminar encogida por la intolerable estrechez de los zapatos, ganada de un miedo inexplicable por el ceremonial de la iglesia.

Oyeron la misa, recibieron las bendiciones, y sin más, emprendieron otra vez camino de la hacienda.

Ahora las dos comitivas no formaban sino un grupo. Rompía la marcha el *cuya* (mensajero), lanzando al aire las notas graves y potentes de su *pututo* para anunciar a todos que por el camino viajaba una pareja de enamorados.

En las lindes de Kohahuyo se detuvo la comitiva a la vera del lago.

Allí esperaban los parientes a los nuevos cónyuges. Traían los vestidos propios de la novia y venían a ataviarla.

Entregóse la desposada en manos de sus amigas, y los hombres se pusieron a beber las primeras copas, invitándose mutuamente.

Despojaron a la novia de su lamentable disfraz de chola y le pusieron un jubón apretado de terciopelo rojo, con mangas abullonadas, pollera verde de castilla, *phulla* (mantilla) blanca prendida con topo de plata y un sombrerito negro de castor. Le desnudaron también los pies de las medias y los temibles zapatos y le pusieron ojotas; y con la libertad de sus movimientos volvió a adquirir la gracia juvenil que tanta seducción daba a su lindísimo rostro.

Concluida esta ceremonia, púsose otra vez en marcha la comitiva, ya alegre por las libaciones. Cuando estuvieron frente a la casa, el *cuya* hinchó los pulmones arrancando de su cuerno largos bufidos, que resonaban potentemente en la estepa y hacían ladrar a los perros y escapar, chillando, a las aves acuáticas agrupadas a la vera de los charcos producidos por las lluvias. Al son salieron los padres de los desposados y se detuvieron en el umbral del hogar. Allí se arrodillaron los novios para besarles pies y manos, en signo de eterna sumisión; hora solemne y grave, en que los ancianos, recogiendo en frases cortas la experiencia de muchas vidas, vierten en oídos de los novios las sentencias recogidas por su propia dolorosa experiencia, o las recibidas de padres a hijos, en una larguísima sucesión de años y de siglos.

Postráronse los novios a las plantas de cada uno de los ancianos, recorriendo de rodillas el patio; y todos, cual más, cual menos, unos con mali-

cia, con ternura otros, graves los unos, los otros risueños, les iban diciendo sus palabras de consejo, de prudencia y resignación.

—Sólo han de vivir felices cuando no se dejen llevar de cuentos –les dijo Coyllor-Zuma derramando un mar de lágrimas.

Choquehuanka, abrazando con gran ternura a su protegida, ayer fuente de gozo paternal, le dijo entre sollozos:

—Nunca te quejes de tu marido, hija, ni jamás digas a nadie los secretos de tu casa ni de tu corazón. Si algo tienes contra tu esposo, cava un agujero hondo en la tierra y deposita allí tu dolor, y luego echa piedra encima, para que ni la hierba nazca…

Así, llenos de filosofía, eran los consejos de los ancianos, y se los daban quedo a los oídos, en tanto que los mozos, en rueda, sacudían sus tambores y soplaban en sus flautas.

Luego Wata-Wara fuese a instalar en un rincón del patio, frente a su *tari*, con el rostro cubierto por el rebozo, y del que únicamente se le veían los ojos, negros, grandes y expresivos. Agiali penetró bajo la enramada, púsose solo en medio y quedaron los dos frente a frente, mudos, inmóviles cual si fuesen de piedra.

Entonces desfilaron los amigos para depositar cada uno su ofrenda nupcial de comestibles en el *tari* de las desposadas. Este ponía una bandeja de coca, aquél una palangana de viandas sabrosas, quién una botella de licor, quién otro una fuente de maíz tostado o cocido. Y así fueron pasando todos, para congregarse después los jóvenes en torno a la enramada y bailar alegremente en ruedas distintas dentro del patio o en el campo, pero sin dejar un solo momento al matrimonio, inmóvil y mudo.

Las danzas se prolongaron toda la tarde; pero al anochecer levantóse Wata-Wara, cogió de su *tari* los más sabrosos comestibles y corrió a refugiarse al lado de su esposo, bajo la enramada.

Era la señal.

Juntáronse todas las ruedas en el patio. Hombres y mujeres estaban ebrios, y bailaban con creciente animación en medio de gritos jubilosos:

—¡Huiphala! ¡Huiphalita! ¡Que sean felices los novios! –gritó Tokorcunki, quitándose el sombrero y agitándolo en el aire.

—¡Huiphala! ¡Huiphalita! ¡Que sean felices! –respondieron los de-

más batiendo palmas, en tanto que los mozos bailarines sacudían horrendamente los tambores, levantándolos sobre sus cabezas y bajándolos hasta el pecho, en rítmico movimiento.

Luego tomáronse de las manos, en pandilla, dieron tres vueltas alrededor de la enramada sin dejar de gritar, y se lanzaron todos al campo, dejando completamente solos a los novios.

—Tengo hambre, ¿y tú? –preguntó el enamorado, poniéndose de pie para desentumecer sus miembros, adormecidos por cinco horas de inmovilidad.

—Yo también tengo –repuso la otra.

Y se pusieron a comer con voracidad, escogiendo del montón de comestibles lo que satisfacía más su gusto.

Cuando hubieron aplacado su apetito, cogióla Agiali a su novia por las manos y la condujo a la alcoba.

Era ya de noche, y a lo lejos se oía ruido de flautas y tambores y los alegres gritos de los danzantes:

—¡Huiphala! ¡¡Huiphalita!!…

VII

Choquehuanka se puso la mano horizontalmente extendida sobre los ojos, y tras un breve examen, dijo dirigiéndose al administrador.

—Sí, *tata*, es el patrón.

Troche miró hacia el punto indicado, mas nada pudo distinguir en la llanura tranquila y desierta.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

—Allá, *tata*; en el confín.

Y extendió el brazo hacia un punto del vasto horizonte, señalando la dirección del blanco sendero que se perdía en la distancia. Volvió a mirar Troche, y le pareció descubrir en la lejanía una tenue nube de polvo.

—Pero ¿será él?

—Sí, *tata*, es él, y viene con otros –dijo uno de los peones jóvenes con seguridad.

Quince minutos después se diseñó en la lejanía la silueta de los viajeros. Eran cinco, y sus cabalgaduras alzaban polvo de la ruta.

Entonces Tokorcunki hizo una señal. Los colonos recogieron del suelo sus tambores y banderas, y alborotadamente lanzaron al aire las dolientes notas de sus flautas en dianas de bienvenida. Redoblaron de algazara las notas cuando el señor Pantoja, escoltado de cuatro amigos, ganó los linderos de la hacienda, donde, por orden del administrador, habían ido los colonos a saludar con músicas la llegada del amo, costumbre ya abolida en Kohahuyo a poco que los Pantoja entraron en posesión del fundo.

Cabalgaba don Pablo Pantoja, o P. P. como le llamaban sus íntimos, un poderoso alazán de cabeza pequeña, ancho pecho y recio casco. Venía suelto de talle, con el poncho de vicuña doblado sobre el hombro, un pañuelo de seda blanca cuidadosamente anudado al cuello, sombrero alón echado un poco hacia atrás y la falda levantada por delante. Las manos traía ocupadas: la siniestra, en empuñar las cuatro riendas del trotón y la otra en esgrimir un chicotillo de suela trenzada, y estaban protegidas por fuertes guantes de piel de perro color ladrillo. Venía sólidamente asentado en su silla chilena, alzada por delante y por detrás, pero llena de chapeados de plata, con sartas de menudas lonjas de cuero blanco que pendían de

las argollas o sostenían unos pequeños y elegantes alforjines de anta. En el maletín delantero brillaban, de un lado, la cacha de un revólver, y del otro, la de un gran cuchillo de monte. Las posaderas del señor oprimían la mecánica de una lindísima escopeta, cuyos negros agujeros de los caños parecían amenazar de muerte.

Los amigos, si no tan elegantes, mostrábanse igualmente caballeros en nerviosos caballos o fuertes mulas, y venían cubiertos con sus ponchos o abrigos o en talle, mostrando así las diferencias de su temperamento y constitución, pues en tanto que el señor Pantoja y uno de sus amigos, bajo, moreno, cejijunto y delgado se mantenían ágiles y derechos sobre sus monturas, los otros parecían molidos y desarticulados con las nueve horas de marcha andadas ese día, desde la salida del sol.

Al ruido turbulento de los tambores y *pinquillos*, los caballos del patrón y de uno de sus acompañantes, paliducho, enclenque, comenzaron a parar las orejas y a respingar con marcada desconfianza; pero Pantoja aplicó un soberbio espolazo a su bestia, y el bruto de un salto se metió entre el grupo, atropellando a dos indios, que cayeron al suelo, el uno con el tambor reventado y el otro con el calzón nuevo partido. El compañero, más timorato o menos jinete, no pudo reprimir el espanto de su macho frontino y malcarado, y se prendió de las crines en el preciso instante en que iba a rodar por los suelos. Entonces, el señor Pantoja, al notar esto, hizo una seña a los indios para que dejasen de tañer sus instrumentos. Los musicantes no supieron interpretar su gesto, y como redoblasen la energía de sus golpes en el tambor y de sus soplidos en las flautas, cundió la alarma en todas las cabalgaduras, que comenzaron a retroceder con los ojos dilatados, alzándose de dos pies. El susto hubo de trocarse en incontenible espanto cuando repentinamente, y sin que nadie lo previera, comenzaron a tronar camaretas entre las mismas patas de los brutos. Entonces sí que éstos, casi enloquecidos, hicieron uso de sus naturales medios de defensa para zafar cuanto antes del círculo de horrores adonde los habían metido sus dueños. Tascaron el freno, y a saltos y con quiebros echáronse a correr por la llanura, pese a la fatiga del viaje. Uno de los jóvenes salió rodando por el cuello de su cabalgadura; otro se dejaba llevar en carrera abierta al través del llano cenagoso y resquebrajado; éste yacía caído en tierra, junto

a su arma y con la cabeza magullada, y aun el mismo patrón, que parecía un centauro, apenas podía mantenerse sobre la silla y tuvo que echar mano al arzón.

—¡Silencio, brutos, silencio!... –ordenó dando aullidos de cólera.

Los colonos, ante el repentino desastre, suspendieron el loco concierto de sus instrumentos; pero el señor Pantoja, ciego de cólera, dio otro espolazo al alazán, y metiéndose entre el grupo, púsose a esgrimir su duro látigo con fuerza colosal, repartiendo fustazos en la cara de los indios, que caían entre las patas del formidable bruto o escapaban chillando de dolor y conteniendo la sangre de sus heridas para no manchar la ropa nueva...

—¡No seas loco!... –le gritó con angustia el joven de la cabeza magullada y poniéndose de pie. ¿Por qué les pegas, si ellos no tienen la culpa?...

A estas voces se contuvo el amo; pero como su cólera no estaba del todo aplacada, estrellóse contra el administrador, que, con el sombrero en la mano y la actitud humilde, se le llegaba a saludarle:

—Buenas tardes, doctor.

Le increpó furioso.

—¿Y por qué ha dejado usted, so ca... que hagan esa bulla estos animales? ¿No tenía usted ojos para ver el alboroto de las bestias?...

—Es costumbre, doctor... –quiso disculparse Troche.

—¡Qué costumbre ni qué niño muerto! ¡Usted es un animal! –repuso furiosamente Pantoja.

Y viendo que dos de sus amigos seguían galopando por la llanura, sin poder sujetar a sus cabalgaduras, le ordenó:

—¡Corra usted a atajar aquellas bestias!...

Troche se lanzó a cumplir la orden; pero ya el *hilacata* y los alcaldes galopaban por la estepa, en auxilio de los impotentes y asustados caballeros.

A poco estaban reunidos todos, y comentaban con risas las peripecias de la inesperada aventura. El patrón, tomando del alforjín una botella de *whisky*, comenzó a repartir copas entre sus amigos, "para matar el susto", según dijo, riendo; bebió él y ofreció la última al aturdido empleado.

—¿Dista mucho a la casa de hacienda?

—No, doctor; apenas una legua.

—¿Y te parece poco? Mis amigos ya no pueden más. No tienen costumbre de viajar, y este caballero –señalando al joven de la cabeza rota– es la primera vez que sale de la ciudad y apenas puede sostenerse sobre su macho… Vamos, pues.

—Ché, ¿y no convidas a los *hilacatas* y alcaldes? –preguntó el joven que nunca había salido de la ciudad, sinceramente sorprendido.

Pantoja se volvió hacia él, burlón:

—¿De mi *whisky* fino? ¡Ya quisieran ellos! Les invitaré a alcohol cuando lleguemos a casa. ¡Adelante!

Pero en este momento se aprestaban recién los indios a saludarle. Con el sombrero en una mano y en la otra el instrumento de música, llegábanse al flanco de la bestia, se ponían de rodillas para besar la punta del pie, que sobresalía de los estribos, cubierta de polvo. Los heridos maltratados mostraban mayor comedimiento y eran los que con más fervor apoyaban los labios en la bota, pronto limpia de polvo.

El patrón, sin esperar el homenaje de todos, dio la voz de: "¡Adelante!"

Pusiéronse en marcha. Pantoja llamó a su lado al administrador. Detrás seguían los amigos. El de la cabeza rota se puso junto a Tokorcunki; le ofreció un cigarrillo, a falta de una copa de licor, y comenzó a preguntarle, en aymara bastante entreverado de español, por las cosas del campo… Detrás, los indios iban mustios, con los tambores pendientes del brazo y las flautas atravesadas en la faja, con aire triste, silenciosos, abatidos. Muchos caminaban restañando la sangre de las heridas o tratando de borrar de sus ropas las salpicaduras de lodo levantado por las patas de las bestias en su carrera a través de los charcos de la pampa.

Los jóvenes, consolados ya con la noticia de que faltaba poco para llegar al término del viaje, reían y se burlaban de su anfitrión.

—Oye, Juan: ¿te fijas cómo el cholo le llama doctor a nuestro P. P.?

—Ni abogado es; lo hará para burlarse.

—No; tienen costumbre. Cualquier blanco –hablaba el muy moreno– para ellos es doctor, y usan el título en signo de respeto.

Parecían andar los cinco amigos por una misma edad, con poca diferencia; y, por sus prendas, se echaba de ver que todos eran acomodados,

pues iban provistos de finas armas y esmeroso era el corte de sus trajes de montar. El uno, el de la cabeza rota, llevaba trazas de ser el Benjamín del grupo. Sus ojos cenicientos tenían un mirar triste y apagado; llevaba el cabello en forma de melena, acicalado el bigotillo y no tenía sombra de pelo en la barba. Llamábase Alejandro Suárez, y sus aficiones a libros, papeles y cosas de escrituras hacíanle pasar por poeta en la ciudad. Hijo único de un acaudalado minero, había estudiado leyes en Chuquisaca, de donde procedían sus padres, y llenaba los ocios de su vida inútil publicando gratis sus versos y sus escritos sin ambiente ni color en los periódicos de Sucre y de La Paz.

Don Pablo Pantoja, o P. P., era un mozo como de treinta años de edad, alto, moreno, y de recia contextura. De sus padres había heredado un profundo menosprecio por los indios, a quienes miraba con la natural indiferencia con que se miran las piedras de un camino, los saltos de agua de un torrente o el vuelo de una ave. Quizás más, porque acaso los sufrimientos de una bestia pudieran despertar eco de compasión en su alma; nunca los de un indio. El indio, para él, era menos que una cosa, y sólo servía para arar los campos, sembrar, recoger, transportar las cosechas en lomos de sus bestias a la ciudad, venderlas y entregarle el dinero… Era modelo de patrón pero no carecía de ingenio ni se presentaba huérfano de lecturas, pues también había estudiado derecho y podía discurrir con soltura sobre las cosas que estaban a su alcance porque era observador por instinto y tenía un talento práctico y de muy fácil asimilación.

Sus otros tres amigos –Pedro Valle, José Ocampo y Luis Aguirre– se le parecían. Eran patrones, y sus haciendas permanecían en sus manos jóvenes tal como las habían recibido de las manos perezosas de sus ociosos padres; pero, eso sí, creíanse en relación con los indios, seres infinitamente superiores, de esencia distinta; y esto ingenuamente, por atavismo. Nunca se dieron el trabajo de meditar si el indio podía zafar de su condición de esclavo, instruirse, educarse, sobresalir. Le habían visto desde el regazo materno, miserable, humilde, solapado, pequeño, y creían que era ése su estado natural, que de él no podía ni debía emanciparse sin trastornar el orden de los factores, y que debía morir así. Lo contrario se les imaginaba absurdo, inexplicable; pues si el indio se educara e instruyera, ¿quiénes

roturarían los campos, los harían producir, y sobre todo, servirían de *pongos*?

La sola idea les parecía estrafalaria e insostenible, porque desde el instante que en toda sociedad, desde la más culta, se acepta la necesidad ineludible de contar con una categoría de seres destinados a los trabajos humildes del servicio retribuido, forzosamente en su medio tenían que actuar los indios en esos trabajos, con o sin retribución. Por otra parte, ellos nunca habían visto descollar a un indio, distinguirse, imponerse, dominar, hacerse obedecer de los blancos. Puede, sin duda, cambiar de situación, mejorar y aun enriquecerse; pero sin salir nunca de su escala ni trocar, de inmediato, el poncho y el calzón partido, patentes signos de su inferioridad, por el sombrero alto y la levita de los señores. El indio que se refina, tórnase *aparadita* (cargador) en La Paz o *mañazo* (carnicero). Si todavía asciende en la escala, truécase en cholo con su distintivo de la chaqueta; pero jamás entra, de hecho, en la categoría denominada “decente”. Para llegar a la “decencia”, tiene que haber lucha de dos generaciones o entrevero de sangre, como cuando un blanco nada exigente o estragado encasta con una india de su servidumbre, adopta los hijos, los educa, y con la herencia de bienes, les lega su nombre, cosa que por lo rara se hace casi inverosímil. Sólo el cholo puede gozar de este privilegio. El cholo adinerado pone a su hijo en la escuela y después en la Universidad. Si el hijo sobresale en los estudios y opta el título de abogado, entonces defiende pleitos, escribe en periódicos, intriga en política, y puede ser juez, consejero municipal y diputado. En ese caso y en mérito de la función, trueca de casta y se hace “decente”. Y para afirmar esta categoría, reniega de su cuna y llama *cholo*, despectivamente, a todo el que odia, porque, por atavismo, es tenaz y rencoroso en sus odios. Y de decente y diputado, puede llegar a senador, ministro y algo más, si la suerte le es propia. Y la suerte sonrió siempre a los cholos, como lo prueba el cuadro lamentable y vergonzoso de la historia del país, que sólo es una inmensa mancha, de lodo y de sangre…

El indio jamás pasa por semejante metamorfosis, sobre todo el indio de la puna. ¿Un *sunicho* comerciante, munícipe, diputado, ministro?… Jamás nadie se lo imaginaba siquiera. Primero habría de verse invertir todas las leyes de la mecánica celeste.

Cierto es que algunas veces, en charlas de sociedad, habían oído decir los jóvenes que el mariscal Santa Cruz, presidente y dictador, era indio, indio neto del burgo de Huarina, en las orillas de ese lago que ellos comenzaban a divisar allá adentro, en lo hondo del horizonte; que los Fulano y Zutano, hoy gente valiosa y de primera línea en los negocios públicos y en las finanzas, eran indios puros también o descendientes de indios; que Catacora, el protomártir de la independencia, era indio; que eran indios ellos mismos; pero no lo querían creer, y todos, comenzando por los descendientes del mariscal, con diligencia en que parecía irles vida y honra, se apresuraban en sacar a lucir rancios y oscuros abolengos, cual si el pasar por descendientes de indios les trajese imborrable estigma, cuando patente la llevaban del peor y maleado tronco de los mestizos, ya no sólo en la tez cobriza ni en el cabello áspero sino más bien en el fermento de odios y vilezas de su alma…

Llegaron.

Eran las cuatro de la tarde, y el lago fulgía intensamente como un espejo herido por los oblicuos rayos del sol, que declinaba asomándose a los lejanos cerros de la banda opuesta, sumergido en una especie de penumbra azulada.

En las lindes del *ahijadero* (potrero) aledaño a la casa de hacienda se habían formado grupos de indios que no pudieron ir al encuentro del patrón por encontrarse de pesca en la charca o no tener ropas nuevas; y no bien llegaron al callejón que conducía a casa, comenzaron a tañer sus instrumentos; mas el *hilacata* y el administrador, aleccionados con la escena precedente, corrieron desalados hacia los musicantes, e hicieron cesar el bullicioso concierto de tambores y flautas, con visible agrado de los viajeros, que temblaban a la idea de sufrir otro percance de mayores consecuencias que el anterior.

Dos enormes sabuesos, lanudos y hoscos, se lanzaron por el callejón, al encuentro del administrador y de la comitiva, y comenzaron a brincar llenos de alegría, esquivando las patas de las bestias. Pantoja extendió el brazo y asestó un terrible golpe con su rebenque a uno de ellos, que huyó aullando lastimeramente; el otro se detuvo con desconfianza y cesó de brincar por temor al castigo.

Echaron pie a tierra en el enorme patio, cubierto de menuda grama aterciopelada y todavía verdeante por el abrigo de los muros, y fueron rodeados por la mujer y la hija de Troche y las indias del servicio.

—Hola, Asunta, ¿qué tal? ¿Y tú Clorinda? ¡Caramba! Ya habías estado joven.

Y Pantoja clavó los ojos codiciosos en el rostro moreno y gracioso de la moza, que lucía jubón de franela verde oscuro, muy ceñido al talle virgen de corsé; zapatos bajos de cordobán y falda verde de percal.

—Bien, doctor, ¿y usted?

Las indias rodearon al patrón, y, de rodillas, le besaron las manos.

Los mozos, rendidos de cansancio, se dejaron caer en los poyos de barro, sobre los pellones, para estirar las piernas adormecidas y acalambradas.

El patio se llenó de indios. Traían sus obsequios y los depositaban a los pies de Pantoja. Ofrecía éste una media docena e huevos frescos, aquél un cordero degollado, el otro quesos frescos, el de más allá un cantarillo de leche, quién un pollo. Pantoja recibió las primeras ofrendas indiferente, desdeñoso y haciendo esfuerzos para soportar con paciencia los abrazos de los dadivosos; pero al ver que en lugar de disminuir aumentaba su número, llamó a Troche y le dio orden de recibirlas, entrándose con los amigos al comedor, adornado con aves disecadas del lago y grandes oleografías con escenas de caza en los bosques de Fontainebleau. Estaba la mesa tendida y se enfilaban en torno las sillas altas, de cuero labrado, con clavos dorados y la madera tallada: databan lo menos de un siglo.

—¿A qué hora comemos, Troche?

—Ya, doctor; ahorita.

Se asomó a la puerta y gritó:

—¡Clora, la comida!

Apareció la moza, y los jóvenes le clavaron la flecha de sus ojos.

—¡Qué buena! –dijo el joven cejijunto, García, cuando hubieron salido padre e hija.

—Habrá que saber si duerme sola –repuso Aguirre, entusiasmado.

—¡Cuidado! Yo no lo permito. Eso es para el patrón –dijo, riendo, Pantoja.

—Primero son los invitados.

Volvió a aparecer la doncella. Traía una fuente donde humeaba el maíz cocido, blanco, reventado, y detrás, portando otra fuente de guiso, le seguía una india joven, de rostro ordinario pero nada feo. Llevaba los pies y los fuertes y morenos brazos desnudos, cubierto el busto con una camisa no muy blanca y un algo estrecha, que acusaba con precisión el relieve de los senos abundantes y erectos.

—¿Qué tal, Clorinda? Te veo de muchos años. Seguramente ya tienes novio, ¿verdad?

La moza inclinó la cabeza, confusa, aturdida, y no repuso palabra. Miraba de soslayo y no sabía en qué postura presentarse, pues era la primera vez que se veía cortejada por tantos jóvenes de clase superior y sentía pesar sobre ella la mirada audaz y pecaminosa de los mozos.

—Cuando calla, es claro que tiene –dijo Aguirre.

—Si no lo tuviera, yo me declaro –repuso galantemente Suárez.

—Y yo –secundó Ocampo.

Y reían todos, alborozados con la presencia de la gallarda muchacha, que no atinaba a servir, aturdida con tanto requiebro y tanta mirada encendida. Felizmente para ella, apareció en ese momento el padre portando un queso de Paria sobre un plato.

—¿Qué le están diciendo a mi hija, doctor? –preguntó Troche al notar la turbación creciente de la cholita y ver el rubor encendido de sus mejillas.

—Le estamos preguntando si tiene novio, y se resiste a responder –dijo Pantoja.

—¿De dónde, pues, doctor, por aquí? Además, es muy tierna todavía y tiene que acompañar a su madre.

—¿Y en Pucarani? Allí hay buenos mozos. ¿Cuántos años tiene Clorinda?

—Ha de cumplir veinte.

—¡Caramba! A esa edad ya deben casarse las mujeres.

Acabaron de comer, y con los cigarrillos encendidos salieron al patio.

La tarde moría dulcemente.

El cielo estaba teñido de rojo y por él cruzaban numerosas bandadas de avecillas, en busca del nidal. Tórtolas, jilgueros, gorriones y verdes lo-

ritos revoloteaban en torno del patio. Tenían sus nidos en los aleros, bajo el techo de paja; mas la insólita aglomeración de gente y el ruido de los tambores golpeados por los indios en las afueras les acobardaba, y no se atrevían a esconderse en sus querencias. Y piando, pasaban y repasaban con vuelo aleteante sobre el patio, se detenían un instante en el mojinete del techo, bajaban poco a poco hasta cerca de las goteras, pero no se atrevían a meterse debajo del techo. Al fin, cansadas, se alinearon en el mojinete, esperando que cerrara la noche para buscar la tibieza del nido. Las vio Pantoja y pidió su escopeta.

—Ya verán el tiro que voy a hacer.

—¡Pobrecitas! ¡Déjalas! –suplicó Suárez, compasivo.

—¿No quieres tomar un buen caldo mañana?

—¡Tírales! –aconsejó Ocampo.

Echóse el fusil al hombro, apuntó e hizo fuego. A la detonación huyeron las pocas que no habían sido tocadas, y las otras rodaron, con rumor de alas batientes, unas al patio y las demás al corral, y algunas quedaron sobre el techo con el plumón sacudido por temblores de agonía. Se contaron quince.

Al día siguiente, pasado el almuerzo, sumamente alegre por la lluvia de bromas y picantes alusiones que siguió cayendo sobre Clorinda, Troche invitó al patrón y sus amigos para ir a ver la siega de la cebada que se hacía en un tablón no muy distante de la casa de hacienda; mas al saber que el campo no lindaba con el lago, rehuyeron la invitación los jóvenes. No había para ellos el atractivo de la caza de patos y prefirieron quedarse haciendo la corte a Clorinda, menos el melenudo Suárez, que anhelaba recoger notas de colorido local para componer algún trabajo; mas en la chacra hubo de arrepentirse de su proeza, porque el camino le pareció fatigoso y largo, y nada de nuevo supieron hallar sus ojos cortesanos en la simple labor de la siega.

Los segadores, distribuidos en todo lo ancho del sembrío dorado y ondulante, avanzaban lentamente. Avanzaban curvados al suelo, las piernas abiertas y desnudas, mostrando al aire los tendones que hinchaban la bruñida piel de bronce, y moviéndose a compás, con rítmicos movimientos, o puestos de rodillas para manejar más libremente el cuchillo, cuya relucien-

te hoja fulgía y se apagaba al entrar y salir en la paja amarilla y fraganciosa. Muchos llevaban la cabeza desnuda; la protegían otros con el gorro de tonos cálidos –verdes, rojos, jaldes, morados–, que ponían nota alegre en el fondo amarillento de la mies; y todos iban semidesnudos bajo ese aire frío y cargado con hálitos de la nieve de la cordillera y de la brisa del lago, pues únicamente les cubría el busto una camisa de *tocuyo* abierta por delante, para mostrar el pecho bronceado, ancho, sólido y libre de vello. Corríales el sudor por los cabellos lacios pendientes en crenchas por ambos lados de la cara, y de vez en cuando se erguían, enganchaban el cuchillo en la faja de cuero, abrían su bolsa, cogían algunas hojas de coca y las mascaban con un retazo de *llukta* (lejía), para luego doblarse otra vez a la faena, en tanto que las mujeres, suspendida la falda por delante y protegido el busto por la camisa, alzaban las hacinas y las iban colocando en grandes parvas, a regular distancia unas de otras.

No quiso Suárez permanecer mucho tiempo en el campo y volvió a casa, donde, a poco, iba a acudir toda la peonada para celebrar, como solía, el cambio de autoridades. Ese cambio debía haberse producido el primer día del año; mas el administrador hubo de aplazarlo siguiendo las órdenes del patrón. Quería el señor Pantoja ganar la voluntad de los colonos, cada día más distante, realzando con su presencia la ceremonia; pero olvidó con malicia mandar los artículos indispensables en ese caso, es decir, el pan para los chicuelos, y coca, cigarrillos y el licor para los adultos.

Se presentaron los peones al atardecer, concluida la faena.

El *hilacata* saliente. Tokorcunki, llevaba encima los distintivos que en breve iba a depositar en manos de otro: chicote con cabo chapeado de plata, vara de *chonta* incrustada del mismo metal, el ancho *pututo* de cuerno negro labrado, con embocadura también de plata colgando del hombro por una cuerda de alpaca primorosamente tejida, y, como adorno personal, la *chuspa* de coca en el costado, plaqueada con monedas antiguas, vistosa y sonora.

El sucesor estaba ya elegido por acuerdo de los mismos colonos. La elección había recaído en el viejo Mateo Apaña, allí presente, grave y serio, cual cuadraba a la dignidad de su cargo. Apaña era alto, magro, de nariz afilada, ojos color de cobre viejo, luenga cabellera con hilos de plata.

—¿Y por qué no me sirves tú de *hilacata*, gran abuelo? –interrogó el joven terrateniente al viejo Choquehuanka, que era el único de los peones que estaba sentado en el poyo del ángulo, junto al comedor y deseando así captarse el apoyo de ese hombre que lo sabía poderoso entre todos.

Sonrió enigmáticamente el anciano, y haciendo ademán de ponerse de pie, aunque sin alzarse, repuso:

—Serví a tu padre hasta ponerme viejo, y ya estoy cansado. Haría una mala autoridad.

—Eres un viejo mañoso. Estás más fuerte cada día y puedes enterrarnos a todos.

—Fuerte, sí estoy; pero para conservarme necesito reposo, y un buen *hilacata* nunca lo tiene.

—Dices verdad, y sólo por eso no te obligo. En cambio, éste –agregó volviéndose al nuevo– me ha de servir bien, y espero no tener ninguna queja de él. *Hilacata* –agregó dirigiéndose a Tokorcunki–, hazle tomar posesión de su cargo.

Acercósele Tokorcunki al elegido, y, con el sombrero calado, le habló, mientras Apaña se destocaba respetuosamente:

—Es la voluntad de todos darte nuestro mando. Desde ahora ya no te perteneces y eres esclavo de tus obligaciones, que son: servir al amo con voluntad y velar por su bien con más celo que por el tuyo. Toma, pues, este látigo, que es mano del patrón, para castigar al perezoso y al insumiso; toma esta bocina para enviar tus órdenes a los últimos confines de nuestra heredad, y toma, por último, esta vara para que, como ella, nunca te doblegues y seas inflexible, pero sereno y justo. Y ahora, *tatito hilacata*, recibe mi homenaje y que sea para el bien de todos.

Quitóse ahora el sombrero, y, las rodillas en tierra, besóle la mano, en tanto que el otro se cubría.

—Que sea para el bien de todos, *tata*.

Y el antiguo *hilacata* arrodillóse también y besó las manos del patrón.

En ese momento se puso de pie el anciano Choquehuanka. Y, con el sombrero calado, dijo con voz serena y grave al nuevo *hilacata* las palabras que luenga experiencia y la sabiduría de generaciones muertas daban severa solemnidad y tinte de amarga filosofía a su discurso:

—Poco tengo que decirte yo, *tatito hilacata*. Sólo un encargo: sirve con diligencia al patrón, cuida de sus bienes con más esmero que los tuyos; obedécele y hazle obedecer, pues para ello deposita en ti su confianza, pero nunca olvides que te debes a tu casta, que tu sangre es la nuestra, y que has de ser para nosotros un igual con mando, pero nunca un superior, y menos un verdugo... Yo que conozco a nuestros pobrecitos hijos –abarcando con la mirada el patio rebosante de colonos–, te digo que si así lo haces, te han de obedecer y servir con voluntad; pero si acudes al rigor –mirando fijamente a Pantoja–, acuérdate que hasta las bestias muerden cuando se las maltratan, y tú sabes que nosotros no somos bestias… Que sea, pues, para el bien de todos.

Quitóse también el sombrero, pero sin postrarse ni besarle la mano, hizo una muy respetuosa reverencia a Pantoja y fue a sentarse en el poyo, apoyándose con pena en su cayado.

Y comenzó el general desfile. Primero los alcaldes, los *mandos* después, luego los viejos, en seguida los adultos, y por fin los jóvenes, se le fueron acercando uno por uno al *hilacata* nuevo, para, con el sombrero quitado y de rodillas, besarle la mano y repetir la fórmula consagrada: "Que sea para el bien de todos".

Cuando se hubo concluido el besamanos simbólico, habló el nuevo *hilacata* las palabras que había recogido de sus padres y oído a lo largo de su vida:

—Es voluntad de ustedes, y no mi deseo, que me inviste de autoridad y mando. Son, por tanto, ustedes quienes han de mandar y yo sólo he de obedecer. Todos hemos de vivir en armonía y sin recelo, porque nuestro bien es común y unas mismas son nuestras aspiraciones. Hemos de socorrer al necesitado, prestar ayuda al que cae en desgracia; pero hemos de ser sordos para el mal… Que sea para el bien de todos, *tatitos*.

Luego se puso de hinojos ante el patrón, besóle las manos y le dijo:

—Sé justo y bueno y hemos de ser siempre tus pobrecitos hijos, que a nadie tienen más que a ti para acudir en sus penas y trabajos. Que sea para el bien de todos, señor…

Entráronse al comedor los mozos atraídos por el incitante olor de una fuente de picantes que Clorinda acababa de depositar sobre la mesa, y

más dispuestos a devorar su ración de carne que a observar los detalles del ceremonial que a los más torpes se les imaginó divertido y hasta risible, sin echar de ver el fondo de prudente consejo y aun de velada amenaza que envolvía cada sentencia de los ancianos.

Se presentó en la puerta el nuevo *hilacata*, con el sombrero en la mano y la actitud medrosa. Estaba acompañado de dos alcaldes y venía a pedir permiso para bailar en el patio de la casa. Mozos y mozas se habían ataviado con sus mejores prendas, y sentían volver a sus casas sin haber holgado un poco.

—Lo hacen por beber alcohol –dijo Troche, atrapando la oportunidad del negocio.

—Dales una lata y que me dejen en paz –repuso Pantoja con cierto mal humor a la idea del gasto, pero sin mostrarlo a sus amigos.

—Le han de pedir también coca y cigarros: es costumbre –acentuó Troche, alentado por la concesión.

—Dales lo que te pidan, pero que no me molesten –dijo el patrón, sorbiendo la taza de café perfumado recogido en la última cosecha de su finca de los Yungas, afamada por la bondad y delicadeza de ese producto.

Troche llamó al *hilacata*, en cuyas manos puso diez libras de coca, algunos manojos de cigarrillos y una lata de alcohol abundantemente rebajado.

Se formaron las ruedas al son de las músicas. Los bailarines danzaban parcamente, con mesura. Cogían de la mano a Tokorcunki y le obligaban a dar vueltas y a beber copa tras copa, colmándole de halagos y atenciones, mientras que el nuevo *hilacata*, solitario en un rincón del patio, sin corte y como abandonado de todos, miraba beber y danzar, con la boca seca, aunque mascando serenamente su coca, indiferente y tranquilo.

Al ruido de los tambores aparecieron en la puerta del comedor los amos, y al notar el vivo contraste entre los agasajos al *hilacata* saliente y el estudiado abandono en que mantenían al entrante, llamaron a Choquehuanka para pedirle la explicación de aquella desigualdad, a lo que repuso el viejo:

—Es natural esto que ves. El uno ya ha llenado su misión y se le festeja y premia porque supo ser justo, prudente y bueno; el otro, recién entra al

mando, y nada se sabe todavía de él. ¿Cómo, entonces, halagarle y premiarle si aún ignoramos la clase de autoridad que hará? Al año, cuando concluya, sabremos si merece premio o castigo, y, como éste, será el día de su recompensa o el de su expiación…

—¡Caramba! –dijo Suárez volviéndose a su anfitrión– ¿Sabes que en esto nos dan ejemplo tus rústicos? Por lo menos, obran con más lógica. Nosotros antes de ver los frutos de un gobierno, ya premiamos al gobernante bautizando calles y plazas con su nombre, para borrarlo al día siguiente y sustituirlo con el del nuevo cacique. Estos salvajes, primero ven obrar y después castigan o premian, y así se muestran prudentes y justos.

Festejaron los otros la ocurrencia, y hubieron de convenir que el escritor llevaba razón en su comentario…

Corto resultó el obsequio de Pantoja. Había en el patio más de cien parejas, y apenas pudieron probar una copa de licor, o dos los más diligentes, y recibir un cigarrillo y algunas hojas de coca. Viendo la insignificancia del obsequio, que no correspondía a la calidad de sus presentes del día anterior, se retiraron de la casa y se fueron a plena llanura a seguir bailando, pues estaban en víspera de la Cruz, fiesta de mucho aparato entre ellos, y era preciso ejercitarse en el baile. Al marchar en grupos, decían su descontento y se mostraban pesarosos de haber sido pródigos con el patrón. Era peor que su padre. Por lo menos el padre, en ciertas circunstancias, no reparaba en obsequiarles con sendas comilonas, buenas latas de alcohol, manojos de cigarrillos. El hijo únicamente se preocupaba de cosechar dinero con el sudor de sus músculos, de esquilmarlos. En su casa de la ciudad les obligaba a estar de pie desde el amanecer hasta bien mediada la noche. Y siempre midiéndoles en comida, cuidando de que se cocinase aparte para ellos, junto con la que se preparaba para el perro. Y la más pequeña falta, el descuido más ligero, lo pagaban sus lomos, sacudidos con crueldad por el látigo...

Aquello, pues, se hacía intolerable. Y ellos no pedían gran cosa. Únicamente que se les dejase tranquilos en sus casas y no se recargasen sus tradicionales obligaciones con exigencias de nuevos trabajos, que nunca compensaban el fruto producido por las parcelas que en pago de sus servicios les permitía cultivar el patrón...

Iban cariacontecidos y malhumorados.

Había cerrado la noche, pero la dulce claridad de la *celistia* ponía cierta transparencia al terciopelo de las sombras. De ellas surgía el eco de las risas juveniles y se escuchaban diálogos cortos y breves:

—¿Lo hiciste de intento, entonces?

—De intento lo hice. Quería esperar el instante en que los caballos estuviesen encima para hacer reventar mis camaretas; pero ustedes se adelantaron en sacudir los tambores, y les prendí fuego cuando reculaban las bestias... ¡Figúrate si ustedes no se adelantan y dejan que haga lo que yo quería!... Acaso...

—¡Verdad! ¡Si nos lo hubieses dicho!...

VIII

El sembrío ocupa toda la vertiente de una breve colina. Al pie se abre el cauce de un riacho enjuto en invierno y acribillado de profundos hoyos, donde, bajo las verdosas algas, pululan enjambres de minúsculos pececillos. Los surcos abiertos a lo largo del declive, para que las lluvias no se estanquen y pudran el fruto, rajan la redonda cumbre del otero y se detienen en la plataforma que allí se alza, para tropezar a lo lejos en otro otero más elevado, y éste en otro, hasta dar en la rinconada de la cordillera, que en el confín luce sus cumbres heladas.

Mediodía.

El cielo vibra de luz y color. Tan lejos como vagan los ojos hacia el Oeste, vese alargarse la estepa pelada y gris. Algunos puntos en la lejana extensión indican que los indios cosechan sus campos. Columnas de polvo se elevan sobre el fondo intensamente azul del cielo y viajan de un lado para otro, hasta diluirse en el horizonte.

A la falda de la chata colina, toda cubierta con sembrío de patatas, descansan los peones. Las yuntas, aún sujetas por el yugo adornado con banderitas, hacen cabrillear al sol el bordado de sus yelmos y pastan el pienso flaco de su ración. Algunas, ariscas, rascan el suelo fofo y seco, braman bravas, levantando con las pezuñas frágil polvareda y bañándose los flancos con la arena que escarban. Son yuntas flacas las más, de pelo crecido y sin brillo, de grandes y rugosos cuernos y de talla mezquina. Se les adivina la armazón bajo la piel y al andar señalan los huesos de las paletas, que bajan y suben…

Cerca de las yuntas, disputándoles el mísero pienso, huelgan los borricos sueltos en la llanada para rematar el pasto que medra al amor de las pircas de piedras formadas en los linderos de cada *sayaña*. También son pequeños, lanudos y flacos, acaso más que los bueyes. Casi todos llevan el lomo desollado, sobre el que las moscas se abaten, tenaces y hambrientas.

Entre las yuntas enganchadas, los borricos sueltos y los perros que vigilan el atado de la merienda, con las lenguas latientes y oteando con infinita melancolía la desierta y árida llanura, yantan los peones su parco y miserable yantar. Cada familia hace grupo aparte. Comen en silencio,

llevándose con mesura los retazos de charqui a la boca, ensopando prolijamente las patatas cocidas en la *phasa*, greda finísima condimentada con sal o chupando sus *hizaños* helados y sus ocas endulzadas al sol.

Algunos chiquillos, con gravedad insólita, infinitamente triste, ayudan a parar los hornos para cocer las *huatias* de patatas nuevas, que es costumbre tolerar a los niños y mujeres en días de cosecha. Y unos acarrean lastras para los cimientos del horno; otros conducen terrazgos endurecidos para la bóveda; los más buscan combustible; y algunos, como a hurtadillas, recogen de las enormes piras lo más sano y gordo de ellas, tarea engorrosa porque todo está atacado del gusano y es pobre y menudo.

Una mozuela feúca y andrajosa alza el horno.

En un hoyo circular y no profundo ha hecho un círculo de piedras planas, dejando una pequeña abertura para la puerta. Es el cimiento. Después, ha corrido encima otras dos filas de piedras, hasta el nivel del suelo; y de allí, uno tras otro, ha ido acondicionando los terrones pardos en forma de cono, hasta coronar la cumbre con otro terrón de mayor cuerpo, y ha completado su obra tapando los resquicios de las junturas con un baño de tierra pulverizada que apareja la superficie, dejándola limpia. Después ha metido en el hueco un haz de paja para encender dentro la hoguera, que chisporrotea entre el humo. Tíñense los terrones primero de negro, de amarillo después y de rojo por fin. Y entonces la moza escupe en la piedra para conocer si el horno está en punto, pues si la saliva se seca al instante, señal conocida es que ya se puede confiar el fruto a las caldeadas entrañas del horno. Y se embute dentro con diligencia todo lo que se ha de cocer y luego se derrumba encima el frágil edificio, hasta que por el ambiente se esparce el apetitoso aroma de las patatas asadas.

Así lo hizo la mozuela, y fue grande el regalo de los pequeños, que acudieron al olor de las *huatias*; pero los adultos desdeñaron el presente. Querían dar fin a su labor, para convencerse de una vez hasta dónde podían esperar las bondades de la tierra, avara de sus dones.

Ya las yuntas han partido por la mitad, en todo lo largo, los camellones, y expuesto a la luz el fruto, menudo y escaso; pero queda siempre algo debajo del suelo roto a golpes de azada, y es en lo ignorado que ellos aún ponen restos de esperanza.

Y llegó la tarde.

Trabajan los peones tristes y cariacontecidos.

Polvorosos, sucios, con los cuerpos doblegados sobre la gleba, cavan los surcos, obstinados y tenaces, nada dispuestos a convencerse de lo irremediable de su infortunio. Sólo se les ve los torsos musculosos, robustos, ágiles, y los duros brazos, color de bronce, surcados por venas hinchadas, que se acusan formidables cuando extienden el brazo para romper la tierra con el pico, y lanzarla detrás con despecho al ver la mezquindad del fruto, que seguramente se ha de perder en el fondo de los trojes, sin aplacar el hambre de los necesitados.

Al fin, Apaña subió al lomo del otero, miró al sol ya hundiéndose en el horizonte en medio de resplandores rojos, formó con ambas manos especie de bocina y gritó con toda la fuerza de sus recios pulmones:

—A descansar, *tatito*s, y recoger los aparejos. Ya es tarde.

Alzáronse los peones y muchos se apoyaron sobre las azadas, abatidos. Las mujeres fueron a vaciar sus canastas en las piras diseminadas aquí y allá, en toda la extensión del enorme sembrío, y los mozos corrieron a desuncir las yuntas, polvorosas y fatigadas.

La vuelta a los hogares fue torva y silenciosa; pero cada uno encontraba algún consuelo en pensar que los sembríos de hacienda, hechos de mala gana y aprisa, siempre resultaban pobres al lado de los suyos, abonados con bastante estiércol y esmeradamente deshierbados. Y se holgaban a la idea de que quizás por ese año se acabarían los viajes aventureros y riesgosos.

Quien no esperaba ninguna consolación risueña era Apaña, el nuevo *hilacata*.

Chacra por chacra había ido a todas las de los indios, y en ninguna pudo notar abundancia de frutos. El año agrícola era igualmente malo para todos, y no en balde los *achachilas* de grandes botas y luengas barbas canas paseáronse por los espacios, arrojando desde las alturas la piedra del granizo y el soplo helado de su aliento de muerte.

Llegó a su casa, a la vera del lago, sobre una lomada que la ponía a salvo de inundaciones en los años de grandes lluvias.

—Han venido Choquehuanka y la *Chulpa*; dicen que desean hablarte –le dijo su mujer, que encendía con bostas el fuego del hogar.

—¿Sobre qué será?

—No me lo dijeron; pero vendrán después del yantar.

Así fue. Presentáronse los viejos en compañía de otro viejo, más viejo todavía, arrugado, seco, menudo, y hallaron al *hilacata* sentado a la puerta de su cocina. Miraba con obstinación las estrellas que parpadeaban en el fondo aterciopelado del firmamento, y su actitud acusaba cansancio y preocupación.

Invitóles a entrar en la cocina, donde, sobre retazos de cuero de oveja, pusiéronse de cuclillas, frente al rojizo resplandor de la llama.

El fuego del hogar se extinguía entre leves bocanadas de humo y únicamente el rescoldo teñía de rojo el reducido espacio de la sórdida estancia. Crepitaba la llama con agonía, y al resplandor incierto de su lumbre se hacían más densas las sombras agazapadas en los rincones, donde discurrían enjambres de conejos.

Así, sentados los cuatro viejos frente al hogar, cubiertos con sus ponchos, los carrillos hinchados por la coca, y zafando por debajo del gorro la deslucida y dura cabellera, presentaban un cuadro de fuertes tonos, familiar y severo. Los alumbraba la llama con singular efecto, y diríase una junta de agoreros, tanta era la marchitez de sus rostros, la acentuada profundidad de sus ojos y la curva aguda de sus narices caídas. Especialmente la *Chulpa*, se mostraba impresionante y evocadora. Arrugada, seca, enjuta, daba la cabal impresión de una de esas brujas de la Edad Media que la leyenda presenta vagando a media noche por los cementerios, en busca de cadáveres recién enterrados. Una especie de mantilla rotosa y arrugada cubría su cabeza encanecida y parte de sus espaldas corvas; su pollera deshilachada y corta descubría sus dos pies huesudos, flacos, sarmentosos.

—¿Me traen algo? –preguntó al fin el *hilacata*, tras largo silencio.

—Veníamos a consultarte. Esta tarde como viste, recogimos fruto agusanado de las chacras, que no han dado ni para la semilla. Sembramos con treinta cargas, y casi todo se ha perdido; nunca pasó igual.

—Sí. Este año las lluvias se han detenido a destiempo. La papa no ha podido madurar y se ha agusanado… ¿Creen que en toda la región será lo mismo?

—No; en la isla han recogido algo. El doble de lo sembrado.

—Siempre es así. Allí moran los *laikas*. Además, pueden regar: tienen vertientes.

De pronto una sombra menuda avanzó por medio patio y una vocecilla cristalina se dejó oír en el vano de la puerta:

—Buenas noches nos dé Dios, *tata*.

—¡Ah, eres tú! ¿Qué dices?

—Vengo a que me des un poco de fuego. El nuestro se ha apagado porque todos estuvimos en la cosecha.

—Entra y prende. ¿Traes combustible?

—Sí, *tata*.

—¿Y cómo va tu chacra?

—Mal; puro gusano. Mi padre dice que este año no tendremos nada que comer, y quiere irse a otros lares.

—Así pensamos todos.

Deslizóse la chica por entre los ancianos, llegó al fogón, e introduciendo la bosta seca junto al ascua, comenzó a soplar para que prendiera fuego. Cuando lo hubo conseguido, depositó la bosta encendida sobre un cacharro y se fue llevando la divina chispa.

—¿Y qué hacemos ahora? –volvió a preguntar a poco uno de los viejos.

—No sé. Creo que nada se puede contra la voluntad de los dioses –repuso el *hilacata*.

—¡Nada se puede! –afirmó, sentenciosa, la *Chulpa*.

Y volvieron a callar.

Largo fue el silencio, y lo rompió el *hilacata* para decir:

—Me ha ordenado el patrón advierta a todos para que no falten a nuestra misa de la Cruz. Quiere que estemos temprano en la capilla. Él irá también con sus amigos.

—¿De veras? Curioso; desde que heredó la hacienda de su padre, nunca ha dado tal orden.

—Ahora es muy amigo del cura, y oye todos sus consejos.

—¿Y hasta cuándo quedará en la hacienda el patrón?

—Seguramente, hasta después de la cosecha.

—Se ha traído muchos acompañantes esta vez.

—Mejor. Así nos estropea menos, por consideración a sus amigos. El otro día le dio con un palo a mi hijo mayor, y acaso habría concluido con él si no se hubiese interpuesto ese joven flaco que siempre nos está preguntando cómo nos casamos, quiénes son nuestros abuelos, de dónde venimos, y otras cosas raras. Ha de ser algún loco.

—Pero un loco bueno… ¿Y por qué le pegó a tu hijo?

—Porque no pudo llevarlo en su balsa. Estaba enfermo en cama y se lo mandé decir, pero no quiso creer. Vino, le dio de palos y se lo llevó al lago. Desde ese día ¿lo ves? Está ahí, sin moverse.

Con el gesto señaló un bulto inmóvil tendido sobre uno de los poyos.

—¡Malo es ese hombre! –repuso el viejo con acento de profundo rencor. Hasta ahora no le ha devuelto a Limachi las dos mulas que le arrebató en pago del toro que hizo morir cuando era pastor, como si él tuviera la culpa de que se muera una bestia.

—¿Y crees que se las devuelva?

—No sé, pero es su obligación. Limachi es pobre, y no tiene en qué llevar sus frutos al mercado para venderlos…

—¿Y qué le importa eso a él?

—Dices verdad. Querría, al contrario, que nunca le pagase: así por lo menos tendría un pretexto para quedarse con sus bestias…

Callaron los viejos, y en medio del silencio resonó, áspera, la voz de la mujer:

—¡Y ustedes siempre aguantando!…

Nadie repuso, y ahora el silencio se hizo más profundo.

—Veníamos para saber si era cierto que el patrón se había empeñado en hacernos ir a misa de pasado mañana, y ya nos lo has dicho. Adiós.

—Adiós.

IX

Una especie de bruma azulada difumina en el espacio el contorno de las cosas. El cielo tiene una claridad lechosa y se enciende con tonos violáceos a los rayos del sol, que aparece, enorme y rojizo, allá en el lejano confín del horizonte, cual si surgiese del seno mismo de los montes.

Dondequiera que se vuelvan los ojos se ven brillar gotitas de diamante esparcidas por el suelo, del que parece levantarse el hálito frío de la nieve cuajada en escarcha sobre cada brizna de hierba seca, en las agujas de las pajas, que son carámbanos agudos, o largos alfileres de cristal.

Cada charco es un espejo; sobre cada manantial ha puesto el hielo su vidrio frágil; sobre cada piedrecilla luce una gota de rocío. La pampa entera es un enorme cristal sonoro, que vibra y se estremece…

De las casitas escalonadas en la falda de la colina, dispersas en la llanura, o a lo largo del río sinuoso y ondulante se levanta, recta, una columna de humo azul, que raya el cielo; las aves salvajes, entumecidas, apenas ensayan sus cantos.

Aquí y allá, al borde de los manantiales secos, los pájaros bobos perfilan sus delgadas siluetas sobre el vidrio del hielo; están inmóviles, hieráticos y alientan al sol su plumón aterido. Una que otra gaviota revuela en el espacio, muda. Acaso de tarde en tarde resuena, cristalino, en el ambiente puro, el repiqueteo de un *yaka-yaka*, que, erguido sobre el muro de un solar abandonado, o a la vera de un montón de piedras, muestra al cielo su pico negro rayado de amarillo y el plumón yema de su pecho, también rayado.

De pronto, de alguna casa surge el redoble precipitado de un tambor y aparece una bandera blanca sobre la negrura del techo, tras los muros del corral; otro tambor le responde a lo lejos, de otra casa, y una nueva bandera aparece entre sus muros; después otros y otros. A poco, la estepa se estremece toda con el hueco golpear de los timbales, profanando el recogimiento de esas primeras horas matinales, dulces y apacibles.

Es la señal convenida para la concentración de la indiada.

Los grupos, ataviados con ropas de vistoso colorido, aparecen en toda dirección, ora bajando por las colinas o surgiendo por la suave vertiente de un cerro, a campo traviesa por la llanura. Y todos se dirigen a la casa

patronal, de donde deben partir a un fundo cercano, célebre en la comarca por la cruz que se venera en la capilla, y cuya fama de milagrosa se extiende en muchas leguas a la redonda.

Choquehuanka marcha en cabeza de los de Kohahuyo. Es de la fiesta, y camina gozoso porque sabe que su alferazgo no ha de engullir su fortuna ni privar de cimientos su casa, como acontece de ordinario a los prestes y alféreces, ya que al ser cogidos por el inevitable acontecimiento, y por salir airosos en él, venden, empeñan y pignoran lo suyo y lo ajeno, pagando la imprevisión con la miseria de toda su vida, pues concluidas las fiestas quédanse en tal estado de indigencia que muchas familias ya no se levantan más y se convierten en esclavos de esclavos, aunque sin olvidar nunca, ni ellos ni los demás, el fausto con que supieron lucirse y del cual se mostrarán eternamente orgullosos, sin arrepentirse nunca de la caída, aunque hubiesen de empezar otra vez.

Tocábale ahora el turno a Choquehuanka y todos se prometían largos días de esparcimiento y jolgorio, pues sabían que de meses atrás venía acumulando el patriarca toda suerte de provisiones y no era secreto para nadie que en las casas de sus vecinos se preparaban ventrudas tinajas de *chicha* por su cuenta.

Doraba el sol las redondas cumbres de las islas, cuando se vio descender por el sendero la comitiva que portaba en hombros el sagrado símbolo de la redención. Éste queda en custodia durante un año en casa del nuevo alférez, cuando no es el patrón quien lo retiene en la casa de hacienda, tomando así a su cargo la celebración de su fiesta; y luengos años ya hacía que el Cristo merodeaba por las pobres casas de los colonos, sin asomar a los umbrales de la patronal, cerrada a la santa insignia desde mucho antes de la muerte del padre del joven Pantoja, que, por lo visto, parecía empeñado en no querer tributarle las preces de su devoción.

Presidía la comitiva una comparsa de bailarines *choquelas*, cuyos blancos pollerines alegraban la nota grave del terrón. Detrás venían los dos alféreces, el uno, Choquehuanka batiendo al aire la gran bandera a cuadros menudos hecha con retazos de tela de todo color, y que pasa, junto con la cruz, al poder del nuevo alferazgo; el otro, Chuquimia, conduciendo sobre los hombros el Cristo clavado en su cruz, pálido, exangüe, con el pecho

abierto por la lanzada y los ojos vueltos al cielo con expresión de infinita tristeza.

El camino blanco se alarga siguiendo las curvas del lago azul. De trecho en trecho tupidos cebadales muran su vera ondulando con leve rumor de espigas maduras que se frotan. A veces alternan con los patatales, cuyo hierbaje, amarilleado por las primeras heladas, se mustia sobre el surco donde reposan los verdes frutos. Piaras de cerdos hociquean en las orillas del lago, se revuelcan en el lodo, gruñen y se refocilan bajo la atenta vigilancia de los pastores rapaces o del canijo y malhumorado can, cuyas dentelladas han puesto marca en sus duras pieles. Los toros, hundidos hasta el pecho, hurgonean las algas que lucen sus verdes tallos a flor de agua o afilan las astas con decisión de combate y braman en reclamo de la hembra o de un rival.

Una que otra balsa de pescador luce su vela de paja más allá de los *totorales* que pueblan la orilla, en las libres aguas, y se ve, nítida, la silueta del remero enormemente agrandada por la refracción solar. Bandadas de gaviotas revuelan en el espacio. Vienen, se alejan, trazan breves círculos en el aire y se pierden entre los jocundos eneales. Varios flamencos posados en fila reflejan en la linfa su rosado plumaje, y yacen inmóviles, pacientes: de rato en rato alguno hunde en el agua su largo cuello y a poco vuelve a erguirse y a tomar hierática actitud. Avecindando con ellos se ve hormiguear por el suelo enjambre de becacinas, visibles sólo por la altura de su pecho. A lo lejos, rayando el cristal azul, un viejo y sucio navío a vapor, con la cubierta rebosante de pasajeros que admiran el nunca visto panorama, va ruta del gran lago y su chimenea humeante mancha de negro el connubio de los dos azules…

Por el camino ribereño del lejano santuario que se yergue sobre una loma y cuyas agudas torrecillas blancas se destacan nítidas en el sosegado horizonte, marcha la bulliciosa caravana peregrina con alegre paso. Mozos y mozas andan cogidos de la mano, en pandilla, danzando en torno del paciente Cristo, y el yermo parece florecer al paso de la alegre tropa con las claras y vistosas ropas de las mujeres.

Van ataviadas con trajes de cálidos tonos y ostentando el lujo llamativo de sus polleras, todas de color distinto. Un apretado corpiño de terciopelo orlado de lentejuelas que brillan como diamantes les ciñe el talle, acusando

netamente el contorno de los redondos senos jamás aprisionados en corsé; por el escote luce la blanca camisa de *tocuyo* con la pechera bordada con hilos de colores, y que ya no saldrá sino con el uso y a pedazos… Llevan los pies desnudos, y sólo las jóvenes, más por coquetería que por necesidad, llevan ojotas con abrazaderas de charol e incrustaciones de cordobán, vistosas.

Wata-Wara, la nueva desposada, ostenta la frescura de sus gracias con sin par donosura. Lleva corpiño azul y pollera verde, algo corta, y que deja ver el color variado de las restantes: una es roja, morada otra y amarilla la última que se ve. Luce trenzada con cintas de color su abundante y negrísima cabellera, que le cae en lluvia de menudos bucles sobre las espaldas, y ha arrollado en torno de su cuello mórbido y moreno un collar con cuentas de vidrio multicolor. Parece más blanca que las otras y seguramente es la más bonita, pero ahora desaparece la gallardía de su cuerpo, deformado por la abundancia de polleras. Una sonrisa plácida y feliz entreabre sus labios maduros y en sus ojos profundamente negros salta la llama de la más honda alegría. En esa mañana sus padres le han llevado, según costumbre, las cargas de semilla para ensementar el retazo de suelo que en adelante labrará con su esposo, y su suegra le ha señalado una habitación para ellos solos en su casa y ya no dormirán más en la cocina con las bestias menudas, sino en su cuarto hasta la bendita hora en que, con tesón indomable, levantará la flamante casa donde irán a establecerse durante su vida…

Los varones son más ostentosos todavía. La chaqueta de bordadas solapas y de mangas pespunteadas va bien ceñida al robusto torso sobre el chaleco, de color distinto, igualmente pespunteado; el calzón, también de otro color, cae en forma de campana hacia los pies, y se abre por detrás, desde las corvas, para mostrar el amplio calzoncillo de género blanco, ligeramente teñido con añil. Una faja finamente tejida con hilos de colores les sujeta el talle, y está atravesada de un lado por la quena y de otro por un corto cuchillo enfundado en un estuche de cordobán. Su lujo es el zapato. Un recio zapato de triple suela, tacón alto y ferrado, punta ligeramente cuadrada, con encaladuras de color, y el vistoso gorro de lana rematado en una vaporosa orla que sobresale por debajo del sombrero de castor, junto con la áspera cabellera caída en melena sobre los hombros.

Así, como este grupo, van otros a la fiesta. En las casas no quedan sino los inválidos y los niños encargados de cuidar los rebaños. Y los caminos, desiertos de viajeros, resuenan ahora al paso alegre de las caravanas endomingadas, y por todos lados se oye el son quejumbroso de las flautas y el redoble inquieto de los tambores: la llanura está de fiesta.

Arribaron al campanario.

Ocupa la plataforma de una colina chata y a su pie se yergue la casa de hacienda rodeada por la de los colonos; dijérase una ave con su pollada. Como a todos los campanarios de la estepa, circúndale una baja tapia de adobe tendida sobre toda la cumbre y parte de sus flancos, capaz de contener muchos centenares de bailarines.

Estos pueblan ahora el espacio con el ruido de sus músicas tristes.

Aquí, formando rueda, danzan los *sicuris*. No tienen adornos ni disfraces, pero lucen su rumboso distintivo llevando sobre la cabeza desmesurados quitasoles invertidos, hechos con plumas de avestruz o de ibis blancos, y adornados en el centro con un ramillete de flores fabricado con plumas de loro, variadas de matices y colores. Dentro la rueda bailan a pequeñas zancadas los *mallcus*; llevan cubiertas las espaldas con la piel de cóndor, y el cuello acollarado del ave descansa sobre la cabeza del bailarín, que ha enganchado los brazos bajo las anchas alas y anda de un lado para otro, batiendo el nevado plumaje, haciendo mesuradas quiebras al lento compás de las zampoñas, que aúllan en desolados tonos. Allá, los *phusipiyas*, encorvados sobre sus flautas enormes y gruesas, lanzan notas bajas, hondas y patéticas, en que parece exhalarse la cruel pesadumbre de la raza; más lejos, brincan y corren los *kenalis*, cargando pieles disecadas de vicuñas tiernas, zorros, onzas y gatos monteses embutidos en paja, y avecinan con los *choquelas* inquietos, cuyas piernas cubre un pollerín blanco y encarrujado. Al otro lado danzan los *kenakenas*, el busto cubierto con la piel de tigre y la cabeza con pequeños sombreros de lana que sostienen una especie de diademas hechas de plumas y con incrustaciones de espejos…

Repican alborozadas las cuatro campanitas del santuario; y de las torres prietas, adornadas con banderas gayas, se arrojan frutas que se disputan los chicuelos. Cohetes encendidos estallan en el aire, llenándolo con rumor de fiesta.

En el interior fulge el altar por las luces encendidas. La Virgen ataviada con un vestido violeta de seda, hace brillar las opacas facetas de sus joyas de vidrio y pone a las claras su compungido rostro de estuco, toscamente embadurnado de colorines.

Al repique incesante de las campanas, ebrias de alborozo, cesan los danzantes en el rumor de sus músicas alegres y rompen en una especie de pasodoble, al compás del cual se dirigen a la puerta del campanario, arrastrándose de rodillas por el suelo polvoroso y seco. Y ése fue el instante en que por la puerta de la sacristía apareció el acólito vestido de rojo y blanco. Llevaba en manos el platillo de limosnas, con una imagen al borde y hendiendo la apiñada muchedumbre, púsose a recolectar las monedas que imperiosamente y a grandes voces exigía por cada ósculo depositado en el metal.

Concluida la fructuosa colecta, desapareció el acólito en la sacristía, y a poco reapareció precediendo al sacerdote, que venía revestido de sus ornamentos sagrados.

Comenzó el sacrificio de la misa.

En el coro habían tomado asiento, curiosos más que devotos, el patrón de la hacienda festejante, el de Kohahuyo y sus amigos, y los administradores de los fundos lindantes, todos expresamente invitados por don Hermógenes Pizarro, el cura, que ansiaba lucir sus dotes oratorias en un discurso compuesto tras largos días de meditación y estudio.

A media misa y antes de elevar la sagrada forma, alzóse don Hermógenes, a falta de púlpito, sobre una caja vacía de alcohol expresamente colocada a la vera del altar, hizo la señal de la cruz, que todos imitaron, y luego de mascullar algunos latines, lanzó, con voz sonora y gesto adusto, su discurso, imborrable en la memoria de quienes le escucharon.

El culto de la Cruz, supremo signo de redención tributado en aquel templo por la edificante devoción del dueño de la hacienda, hombre bondadoso y generoso, era un ejemplo digno de imitarse por todos los que para sí y los suyos deseaban atraerse la divina protección de los cielos y, con ella, todos los bienes codiciables de la tierra.

La bondad de Dios únicamente alcanzaba a los que sabían tributarle rendido acatamiento; y si de algunos años a esa parte el cielo se mostraba

inclemente y la tierra parca en frutos, era porque las iniquidades de los hombres, su impiedad, su avaricia, su desvío, se hacían cada vez más patentes, y Dios comenzaba a mostrarse airado.

Nada podía conseguirse sin la sumisión ni la caridad. Sumisión hacia los que, delegados por Dios, representaban su poder en la tierra. Caridad para con sus personeros los sacerdotes, que, como todos los hombres, tenían necesidades a satisfacer y bocas que alimentar.

Y la caridad se iba.

Egoístas e interesados, los hombres dejaban que los pobrecitos curas, necesitados y mal comidos, llevasen vida de penurias y privaciones… ¿Cómo iba entonces a mostrarse clemente nuestro buen Dios?

Pero había aún algo más horrendo quizás: ¡los hombres ya no sabían obedecer!

Díscolos, insolentes, malvados, tenían la audacia de no acatar las órdenes de los patrones; sabían resistir a su mandato, desoír sus consejos y disposiciones, olvidándose, los malaventurados, que Dios había dispuesto el mundo de manera que hubiese una clase de hombres cuya misión era mandar y otra sin más fin que obedecer. Los blancos, formados directamente por Dios, constituían una casta de hombres superiores, y eran patrones; los indios, hechos con otra levadura y por manos menos perfectas, llevaban taras desde su origen y forzosamente debían de estar supeditados, por aquéllos, siempre, eternamente…

Don Hermógenes, de veras indignado, lanzaba con voz tonante sus anatemas. Con los brazos tendidos y los puños crispados, encendido el rostro, surcada la estrecha frente por una honda arruga, brillantes los ojos, invocaba el nombre de Dios para afirmar sus teorías; y los indios, consternados, temblorosos, con las frentes inclinadas, oían la palabra sagrada sin osar levantar los ojos al santuario por temor de caer fulminados por la ira vengadora del Cristo llagado y maltrecho que pendía de su cruz, exangüe y mirando al cielo con expresión de infinita tristeza, de soledad e implacable abandono…

....

Concluida la ceremonia, los de Kohahuyo emprendieron camino de regreso a la hacienda. El administrador, interesado en que los alféreces

acudiesen a su tienda para consumir los artículos que forzosamente habrían de necesitar había ordenado, con el pretexto de evitar las consabidas peleas y hondeaduras, que apenas pasada la misa tornasen a la hacienda. Y obedecían la orden sin gran contrariedad, pues les atraían los preparativos de Choquehuanka, y además, se sentían débiles para sostener con honor esos combates a piedra que tanta fama dieron antaño a los mozos y hembras de Kohahuyo, ahora mermados por la fuga sin retorno…

Uno de los colonos, Katupaya, se llevó el Cristo a su casa con acompañamiento de toda la peonada; y después, en alegre pandilla los jóvenes, con reposado continente los viejos, invadieron la casa del patrón, donde fueron agasajados con rebosantes copas de licor, que ellos se apresuraron a beber para irse a la casa del alférez, donde indudablemente estarían más a su sabor y tendrían cosas más suculentas para su paladar.

Así lo hicieron, con harta satisfacción del señor Pantoja, nada amigo de músicas ni de obsequios. Se fueron al llano a danzar; y tan pronto se les veía correr por los senderos a la orilla del río, en largas pandillas, como dar vueltas en torno de las casas levantadas junto a la de hacienda, aunque esquivando asomar a sus umbrales.

Los viejos y los *mandos* se fueron directamente a casa de Choquehuanka en pos del viejo, que no había soltado su bandera simbólica. Se instalaron en el patio, limpio como patena, frente a sus *taris* desplegados, y rígidos, tiesos, ceremoniosos, bebían de la copa escanciada por el viejo y que iba de mano en mano, sin reposo. Hablaban, como siempre, del estado del tiempo y de las cosechas; sus lenguas mesuradas al comienzo, se desataban a medida que se repetían los tragos.

¡Qué tiempos tan difíciles hogaño! Perdidas las cosechas, era el hambre que se avecinaba, cruel y rigurosa, y los mozos no tendrían más remedio que refugiarse otra vez en la ciudad, para buscar allí trabajo, irse a alquilar al valle y a los Yungas, donde se atrapan fiebres y otros males; mendigar, en último caso.

—Yo creo –dijo una vieja de cara enjuta, afilada nariz y ojos hundidos– que los *laykas* (agoreros) están enojados con nosotros y quieren vengarse.

—¿Por qué? No les hemos hecho ningún mal. Les damos todo lo que piden, y a veces más de lo que podemos. ¿Cómo podrían entonces hacernos pagar sus rencores?

—No es eso –repuso otro viejo flaco y también de nariz encorvada–; es el patrón quien tiene la culpa de todo. El otro día, persiguiendo a las vizcachas, se ha atrevido a entrar en la cueva del demonio.

—¿De veras?

—Sí; mi hijo lo ha visto.

—Es *khencha* (hechizado) y nada respeta. Tira a las aves que están en los techos, posadas sobre las cruces y derriba éstas; deshace a chicotazos las brujerías que encuentra en los caminos, se ríe de nuestras creencias.

—Sería bueno que se muriese –dijo alguien, interpretando el deseo común, que en muchos era ya obsesión.

—O que lo matemos –sentenció un viejo encorvado, arrugado como una pasa, con las manos secas y sarmentosas.

Todos se miraron entre sí y no dijeron palabra.

—¿Para qué? –contestó Choquehuanka, que no hacía descansar la copa en poder de sus invitados. Si se muere éste o lo matamos, vendrá otro y será lo mismo.

—Y entonces, ¿qué debemos hacer?

—Nada. Resignarse.

—¿Y eres tú quien nos aconseja así? –dijo el viejo con acento rudo.

—Todo tiene su hora, Cachapa, y el campo que hoy está yermo dará mañana flores –repuso Choquehuanka con voz tranquila.

—¿Y qué quieres decir con eso?

No pudo oírse la explicación. Ruido de tambores y flautas, alegres voces sonoras, resonaron junto a los muros de la casucha, invadida al punto por los bailarines, que danzaban con brío de bestias jóvenes sueltas en el campo tras largos días de duro encierro.

—¡Buenas tardes, *tatitos*! ¡Buenas tardes, *mamitas*! –saludaron al entrar al patio, quitándose los sombreros.

Llegaban sudorosos, agitados, con los pies y los zapatos emblanquecidos por el polvo, vorazmente hambrientos, rabiosamente anhelosos de agotar fuentes, cascadas y mares de *chicha* y aguardiente.

Levantáronse los viejos para hacer sitio a los mozos, y diéronse a bailar en el patio, cogiéndose de las manos y balanceando los cuerpos al compás de la triste música. No estaban ebrios, pero fingían no poder tenerse en pie.

Llegó la noche, fría y sin luna; y el entusiasmo juvenil parecía más bien redoblar de energía con las sombras. Se les sentía a los bailarines correr en torno de la casa, al claror macilento de dos velas pegadas en la pared, perderse entre densos círculos de oscuridad, y siempre al son incansable de las quenas tristes y al ruido de los tambores, que en la oscuridad y el silencio de la noche parecían adquirir mayor y más intensa sonoridad. Y así amanecieron al nuevo día, siempre bailando, las mujeres en pos de los hombres dando vueltas como peonzas, tanto más rápidas cuanto más ebrias, y mostrando, a la luz del día las piernas duras, morenas y limpias de vello.

En la tarde del segundo día, aparecieron en la casa del alferazgo el patrón y sus amigos.

No habían podido dormir en la noche con el ruido de los tambores y algo incomodados, venían a divertirse viendo bailar a los mozos y a ordenarles diesen tregua por esa noche a su entusiasmo.

Apenas se mostraron los señores, cesaron los indios de tocar en sus instrumentos y pareció sucederse un momento de malestar; pero como casi todos estaban medio bebidos, mozos y mozas se destocaron, cayendo de hinojos se arrastraron de rodillas adonde estaba el señor Pantoja, para limpiar con sus labios el polvo de sus botas, besarle las manos y rendirle el homenaje de su sumisión con humilde actitud y tono comedido. El señor Pantoja y su amigo Ocampo protestaron. ¡Al diablo con los puercos! Trascendían a puro aguardiente y les dejaban en las manos inmundas huellas de saliva…

—Bueno, hombre, bueno… ¡ya está!… –decía el patrón, rechazándoles para evitar en la cara el apestoso aliento.

Pero los indios, porfiados, tenaces, se abrazaban a sus rodillas, clamando con voz cortada por hipos:

—Sí, *tata*… te queremos… Eres un padre para nosotros y no hay nadie más bueno que tú… Nosotros somos tus hijos, tus pobrecitos hijos. Nadie tenemos en la vida para que nos defienda y ampare sino tú… Somos tus esclavos.

Y se arrastraban, humildes, sumisos, cual canes doloridos bajo la tralla. El señor se enojó de veras. ¡Al diablo con sus zalamerías! Él los conocía bien y sabía a qué atenerse; necesitaban alcohol, y era el interés de la limosna que les hacía arrastrarse así.

—Invítales una lata de alcohol –le propuso Ocampo.

—¡Qué disparate! ¿Para qué?

—Para algo –repuso, haciendo un gesto de bellaquería. Con unas cuantas copas más se ponen barros, y luego…

Y sin concluir, le indicó las indias que bailaban con brusco movimiento, guardando apenas el equilibrio.

—Tienes razón.

Y llamando al *hilacata*, le dio la orden de pedir en la casa de hacienda, y en su nombre, una lata de alcohol a Troche.

Los indios volvieron a arrodillarse de sus plantas para besarle las manos y repetir sus promesas de sumisión y acatamiento: ellos eran sus pobres siervos, sus desventurados hijos, sin ningún apoyo en el mundo, y él debía tratarlos, con piedad y conmiseración, pues eran unos miserables…

Y en tanto hablaban, le ofrecían y presentaban copas de licor y *chicha* para que bebiese de ellas, obstinados, impertinentes.

El señor llamó en su ayuda a uno de los alcaldes para ordenarle los alejara de su lado. El indio probó primero apartarlos con razones, pero como los ebrios no le obedeciesen, desciñóse el látigo que pendía de sus espaldas y comenzó a dispersarlos, cual perros de la vera de una carroña.

Volvió el *hilacata*. A la vista del obsequio se enardecieron los ánimos y las danzas recomenzaron, más animadas y más briosas, aunque la abominable embriaguez de los danzarines nos les permitiese mostrar toda su habilidad: bailaban cogiéndose de las manos por grupos de dos o tres parejas, que se destacaban de la rueda, penetraban al círculo y allí, al compás de los músicos, daban vueltas rápidas, giraban las mujeres sobre sí mismas hasta caer de bruces al suelo, donde se quedaban tendidas, con las ropas en desorden, vencidas por el cansancio, el sueño y la borrachera…

Los jóvenes se retiraron para volver en la noche, armados de linternas sordas y de revólveres; pero su viaje resultó infructuoso.

Aquello parecía un campo de combate.

Hombres y mujeres, tendidos al pie de los muros de la casa, a lo largo de los senderos, en los repliegues de las chacras desnudas, dormían con los rostros pegados al suelo o mirando al cielo con expresión de profunda estupidez. Se veían parejas enlazadas, hechas un ovillo, cuerpos caídos con

postura de abandono. Las mujeres mostraban las polleras en desorden, desnudos el seno y las espaldas, desgarradas las carnes, abominables de abandono y embriaguez…

X

—Señor, los remeros ya están aquí –anunció Troche– abriendo los batientes de la ventana.

Un clarísimo rayo de sol irrumpió en la vasta alcoba, empapelada de azul, de alto techo blanqueado al temple y ancho balcón abierto sobre la planicie rutilante del lago. Cada lecho ocupaba un ángulo de la pieza, y de las paredes colgaban vistosas oleografías, que representaban paisajes suizos y fases de una corrida de toros en España.

—¿Qué hora es, Troche?

—Las ocho, doctor.

—¡Caramba! Ya es tarde.

Y sentándose en el lecho, gritó a sus amigos:

—¡Arriba, ociosos, nos esperan!

Aguirre, Valle y Ocampo estiraron, soñolientos, los brazos para frotarse los ojos, heridos por la crudeza de la luz; pero Suárez siguió durmiendo. Pantoja le interpeló:

—¿Te levantas, poetilla?

Obtuvo por respuesta un largo ronquido. Entonces Pantoja cogió su almohada y lanzósela a la cabeza. Al golpe despertó Suárez, todo sobresaltado, y de un bote se incorporó en su lecho.

—¿Qué hay?…

Los amigos lanzaron una alegre carcajada. Suárez se enojó:

—¡Ca!… No me gustan esas bromas.

Duróle poco el enojo. Era de índole apacible, y en el campo lucía gloriosamente el sol, piaban infinidad de jilgueros entre la fronda de los eucaliptos y *kishuaras* (olivos silvestres) y las ramas descarnadas de los sauces y guindos que engalanaban el jardín, levantando al socaire de elevadas paredes del tapial.

Apareció Asunta trayendo una bandeja con copas y una garrafa donde humeaba el *sucumbé*. Dejó la bandeja sobre una mesilla central, cogió el molinillo y púsose a batir la bebida, produciendo una leve espuma fraganciosa.

—¿Y por qué no viene a servirnos la bella Clorinda? –preguntó Suá-

rez, recibiendo su copa desbordante y sorbiendo con fruición la perfumada espuma de leche.

—Está enfermita, niño, y ahora se levanta tarde –repuso la chola con acento evasivo.

—¡Es que ya no quiere vernos, la ingrata!…

—¡De *aunde* no más, niño!

—¡Caramba! ¡Está delicioso esto! Tiene otro sabor.

—Lo hicimos con el pisco de durazno que anoche han traído los *apiris* –dijo la chola. Y ofreció– ¿Otro vasito más?

—¡Ya lo creo, buena Asunta! A ti te hemos de hacer reina de las cocineras. Sólo por comer los patos que guisas, soy capaz de casarme con Clorinda… ¿Aceptas?

—¡Ya, el niño! –dijo la chola, complacidísima por el cumplimiento.

—No tal; Clorinda es mi novia, y nadie me la quita –intervino Aguirre, alargando su copa para que se la llenara por tercera vez.

Ya vestidos y armados y de excelente humor, tomaron camino de la charca, donde esperaban los remeros frente a sus balsas nuevas, quietas en el agua.

La mañana era de una serenidad admirable. El lago estaba terso como un cristal, limpio de nubes el cielo. El contorno de las islas se dibujaba nítido sobre la onda azul; y los cerros de la bahía, desnudos y terrosos, limitaban a lo lejos el horizonte, vibrante de claridad.

Los balseros apoyaron sus perchas en los montones de *totora* seca de la orilla, y las balsas comenzaron a deslizarse silenciosamente por el canal. Los cazadores, tendidos a lo largo en sus balsas, el caño de sus escopetas apuntando la proa aguda y levantada, como de góndolas venecianas, llevaban a su lado la bolsa de municiones bien repleta de cartuchos, variadas frutas y una botellita con algún fino licor. Los remeros iban detrás, parados, e impulsaban las balsas apoyando la percha en el légamo del fondo, ágiles.

El agua parecía turbia en el canal y negra donde se espesaban los *totorales*. A veces se abrían éstos en anchos claros donde venían a converger infinidad de otros canales, siempre animados por el holgar bullicioso de las chocas de negro y opaco plumaje, pico amarillo y roja cresta, y que ahora desdeñaron los jóvenes para no ahuyentar las innumerables bandadas de

patos que se veían negrear sobre la grama de las algas, tendidas como borde hacia la parte interior de los eneales. Las gallinetas aparecían y se ocultaban por parejas, y los menudos *keñokeyas* mostraban por un momento el albo plumón de sus pechos grasos y desaparecían bajo el agua, para sacar más lejos sus cabecitas menudas e inquietas.

—Separémonos aquí, pero cuidado con dirigir tiros horizontales entre las *totoras*. Podemos matar a algún pescador o matarnos entre nosotros, y creo que ninguno tiene ganas de morir –dijo Pantoja al llegar al último claro abierto entre las *totoras*, ya enrarecidas, y lindante con la franja de tupidas algas.

—Veamos quién lo hace mejor esta mañana. Yo no me quedo con la derrota –dijo Ocampo poniendo a su alcance los cartuchos de su escopeta.

—Voy dos contra uno en mi favor. Hasta ahora yo llevo cuatrocientas setenta piezas; Pedro, trescientas veinticinco; tú, cuatrocientas, y Alejo… ¡veinte! Es el más diestro de todos –y Pantoja lanzó una regocijada carcajada de burla.

—Es que yo no quiero matar…

—Di que no puedes –le interrumpió Aguirre.

—No. No quiero. Ustedes saben que en el tiro sólo me gana Pablo…

—Otra cosa es con guitarra –le volvió a interrumpir el aludido.

—Como quieran; pero me repugna matar en balde. ¿Para qué? ¡Pobres avecillas!

—¡Pareces una tímida doncella! –le dijo Aguirre, riendo.

—¡Adelante, y cuidado con las escopetas! El otro día Pedro me hizo silbar los perdigones en las orejas… A las doce todos aquí, para el almuerzo.

Se dispersaron. Pantoja tomó la izquierda hacia el fondo del lago, tupido en *totorales*; la derecha Ocampo, y Aguirre siguió de frente. Suárez ordenó a su remero seguir el canal que torcía a la derecha, yendo a lo largo de los eneales.

—¡Niño! ¡Una bandada de patos rojos! –le dijo a poco su remero Tiquimani, inclinándose bruscamente en la balsa y haciéndola bambolear con el movimiento.

Era Tiquimani un mozo alto y robusto, de cara redonda, ojos negros y garzos, y tenía fama de excelente cazador.

—¿Dónde?

—Acá; patrón, delante la balsa, entre las totoras; mira.

Y Tiquimani, radiante el rostro, los ojos encandilados, extendía el brazo señalando la proa de la balsa, en actitud de dar un salto.

Suárez se puso cuidadosamente de rodillas y dirigió la mirada al punto señalado por el remero.

Allí, en las lindes del *totoral*, en un claro vecino a la red de algas oscuras, que parecía el moho de las aguas, jugueteaban unos veinte patos colorados, de pico celeste rayado de negro.

Rompía la marcha un soberbio macho de pecho encendido, cabeza negrísima y alas vistosas rayadas con una línea negra, de un negro profundo y brillante y de un verde oro, reluciente, dorado, fulgente, detrás seguían los otros, en fila, o iban de dos en dos. Avanzaban llenos de confianza en el gran silencio del espacio, felices bajo el sol que fulgía gloriosamente. A veces hundían el pico en el agua o metían el cuerpo en ella alzando la cola al cielo, en otras se perseguían unos a otros, abriendo picos y alas, en inocente coqueteo.

—¡Tírales! ¡tírales! –dijo Tiquimani, ansioso por ver destruida la alegre bandada.

—No; ¿para qué? ¡Dejémosles! –repuso Suárez, encantado de sorprender en su intimidad inocente y confiada a las lindas aves, ya raras en el lago.

Tiquimani le miró con asombro y una viva contrariedad se pintó en sus facciones.

De pronto, el ruido de un lejano disparo turbó la enorme y divina mudez del espacio. Las aves se detuvieron repentinamente y comenzaron a mirar por todos lados, desconfiadas. Hicieron grupo, juntando cabezas, como si consultasen en torno del arrogante macho.

—¡Tírales, porque el otro caballero nos ha de ganar! –insistió Tiquimani, que había visto avanzar cautelosamente la balsa de Ocampo en dirección a la alegre y confiada bandada.

Suárez pensó levantarse para espantar a las aves, mas en ese momento atronó el espacio el hórrido estampido de un disparo. El agua hirvió en torno a las bestezuelas con los perdigones que pasaban, dispersándose a lo lejos

y produciendo un extraño ruido en la quieta superficie… La bandada levantó el vuelo, poseída de espanto; pero quedaron tres aves en el agua, teñida en sangre. La una yacía inmóvil. La cabeza sumida en el cristal; la otra giraba sobre sí, con mitad del cuerpo paralizado, y golpeando con el ala las flores oscuras de las algas, y el macho, herido mortalmente, hundióse en brusco zabullón, para ir a morir en el fondo, prendido a las raíces de las algas…

—¡Qué brutos! –y Suárez hizo un gesto de cólera amarga e impotente.

—¿Cuántos? –le gritó Ocampo alzándose de pie sobre la balsa.

Y como su amigo no se dignase responder siquiera, los cazadores se lanzaron a recoger las piezas cobradas.

—Vamos fuera de las *totoras*; no quiero matar –ordenó Suárez a su balsero, consternado.

Tiquimani puso mano a la percha de mal talante y enderezó la proa de su embarcación lago adentro y hacia las libres aguas.

Ruda fue la faena para ganar el espacio libre, pues las algas se extendían en más de dos kilómetros de profundidad, como tapices oscuros, y entre las cuales, al abrigo de todo ataque, anidaban las aves acuáticas. Sus nidos, fabricados con suma habilidad, apenas podían descubrir los ojos después de mucho mirar, pues sólo sobresalían algunos centímetros en pequeños bolsones que contenían los huevos mañosamente cubiertos con las mismas algas. Emergiendo del enorme y rojizo telar, se veían las cabezas negras o doradas de las *panas*. Aparecían un momento y volvían a perderse en el agua, con asombrosa presteza. A veces no sacaban sino el pico negro y corto, pero tan junto a la balsa, que Tiquimani alzaba su percha y descargaba un golpe en la cabeza de la confiadas aves; se perdían un momento, y a poco se veía blanquear sobre el agua el plumón rojo o negro, graso y sedoso, del ave muerta. Así, y arrostrando el enojo del viajero, había cogido seis Tiquimani… Alternando con las *panas*, los *zulunquías* hacían brillar al sol mañanero, cual un ampo, el purísimo blanco de su pecho, y no oyendo cercano ruido de pólvora, miraban pasar con tranquilidad la balsa del sensible cazador, fijando en ella sus grandes y expresivos ojos carmesíes.

Al fin salieron del límite de las plantas lacustres. Las aguas, limpias y puras como el cristal, dejaban ver al fondo de su lecho, tapizado de una especie de musgo de color claro, y sobre el que discurrían en fila los peces

o se les veía incubar echados sobre sus larvas. Enormes sapos de lomo granujiento yacían acurrucados en los huecos y manchaban con su color negruzco la tersa superficie de la admirable alfombra esmeraldina.

Fulgía el sol, quebrando sus rayos en haces de luz multicolor, que proyectaban formando mil combinaciones en el fondo tapizado; y al paso de la balsa, bajo su sombra alargada, huían los peces, haciendo brillar la blancura de sus vientres, cual agudos puñales.

A eso de las doce, se oyó el lejano silbido de un pito. Suárez se puso en pie y vio que en un claro del *totoral* vecino a la ribera agitaba Pantoja un pañuelo blanco, llamándolos.

Fue el último en llegar, y encontró a sus amigos refiriéndose los variados incidentes con que habían tropezado en su cacería. Cada uno traía en el fondo de su balsa los sangrientos despojos de centenares de aves, que habrían de pudrirse o servir de alimento a los perros del administrador, porque en la casa de hacienda todos estaban hartos hasta las náuseas con la carne de los patos con sabor de légamo. Pantoja contó setenta piezas cobradas, y algo más de ese número sus otros tres amigos.

Ante el exterminio cobarde e inútil sublevóse el alma de Suárez y no pudo ocultar su despecho y contrariedad. Aquello era bárbaro y estúpido. Bueno que se matase por necesidad. Aceptaba también el crimen de la curiosidad y hasta la gala de lucir dones cinegéticos que ninguno de sus amigos poseía porque todos masacraban a escondidas, de cerca y sobre el montón, cosa que jamás se permite un verdadero cazador porque a las aves ha de tirarse siempre al vuelo, con elegancia y hasta con cierta nobleza, ya que resulta estúpidamente bárbaro el hecho de atraerlas fuera de su elemento. Pero matar por sólo matar; matar y matar por decenas y centenas; matar por gusto; matar instintivamente en todo tiempo, como hacían todos los que iban al lago, le parecía un abominable salvajismo y hasta un contrasentido económico que a nadie preocupaba ni remotamente, porque parecía que nadie tampoco se daba cuenta del daño que por ignorancia o perversidad se iba causando, y sin remedio, a una fuente riquísima de prosperidad pública.

—Estamos matando la gallina de los huevos de oro –dijo Suárez–, y no hay quien se dé cuenta de ello. Antes, según el testimonio del inca Gra-

cilazo, había en este lago, y creo que aún hay en ciertas apartadas orillas del Perú y en la rinconada de Ancoraimes y Huaicho, garzas blancas, ibis bicolores, gansos silvestres, diversas clases de flamencos, espátulas y una colección variadísima de patos y zabullidores; ahora, en los quince o veinte días que llevo de excursionar por esta parte del lago, apenas he visto, como aves raras, unos cuantos patos rojos, algunos flamencos rosados, dos o tres garzas grises y una que otra garcilla bicolor, que los indios llaman *limanus*, pero tan ariscas, que sólo pude adivinar que eran tales por su vuelo raudo, lleno de armonía, poético, si ustedes me consienten la frase…

—¡Ja, ja, ja!… ¡vuelo poético!… ¡Ja, ja, ja! –rió P. P. con risa amable y regocijada, ahogando la de sus amigos, que también reían, aunque hallando oportunos y bien intencionados los reparos de Suárez.

—Rían lo que quieran –prosiguió éste, de buen humor–; pero es el caso que por malicia o ignorancia, como dije, vamos causando un daño irreparable a la riqueza misma del lago. Todo lo van explotando sin medida de él: su flora y su fauna. Ya la *totora* va desapareciendo en la mayor parte de las orillas, porque se la siega incesantemente, año redondo, sin tomarse el trabajo de replantarla en las partes cosechadas. Los peces se van haciendo cada día más raros, porque también se les coge todo el año, sin respetar el período de la incubación, y hay variedades casi extintas, como la del *suche*, que por el gusto y la delicadeza de su carne es uno de los pescados más sabrosos del mundo. De las aves, ni se diga. Desde que en el comercio se venden armas de pacotilla, no hay rústico de aldea ni carretonero que no tenga su fusil y no se dé el gusto de matar patos para vivir de su carne. Y ahora, echen la cuenta. En nuestras regiones montañesas han desaparecido las garzas, por codicia de los *aigrettes* para sombreros femeninos; en las cordilleras altas ha desaparecido la chinchilla, porque a nadie se le ocurrió ver una ingente riqueza en la crianza de la delicada bestezuela; en las pampas arrimadas a la cordillera van desapareciendo las vicuñas y los avestruces con la cosecha de las nidadas que se hacen en todo tiempo. Aquí, en el lago, ya lo ven: quedan pocas aves y pocos peces, y dudo que en veinte años más se pueda hallar algunos, siquiera para muestra. Y todo esto significa dinero que se pierde y se va sin retorno, definitivamente. Y bastaba[n] unas cuantas leyes y un poco de dinero en primas de protección para salvar del naufragio un cau-

dal inagotable… Pero ¡vaya usted a hablarles de esto a nuestras gentes! Se ríen, lo toman a burla, y le llaman chiflado al que piensa así. Aquí lo único que interesa de veras es eso que se llama política, arte de buen gobierno, dicen; pero en el fondo pura hambre, hambre ordinaria de comer, hambre del estómago o hambre de vanidad… ¡Pobre país!

Se había puesto serio y hablaba con pena, con esa pena del hombre honesto que ve miserias y no puede remediarlas. Los otros le oían también serios, porque sus palabras trascendían sinceridad.

—Tienes razón; es así –convino Aguirre.

—¡Hay que hacerte diputado, poeta! –le dijo Ocampo, volviendo a reír con benevolencia.

—¡Déjate de idioteces! Hazme dictador, y verás lo que hago. Sólo un dictador puede realizar algo que valga la pena. Necesitamos otro Linares un poco más tolerante; pero así hombre, así desprendido, así patriota. Lo demás, es pura música –repuso Suárez con profundo convencimiento.

—¿No tienes fe en nuestros hombres públicos?

—No tengo fe en nadie, y menos en nuestros doctores inflados con discursos, muy orondos con su palabrería hueca, muy metidos en lecturas de libritos extranjeros, pero sin ojos para ver lo que nos falta, sin carácter para osar, emprender, moverse. Estamos en poder de los doctores cholos, que todo lo quieren hacer con discursos; que se dan por modelos de decencia, patriotismo y honradez, y que en la vida privada se muestran egoístas, tacaños, sucios moral y materialmente…

—¡Chico! ¡Muestra tu botella! ¡Apuesto que te la bebiste toda! –le dijo, riendo Aguirre.

—Creo que tienes razón. Sólo los borrachos hablan así –contestó Suárez, sonriendo con amarga ironía.

—Bueno, adelante y basta de discusiones. Tengo hambre y ya no puedo más de cansancio –dijo Pantoja para cortar la discusión, que le resultaba molesta, porque en cada frase de su amigo se sentía aludido.

—Ni yo.

—Ni yo.

Se sentían flojos, acalambrados por cuatro horas de inmovilidad en las balsas, y tenían deseos de moverse, andar.

Los balseros enderezaron a tierra la proa de sus balsas y se internaron entre los canales abiertos en la maraña de los eneales.

Hacía calor.

De las aguas inmovilizadas por la flor de enea, que forma una espesa costra verde, alzábase un vaho tibio y fétido, enloquecedor. Nubes de menudas moscas revoloteaban en torno de las balsas, zumbando débil pero incesantemente.

De pronto, una voz clara, vibrante pero monótona, se elevó, rompiendo el silencio del lago adormecido; las notas uniformes se sucedían en lenta gradación, formando una especie de melopea triste y cansada.

—¡Caramba! ¡qué linda india! –exclamó de súbito Suárez, que iba en cabeza, y su voz repercutió sonora en el espacio.

Era Wata-Wara.

Metida hasta la cintura entre las plantas acuáticas, segaba *totora* y algas para sus bueyes, y su balsa vieja, y ya renegrecida yacía medio hundida hasta cerca de la borda por el peso de las raíces mojadas.

Era uno de sus placeres.

Gustábale hundirse en el aterciopelado limo del fondo, para sentir en las piernas el gelatinoso roce de los peces e insectos, numerosos en el charco, e irse después a coger nidos de *panas*, tarea en la que desplegaba singular destreza, pues sus ojos estaban acostumbrados a descubrir sobre el vasto telar los simples y elementales nidos de las zabullidoras.

Hacíales una guerra tenaz, incansable, sin tregua, y no medía sus crueldades para las cercetas, de quienes era implacable enemiga.

Sus agudos y cortos chillidos, su vuelo pesado y a ras del agua, que azotan levantando huella de espuma con las amarillas patas extendidas, su color negro metálico, le causaban invencible antipatía.

De mal agüero era esa ave para ella. En cierta ocasión, distraída, dejó escapar una que se puso al alcance de su remo. Y esa misma tarde, un peñón, desgajado de su quicio, aplastó en el cerro cuatro ovejas de su majada. Otra vez fugó de entre sus manos una que había cogido en trampa, y días después, su novio recibió una buena tanda de palos del administrador; otra… ¿a qué contar? Era su mala sombra, y no podía verla. Mientras las *chocas* le saliesen a su paso, siempre tendría que llorar alguna desventura; y en esta mañana había tropezado con muchas… ¡La maldita!

Llevaba la joven desposada desnudos los fuertes y morenos brazos, y por entre la abertura de su camisa de tocuyo acabada de estrenar se le veían los senos, duros, prominentes, veteados por menudas venas azules y rematados por los pezones morenos. Las crenchas de su pelo le caían en desorden sobre las sienes, haciendo marco a su rostro curtido por el viento y por el sol; y sus grandes ojos negros, negros como el plumaje de ganso marino, garzos, expresivos, de cortas pestañas, brillaban limpios, como al través de fino cristal.

—¡Qué hermosa india! –repitió Valle, clavando con avidez los ojos en los senos de Wata-Wara, que en el exceso del estupor se descuidó cubrirlos, porque los patrones acababan de ordenar a sus remeros se detuvieran junto a la balsa de la segadora.

Exaltóse el fácil lirismo de Suárez ante la rústica y fuerte belleza del cuadro, y prorrumpió con voz chillona y declamador acento:

—¡Salud, hechicera ondina de este piélago formado por las lágrimas de los de tu raza mártir y esclava! ¡Salud!…

—¡Cállate, ganso, y habla como gente! –le interrumpió Pantoja, cortando la lírica salutación del poeta.

Luego se volvió hacia la india:

—¿Cómo te llamas?

La joven, turbada no respondió.

—¿Eres muda? –dijo Pantoja frunciendo el ceño.

—Wata-Wara –articuló, mirando con angustia a su esposo.

—¿Eres casada?

—¡Qué pregunta! ¿No ves que está en cinta –dijo Suárez, riendo.

—Es mi mujer, *tata* –intervino Agiali, que hasta entonces no había desplegado los labios y miraba a los jóvenes con el ceño fruncido.

Pantoja se volvió hacia su remero.

—¡Caramba! Tienes una linda mujer… ¡Adelante! Reanudaron la marcha, y a poco saltaron a tierra.

—¡Qué preciosa hembra! Si pudiéramos tenerla en casa… –dijo Ocampo, una vez que estuvieron lejos de los indios.

—Ya la tendremos –asintió con aplomo Pantoja.

Una vez en casa, corrieron al comedor. Sentíanse desfallecer de hambre, y pidieron a gritos el almuerzo.

Asunta no les hizo esperar; y a poco devoraban, más que comían, una sopa de *quinua*, leche, huevos y queso, un costillar de cordero a la brasa, acompañado de *chuño* revuelto, una tortilla de sardinas y chocolate en leche de oveja, y todo primorosamente preparado por Asunta, perita en culinaria criolla.

—¿Qué hacemos ahora? –preguntó Aguirre, que ya comenzaba a cansarse de la permanencia en Kohahuyo y echando bocanadas de humo al cielo.

—Yo voy a dormir un poco. Esta mañana me han hecho levantar muy temprano –dijo Valle, como hombre acostumbrado a dormir hasta mediodía.

—¡Temprano a las ocho! ¡Qué tipo! –criticó Ocampo.

—Yo voy a escribir un cuento –saltó Suárez.

—¡Al diablo con estos escribanos!… ¡Oh, mi dulce y casta prometida, virgencita blanca!… ¡Tonterías! –criticó Aguirre.

—¿Y tú?

—No sé; quisiera matar un flamenco. Los malditos escapan a la legua, y no hay modo de cogerlos a tiro de fusil.

—Te acompaño; tú eres la única persona decente –dijo el anfitrión.

En ese momento apareció Troche. Venía en mangas de camisa y traía un cuchillo corto y puntiagudo y llevaba revueltas hasta el codo las mangas de su tosca camiseta de franela.

—Vengo a preguntarle, doctor, si le gusta el *chicharrón* –dijo sonriendo amablemente.

—¡Ya lo creo que me gusta, don Pedro! ¿Por qué?

—Tengo algunos chanchitos, y pudiéramos matar uno. La Asunta me dice que los indios ya no tienen manteca…

—¡Mienten estos pillos! Seguramente no querrán darle…

—Así es, doctor. Son unos bribones. Al patrón le niegan todo, y van a vender al pueblo lo que tienen.

—Será que no les pagan su precio –intervino Suárez, en su afán de defender a los oprimidos y sin fijarse que acababa de herir a su anfitrión.

—Se les paga no más –repuso el cholo, muy serio.

—Ahí está, pues, la cosa. Si les ofreciera el mismo precio que en el pueblo…

—¡Pero el patrón es, pues, el patrón, doctor!… –le interrumpió Troche.

—¿Y eso qué?

—¡Cállate, escribano! ¿Tú qué entiendes de esas cosas? –le atajó Pantoja, entre serio y disgustado.

—¡Caramba! Si yo tuviera una hacienda, sería el primer amigo de mis colonos –repuso Suárez con sincero acento.

Pantoja, que ya estaba predispuesto contra él, por la anterior discusión y al parecer sus continuas alusiones se le volvió vivamente:

—¿Conoces bien al indio?

—¡Hombre! Ya lo creo; lo conozco.

—¿Y cómo es?

Suárez quedó perplejo con la inesperada pregunta, y dijo tras breves segundos de vacilación:

—Es un hombre como los demás, pero más rústico, ignorante, humilde como el perro, más miserable y más pobre que el mujik ruso, trabajador, laborioso, económico…

—…Parco, bueno, servicial, comedido, generoso, etcétera, etc.,… ¿no es así? –le interrumpió Pantoja, riendo con sorna: Y añadió en seguida–: No; estás repitiendo, como disco de fonógrafo, todas las majaderías de quienes se dan por defensores del indio, sin conocerle bastante, de lejos, por pura sentimentalidad, por snobismo, por lo que quieras en fin. Y tú no conoces al indio, por dos razones principales. La primera, porque apenas hablas su idioma; la segunda, porque nunca has sido propietario. Y todos los generosos defensores de la raza se te parecen. Todos hablan de memoria, y esos doctores cholos que con razón te escaman, hasta discuten con brillo, porque tienen a mano un recurso que siempre produce maravillosos efectos; elevar la voz en defensa de los oprimidos, invocar las eternas teorías de igualdad, justicia y otras zarandajas de la misma hechura. Pero habla con los patrones y propietarios, con aquellos que andan en íntimo contacto con los indios, y no habrá uno, uno solo… ¿entiendes? uno solo, te digo, que no te jure que no hay raza más difícil, más cerrada a la comprensión y a la simpatía, más perversa, más solapada, más imposible que esta gran raza de los incas del Tahuantinsuyo. Los indios son hipócritas, solapados, ladrones por instinto, mentirosos, crueles y vengativos. En apariencia son

humildes porque lloran, se arrastran y besan la mano que les hiere; pero ¡ay de ti si te encuentran indefenso y débil! Te comen vivo. Y sábelo ya de una vez. No hay peor enemigo del blanco, ni más cruel, ni más prevenido, que el indio. El indio…

—¡Eso es natural, correcto, legítimo! –le interrumpió con igual viveza Suárez–. Porque el blanco, desde hace más de cuatrocientos años, no ha hecho otra cosa que vivir del indio, explotándolo, robándole, agotando en su servicio su sangre y su sudor. Y si el indio le odia, siente desconfianza hacia él y hace todo lo humanamente posible para causarle males, es que con la leche, por herencia, sabe a su vez que el blanco es su enemigo natural, y como a enemigo le trata. Esto, convendrás, es justo y muy humano.

—Será como dices, y quiero darte razón; pero ahora ya es otro el problema, este nuestro problema boliviano, el más grande de todos. Ahora el indio sabe, como tú dices, que del blanco no puede conseguir nada, y se estrella contra él, indefectiblemente. Yo me río, de todos aquellos que creen hallar el secreto de la transformación del indio en la escuela y por medio del maestro. El día en que al indio le pongamos maestros de escuela y mentores, ya pueden tus herederos estar eligiendo otra nacionalidad y hacerse chinos o suecos, porque entonces la vida no les será posible en estas alturas. El indio nos ahoga con su mayoría. De dos millones y medio de habitantes que cuenta Bolivia, dos millones por lo menos son indios, y ¡ay del día que esos dos millones sepan leer, hojear códigos y redactar periódicos! Ese día invocarán esos tus principios de justicia e igualdad, y en su nombre acabarán con la propiedad rústica y serán los amos.

—Y eso será justo, después de todo… –quiso interrumpir Suárez.

—¿Justo?… No sabes lo que dices. En un comienzo, cuando las tierras casi no tenían valor y se hicieron expropiaciones por la fuerza, se cometieron abusos y hasta crímenes, ciertamente; pero hoy cada propiedad representa un precio legítimo, porque día a día, en el curso de muchos años, han ido ganando valor con sucesivas transformaciones.

Suárez le volvió a interrumpir, negando enérgicamente con la mano:

—¡Eso no es verdad! Las haciendas de la puna no han recibido ningún impulso de los propietarios y permanecen hoy tal como salieron de su poder…

—Muy bien, concedido. Pero al pasar de manos de los indios a las de los blancos, cada uno ha satisfecho un precio estipulado, y ahora constituyen un bien legítimo de sus propietarios, que nadie puede arrebatarles sin atacar fundamentalmente el derecho de propiedad, sagrado aun entre los salvajes…

—¡Así es! –apoyó Ocampo con profunda convicción, como latifundista que era.

—Pablo tiene razón –sostuvo Aguirre, que seguía con mucho interés la controversia porque era uno de los que se interesaba en este problema del indio en Bolivia y tenía ideas originales al respecto, pues era estudioso también, acaso tanto como el poeta, y gran amigo de lecturas que se le indigestaban a veces aunque dejándole algo en el espíritu y en la memoria.

—También yo quiero ceder en esto –repuso Suárez con calma. Pero lo que no me explico todavía es por qué los propietarios no intentan algo por mejorar la suerte del indio, para hacer de él un aliado y no un siervo. Yo conozco el estado social de Rusia, que tantos lamentos provoca en el mundo por el estado de abyección y servidumbre en que vive el mujik; pero te aseguro que su condición es mil veces más feliz y ventajosa que la del pobre indio del yermo. La miseria del indio no tiene igual en el mundo, porque es miseria de miserable, en tanto que la del ruso es sólo miseria de hombre, susceptible a veces de cambiar. La del indio no cambia nunca. Siervo nace y de siervo muere…

—…Te voy a hacer otra pregunta, parecida a la anterior. ¿Cómo es el mujik? Explícamelo claramente, para saber si tu comparación es justa, pues yo sólo me acuerdo de una frase de Gorki: pero temo que sea demasiado literaria y no responda a la realidad.

Suárez quedóse más cortado todavía con la pregunta, pues también él lo poco que sabía del mujik lo había conocido en el escritor de la vida errante y miserable. Dijo, sin embargo:

—El mujik es la última categoría social rusa, y en él predomina la ausencia casi absoluta de voluntad y más absoluta todavía de las libertades individuales y…

—Estás entrando en generalidades, y yo necesito respuestas categóricas. ¿Goza el mujik del derecho de propiedad? ¿Lo que gana con sus

esfuerzos le pertenece a él o se lo quitan otros? ¿Puede dejar de herencia sus bienes?… A esto quisiera que me respondas.

Suárez no supo qué decir ante el apremio de su anfitrión, y se sintió algo incómodo de su postura, que no resultaba, a decir verdad, airosa.

—Yo no sabría –dijo al fin– responderte con precisión, porque no he tenido ocasión de enterarme de lo que deseas saber. Lo único que sé por Gorki es que el mujik, me acuerdo de sus palabras, es para los ricos "una sustancia alimenticia", como nuestros indios para los patrones…

—Esas son frases de escritor. Y yo podría responderte con ese mismo Gorki, que aquí, como sabes, leemos mucho, que los tales mujiks, como nuestros indios también, son ladrones, perezosos, sucios y mentirosos… Pero dejemos Rusia, desconocida, lejana y vengamos a nuestro propio país. Contra lo que más he oído trinar a nuestros doctores es contra el *pongueaje*, es decir, contra el servicio personal de los colonos en la casa de un patrón. Y no se fijan que esto es simplemente una retribución de servicios, el pago que rinden por el suelo que ocupan y cultivan en propio beneficio. Y anda a cualquier hacienda del altiplano, y verás que los mejores terrenos pertenecen a los peones…

—¿Y por qué, entonces, no son ricos como los mismos hacendados? –preguntó con viveza Suárez.

—Te lo voy a decir; porque son viciosos, rutinarios y vanidosos. Años de años pueden estarles predicando las ventajas de las nuevas máquinas agrícolas, de los abonos químicos…

—Ni máquinas ni abonos usan los propietarios…

—Y otros adelantos, y nunca te oirán y seguirán. Al contrario, serán los primeros en oponerse a que hagas ninguna innovación y en estrellarse contra cualesquiera tentativas de mejoramiento. Ellos, lo único que quieren es vivir como vivieron sus padres. Lo único que desean, tener como patrones a esos imbéciles de propietarios que nunca visitan sus fundos y se dan por felices con el *ponguito*, unos cuantos quesos y unas cargas de chuño. Y esto nunca puede contentar a un hombre que con el sudor de su frente compra una hacienda, digamos que por ochenta mil pesos, y tiene que sacar la renta del capital, muerto del todo si no responde a pagar siquiera su interés… Preguntas tú por qué son pobres los indios, y la respuesta es fácil.

Porque pasan fiestas a menudo, son alcaldes, maestros mayores, alféreces, y en cada uno de estos cargos gastan todos sus ahorros para quedar en la miseria. Desengáñate, querido: los indios parecen buenos de lejos, pero de cerca son terribles. Yo, te digo sinceramente, los odio de muerte, y ellos me odian a morir. Tiran ellos por su lado y yo del mío, y la lucha no acabará sino cuando una de las partes se dé por vencida. Ellos me roban, me mienten y me engañan; yo les doy de palos, les persigo…

—Hasta que te coman, como tú dices.

—Sí, hasta que me coman o ellos revienten…

—Sí, ché, ¡hay que ser así…! –asintió Valle con profunda convicción, pues era la política que practicaba siempre con sus indios, pero que ya le había costado una herida en el brazo.

—¡Naturalmente!… Mi padre fue bueno con ellos, y ¡cómo le pagaron! ¿Verdad, Troche? –dijo Pantoja con aire compungido volviéndose al administrador, que escuchaba atentamente y asintiendo en todo lo que decía su jefe, no por congraciarse con él, sino por propio convencimiento.

—Sí, doctor; lo han asesinado estos canallas –dijo señalando al *pongo* que en ese momento apareció en el patio doblado bajo el peso de un cántaro de agua recogida en la vertiente.

—¡Bien hecho! –pensó Suárez para sí, y guardó silencio, pues ya conocía la historia.

—Entonces, doctor, ¿matamos al chanchito? –preguntó Troche, sonriendo más amablemente todavía.

—Vamos a verlo primero. ¿Dónde está?

—En el corral doctor. Pero no vaya usted; eso está muy sucio. Que lo traigan, más bien.

Y llamando a Clorinda le dijo fuese a sacar los cochinos de la porqueriza.

A poco se abrió la puerta de los corrales y aparecieron unos ocho cerdos, que la moza incitaba punzándoles el hocico con un palo afilado por la punta. Salieron en grupo, apeñuscados unos con otros, y andaban a tientas, paso a paso, vacilantes, con las cabezas pegadas al suelo y balanceando cual si fuesen juguetes de cartón. Al verlos, rieron los amigos.

—¡Qué curioso! Diríase que tienen miedo de andar –observó Valle.

—Están ciegos –repuso Troche, asentando una patada en la cabeza de uno de los cochinos, que se había separado del grupo, y lanzó un corto gruñido de dolor.

—¿Ciegos? ¿Y por qué? ¿Cómo es eso?

—De intento. Para que engorden más.

Suárez hizo un gesto de repulsa.

—¡Pero eso es una crueldad! ¡Horrible!

Troche se encogió de hombros, sin comprender que pudiera tacharse de crueldad una simple operación en las bestias, que no tienen alma. Si con las personas se hiciese tal cosa, pase; ¡pero con chanchos!

—¿Y dónde viste hacer eso? –preguntó Pantoja, divirtiéndose con ver las pobres bestias atontadas.

—Lo vi en algunas provincias de Cochabamba.

—¿Y de veras engordan más?

—¡Ya lo creo, doctor! Así no se mueven de un sitio, y echan grasa.

—¿Y cómo hacen para cegarlos?

—Se les hunde en los ojos un clavo caliente…

—¡Brrr! –hizo Suárez, horrorizado, y se tapó los ojos.

—¡Vaya con el maricón! –dijo desdeñosamente Pantoja al ver el gesto de su amigo.

Y volviéndose a Troche, agregó:

—¡Caramba! Están lindos tus chanchos. ¿Y cuántos tenemos en la hacienda?

—Pocos, doctor, unos veinte.

—¿Y dónde los tienes?

—Los llevan a la orilla del lago.

—Estarán gordos como éstos…

—¡De dónde no más doctor! Estos se crían con los desperdicios de la casa, con *lahuas* que les da Clorinda y porque están ciegos; los de la hacienda…

—Pues entonces –le atajó el patrón–, que los distribuyan en las casas de los peones más ricos…

—¡Imposible, doctor! No querrían recibirlos; se alzarán… –le interrumpió Troche, alarmado.

Pantoja dio un brinco:

—¿Qué no los recibirán, dices? Pues al que no quiera recibir, le das una paliza y lo botas de la hacienda… ¡Y que se alcen, si quieren!…

Troche meneó la cabeza, indeciso y temeroso. Los amigos escuchaban, callados y serios. Pantoja había fruncido las cejas, y silbando, miraba el cielo azul.

Al notar este silencio, el joven, como para hacer ostentación de su autoridad indiscutida, añadió luego con vehemente acento:

—Estos salvajes se están echando a la carga. Hasta malcriados se han vuelto. Antes, cuando mi padre estaba vivo, venían todas las tardes a preguntar lo que necesitábamos y a ofrecer sus servicios; ahora ya no vienen sino el *hilacata* y los alcaldes, y los otros sólo aparecen de vez en cuando…

—Es que si los has de recibir como los recibiste el día de nuestra llegada… –le atajó Suárez.

Pantoja, sin hacerle caso, prosiguió:

—Pero yo les voy a quitar la gana. Ellos aprietan y yo tiro la cuerda. Y vamos a ver quién sale venciendo.

—Seguramente, tú; pero el día que te cojan desprevenido, ya lo sabes, te comen –dijo Suárez con convicción.

Pantoja se volvió hacia su amigo hecho una furia:

—¿Y crees que eso me acobarda? Primero yo mato a cien, y después que hagan de mí lo que quieran.

—Si la vida no te importa, ¡claro! Pero…

—Lo que hay es que les tienes mucho miedo a los indios –le atajó Pantoja con acento irónico.

—No. Miedo no les tengo. Piedad, sí.

—¡Y miedo también, chico! –afirmó el anfitrión, dulcificando su acento.

—¡Como quieras!

Y Suárez fijó en su amigo una mirada serena.

Se hizo un silencio embarazoso; y como el patrón era obstinado y sufría en exceso su amor propio, demasiado exaltable al contradecírsele, repitió su orden:

—Ya sabes, Troche. Repartes los chanchos entre los principales peones de la hacienda, y les revientas los ojos para que engorden…

Suárez volvió a intervenir, y su acento era persuasivo y suave:

—Mira, Pablo, eso es horrible. No seas cruel; hazlo por mí…

Pantoja sonrió con socarronería escuchando el tono de voz de su amigo.

—Tienes entrañas de mujer, querido Alejo, y como no deseo hacerte sufrir, voy a darte gusto. No les revientes los ojos, Troche; pero distribúyelos entre los más ricos de la hacienda.

—Bueno, doctor; pero ya verá usted: se han de quejar.

—¡Que se amuelen!… Pero veo que tú también les tienes miedo, y es mejor que yo mismo dé la orden… Dame mi látigo. Y tú –dirigiéndose a Aguirre–, coge tu fusil y ven conmigo; después iremos al lago.

A Aguirre le regocijaban las escenas de violencia y siguió a su amigo. Tomaron la dirección del caserío disperso a lo largo del río Colorado y en la falda suave del cerro.

Tocaron la primera casa. Al aproximarse a las goteras, dos enormes perros lanudos con la cabeza cubierta de una enorme maraña gris, entre la que se distinguía lucir los agresivos ojos, se lanzaron furibundos a su encuentro, pero tuvieron que escapar ante las certeras pedradas de los jóvenes. Al ruido de los ladridos, apareció entre las tapias bajas Checa, el dueño, un hombrote alto, fornido, de rostro agradable y pacífico continente. Al divisar a los jóvenes salió a su encuentro con paso lento y frunciendo ligeramente el entrecejo. Saludó:

—Buenas tardes nos dé Dios, *tata*.

—¡Hola, bribón! ¿Qué haces?

—Componía mis redes, *tata*.

—Bueno; he dado orden para que te entreguen un chancho.

—¡Gracias, *tata*! –repuso efusivamente el indio.

—¡Al diablo, pillo, si crees que es un obsequio! Es para que lo cuides y me lo entregues gordo cuando te lo pida.

El indio se puso serio y una honda arruga partió en dos su frente; no repuso una sola palabra.

—¿Es que no has oído, pícaro? –le interpeló Pantoja.

—Sí, he oído, pero yo no se cómo he de hacer lo que me pides.

—¿Por qué, bribón?

Checa, con un gesto, señaló el corral, donde estaban atados por las patas dos cerdos de hocico puntiagudo y flacos como espadas.

—Mira cómo están nuestras propias bestias. Se van muriendo de consunción porque no tenemos qué darles. ¿Cómo quieres, entonces, que engordemos a las tuyas?

Pantoja se encogió de hombros.

—Nada me importa eso. El que no quiera recibir mis bestias, se va. Y asunto concluido.

—Bueno, me iré; pero antes recogeré mi cosecha –repuso tranquilamente Checa.

Pantoja enrojeció de cólera. La respuesta le pareció insolente y no debía soportarla.

—Pues te vas, y ahora mismo, pillo, ¿entiendes? Te vas sin recoger tu cosecha.

El indio le clavó una mirada dura y cargada de odio:

—¿Por qué? Tú no me has dado la semilla.

—¡Insolente! ¿Así sabes contestar al patrón?… ¡Toma, ladrón!

Lanzóse sobre el indio y le descargó el látigo en la cabeza, en las espaldas, donde caía, ciego de ira, en tanto que el hombrote, ocultando el rostro entre las manos, corría por el patio, bramando como un toro.

—¡Déjalo, hombre! ¡Pobrecito! –intervino Aguirre, realmente contrariado por la flagrante injusticia y cogiéndole por el brazo.

—*¡Tata…* perdón, *tata… tataíto!…* –rogaba el indio, tratando de contener la sangre que a borbotones le brotaba de una ancha herida de la cabeza y le corría por la cara, por el cuello, empurpurando su amarillenta y remendada camisa.

—¿Es que la tierra es también tuya, ladrón? –vociferaba Pantoja, mordiéndose los labios.

El indio se prosternó a sus pies, dolorido y humillado:

—¡Perdón, *tata*; te voy a obedecer!…

—¡Te has de ir! ¡Ahora mismo te has de ir!…

—Bueno, *tata*, me voy a ir; pero no me maltrates, pues soy viejo –suplicaba Checa, llorando, más que de dolor, de rabia, de despecho, pero fingiendo sumisión.

—Eres injusto, y te has de quedar sin peones –le dijo Aguirre, apiadado y muy pesaroso de haberle seguido.

—¿Y por qué son insolentes?

—¡Pero, hijo, tiene razón! Fíjate en esto –y señaló la pobre casucha– y verás que estos infelices viven peor que los perros.

Y luego añadió, con el sincero deseo de reparar un mal:

—Déjame hacer y no te metas a nada. Te lo suplico.

—Oye –le dijo al indio–, yo he de rogarle al patrón para que no te vayas; pero en otra no seas insolente… Levántate y anda a curarte… Toma.

Y cogiendo su cartera le alcanzó dos billetes.

—*¡Tata!… ¡tata!…*

Y arrastrándose de rodillas hasta el joven, le besó las manos con humildad. Luego se fue a lo de Pantoja e hizo otro tanto; pero cuando los jóvenes dejaron la casa, se irguió el indio y rechinando los dientes bramó con odio implacable:

—¡Ya me has de ver, condenado!…

XI

—El otro día me dijiste que alguien deseaba un terreno en la hacienda.

—Sí, *tata*.

—¿Es joven, rico?

—Se ha casado hará un año y tiene yunta, dos borricos, veinte cabezas de ganado lanar, mujer y un hijo.

—Bueno; está bien. Dile, entonces, que puede venirse cuando quiera.

Apaña le miró sorprendido.

—¿Y acaso hay *sayaña* (terreno) libre para darle? Todos están ocupados.

—¿Cómo todos? Dos tenemos libres: el del Manuno y el de Quilco… No; el de Manuno solamente, porque el hijo mayor de Quilco es ya jovencito y puede tomar la *sayaña* de su padre.

El *hilacata* le miró con extrañeza. Creyó haber oído mal.

—¿La del Manuno? No se puede; está la viuda, y también ella tiene un hijo.

—Pero es pequeño todavía y no puede servir. ¿O crees que debemos esperar a que crezca el hijo para cultivarla?

Y Troche rió con fuerte carcajada, complacido de su dialéctica.

—¿Y qué quieres que haga la viuda? –le preguntó Choquehuanka, interviniendo en la discusión y escudriñando en el fondo de los ojos del empleado, que sintiéndose fuerte con la presencia del patrón y sus amigos en la hacienda, quería mostrarse severo e inflexible.

—¿Y qué me importa eso a mí? Que haga lo que quiera. ¡Que se vaya! –dijo, sosteniendo por la primera vez la mirada del anciano.

—¿Y adónde se iría? No la recibirían en ningún lado. No hay patrón que acepte una viuda con un hijo pequeño.

Troche volvió a reír alegremente, como si hubiese cogido al viejo en una trampa hábilmente urdida:

—¿Lo ves? Tú mismo lo confiesas: “no habría un patrón que la acepte”. Y entonces, ¿por qué quieres que nosotros la tengamos?

El anciano repuso con gravedad:

—Porque aquí, de padres a hijos, han vivido los suyos. Cuando mi padre vino a establecerse en Kohahuyo (y de esto ya corre tiempo), estaban los Kentuwara en el terreno que ahora ocupa la viuda, y que entonces no pertenecía a nadie sino a nuestro *ayllu*, que se lo daba para que lo cultive. Vinieron después los de tu raza, nos quitaron por la fuerza lo que era nuestro. De lo que antes eran *ayllus* y comunidades se hicieron haciendas, y aunque los más, huyendo de la crueldad y tiranía de los blancos, se fueron a establecer a otros lares, los Kentuwara, que le tenían ley a su terrón, prefirieron vivir sirviendo y se quedaron, como se quedó mi padre y se quedaron los Apaña, los Arukipa, los Mallawa, los Tokorcunki y tantos otros. Yo soy muy viejo, he perdido hasta los dientes por la edad, pero me queda la memoria y puedo decirte que hasta tres veces los he visto reedificar su casa a los Kentuwara. He sido amigo del padre de Mamani; lo he visto nacer a éste y cuantas veces miro al suelo donde se levanta su casa me parece ver blanquear los huesos de más de cuatro generaciones de Kentuwaras muertas allí. Ve, pues, si es justo decirle a la viuda que se vaya a otra parte…

Y el viejo, vibrando de emoción, volvió a mirar detenidamente al administrador, en tanto que Apaña exprimía con fuerza los párpados para aflojar un solo lagrimón temblante de sus pestañas duras y rectas.

Troche, cariacontecido y fingiendo seriedad, repuso:

—Eso está bueno para decirlo… Son historias. El caballero se ha comprado esta hacienda y tiene derecho a hacer lo que quiera.

—Sí, tiene; pero ¿nosotros no tendremos también algún derecho de hacer valer aunque sea el de la piedad?

Troche se puso de veras grave con la contradicción, cosa insólita en sus costumbres de mandón temido y voluntarioso:

—Bueno, estamos perdiendo el tiempo… No es mía la culpa de que la viuda no tenga un hijo joven.

Choquehuanka, más apenado que sentido, contestó:

—Tampoco es culpa de ella el no tenerlo, y su marido ha muerto en servicio de la hacienda.

—¿Y qué me importa? Si ha muerto, sería su hora. Además, yo no lo he matado, sino el río.

—Pero por vos. Si tú no le hubieses mandado en comisión, estaría todavía vivo…

Troche se le aproximó, y mirándole a su vez en los ojos, repuso con sorna, pero irritado:

—Oye, parece que me estás discutiendo. Yo no quiero saber nada. Hay un terreno libre y lo doy.

El viejo, sin humillar la mirada, pero sonriendo con mansedumbre, repuso:

—Bueno, *tata*; pero me parece que la viuda no ha de querer irse.

—¿No ha de querer, dices? –saltó Troche, irritado por la calma del viejo. ¿No ha de querer? ¡Pues se la bota a palos, válgame Dios! Aquí todos tienen que querer lo que se les mande, y el que no obedezca… ¡afuera!… Donde le dé la gana…

Los ancianos hicieron un gesto, se despidieron y marcháronse a su casa, mudos por la pena y el resentimiento.

—Esto no puede durar –dijo al fin el viejo Choquehuanka con voz baja y sorda, como hablándose a sí mismo y ya al tocar los umbrales de su casucha.

—Parece que recién lo vas viendo, anciano –díjole Apaña, con mucho respeto.

—El mal siempre se ve, *hilacata*; pero hay que hacerse el ciego si no lo puedes remediar, porque cuando se sabe impune es más temible todavía. Esto no lo olvides nunca. Adiós, *hilacata*.

Metióse en su choza y Apaña se fue a la suya, siempre caviloso.

Entretanto, Troche se apresuró en ir a hablar con el terrateniente. Hallaba, en su concepto, que Choquehuanka tenía sobrada razón y no deseaba enojarlo. Los indios eran sus súbditos y él podría incitarlos a la revuelta cuando le viniese en gana.

Lo encontró a Pantoja tendido en una butaca, fumando cigarrillos, con los ojos cerrados por la modorra de la penosa digestión, flojo el chaleco. A su lado, sobre una silla, yacía arrojado su chicotillo de alambre y cuero y del cual no se apartaba casi nunca.

—¿Qué hay, Troche? –le preguntó abriendo casi con pena los ojos.

—Nada, señor; han venido el *hilacata* y Choquehuanka.

—¿Y qué dicen los viejos?

—Siempre lo mismo. Quiere Choquehuanka que no se la bote a la viuda.

Pantoja arrugó el entrecejo, y cogiendo el chicotillo comenzó a darse menudos golpes en la polaina con distraído ademán.

—Me parece que ese viejo abusa. ¿Qué dices tú?

—Creo lo mismo, doctor; pero no hay cómo decirle nada. Sería capaz de jugarnos alguna mala partida.

Pantoja se irguió sobre la butaca:

—Se ve que le tienes miedo y no eres tan valiente como te creía. Verás cómo le arreglo las costillas al vejete… ¡Yo no le tengo miedo!

—Se puso de pie, meneando la cabeza con aire amenazador; metió el índice de la derecha mano, que tenía el chicotillo en la comisura del chaleco, y con la otra sostenía el cigarrillo, que no cesaba de fumar, echando volutas con la cabeza levantada y las piernas abiertas y bien plantadas en el suelo. Siguió con los ojos, por entre la desnuda vidriera de la ventana, el raudo vuelo de una gaviota, y cuando hubo desaparecido el ave, confundida en la claridad del espacio, averiguó indolente:

—¿Vamos a tener una buena comida esta tarde?

—Sí, doctor; *chupe, humintas*, asado de cordero con relleno de papas y café.

—Es poco. A mí y a mis amigos nos gusta comer bien. Yo tengo ganas de un *estirado* y de una *sajta*. No nos has dado sino una sola vez.

—No hay gallinas, doctor. La *sajta* no sale buena sino con carne de gallina, porque la del pato no sirve: es hedionda y negra. Y ahora todas las gallinas están poniendo.

—¿Y eso qué importa?

Troche arguyó con aire compungido:

—Las gallinas son de mi hijita, y es su único negocio.

—¿Acaso no hay en la hacienda? Yo te dejé más de veinte.

Todas se las hemos mandado a la ciudad, doctor. Pidió la señora.

—¿Y por qué no les pides a los peones?

—No quieren dar. Las ocultan; dicen que están con *chiuchis* (pollos).

—¡No quieren dar! Es curioso… ¡Se les quita por la fuerza! Verás cómo me dan a mí. Pásame mi rifle de salón.

Troche se dirigió a la sala que hacía de armero y Pantoja entró a la alcoba en que sus huéspedes fumaban y charlaban, tendidos en los lechos y festejando la relación algo más que picaresca que les hacía Ocampo de una de sus infinitas e imaginadas aventuras galantes.

—Les invito a una cacería: ¿aceptan?

Valle aceptó; Aguirre dormía; Ocampo, siempre en pos de Clorinda, con la que ya había tenido una cita oculta, alegó hallarse cansado; Suárez, solemnemente, anunció que se sentía inspirado e iba a escribir las últimas cuartillas de una leyenda incásica, que venía preparando desde hacía muchos días.

—Deja en paz a los incas y ven con nosotros –le invitó Valle.

Suárez se negó; y sin arredrarse por las risas sarcásticas de sus amigos, les expuso su plan.

—Él tenía grandes proyectos e iba a realizarlos escribiendo un poema, un drama y una novela sobre los indios, amén de algunas leyendas, que las localizaría en la curva caprichosa comprendida entre la punta de Taraco y la de Jankoamaya, en el estrecho de Tiquina. El poema se desarrollaría en ese período oscuro, caótico y lejanísimo de la fundación del Imperio incásico, con sus obligados héroes Manco-Capac y Mama Ocllo. En el drama, de fines de la colonia, haría figurar al cabecilla de la independencia, Tupac-Amaru, y la novela trataría de los conquistadores, sin par en los anales humanos por su bravura heroica y su fiereza de exterminio. Necesitaba, pues, estudiar el paisaje, recoger datos sobre la fauna y la flora de la región, y estaba resuelto a realizar expresamente un viaje a la isla de Titicaca, de donde partieron, según la tradición, los fundadores del gran Imperio. Algo más. Iría hasta el Cuzco, a estudiar sobre el terreno mismo los vestigios de la civilización implantada por el legendario Manco-Capac. Eso de viles paseos sin rumbo e inútiles hecatombes de bellas aves se quedaba para ellos, sus amigos, ordinarios seres sin más preocupación que vivir con el día, ajenos a las seducciones del arte, incapaces de levantarse en alas de un gran ideal, sordos a las soberanas voces de los elementos desencadenados, ciegos para admirar y extasiarse por la agonía de un crepúsculo y los tonos incendiados de las aguas con los postreros reflejos del sol muriente…

Al hablar así, se había puesto de pie y accionaba con los brazos extendidos, revuelta la melena, animados los ojos, hueca la voz.

Gozábanse los otros en oírle, y reían de buena gana por sus apóstrofes indignados, tomando como locura la exaltación de su amigo.

—¡Cálmate, chico, se te ha de indigestar el chocolate! –le dijo Valle, riendo y zarandeándolo por el brazo.

—¡Déjale a ese loco y vámonos! –repuso Pantoja, prendiéndose de Valle y llevándolo consigo.

Salieron; pero en vez de seguir camino del lago, cual tenían por costumbre, o del cerro cuando querían ir a matar vizcachas, tomó Pantoja por la izquierda en dirección del caserío indígena disperso en la llanura, a entrambas orillas del río.

—¡Ché! ¿Para dónde por ahí? –le gritó Valle.

—Sígueme, hijo, y no te pesará.

Llegaron a la primera casucha. Pantoja echó una ojeada al corral. Dos bueyes amarrados a fuertes alcayatas de piedra rumiaban un manojo de *totora* joven, y un cerdo hociqueaba entre el cieno podrido formado por las pasadas lluvias. El colono, al distinguir a los patrones, avanzó para saludarlos. La mujer y los chicos corrieron a esconderse en la cocina.

—¡Ché! Parece que te tienen miedo.

—Lo hacen por brutos, y hasta que no les arregle a punta de palos no han de escarmentar.

Llegó el indio, y Pantoja, que ya había escudriñado todo el corral, sin descubrir lo que buscaba, le volvió las espaldas para no responder al humilde saludo del peón.

—Ven, vamos; aquí no hay nada.

—Pero ¿adónde? –volvió a preguntar Valle, que no podía adivinar las intenciones de su anfitrión.

—Espera, chico… Paciencia… Vamos a aquellas casas.

Y señaló una que se veía a lo lejos, limitando la haza, y era la primera de una serie.

En medio campo se detuvo Valle, junto a un charco donde se refocilaban algunos cerdos.

Tres chiquillos no menores de cuatro años ni mayores de siete cuida-

ban el hato. El más crecido llevaba por única vestimenta una camisa corta hasta las rodillas, remendada por los hombros y el pecho, llena de costurones en la falda trasera, y su blancura primitiva había tomado un color gris, terroso, indefinible, a la acción del uso, del sol y del polvo. Los otros vestían harapos sucios, y los tres iban con las cabezas desnudas y libres de toda protección los pies, sucias las caras, con costras morenas por el polvo petrificado y tapadas las narices…

Acompañábales un perrito alazán, de grandes lanas cubiertas de costras; mas no bien descubriera a los cazadores buscó refugio al lado de los pequeños, con el rabo entre las piernas y los ojos solapadamente pegados al suelo.

—¿Y si lo matáramos? –dijo Pantoja, apuntando a la cabeza del menguado can con su fusil sin preparar.

Los muchachos, al ver la maniobra, echáronse a chillar repentinamente los tres, con fuertes y desolados gritos y sin moverse un punto de su sitio, como enclavados en tierra por el terror.

—¡Pobrecillos! ¡No los asustes! –intervino el compañero.

Y siguieron andando.

Al tocar el linde de las casas comenzaron a ladrar furiosamente los perros.

Llegaron a los umbrales de la primera, y no encontraron a nadie.

En el corral rumiaba una vaca pintada, flaca y de grandes cuernos gastados y medio carcomidos por la base; pululaban los conejos en la cocina y picoteaban el suelo algunas gallinas en el patio.

Pantoja se echó el rifle a la cara apresuradamente.

¡Chat!

Una gallina, las alas abiertas, se puso a revolotear en el suelo con saltos mortales y arrojando manojos de plumas, tintas en sangre. Las otras, temerosas del ruido, se encaminaron a la cocina de los amos, que les servía de gallinero, volviendo la cabeza hacia los cazadores. La india que acechaba desde el fondo del cuartucho salió corriendo y cogió al animal por las patas, pero al verlo convulso y ensangrentado, se puso a llorar, mientras Pantoja reía por los gestos casi idiotas de la india.

—¡Ay, señor! ¡Estaba poniendo! –sollozó ante el despojo del ave.

—Mejor; estará más gorda.

—Era la única que ponía.

Pantoja se enojó:

—¿Y por qué no traen a la casa de hacienda? ¿Es que no les pago? Pues ¡a fregarse!

Metió los dedos en el bolsillo, sacó una peseta, la arrojó al suelo y arrebatando la presa de manos de la india, embrutecida por el miedo, se la pasó al amigo y se marcharon riendo y satisfechos en tanto que la dueña quedaba llorando inconsolable sin atreverse a levantar la peseta, que no representaba ni la cuarta parte del valor de su clueca.

Se fueron a otra casa, lindante con la primera por un cerco bajo de barro y guardada por dos perros lanudos, hoscos y huraños, los cuales, irguiéndose sobre sus patas, se lanzaron como flechas hacia los intrusos, irritados al ver por esos bajíos trazas no acostumbradas. Valle, depositando en tierra su ave, comenzó a dirigir gruesas pedradas a los canes que se detuvieron a algunos pasos y ladraban desesperadamente maniobrando alrededor de los intrusos, aunque sin atreverse a hacer presa.

—Esas tenemos, ¿eh? ¡Pues toma!

Apuntó fríamente Pantoja a la oreja de uno de ellos y disparó. El perro, el más grande, dio un salto terrible y cayó bruscamente de largo, cortando de golpe su ladrar en un gemido doloroso, y las patas en alto, se revolcó en los estertores de la agonía.

—¡Bravo, chico! Ahora al otro –aplaudió Valle, que se divertía viendo correr enfurecido al perro tras las piedras que le arrojaba e hincando los colmillos con furia destructiva y rencorosa.

—¡A tu salud, querido!

Volvió a disparar; pero sea porque el perro estuviese más distante o porque no pusiese debida atención, la bala no surtió mortales efectos y fue a alojarse en el cuello del can, que huyó precipitadamente lanzando lastimeros y prolongados aullidos de rabia y de dolor.

El dueño, que había oído la algazara y visto al patrón, corrió a su encuentro para evitar algún daño de sus bestias, que las sabía bravas; pero al tropezar con el cadáver de su perro y ver que el otro huía derramando sangre, se detuvo bruscamente, hizo desaparecer la obsequiosa sonrisa de

sus labios, y con acento de amargo reproche se quejó señalando con los ojos el cuerpo rígido el can:

—¿Por qué me lo mataste? Lo crié desde pequeño y nunca sabía morder a nadie.

Pantoja lanzó una carcajada de hombre feliz y despreocupado y se alejó sin responder, en tanto que el indio, con las manos cruzadas sobre el pecho, le miraba partir ardiendo de ira el corazón.

—¡Chéee!… ¿adónde por ahí? –gritó Valle arrastrando por las patas el ave muerta y lleno de creciente mal humor.

—No seas tonto, es para la *sajta* de mañana.

—Pero sólo tú te bates; yo no he dado ni un tiro hasta ahora.

Pantoja, viendo que llegaría a enojar a su compañero, le pasó el arma y echóse la presa a los hombros también de mala gana.

Valle era torpe y no hizo gran cosa: apenas dos pequeños pollos en seis tiros; pero en cambio despertó la indignación general del caserío. Su marcha fue presidida de inenarrable escándalo. Todos los perros del poblado les ladraban; a su vista corrían a esconderse los chicos; las mujeres no osaban ir a su encuentro a saludarles, y más bien, temerosas y hurañas, se metían en sus agujeros para, desde el fondo oscuro de sus covachas, espiar las andanzas de los patrones, o cogían a sus perros y apretándoles el hocico los estrechaban amorosamente contra su regazo, defendiéndolos del ataque de los asaltadores…

....

Entretanto, el poeta, instalado en el comedor, frente a sus cuartillas borrosas, fumaba cigarrillo tras cigarrillo y buscaba la inspiración contemplando la tersa superficie del lago herida por los oblicuos rayos del sol, ya en su ocaso.

Vasta paz reinaba en el espacio y ningún ruido insólito turbaba ese silencio grave del yermo, a no ser de cuando en cuando el chillido de algún ave que pasaba sobre el tejado.

Quince días hacía que Suárez trabajaba en una de sus leyendas, pero aún no había podido darle una forma definitiva. Sus deseos de reproducir los detalles de la vida cortesana del Imperio incásico eran vehementes; pero no poseía los precisos elementos de información, no obstante haber

hojeado, ligeramente, las crónicas de Gracilazo de la Vega, del padre Blas Valera y otros, aunque sin sacar mucho provecho de sus lecturas de viejos cronistas, pesadas e indigestas para su paladar literario.

Le faltaban hábitos de observación y de análisis, sin los cuales es imposible producir nada con sello verazmente original y, sobre todo, le faltaba cultura. Saturado hasta los tuétanos de ciertas lecturas modernistas, estaba obsesionado con encantadas princesas de leyendas medioevales, gnomos, faunos y sátiros. En toda india de rostro agraciado veía la heroína de un cuento azul o versallesco, y a sus personajes les prestaba sentimientos delicados y refinados, un lenguaje pulido y lleno de galas, gestos de suprema y noble elegancia, mostrando así la delectación con que se enfrascaba en la lectura de su libro preferido, *Los Incas*, de Marmontel, libro falso entre todos los producidos en ese siglo de enciclopedistas, refinado y elegante.

Soñaba, pues, el poeta; y eran visiones de gracia y esplendor que llenaban sus retinas anegadas en luz de la pampa y de la ondulante superficie del lago… Soñaba en la raza que holló las playas desnudas del Titicaca llevando conquistas de paz, hábitos de dulzura y trabajo, y una legislación prudente y sabia, pues la holganza se consideraba horrendo crimen merecedor de crueles castigos, y todos los hombres estaban impelidos a cumplir sus deberes de solidaridad, en esfuerzo generoso y espontáneo.

Entonces la suprema ley era producir y perfeccionarse. Las costumbres, suavizadas por la incolmable bondad de los señores y poderosos, eran clementes y tendían a mejorar al hombre, aunque sin permitirle el uso de la libertad. Y todo esto, transmitiendo por la leyenda pura y presente a los ojos de Suárez, no le dejaba ver la realidad de su momento, pues se empeñaba en querer prestar a los seres que le rodeaban los mismos sentimientos, la modalidad de los de esa edad de oro y ya casi definitivamente perdidos en más de tres siglos de esclavitud humillante y despiadada. Cojeaba, pues, del mismo pie que todos los defensores del indio, que casi invariablemente se compone de dos categorías de seres: los líricos que no conocen al indio y toman su defensa como un tema fácil de literatura, o los bellacos que, también sin conocerle, toman la causa del indio como un medio de medrar y crear inquietudes exaltando sus sufrimientos, creando el descontento,

sembrando el odio con el fin de medrar a su hora apoderándose igualmente de sus tierras.

Mañana y tarde iba a pasearse por el disperso caserío o a vagar a orilla del manso río, solo y con su cuaderno de apuntes bajo el brazo, y se entretenía y solazaba oyendo modular su canto suave a los *pucupucus* apostados a la entrada de sus cubiles practicados en las dunas del río, o siguiendo en el lago el revuelo de las gaviotas albas o admirando la paciencia de los ibis pescadores y cachazudos.

Los indios ya le conocían; y no bien los perros ladraban anunciando su visita, recibíanle con disgusto pero sin hostilidad, y le tendían sobre el poyo, a la entrada de la alcoba, la mejor y más limpia manta, tejida en horas de reposo por la mujer o la hija, y que se guarda preciosamente en lo más recóndito de la casa, junto con los trajes nuevos, el disfraz y otras prendas de estimación; pero se negaban obstinadamente a satisfacer sus preguntas sobre sus hábitos y creencias, alegando no saber nada de nada, recelosos y sentidos.

Los amigos no se cansaban de burlarse de sus empeños y cada vez que le sorprendían garabateando cuartillas en la mesa del comedor o abismado en la estéril contemplación del vasto panorama del lago y la cordillera, le dirigían pullas.

—¿Y marcha eso, poetilla? –le preguntaba P. P. poniéndole rudamente la mano en los hombros como para hacerle sentir la fuerza de sus puños.

Pero el otro permanecía indiferente y desdeñoso y se contentaba con llenarles de gruesas palabras y denigrantes calificativos.

Al entrar a casa esta tarde, después de las acostumbradas fechorías, encontraron al poeta un poco pálido, pronunciadas las ojeras, pero sonriente, con la satisfacción de la bien llenada tarea.

—Y… ¿marcha eso? –le volvió a preguntar Pantoja arrojándole a los pies los despojos de un pollo.

—¡Ya lo creo, burgués! Acabo de dar cima a una de mis mejores leyendas.

—¿Y cómo es?

—Si quieren, la leo –amenazó Suárez, anheloso de dar a conocer el prodigioso parto de su ingenio.

—¡Esta noche, querido, después de comer! –dijo Pantoja, espantado a la idea de la lata y con acento evasivo.

—Sí, sí. Esta noche –exclamaron los otros, no menos alarmados que el anfitrión.

—Como quieran: esta noche –dijo el poeta, un poco sentido.

Y se puso a numerar las páginas dispersas sobre la mesa.

Durante la comida mostróse inquieto y desasosegado. Aunque conocía el despego de sus amigos por los productos del ingenio, temía su fallo, sobre todo el de Aguirre, el más moderado y el más culto de sus compañeros, pero a la vez holgaba con la idea de contagiarles su gran afición a esos tiempos oscuros que a él se le imaginaban plagados de leyendas, y las cuales, sin estar grabadas en la eternidad del papel y sí en la deleznable y pobre memoria de los hombres, se habían conservado todavía, acaso truncas, seguramente desvirtuadas, esperando el momento en que algunos hombres anhelosos de porvenir las recogiesen y encerrasen dentro de la forma imperecedera del libro.

Comieron; y como luego de encendidos los cigarrillos se dispusiera Suárez a leer sus cuartillas, Ocampo le atajó con ademán afectuoso e insinuante.

—Espera, chico, que estemos en cama. Acostados te oiremos mejor.

—¡Eso es, eso es! –aprobaron los amigos, penetrando la oculta intención del picaruelo.

Suárez, sin percatarse de la treta, ingenuamente, volvió a guardar sus cuartillas y comenzó a pasearse a lo largo del comedor, esperando que sus amigos se recogiesen a la alcoba. Pronto vio realizado su deseo, porque el frío era crudo e invitaba a gustar la tibieza de las mantas.

Metiéronse, pues, en cama todos. El escritor cogió la palmatoria, y colocándola en el velador enfundóse entre las sábanas, y antes de leer advirtió:

—Algunos nombres de mis héroes los he encontrado aquí, en Kohahuyo, Wata-Wara me ha servido para mi Wara-Jaiphu; Tokorcunki es mi Kollaguaqui viejo… Se titula mi leyenda *La Justicia del Inca Huaina Capac*, y dice:

I

“Wara-Jaiphu puso el pie en balsa, temblando de dicha. Collaguaqui cogió el remo pintado de vistosos colores, sonrió por última vez al engalanado séquito congregado en la orilla, y apoyando el remo en tierra, impulsó la balsa lago adentro. Las vírgenes destaparon en ese instante sus cestos de paja teñida y comenzaron a arrojar puñados de flores silvestres a la balsa, que se deslizaba silenciosa; los varones agitaron sus banderas blancas recamadas con algunas placas de oro pulido y lanzaron al viento las notas gimientes de sus zampoñas y el loco tintineo de sus tamboriles.

—¡Qué sean ustedes felices! –les gritó gravemente el viejo Collaguaqui, agitando una ramita de *koha* (romero) que había arrancado de la vera del camino.

La mañana era serena, límpida. Sobre el lago azul y sin ondulaciones volaban las gaviotas, reflejando en la linfa su plumaje albo y el sol cabrilleaba en las placas de oro que iban pegadas a la vela, hecha de *totora* joven.

Cuando la balsa se hubo apartado de la costa y dejaron de oírse los ecos de la loca fanfarria, Wara-Jaiphu sacudió de su oscura cabellera los pétalos de las flores silvestres, y envolviendo a su novio en la mirada ardiente de sus ojos profundamente negros, le dijo con voz de mieles:

—Debes de estar contento, pues se ha realizado lo que con más vehemencia aspirabas: ver al Inca, hablarle. Nada en el pueblo lograba distraerte; siempre estabas triste; sombrío. En vano los *yatiris* habían apartado los conjuros de tu cabeza, creyendo que estabas poseído; buscabas los rincones, como bestia herida. Yo te he seguido por todas partes, a ocultas, y como nunca apartabas los ojos de la isla, he adivinado que toda tu preocupación era presentarte al Inca, brillar en sus fiestas, servirle. Y ahora le conoces, le has visto, le has hablado, y ya eres feliz… Dime, ¿cómo es el Inca?

A esta pregunta irguiese Collaguaqui, y sonriendo inefablemente, cual si volviese a una dulce senda cruzada en su infancia y olvidada después, repuso:

—Es alto, grueso, de ojos claros, bello.

—Dicen que es muy joven.

—Aún no ha celebrado veinte veces la fiesta de su padre el Sol.

—¿Y qué viene a hacer a la isla?

—Viene a consagrarse, y como los demás Incas, recorre su Imperio para conocer las necesidades de sus hijos. Huaina-Capac ha hecho lo que ninguno: donde llega hace levantar edificios, castiga a los delincuentes, distribuye mercedes.

—¿Y es verdad que le gustan mucho las mujeres? Dicen que trae varias consigo; que por donde pasa es su afán poseer a las más bellas y dejar a sus capitanes y privados las que a él no le gustan; que los padres se afanan por entregarle sus hijas…

—Es deber de los vasallos servir a su señor.

—Yo sé de muchas que han sido desdeñadas en la isla.

—De ahí la tristeza de nuestro señor.

—¿Triste porque no encuentra mujeres bonitas?

—Por eso. Piensa que una raza impotente de engendrar hermoso fruto es raza inhábil para las grandes conquistas y las heroicas acciones… Acostumbrado a mirarse en las pupilas de las chachapoyas, que saben reflejar la belleza de su país claro y limpio, hasta ahora no ha encontrado en la comarca una sola virgen que alegre su corazón. El pueblo se ha consternado, y han partido secretos emisarios para hallar una, aunque no lleve en las venas sangre de príncipes, y hasta que la encuentran han organizado los curacas grandes fiestas, y a ellas vamos… ¿Estás contenta?

Wara-Jaiphu levantó el rostro. Mostrábase seria y una nube de tristeza velaba el brillo de sus ojos.

—Sí, porque lo estás tú; pero mi alegría no me nace del corazón. Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—No sé; me parece que no me amas. Prefieres otras cosas.

Cuidóse de poner paz el mancebo en el alma inquieta de su prometida y se entretuvo en remar con fiebre, deseoso de llegar a su destino. Entonces la doncella distrajo su pena siguiendo con los ojos, en el cielo, el vuelo de los rosados ibis y en lo hondo de la transparente linfa, la huida de los peces.

Se habían alejado bastante de la costa y acercado a la sagrada isla, cuyos contornos se destacaban, limpios en la clara mañana. El templo del

Sol levantaba sus muros sobre el verde de una colina, con señorial aire de castillo, y sus cuatro puertas incrustadas de metales pulidos brillaban como una ascua; en las planicies, los maizales mecían sus largas hojas y sus rubias cabelleras, y en la orilla, fuera de los muros de la fortaleza, se veían desparramadas algunas tiendas, cuya tela bordada con lágrimas de oro se hinchaba al fresco soplo de la brisa, y brillaba el precioso metal como gotas de rocío sobre iris blancos. Varios hombres, metidos hasta la cintura en el agua, trataban de poner en seco las balsas reales, y otros que, juzgados por la riqueza de su traje, debían ser nobles, rodeaban una especie de dosel, bajo el que estaba sentado un hombre joven vestido de rojo, con una corona de plumas plateadas y una borla roja caída sobre el rostro y pendiente de la augusta y noble frente –signo magno de poder real– y un rutilante sol de oro en el pecho.

—Parece que nos hacen señas. ¿Qué querrán decir? –interrogó Wara-Jaiphu, señalando, temerosa, al grupo de hombres.

—¡Nos llama! –dijo Collaguaqui con alegre acento al reconocer al Inca. Y redobló la agilidad de sus fuertes brazos.

La balsa avanzó ligera, haciendo curvar a su paso las *totoras* jóvenes que poblaban la orilla. El rostro de la enamorada se cubrió de intensa palidez y una enorme angustia le oprimió el pecho.

—¿Qué quieren por acá a esas horas y en estos sitios? –se levantó una voz airada viniendo desde la orilla.

Collaguaqui dio el último empuje a su balsa, saltó a tierra, y llegándose hasta el Inca se puso de rodillas ante él:

—Vengo de Copacabana, señor, y te traigo la doncella que te ha de alegrar el corazón.

Huaina-Capac, al reconocerlo, lanzó una carcajada.

—¡Ah! Ya me acuerdo. Eres el poeta que ha prometido presentarme la mujer más bella que vieran mis ojos… ¿Es acaso ésta?…

E, incrédulo, se volvió hacia Wara-Jaiphu, que, aterrada por las palabras de su novio, permanecía de pie sobre la balsa, en actitud sumisa; mas apenas descubriera el Inca sus facciones, una exclamación de sorpresa brotó de sus labios. Y dijo volviéndose a sus cortesanos, envidiosos ya por la fortuna del mancebo:

—Es el único poeta que conozco que haya dicho la verdad. Esta joven es bella como una chachapoya; debe correr sangre de su estirpe por sus venas.

Y los cortesanos, siempre aduladores, aguzaron al punto su ingenio para cantar himnos de alabanza en honor de Wara-Jaiphu:

—Sus cabellos son oscuros como ala de cuervo marino –dijo un amauta.

—Sus ojos tienen el mirar dulce y triste de los guanacus –añadió un cacique de la comarca.

—Su tez es blanca como leche recién brotada de las ubres –agregó un viejo señor.

—Sus senos deben ser enhiestos como el Sajama que brilla en las pampas desnudas de los Collas, cuando el sol de la tarde lo dora –repuso un poeta.

—Es verdad, esta virgen es bella y parece frágil como una flor. ¿Cómo se llama? –preguntó el Inca devorando con la mirada la belleza de la aturdida doncella.

—Wara-Jaiphu.

—Ese nombre es aymara –dijo volviéndose a uno de sus sabios perito en lenguas exóticas y del lugar.

Collaguaqui se apresuró a responder:

—Sí, señor; quiere decir *brillo de la noche*.

—Es un nombre armonioso, y le cuadra.

Y sonriendo complacido, agregó mirando fijamente al mancebo:

—Habla; pide lo que quieras.

El rostro de Collaguaqui se iluminó de gozo. Hundió la frente en el polvo, y pidió:

—Quiero servirte, señor.

Huaina-Capac entornó los ojos, sorprendido.

—¿Eres noble acaso?

—Mi padre es cacique de Copacabana, señor.

—Pero no llevas sangre de mi raza en las venas.

—Mi abuelo condujo las andas de oro en que tu padre, nuestro Amo, vino a apaciguar las tierras conquistadas de Tiahuanacu, señor.

—Entonces es justo lo que pides. Quedas incorporado a mi servicio porque eres poeta y tu corazón parece ajeno al temor. Y tú…

El poderoso monarca se detiene. Ha visto correr llanto de pena sobre las mejillas de la virgen, y frunciendo ligeramente el ceño, la interrogó:

—¿Lloras? Diríase que no te place el verme. ¡Habla! ¿Por qué esas lágrimas?

Wara-Jaiphu avanza de hinojos hasta los pies del Inca y le confiesa sus cuitas:

—No comprendo… no alcanzo a comprender nada de lo que me pasa, señor. Yo le amo; él ha dicho a nuestros padres que serías Tú quien nos casaría; y le he seguido. Ahora veo que me abandona, y debo haberle causado algún mal muy grande para que así me castigue… Y me duele el corazón, señor.

La mirada del monarca es ahora terrible. Los cortesanos que ya habían hecho rueda en torno del mancebo se apartan de él discretamente, y prestan atento oído a la disculpa.

—¿Es verdad lo que dice esta joven? –pregunta, severo y con voz seca, a Collaguaqui.

—Señor –balbucea con torpe frase el ambicioso–, yo la amaba, cierto; pero he sabido de tus inquietudes…

—¡Ya sé! –le interrumpe, severo el Inca–; has preferido complacerme sacrificando tu amor. Eres –el monarca sonríe de una manera extraña– un ejemplar vasallo, y mereces una buena recompensa.

Y dirigiéndose a la doncella:

—Alza, Wara-Jaiphu, y seca tu llanto. Las penas del amor curan porque eres joven, fuerte y bella…

Vuelve a tu casa y sé feliz con otro; pero a él yo lo guardo conmigo. En pago de mis favores, lo único que he de exigirle es que nunca se case con ninguna mujer…

II

Terrible y trágica obsesionaba la visión al Inca.

Había pasado así:

Celebrábase en el Cuzco la fiesta del Raymi, y un aire tibio e impregnado con perfumes de violetas y naranjos en flor, incensaba la atmósfera, intensamente azul. La muchedumbre congregada en la plaza era numerosa como jamás. Los sacerdotes ostentaban sus mejores vestiduras y el séquito real fulgía bajo la riqueza de sus auríferos adornos. Todas las regiones del Imperio estaban representadas por sus curacas, y cada curaca, llevando sus armas de guerra, iba precedido de sus domésticos, que tocaban sus instrumentos, y sobre sus vestidos, cuajados de oro y piedras preciosas, ostentaban la piel seca del animal en que era rica su región. Los de Omasuyos por ejemplo, región desnuda del yermo y siempre barrida por los vientos de la cordillera que nunca se despoja del fino arminio de su nieve, iban cubiertos con pieles de vicuña y guanacos; los de Chayanta, honda vega de bosques profundos y flores perfumadas, con las de tigre. El fuego, encendido en pebeteros de plata colocados a la puerta del templo, ardía, pronto a consumir los sacrificios dedicados al buen Padre Sol.

De pronto, en medio del profundo silencio que guardaban los veinte mil hombres reunidos en la vasta plaza, grandes alaridos resonaron en el espacio luminoso. Alzaron todos la mirada al cielo, y vieron que un águila hendía el aire espacio arriba, escalando el cielo con fuertes aletazos, cual una saeta de nieve lanzada por vigoroso brazo, perseguida por una bandada de halcones que le atajaban el espacio mordiéndola en el pecho, implacable y feroz. Las plumas blancas, tintas en sangre, volaban como mariposas bicolores.

Largo y tremendo fue el desigual combate. Los viles no cejaban en su empeño de morder, y el águila, siempre enérgica, subía, subía, sedienta de luz y espacio, hasta que, desfallecida, hizo un supremo esfuerzo y plegando las poderosas alas dejóse caer a plomo en medio del séquito real, cual si sólo allí esperase encontrar segura protección. Cogiéronla los sacerdotes y cuidaron de sus heridas; pero en vano. Murió tres días después.

Y dijeron, llorando, los *laicas* consultados:

—Señor, lo que hemos visto es un símbolo. Es el Imperio que se va.

Estas palabras obsedían, implacables, al Inca; y su insondable tristeza se acentuaba cada día más con los desconocidos males que súbitamente comenzaron a abatirse sobre el Imperio del Tahuantinsuyo, hasta entonces

tranquilo, feliz y próspero. El buen Padre Sol ocultábase en pleno día, cual si sintiese vergüenza de iluminar los pecados de los hombres; de noche, en el cielo, aparecían estrellas nuevas, de largas y amarillentas caudas y siniestro aspecto; la tierra, siempre generosa, benigna siempre, estremecíase y temblaba ahora, como madre que no puede expulsar el objeto de su amor; enfermedades desconocidas por los *colliris* diezmaban las poblaciones y en los campos se morían los rebaños sacudidos por males que nadie conocía. Y todo esto traía abatidos los ánimos, y particularmente el de Huaina-Capac, el poderoso señor enfermo de melancolía. Se le veía pasear sombrío y taciturno, el pensamiento constantemente ocupado con los grandes trastornos de la Naturaleza, y sobre todo, con los hombres blancos, barbudos y de ojos azules que decían haber aparecido hacía poco en la costa. Y pensaba, no sin espanto, en la profecía de su abuelo, el magnánimo Inca Wiracocha, quien había predicho que el Imperio sería conquistado y destruido por hombres venidos de lejanas tierras… Y en previsión de que tan fatal vaticino se cumpliese, y a pesar de su angustiada tristeza, había dispuesto que todos los súbditos de su Imperio, bajo penas severísimas, hiciesen gala de alegría y buenas formas, dando él mismo el ejemplo y rodeándose de un lujo hasta entonces desconocido en el Imperio, pues decía quería gozar por última vez de lo que a su fin corría…

Un día de esos en que Huaina-Capac, más triste que nunca, paseaba por el jardín de palacio, adornado de árboles de plata con frutos de oro, tropezó con un hombre sentado a la sombra de un plátano, con la cabeza hundida en el pecho y los ojos perdidos en la tierra. Lo reconoció el Inca, y le habló:

—¿Qué tienes, Collaguaqui, que así huyes de tus amigos y buscas la soledad, que es consejera de malos pensares? Pareces un delincuente empeñado en ocultar un delito grave. Debes de estar enfermo, pues que persistes en no hacer brillar en tu rostro la luz de la alegría.

Collaguaqui se puso de rodillas, y dijo:

—Perdóname, señor; no tengo nada. Pero desde hace tiempo una honda pena me roe el corazón, y no puedo ocultarla, por grande que sea mi deseo de complacerte, pues bien sabes, señor, que cuando el corazón llora no pueden reír los labios.

—¿Y qué es lo que así te obliga a padecer?

Collaguaqui alzó el rostro envejecido y sacudiendo su cabellera, sobre la cual el tiempo había echado polvo de años, repuso con voz lenta y acento grave:

—Señor, no tengo a nadie que por mí se interese. Soy como esos árboles que no dan sombra a ninguna clase de vegetación.

El monarca sonrió enigmático, y repuso con tono indiferente:

—Cierto. Has pasado por la vida lleno de ambición y gloria. Debes de estar contento.

—Creí estarlo, señor, antes, cuando era joven; pero ahora que he visto caer mucha nieve sobre los picos de los montes, me he convencido de que no lo estoy, señor.

Y sin embargo, debías de estarlo, Collaguaqui. Tu nombre es popular en el Imperio y todos saben de memoria las grandes hazañas que has realizado. Yo te debo mucho. Tú solo, con tu prudencia y energía, has podido someter las levantiscas tribus de los Antis, hechas a vivir altivas e insociables en la adusta serenidad de las pampas inclementes, entre las quiebras abruptas de las cordilleras. Merced a tu bravura y heroicidad, se han ganado muchos combates, y yo he podido dar mayor esplendor al brillo de mi Imperio.

Suspiró Collaguaqui, y dijo con amarga tristeza:

—Me siento ya débil y viejo, señor. Mis luchas y heroicidades serán superadas por otras luchas y heroicidades; mi nombre se perderá como se pierde la espuma que el aletazo de la gaviota deja en la ancha extensión de las aguas, y habré pasado triste y solo, como esas llamas que, fatigadas por la caminata del día, caen en la tarde para no levantarse más, en tanto que la tropa avanza indiferente y descuidada.

—Entonces, ¿te pesa la vida?

—No, señor; la vida es un don de Dios y te pertenece; pero no tengo nada que la alegre.

—Eres glorioso.

—No hay quien perpetúe mi nombre, señor.

—Eres rico.

—No tengo quien goce de mis bienes, señor.

—Eres sano.

—El tiempo abate los más robustos árboles, señor.

—Eres feliz.

—Pensé que el renombre era la felicidad, señor, y me he engañado; es el amor, la afección del hogar. Soy solo, no tengo ni mujer ni hijos. ¡No soy feliz, señor!…

Huaina-Capac le miró largamente, y severo y triste, le dijo:

—Tienes razón, Collaguaqui; has destruido tu vida, la has hecho infecunda y es tu falta, porque antes que amado, has querido ser admirado, y toda vanidad se paga. La mujer que repudiaste lloró un tiempo tu desvío; pero así que vio brillar la sonrisa de su primer hijo se consoló, pensando que es frágil el amor de los hombres y no el de los hijos, y aunque el tiempo y la maternidad han echado mucha nieve sobre su cabeza, el corazón lo lleva joven y es enteramente feliz… Yo te quiero bien y sé lo que necesitas. Eres ya viejo y no podrías fundar un hogar; tus hijos no tendrían tiempo de recibir tu ejemplo y no estarían bien formados; el fruto engendrado en la vejez no es buen fruto. Te queda sólo el deber. Ve y hazte cargo de los hombres que vigilan el litoral para ver si vuelven a aparecer esos otros, algunos de los cuales dicen que andan como las bestias de cuatro pies y tienen dos cabezas. Si son dioses, pregúntales si creen en mi Padre el Sol; si son hombres, lucha contra ellos, pues eres esforzado y audaz. ¡Adiós, Collaguaqui!

Hizo una seña el monarca y retiróse el noble guerrero.

III

“Algún tiempo después, un quipo llegado al palacio de Tumipampa avisaba al Inca que Collaguaqui había muerto luchando heroicamente contra los seres barbudos y de ojos azules, que no eran dioses, sino hombres, con sus vicios, sus odios, sus amores y sus deseos, como los demás hombres…”

Así leyó Suárez, emocionado; mas nunca supieron sus amigos lo que había leído el ingenuo poeta enamorado…

XII

Hocico al viento iba derecho el ganado.

Ni un rayo de sol en el horizonte. Allá, lejos, limitando el paisaje, una colina chata esfumándose en el gris. Al naciente, lejos también, las albas cimas de la cordillera. En medio, surcando la ancha estepa, las curvas del río en enormes eses; sus aguas enrojecidas y lodosas corren mudas, lentas, y formando remolinos donde danzan hilos de paja y briznas de *totora*…

—¡Llaj!… ¡Ñustu!

Cogió la pastora del suelo un terrón endurecido y lo lanzó con su honda por encima de la majada, en dirección del semental, que había torcido la marcha y se iba a un pantano, donde jugueteaban algunas gaviotas, *Supaya* corrió hacia el grupo, dio dos ladridos y alguna dentellada, y regresó al lado de su dueña meneando la cola de placer por haber enderezado la torcida caravana.

Supaya, como su homónimo de la leyenda indígena, demonio, era negro, lanudo, y las lanas que cubrían su lomo afilado tenían reflejos de cobre envejecido. Malhumorado, hosco, huraño, difícilmente entraba en relaciones con nadie. Casto como sus dueños, raras veces corría en pos de galantes aventuras, acaso porque era feo hasta no pedir más y se sabía así. Si en ocasiones, y venciendo su hurañez, se mezclaba con los otros perros que vagabundeaban por el yermo, era para buscar pendencia y promover peleas, de las que no siempre salía airoso, porque la falta de alimento y el trabajo sin reposo lo traían flacucho y espigado.

Grave, filosófico, seguía ahora el rebaño con la cabeza gacha, y muy abismado en hondas cavilaciones. Sólo la voz de su ama tenía el privilegio de alegrarle. Cuando le daba alguna orden, en sus ojitos perspicaces y tiernos lucía intensa llama de alegría y devota sumisión.

Listo en sacar a lucir el colmillo para quien no hubiese requerido su amistad, sólo corría a la vista de los pantalones. Los pantalones le causaban invencible miedo, acaso porque sabía que en ellos van las escopetas que atruenan con hórridos estampidos los grandes espacios. No bien divisaba a lo lejos la silueta de los patrones, estaba buscando refugio al lado de su dueña, y así el muy prudente mostraba instintos absolutamente reacios al

progreso y refinamiento que, diz, los blancos aportan dondequiera que sientan sus conquistadoras plantas.

De buena hora estuvieron la zagala y su rebaño en el cerro donde acostumbraba pastorear. Iba radiante la moza porque ya estaban en pie los muros de la nueva vivienda que su marido iba alzando en las faldas del cerro, en una faja de tierra lindante con el río, plana y rica.

La mañana oscura y ventosa anunciaba la nevada del Carmen, que los agricultores esperan con alborozo.

De los lejanos confines del horizonte emergían enormes nubarrones negros, que se copiaban en las temblorosas aguas del lago, dándoles una opacidad de metal pulido, y manchaban el azul profundo de los cielos, que al entenebrecerse imprimían sello de cruel gravedad al enorme paisaje.

Todo parecía diluirse bajo las sombras y adquirir color terroso: el lago, los cerros, los montes, el río, las casas. Los mismos eneales de la orilla parecían negros, borrosos.

Sobre el peñascal, cordón de rocas en la cima del cerro y fuertemente asida a la saliente de un pedrusco, Wata-Wara miraba, distraída, el menudo oleaje del lago, que parecía hervir. Sus ovejas triscaban por los riscos rumiando la paja tierna brotada en las junturas y hiendas de las rocas, y *Supaya*, el perrillo, husmeaba el viento, caviloso y huraño.

Los cuervos marinos revoloteaban en nutridas bandadas por las orillas y las gaviotas se dejaban mecer sobre el oleaje, lanzando estridentes chillidos.

Miraba la pastora el retorno de los pescadores a la playa. Venían de lejos, por grupos de cuatro o cinco, y las velas de *totora* de sus balsas parecían otras tantas gaviotas reposando en la inquieta superficie de las aguas, que florecían en espuma e iban a morir bravamente entre los *totorales*.

De pronto, *Supaya* husmeó el viento y se puso a gruñir rabioso, mirando el camino. Wata-Wara volvió el rostro, y vio que trepaban por la pendiente el patrón y sus amigos.

Sin saber por qué, sintió miedo. Y quiso escapar, abandonando su ganado, ponerse a distancia de los amos; pero para realizar su propósito veíase obligada a coger la senda que ellos traían, porque al otro lado el cerro caía a pico sobre el lago.

Fingió no verlos; y disimulándose entre la grieta de una roca, púsose de espaldas a la senda que serpeaba a sus pies por entre los desnudos peñascales.

Resonó cerca la detonación de un tiro. *Supaya* corrió a buscar refugio junto a su dueña y huyeron en bandadas las tórtolas que habían buscado abrigo del viento entre las grietas de los peñascos. Una perdiz cayó muerta entre las peñas del camino, manchando con su sangre las piedras.

—¡Por aquí, por aquí ha caído!

Venían corriendo los jóvenes, con los ojos pegados a los huecos de las peñas, hurgando con los caños de los fusiles los hirsutos y ásperos pajonales; y a medida que ellos avanzaban la pastora iba recatándose más en el suelo, cual si quisiera perderse en él.

—¿Qué miras?

Le habló el patrón, y fingió no oírle.

—¡Oye, mujer! ¿Viste caer por aquí una perdiz? –volvió a preguntar Pantoja encaramándose a una peña.

Wata-Wara señaló el ave muerta.

—Ahí está.

Pantoja saltó sobre el terraplén, recogió la presa, y examinándola dijo a sus amigos:

—¡Qué tiro, ché! ¡En la cabeza!

—Te equivocas –se burló Suárez–; debajo de la cola.

—Eso sólo tú, maula.

Y volviendo a mirar el ave que tenía entre manos, añadió con íntimo gozo:

—¡Qué presa! Por lo menos cambiaremos de carne.

—La mejor presa es aquélla –dijo Valle señalando a la joven.

Pantoja volvió los ojos hacia la zagala, y al reconocerla asintió alegremente:

—¡Caramba! Es Wata-Wara. ¿Qué hacemos?

—Nos la llevamos.

—No, hombre; déjala –protestó Suárez.

—¡Leseras! Pero ¿adónde la llevamos?

—A la cueva.

—¿Y querrá seguirnos? Dicen que éstos no asoman nunca por ella; le tienen miedo.

—Déjense de tonterías y vámonos –insistió Suárez.

—¿Tonterías una mujer así? Eres loco. Si quieres, tú te vas –repuso Ocampo.

Wata-Wara escuchaba sin comprender, pero con el presentimiento de que hablaban de ella, y aumentaba su miedo y se sentía llena de incertidumbre, cual si temiese la aproximación de una desgracia.

Pantoja se volvió hacia la joven, que miraba atentamente el lago, aunque sin perder ningún movimiento de los blancos.

—¿Qué miras?

—Nada, patrón.

—¿Y dónde está tu marido?

La india señaló el lago:

—Allí dentro, pescando.

—¡Caramba! Yo no me atrevería a entrar al lago con este tiempo. ¡Qué nubes tan negras! –dijo Suárez señalando el cerrado horizonte.

—¡Y cómo está el laguito! Las aguas son de tinta. Nunca lo hemos visto así –repuso Valle trepando hasta la cresta de la roca donde se encontraba Wata-Wara.

Y añadió, volviéndose a sus amigos:

—Vengan a ver esto; da miedo.

Ganaron los jóvenes la altura, y echaron una mirada al vasto y doliente panorama.

Las nubes habían cubierto todo el cielo, y se proyectaban, plúmbeas, en el lago, cuyas aguas se alzaban en olas menudas coronadas de espuma blanca. Todo yacía sumido en una claridad borrosa; diríase tendido sobre el cielo un inmenso paño negro que dejase pasar la luz al través de su tejido.

—Nunca se pone así el cielo en este tiempo; ¿por qué será? –preguntó Pantoja a la india.

—Es el *kenaya*, *tata*.

—¿Y qué es el *kenaya*?

—Son esas nubes negras, y anuncian desgracias.

—¿Y tienes miedo?

—Sí.

—¿De qué?

La india se encogió de hombros:

—A veces se tiene miedo sin saber por qué.

—¡Pobrecita! ¡Déjenla! –insistió Suárez impresionado por el aspecto del paisaje y por las palabras de la zagala.

—Eres tímido como una perdiz. ¿Crees que le importa nada el divertirse con nosotros? –insistió Pantoja mirando fijamente a Wata-Wara y descubriendo nuevos encantos en su rostro broncíneo y dulce.

—Oye –la dijo–, dicen que por acá hay una cueva. Condúcenos.

La india señalo con el dedo la senda y repuso:

—Ese camino lleva derecho a ella. Si yo voy, mis ovejas se dispersarían.

Pantoja fingió indignarse.

¿Es que se le desobedecía? ¡Cuidado! Él era patrón, y tenía derecho a mandar y ser obedecido sin réplica… ¿O creía ella que iba a burlarse de él? ¡No faltaba más!

Wata-Wara, sin replicar, arrolló la honda a su cintura, púsose las ojotas, recogió su rueca, pero antes de bajar de su atalaya levantó los brazos e hizo una seña a los balseros, que estaban ya por llegar a las lindes de las *totoras*.

Pesadas gotas de lluvia comenzaron a aplastarse en ese suelo reseco y polvoroso, levantando tenues nubecillas. Las ovejas corrieron contra el peñascal, y *Supaya*, gruñendo sordamente en torno de los jóvenes, erizaba las lanas de su lomo, enfurecido.

—Yo me quedo a ver esto –dijo Suárez a sus amigos, que se alejaban llevándose a la moza.

Wata-Wara iba delante con paso tardo, quizás por la pesadez de su vientre fecundado o por dar tiempo a que ganasen el cerro los pescadores.

—¡Ojalá te sea propicia la soledad! –le contestó socarronamente Pantoja.

Suárez, con un gesto de cansancio y repugnancia, se sentó en el sitio ocupado antes por la zagala, y desde donde se descubría el vasto horizonte del lago y de la cordillera; mas sus amigos, casi súbitamente animados del

furor de la especie a la vista de la hembra, espléndidamente ataviada de las solas galas naturales, iban decididos a conseguirla por la fuerza si de grado no alcanzaban su deseo.

—¿Cómo se llama esta cueva? –preguntó Ocampo señalando el oscuro agujero de la entrada cuando hubieron llegado a su vecindad.

—¡Es la morada del diablo! –dijo Wata-Wara con miedo.

Y añadió, con la esperanza de atemorizar a los amos:

—De noche salen gritos del interior y se ven brillar los ojos del demonio.

—Y tú, ¿viste alguna vez?

—Una sola, cuando era niña; pero nunca vengo de noche por aquí.

De pronto lanzó un grito, y señalando el agujero, dijo con no fingida angustia:

—¡Miren! ¡Allí está!…

—¿Qué?

—¡El diablo!…

Y temblaba de veras, despavorida, como con fiebre.

Los jóvenes se aproximaron más a la entrada, y efectivamente, en lo hondo vieron brillar dos puntos redondos con opaca luz.

—¿Saben que es verdad? –dijo Aguirre retrocediendo instintivamente un paso.

—¡Tonto! Alguna lechuza. Ya verán –replicó Pantoja.

Se echó la escopeta a la cara, apuntó e hizo fuego.

Al ruido de la fragorosa detonación escaparon los leke-lekes lanzando agudos chillidos, y una bandada de aves salió huyendo de la cueva y rozó con sus alas la cabeza de los jóvenes. Se disipó el humo, y habían desaparecido los dos puntos luminosos.

—¿Lo ven? Era una lechuza. Y para que se convenzan…

Entró Pantoja a la cueva, encendió un fósforo, y se le vio alejarse hacia el fondo oscuro. A los pocos momentos volvió a aparecer trayendo arrastrado por las alas grises el cuerpo aún tibio del ave nocturna y funeral.

—¡Ahí está el diablo!

Y arrojó a los pies de la india el despojo del búho. Wata-Wara ahogó un grito y se tapó la cara con las manos temblando de pavor.

Hiciéronse más tupidas las gotas de lluvia. El viento silbaba entre los pajonales y aullaba lastimeramente en las hiendas de las rocas. Por la llanura vagaban enormes torbellinos de polvo y un ruido vago que parecía descender del cielo llenaba el horizonte.

—Entremos; la lluvia nos coge –propuso Ocampo.

Wata-Wara, sin decir nada, con aire indolente, alejóse del grupo, en dirección a su majada.

—Y tú, ¿por qué no entras? –le preguntó Pantoja.

—No, *tata*; tengo miedo.

—¡Qué tonta! ¿Acaso no ves ahí al diablo? –y señaló al búho muerto.

—Es que se ha convertido en eso. El diablo no muere a bala…

—Te has de mojar. Te irás cuando pase la lluvia.

—¡Me voy! –repuso con voz baja y firme.

—¡Por la fuerza, queridos! –dijo Pantoja.

Y tomándola por la mano, quiso arrastrarla. Wata-Wara se dejó caer en el suelo, temblando de congoja.

Supaya, las orejas altas, centelleantes los ojos, lanzase hacia el agresor e hizo presa en su vestido.

—¡Quita, maldito!

Y Ocampo, con la culata de su escopeta, descargó un fuerte golpe en el endeble cuerpecillo de la bestia, y se oyó el ¡crac! de algo que se quiebra. *Supaya* soltó la presa, y con agudo quejido, huyó arrastrando la pata.

¡A su perro! Wata-Wara de un salto púsose en pie y probó desasirse para huir; pero Pantoja la tenía cogida con la fijeza de un dogo de lucha. La india prorrumpió en estridente alarido, mas al punto cayó sobre su boca la pesada y gruesa mano de Ocampo.

Probaron alzarla en vilo; pero ella, ágil y robusta, defendióse con las uñas, los dientes y los pies. Y a patadas, a mordiscos, a zarpazos que herían como garra de rapaz, hirió a uno; pero los otros excitados como bestias, innoblemente, la arrastraron al antro…

A poco salieron corriendo de la cueva. Pantoja y Ocampo traían sangre en las manos y en las ropas. Aguirre estaba lívido; Valle se tambaleaba, próximo al desmayo.

—¿No ven?… Ahora se muere.

—¿Qué hacemos? –preguntó con angustia Aguirre.

—Hay que llamar a alguien… ¿Quién le dio ese golpe?

—No sé –repuso Pantoja.

—Oí como si se hubiese roto un hueso.

—¡Allí viene Alejo! –dijo Valle.

—Y viene corriendo.

—¿Le decimos algo?

—¿Para qué? No nos dejaría vivir en paz –opinó Pantoja, sombrío.

Fueron a su encuentro. Valle púsose a silbar desaforadamente en tanto que borraba la sangre de sus ropas; Ocampo reía con nerviosas carcajadas; Pantoja limpiaba la culata de su fusil cuidadosamente, cual si tuviese empeño en borrar una huella delatora; Aguirre iba serio y triste.

—¡Salieron al fin con su gusto! –les reprochó Suárez al descubrir el estado en que venían.

Los otros permanecieron mudos y parecían temerosos y cohibidos.

—Y ella, ¿dónde está? –preguntó Suárez, comenzando a sentir algo como la sombra de miedo ante el silencio y la actitud de sus amigos.

—Se quedó allí –repuso Pantoja evasivamente. Y agregó–: Vámonos a casa; es la hora del almuerzo.

Hízoseles largo el camino, y la mesa no fue animada con la presencia de Clorinda, que en otra circunstancia fuera recibida con alborozo por los señores, porque la garrida moza llevaba partida la abundante y negrísima cabellera y recogida hacia las espaldas en dos gruesas trenzas. Vestía un ajustado corpiño rojo, que modelaba con bastante precisión las turgencias de su seno hasta señalar los botones en que remataban.

—El vicio es triste –les dijo Suárez con ironía.

Pero sus palabras quedaron sin respuesta.

—¿Quieren ir a cazar? –preguntó Ocampo haciendo una señal de inteligencia a sus cómplices.

—Yo voy a dormir –dijo Pantoja, malhumorado.

—Yo a trabajar –se excusó Suárez.

Salieron los otros, armados de sus fusiles; y ya fuera, les dijo Aguirre:

—Creo que hemos hecho una barbaridad, y no he de estar tranquilo hasta no ver a Wata-Wara.

—Yo no vuelvo al cerro.

—Ni yo.

—Vamos a su casa; la conozco –propuso Aguirre.

—¿Para qué?

—Para verla. Si no ha vuelto, lo mandamos a su marido.

—¿Y qué le decimos?

—Que la encontramos descompuesta y que para cuidarla la llevamos a la cueva.

—¡Qué barbaridad! Pantoja le dio el golpe.

—Seguro. Le vi borrar la sangre de su escopeta.

—Yo no pensé que abortase.

—¡Quién iba a creer! Seguramente, con los esfuerzos…

—Eso fue. Y sobre todo, el golpe.

—No debíamos haberla dejado. Si se muere, estamos lucidos…

—¡Ni lo digas!

Y calleron, miedosos, acobardados, sintiendo cada uno terrible remordimiento por haber cedido a sus impulsos, aunque dispuestos a zafar del conflicto echando todo el peso de su culpa sobre el anfitrión si se veían envueltos en alguna demanda criminal.

—Creo que sería preferible ir al cerro, para verla –insistió Aguirre.

—Ya es tarde para cualquier cosa –alegó Valle con desaliento.

—Mejor es ir a su casa. Allí hemos de saber todo.

Se pusieron en marcha. El sol había roto las nubes y alumbraba por trechos el paisaje. Seguía soplando el viento.

Encontraron a Agiali en medio del corral de su casa en construcción, los ojos clavados en la senda que conducía al cerro. Esperaba hacía rato a su mujer y hallábase impaciente por su tardanza.

—Oye –le dijo Ocampo–, algo le ha dado a tu mujer en el cerro. Subimos a cazar vizcachas, y la encontramos enferma; la metimos a una cueva para que no se empeore con la lluvia. Anda a verla y ven a decirnos lo que tiene.

Agiali frunció el ceño y clavó los ojos, terribles y centelleantes, en Ocampo. Y luego, sin proferir palabra, lanzóse a carrera tendida por la falda del cerro, camino de la cumbre.

—¡Estamos lucidos! ¡La india se ha desangrado! –exclamó Valle, en el colmo de la angustia.

Los otros sintieron correr por sus venas un calofrío de espanto. Y quedaron mudos, lívidos, mirándose alternativamente en los ojos, o volviéndolos hacia el camino, por donde seguía corriendo Agiali, sin detenerse a las voces de algunos vecinos que le llamaban desde sus casas.

Siempre corriendo, cubierto de sudor y de polvo, con el pecho al estallar por el soroche, llegó a la entrada de la cueva. Sin vacilar un instante metióse en ella de golpe, atraído por los aullidos de su perro, que resonaban lastimeramente en el fondo y que en cualquier otra circunstancia le habrían hecho agonizar de terror.

De pronto, y entrando de la luz de mediodía a las sombras espesas de la cueva, no pudo distinguir casi nada, pero como diestro cazador de suches en noche sin estrellas, a poco alcanzó a ver el cuerpo de su esposa caído en el suelo, rígido. Dio un salto, estuvo junto a él, y alzándolo en vilo, salió corriendo a la luz porque en sus brazos sintió la pesada rigidez de la carne sin vida. Al levantarse tropezó con una cosa húmeda y blanda…

Depositó el cuerpo a la entrada de la caverna, a pleno sol.

Pálida estaba la moza, con palidez de cera vieja. Gotas de sudor habían perlado su frente cerca los tímpanos, y al secarse ensortijaron el cabello, adhiriéndolo a la piel transparente. Por detrás de la oreja un hilillo de sangre se perdía entre los vestidos de la espalda.

—¡Wata-Wara! –llamó el mozo, temblando de congoja y cogiendo el brazo duro y rígido.

La india yacía inmóvil, con las piernas manchadas de sangre coagulada. Y la mano, fría como piedra, estaba dura sobre el pecho sin latidos…

Sintió miedo. Miedo de la mudez de la amada y de las cosas, de la soledad imperturbable del espacio.

—¡Wata-Wara! –volvió a gemir, presintiendo la desgracia.

Respondióle un chillido agudo y penetrante de lo alto del cielo. Alzó la cabeza, y vio que un *alkamari*, negro pajarraco de lamentable sino, revoloteaba pesadamente cerca de él, con los ojos fijos en el rígido cuerpo de su compañera.

Y de repente, preso de pánico, echó a correr cuesta adentro, en carrera vertiginosa, sin volver la cabeza atrás, enloquecido de terror por el ruido

que las piedras, desquiciadas a su paso fugitivo, producían al rodar por la áspera pendiente del cerro.

Ya en el llano, sin detenerse a cobrar aliento y siempre a carrera, se dirigió a casa del viejo Choquehuanka, su maestro y el protector de su amada. Se presentó de hecho en el patio, sudoroso, con la mirada perdida, sin poncho, los largos cabellos al viento, enloquecidos de espanto los ojos.

Acababa de merendar Choquehuanka y no hacía mucho que se había sentado en el suelo para componer una red envejecida. Su perrillo lanudo dormitaba tendido a sus pies; algunas gallinas picoteaban entre la hierba seca del patio, y el gallo miraba fijamente el cielo, erguido sobre una hacina de bosta seca.

Al verle entrar con tanta precipitación, levantó los ojos de su quehacer y los fijó en el mozo; y al descubrir el aspecto desolado y la traza desordenada y deshecha de Agiali, le preguntó lleno de ansiedad:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—¡La han matado! –sollozó Agiali con fuerza.

—¿Qué hablas? ¿A quién?

—¡La han asesinado! –volvió a gemir el mozo.

El viejo dilató los ojos, y preguntó con miedo:

—Pero ¿a quién? ¿Quiénes?

—¡La han asesinado a Wata-Wara los patrones!

—¡Ah!...

Y el anciano quedó yerto, con la boca abierta y los ojos agrandados por el terror. Le parecía haber oído mal. ¿Asesinada Wata-Wara, su hija?... No; seguramente ese infeliz estaba con la cabeza perdida. ¿Qué habría podido hacer de tremendo la zagala, ser inofensivo y puro, a los patrones? ¿Acaso los conocía siquiera? Seguramente...

—Mira, Agiali; a mí no se me miente y yo conozco la verdad... Dices que tu mujer ha sido asesinada por los patrones. Seguramente la pobre ha dejado morir alguna de tus bestias, y tú, en un momento de cólera... ¿verdad?

Agiali se irguió.

—Te digo, viejo chocho, que ellos la han matado... ¿No me crees?

Choquehuanka se puso lívido:

—Sí, te creo. Si no fuera verdad, tú no me hablarías así… ¿Y cómo, por qué la mataron?… –preguntó, trémulo.

—¿Acaso yo sé nada? Estaba en mi casa esperándola desde mediodía, y vinieron ellos, los perros y me dijo uno: "Oye, a tu mujer le ha dado algo y la metimos a la cueva". Corrí allá, y la encontré muerta. Y no sé más.

—¿Pero tienes seguridad de que estaba muerta? –insistió Choquehuanka con incertidumbre.

—Sí, los *alkamaris* revoloteaban alrededor de su cuerpo…

Un temblor de espanto sacudió el cuerpo de Choquehuanka. ¡Los alkamaris! ¿Qué más prueba que ésa? Eran aves de mal agüero, y aparecían sólo en derredor de la carroña.

—¿Y está pálida ella?

—Blanca, blanca como los huevos de *pana*.

Choquehuanka inclinó la cabeza; en sus ojos cansados y graves brillaron las lágrimas. Se irguió a poco, y elevando los brazos al cielo, murmuró sombríamente.

—¡Señor! ¿Se hace todo esto por tu voluntad?

Luego se dirigió al joven.

—¿Y siempre crees que el patrón y sus amigos…?

—¿Por qué dudas? ¡Como si lo viera! Hasta me pareció descubrir sangre en sus manos.

—Entonces… ¡Deben morir!

Una llamarada de alegría pasó por los ojos de Agiali.

—¡Deben morir! –repitió exaltadamente.

Y luego, cual si recién se diera cuenta de su desgracia, ocultó la cabeza entre los brazos levantados y lloró.

—Quisieras vengarte, ¿verdad?

—¡Quisiera!… ¡Quisiera morderles el corazón! –repuso con vehemencia, alzando el rostro, mojado de sudor y lágrimas.

—¿Y contaste a alguien la muerte de tu mujer?

—Del cerro vine a tu casa. A nadie he visto.

—Mejor. Ahora anda a la casa de hacienda.

Agiali miró al anciano con estupor.

—¿Para qué?

—Para que te vean y no sospechen nada…

—¿Y crees que podría verlos tranquilos, sin que me den ganas de partirles con mis uñas el corazón?

—Lo harás a su tiempo y sin peligro. Muéstrate fuerte como eres.

—Entonces iré a darles la noticia que me pidieron.

—¿Qué noticia?

—Al mentirme que hallaron enferma a mi mujer, me ordenaron que fuese a verla y avisarles cómo la encontré en la cueva.

—Mejor. Si te preguntan algo, respóndeles que Wata-Wara está en su casa y sin cuidado… Vete, hijo; pero antes pasa por donde Apaña y Tokorcunki y diles que les necesito y vengan al punto… Tú puedes quedar allí hasta cuando *ellos* lo quieran; pero antes de media noche anda al cerro de Cusipata. Allí estaremos todos. Lleva tu arma.

Salió Agiali. Entonces el anciano se dejó caer, vencido, junto al poyo de la puerta. Inclinó la cabeza y quedó inmóvil largo rato.

Una voz calmada, grave, lo arrancó de sus meditaciones:

—¡Buenas tardes nos dé Dios, venerable *achachila* (anciano)!

Choquehuanka levantó la cabeza lentamente. Tokorcunki estaba delante, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, y le contemplaba con profundo respeto.

—Buenas tardes, Tokor.

Apoyó la mano en el báculo, y se puso en pie.

—Me ha dicho Agiali que deseabas verme. Al hablarme lloraba el mozo. ¿Le ha pasado algo?

—Al hombre siempre le pasa algo, Tokorcunki.

Apareció Apaña. Había cruzado su látigo de mando sobre las espaldas, y venía caviloso y con el ceño fruncido, pues traía la sospecha de alguna fechoría de los amos con la mujer de Agiali, porque los pescadores le habían referido algo de lo que pudieron ver de la lucha entre la pastora y sus agresores.

—¿Qué ha sucedido? –preguntó ya sin vacilar al ver la consternación de los dos viejos.

—Ahora hemos de verlo. Vengan, vamos al cerro de Cusipata; pero antes dejen que tome algo.

Entró a su habitación, y a poco volvió a aparecer. Se había cubierto de un poncho negro y llevaba en las manos, pendiente de una cuerda, su bocina de cuerno negro rayado de blanco, con embocadura de plata, y cuyo son, de todos conocido, sólo se dejaba oír en las más graves circunstancias.

La tarde estaba ya por caer. Había cesado el viento y las nubes se desgarraban, mostrando enormes jirones de cielo profundamente azul.

—¿Qué nuevas iniquidades ha cometido el mestizo? –preguntó Choquehuanka tras largo silencio.

—Todos los días hace algo. Se ha cansado de matar patos y ahora ha emprendido con las gallinas y los perros, y muchos han tenido que llevar sus bestias a las haciendas vecinas o encerrarlas en las habitaciones.

—¿Y siempre se muestra duro con la gente?

—Ayer le rompió la cabeza por dos partes a Leque, pegó a Cheka y le hizo voltear a su caballo a Condori, que iba a la feria de Chililaya.

—¿Y qué dicen?

—Ya no pueden más, y no comprenden todavía por qué te opones tú a que le demos un escarmiento.

—Es que ese hombre, mientras viva, no ha de escarmentar, y cualquier cosa que le hagamos sólo ha de servir para que desfogue en los inocentes el odio que nos tiene.

—¿Habrá que matarlo, entonces?

El viejo se detuvo, clavó los ojos en los de Tokorcunki y dijo:

—Sólo los muertos no hacen daño.

Y se puso a andar.

Llegaron a la cumbre. Una gran claridad descendía de los cielos sobre el paisaje. El sol, en su ocaso, se filtraba por la desgarradura de una nube y teñía de rojo, de un rojo vivo e intenso, las aguas, ahora quietas, del lago. En medio de la brasa, y cual manchas negras, emergían las islas, dibujando con gran precisión todos sus contornos hasta en sus menores detalles.

Un aullido agudo y prolongado turbó la quietud del crepúsculo.

—Diríase que se queja un perro.

—Quién sabe.

De pronto, tras una roca que ocultaba la boca de la caverna, descubrieron el cadáver de Wata-Wara. Estaba tendida de espaldas, los brazos

en cruz y rígidas las piernas. Su rostro iluminado por los rayos del sol agonizante, parecía blanco a la cruda luz, y reposaba tranquilo y bello con la calma imperturbable: diríase la imagen abandonada de un templo en ruinas. Cerca *Supaya*, sentado sobre las patas traseras, aullaba dolorido, con el hocico en alto, y sobre una roca, en actitud hierática, velaba un cuervo, los ojos fijos en el cadáver.

—¡Jesús Santo! ¡Wata-Wara! –exclamó Tokorcunki, horrorizado.

—Sí, Wata-Wara. Los patrones la han asesinado.

—¿Y por qué? ¿Qué pudo haberles hecho de malo?

—Era bella, la codiciaban, y… ¡ya ves!… ¡Como las bestias, hasta matarla!…

Acercáronse a los despojos. El pajarraco levantó perezosamente el vuelo y fue a posarse sobre otro peñasco de la cumbre, más distante.

Permanecieron de pie junto al cadáver, sin desplegar los labios ni apartar los ojos tristes del rostro de la zagala.

—Bien muerta está, ¿verdad? –preguntó el anciano con voz ahogada, pronta a romperse en sollozos.

—Muerta está –repusieron los otros palpando las manos yertas con las suyas temblorosas y convulsas.

Se hizo un largo silencio. Cada uno sentía dentro de sí la explosión de un deseo de venganza, inmediato e implacable.

—Yo lo quise evitar –dijo al fin el viejo, como si estuviera a solas–, y ellos lo han buscado. Ahora, cualquier disculpa sería… ¡Ellos lo quieren!

Y con voz alta, habló a los otros:

—Ustedes siempre me han reprochado de encubridor y de tímido, y es porque no quería sacrificarlos: pero recién veo que para nosotros no puede haber sino un camino: matar o morir.

Y agregó con imperio:

—Ahora vayan y cuenten por todas partes lo que han visto. Hagan saber todos que ha llegado el día de la venganza, y díganles que vengan al eco de mi *pututo* y donde brille mi hoguera… Yo ya soy viejo y he perdido mi vigor; pero siempre encontraré fuerzas para soplar tan recio que me oigan hasta en las comarcas vecinas, y se acuerden que Choquehuanka, el Justo, sacrificó a los suyos por querer aflojar los hierros que encadenan a su casta…

XIII

—¿Qué tienes? Pareces triste. En toda la tarde apenas has hablado –y el acento de Suárez era de cariñoso reproche.

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

Aguirre, harto de ocultar por más tiempo su congoja, contóle a su amigo la fechoría de la mañana; y luego, la cabeza inclinada contra el alto espaldar de la antigua butaca de cuero labrado, sólida y pesada, quedó mirando por el balcón abierto las bestias sueltas en los pastales del aprisco que bajaba en suave declive, amurallado por tapias de barro, hasta el río. Por trechos, entre los dorados pajonales, se veían remansos de agua estancada, en cuyos bordes yacía inmóvil una bandada de ibis negros.

—¡Eres curioso! –dijo Pantoja con acento ligeramente contrariado por la indiscreción de Aguirre, pues la actitud de Suárez, recatada y discreta, no dejaba de infundirle respeto, no obstante las burlas con que por lo común acogía sus consejos prudentes y oportunos.

Guardaron silencio por algunos instantes, hasta que Aguirre volvió a decir:

—Lo de esta mañana ha sido bárbaro.

Miráronse los amigos unos a otros, cohibidos; pero Pantoja, irritado por el reproche, contestó sarcástico:

—Tienes, chico, el valor de la franqueza. Te felicito.

Dolióle el acento a Aguirre, y repuso:

—No soy hipócrita y digo lo que pienso. Y mi pensar es ése…

—No hay para qué reñir –intervino Suárez–. Tiene razón Lucho; pero a mal que no tiene remedio…

Hízose otra vez el silencio, pesado, casi agresivo.

—¿Y crees que se habrá quejado la india? –preguntó Ocampo.

—Pudiera. Esta raza es terrible. Finge sumisión y respeto, pero es hipócrita y solapada.

—¿Y ustedes están seguros de que esa mujer ha vuelto en sí? ¿Y si hubiera muerto? –preguntó Aguirre mirando fijamente a sus amigos y con la obsesión del hombre poseído por una sola idea fija que le muele el alma, atroz, invencible.

—¡Caramba! ¡Qué ocurrencia! –contestó Valle, con el corazón súbitamente acongojado.

—¿Y por qué no? Yo le sentí desangrarse cuando cayó desvanecida por el golpe, y escapamos como niños, sin ver ni aun lo que tenía.

—¿Y quién le dio el golpe? –preguntó Suárez.

—No sé; pero yo no fui –dijo Aguirre con sincero acento.

—Tampoco yo –afirmó rotundamente Valle.

—Ni yo –dijo Ocampo, los ojos fijos en Pantoja.

—¡Entonces yo debo de ser! –repuso con sorna el anfitrión.

Y sonrió desdeñosamente.

—Alguien ha sido –afirmó Suárez. Y agregó–. ¿Y por qué la maltrataron?

—¡Tú no sabes cómo fue eso! Se defendía endemoniadamente y con unas fuerzas que daban miedo. Parecíamos muñecos en sus manos; y había que evitar sus patadas, sus mordiscos, y taparle la boca para que no nos taladrase los oídos con sus horribles alaridos, ni alborotara la hacienda y sus contornos. Entonces, alguien, seguramente para obligarle a callar, le dio el golpe y cayó. Y corrimos, sin tocarla siquiera.

—¿Y en qué momento se produjo el accidente?

—Durante la lucha… Y eso me da miedo. Si fuese únicamente un simple desmayo, la cosa no ofrecería ningún peligro; pero temo mucho que le sobrevenga un derrame, y entonces bien puede morirse –aseguró formalmente, pues había dragoneado un poco en los campos de medicina antes de titularse *doctor* en los de derecho.

Suárez, súbitamente asustado con la relación de Aguirre, exclamó:

—¡Ché! Lo mejor que podemos hacer es marcharnos ahora mismo a La Paz.

Pantoja, contagiado de la alarma, pero con cierta irritación, les dijo:

—No sean simples. El miedo es mal consejero; les hace ver visiones. Nadie muere de un golpe, y los indios no nos han de comer por vengar el atentado contra el pudor de una mujer. Si destruyésemos sus campos o incendiáramos sus casas, quizás. ¡Pero, por una india! Ustedes creen que estos brutos piensan del honor como nosotros, y no hay padre que no entregue a su hija por un trago de licor o unos cuantos pesos.

Valle, el más torpe de todos pero el mejor informado sobre la capacidad de resistencia moral del indio, hizo un enérgico movimiento de convencimiento con la cabeza apoyando a su amigo.

Parecióles decisivo el argumento, y callaron. Y entonces Pantoja propuso:

—Yo les invito a hacer un paseo por el lago después de la comida, para demostrarles que los indios están como siempre y que no ha pasado nada con esa condenada.

—Sería mejor saberlo antes –dijo Ocampo.

—Es fácil.

Y asomándose Pantoja a la puerta del comedor, llamó a grandes voces a Troche, quien acudió al punto.

—Oye, Troche: queremos pasear esta noche después de la comida por el lago, y manda disponer algunas balsas. Que vengan los mejores remeros: Leque, Tiquimani, Agiali…

—Hace tiempo que Agiali espera.

—¡Ah! ¿Y qué dice? –preguntó mirando con ansiedad al empleado.

—Nada.

—¿Y a qué ha venido?

—Dice que usted le ha llamado para preguntarle por su mujer.

—¿Y cómo sigue su mujer?

—Dice que está bien…

—Bueno, que entre, y no olvides las balsas.

Salió Troche, y el joven, riendo a carcajadas, dio bromas a los cuitados:

—¿No ven? El marido está aquí, y no ha pasado nada. ¡Caray! ¡Ni que si fuesen mujeres! Si llegara el caso, yo solo me batiría contra todos esos salvajes…

Los amigos callaron, sin dar importancia a la fanfarronada. Algunos sentíanse avergonzados de haber hecho ostensible su inquietud.

—Es Alejo, que… De seguro que aún no le llega la camisa al cuerpo –dijo Ocampo como para sincerarse.

—¡Así siempre son los poetas!

Y rieron todos, inclusive Aguirre, a expensas del escritor, que, sin responder, dolorido, alzóse de hombros con aire desdeñoso y resignado.

En ese instante se presentó en la puerta Agiali. Venía emponchado y con el sombrero entre las manos. Estaba lívido y desencajado. Al verlo, miráronse entre sí los jóvenes y sonrieron, aliviados de una penosa inquietud, satisfechos. Pantoja se le encaró:

—Oye, ¿y cómo encontraste a tu mujer?

Agiali se estremeció y repuso sin vacilar:

—Bien.

—¿Y qué tenía?

—Nada.

Su voz era breve y honda; pero no lo notaron los jóvenes, abstraídos como estaban en saborear el dulce apaciguamiento que había caído sobre su espíritu.

—Bueno, anda al lago a preparar tu balsa: hemos de dar un paseo.

—¿Y qué dicen ahora, maricas? –preguntó el joven riendo más ruidosamente todavía cuando hubo salido Agiali.

—Mejor. ¡Figúrate los conflictos que nos habría acarreado si hubiese muerto esa linda hembra! Teníamos la cárcel abierta de par en par.

—O nos comían vivos estos salvajes.

Pantoja escuchaba sonriendo con sorna, pero visiblemente aliviado de una preocupación.

—¿Vamos o no vamos, al fin? –preguntó.

—Vamos, hombre. Bien merecemos una hora de placer –opinó Valle.

La comida fue ruidosa y en extremo alegre. Se vaciaron sendas botellas de vino y de cerveza, pues cada uno sentía la necesidad de destruir completamente sus penosas cavilaciones de la tarde, aturdirse con el gozo animal de vivir sin quebrantos, el alma despejada de zozobras, felices y despreocupados. Y en medio de las risas y exclamaciones con que se pusieron a rememorar el hecho, a instancias de Suárez, cada uno, creyéndose ya libre de toda culpa, daba detalles del papel que le había cabido desempeñar en la hazaña:

—Al verla tan fina, nadie hubiese sospechado que esa salvaje tuviese tanta fuerza. Yo la cogí por la cintura y quise echarla al suelo, pero no pude. Es una raza de bronce –confesó Pantoja.

—¿Y yo? –dijo Ocampo–. Yo le tomé las piernas pero de cada patada me hacía bailar como a un trapo.

Aguirre se mostró su mano herida:

—¡Casi me quita el dedo con los dientes!

—Yo le cogí las manos y tuve que echarme encima para sujetarla. ¡Qué brazos! ¡Qué seno!

Y puso los ojos en blanco.

—Confiesa que tú le diste el golpe –añadió volviéndose a Pantoja.

—Yo fui. No había otra manera de hacerla callar. Y le di con ganas, lo confieso.

—Podías haberla muerto.

—No tanto; pero pensé haberle hundido el cráneo –dijo Pantoja, excitado por el vino.

—¡Adelante, entonces, forzadores! –exclamó Valle.

Encendieron los cigarrillos y se levantaron de la mesa.

—¿Llevamos escopetas?

—¿Para qué? Supongo que no querrán cazar de noche.

—No; pero yo llevo mi revólver.

—Y yo.

—Y yo.

Pantoja, que nunca aflojaba el suyo, rió burlonamente.

—Déjense de revólveres y traigan más bien la guitarra.

Echáronse a andar rumbo a la playa. Iban metidos en sus abrigos y el cuello envuelto en calientes chales de vicuña. Ocampo llevaba en hombros una vihuela y Aguirre hacía balancear en sus dedos un farolillo japonés. Valle cargaba en sus brazos con sumo cuidado y gran solicitud una botella sin descorchar de *whisky*.

El crepúsculo se anunciaba y por el poniente las nubes negras y rojas parecían llamas de una hoguera colosal.

En la orilla esperaban los remeros, cada uno subido sobre su balsa. Agiali estaba pálido y era la sola señal que animaba de vida su rostro de esfinge.

—Dicen que la quieres mucho a tu mujer –le dijo, sardónico, Pantoja.

—Sí; nos queremos.

—Supongo que me harás tu padrino.

—Sí, *tata*, lo serás. Eres un buen padre de tus hijos…

Y sonrió pero su sonrisa era cruel y amarga. Sorprendióle Suárez y tuvo miedo. Y, quedo, dijo a Aguirre en los oídos:

—¿Ves? Este hombre tiene algo. Te juro que nos ha de suceder una desgracia.

Aguirre miró a su amigo y lanzó una carcajada ruidosa. Por contagiarse de sus temores había soportado las burlas de Pantoja, y ahora ya no quería dar oídos a sus cavilaciones de apocado.

—Decididamente, pobre poeta, eres una gallina.

Suárez repuso simplemente:

—¡Ya verás!…

Metiéronse Valle y Ocampo en una balsa, Aguirre y Suárez en otra, y Pantoja quedó solo en la de Agiali.

Se lanzaron a navegar.

De tierra venía son de flautas pastoriles que se difundía por la extensión en dejos melancólicos. Algunos zagales conducían sus rebaños al aprisco por la orilla del lago, y los balidos de las bestias concertaban en dúo con esa música hecha de quejidos y sollozos.

El cielo presentaba una diafanidad transparente. De las nubes tempestuosas de la mañana apenas quedaban jirones, que se deshacían sobre las nevadas cumbres en copos rosados, y en el horizonte, lejos, sobre la isla de Quebaya, ahogada entre las aguas incendiadas del lago, en crestas rojas de un rojo subido, y negras, de un negro intenso.

El lago parecía dormido, y sólo se oía el lento y monótono canturreo de los pescadores perdidos en la espesura de los eneales.

Los patos llegaban en bandadas de todos los puntos del horizonte. Se les veía en lo alto, casi minúsculos, y descender poco a poco trazando enormes espirales, cada vez más cortas conforme iban aproximándose al suelo. Entonces sus siluetas breves y fugitivas se diseñaban con precisión contra el enrojecido horizonte. Llevaban recogidas las patas y largo el cuello, avizorando la querencia.

Insinuóse el crepúsculo, y saltaron a brillar algunas estrellas en el azul profundo del cielo con luz amortiguada y distante. Los balseros, sudorosos, agitados, hundían con fuerza las perchas, levantando lluvia incesante de gotas frías y cristalinas.

En tierra parpadeaban los fuegos encendidos en los hogares indígenas

dispersos en el llano y en las faldas de los cerros; enmudecieron después los ruidos y una gran paz cayó sobre la tierra, junto con las sombras, a cada instante más profundas.

—El que lleva el farol que lo encienda –gritó Pantoja, dando orden a los balseros para reunirse en un solo grupo mientras Valle hacía saltar el corcho de la botella y ofrecía sendas copas de rubio licor a sus amigos.

Una mancha roja se difundió sobre el terciopelo de las aguas. Y, de pronto, turbando el silencio prodigioso, surgieron trémulas, las notas de la vihuela y a la par la voz robusta de Ocampo, que temblaba con los versos de Reyes Ortiz, lacrimosos y dolientes:

Horrible, horrible es mi suerte;
mi situación maldecida;
tedio me causa la vida
y horror me causa la muerte…

El canto, vibrante de dolor, resonaba casi fúnebre en la muerta calma del lago y repercutía dolorosamente en el corazón de los jóvenes, que, sin causa alguna, lo sentían oprimido.

No me comprendo a mí mismo,
un caos sobre mí pesa,
es mi espíritu una huesa,
mi corazón un abismo…

Sonaba la voz, quejumbrosa y lamentable.

—¡Ché! ¿Oyen? –gritó Pantoja con voz acongojada e interrumpiendo con su grito al dolorido trovador.

Ocampo dejó de pulsar la vihuela, y las notas murieron entre el susurro de las aguas al besar los flancos de las balsas.

—¡Chist! –ordenó Aguirre a los remeros para que se detuvieran.

Levantaron los indios las perchas y sonrieron en las sombras y los mozos se llevaron las copas a los labios para saborear lenta y calladamente el sabor del brebaje.

De la llanura vasta, silenciosa, oscura, venían lamentos huecos y temblo-

rosos. Parecían bufidos de reses hambrientas o embravecidas, muradas en las cumbres de los cerros. Graves unos, agudos otros, callaban todos por instantes, y entonces surgía el más grave, solitario, doloroso y trémulo. A la par de los bufidos encendíanse en la cumbre de todos los cerros de la ancha bahía fogatas parpadeantes, cual estrellas rojas súbitamente brotadas en el espacio.

Pantoja sintió correr por sus nervios un calofrío de espanto. Él conocía la significación de esos ruidos de bocinas: era la llamada de combate de los indios, que sólo se escuchaba cuando han de entrar en guerra con los vecinos o saldar cuentas de sangre con los blancos. Y, sin poder ya disimular su angustia, preguntó a su remero.

—¿Qué hay? ¿Por qué están *pututeando*?

El indio, tras breve silencio, repuso, evasivo:

—No sé; algunos chicos estarán jugando.

—¿Y cómo no oímos nada las otras noches?

—No sé; los chicos, seguramente.

Pantoja arrancó su revólver, y apuntando a los ojos de su balsero, le dijo con acento duro:

—¡Di! ¿Por qué están tocando *pututos*?

Apoyóse Agiali en su percha y repuso con voz lenta y grave:

—Es para orar.

Se hizo un silencio, y las palabras del indio parecían haber caído en un pozo.

—¿Orar? ¿Y por qué? ¿Alguien ha muerto?… –interrogó trémulo, en tanto que sus amigos temblaban de angustia y tenían las manos crispadas sobre la empuñadura de sus armas.

—Nadie; pero hace tres años que no tenemos cosechas y el cielo se presenta con malos augurios para el que viene. Esta mañana sopló el *kenaya*, viento de desgracias.

—¿Y por eso han de orar?

—Hay que desenojar a Dios. Parece que se propone castigar la tierra de algún mal, y es preciso aplacar su cólera.

Luego levantó la cabeza al cielo, y señalando los astros que parpadeaban por millares en la negra bóveda, añadió:

—Seguramente vamos a tener otro mal otoño.

Un aerolito, dejando reguero fugitivo de luz, rasgó con una raya perpendicular las tinieblas y se hundió en el lago. El indio volvió la cabeza hacia el punto en que había desaparecido el bólido, y dijo:

—Alguien ha muerto…

Su palabra calmosa y lenta su actitud de reposo, pero concentrada y misteriosa, su voz de inflexiones trémulas, como ahogada en lágrimas, produjo una emoción de indefinible angustia en los jóvenes.

Entretanto, el eco de las bocinas parecía haber repercutido en el seno de todas las montañas, pues no había un solo punto del espacio del que no surgiese la nota profunda y plañidera de un cuerno, así como tampoco había una cumbre de cerro en que no se viese brillar el fuego de una hoguera. Se apagaba en un punto, surgía en otro, para apagarse en seguida y renacer a poco; diríanse insectos de luz volando entre las cumbres…

Sólo la del cerro Cusipata ardía perenne e igual en un solo sitio, y de allí mismo surgía, lento, grave, trémulo, doloroso, el bufido de un solo cuerno, como midiendo la pauta para el alarido de los demás.

—¿No es en el cerro de Cusipata donde brilla aquel fuego? –tornó a preguntar Pantoja.

—Allí es.

—¿Y por qué? Es la primera noche que vemos esto.

—No sé; algún pastor que busca una res perdida.

—¡Pero esa luz no se mueve!

—Entonces, seguramente el diablo, que ha salido de su antro y busca un alma.

A la luz rojiza del farol miráronse los amigos, y todos estaban serios y graves. Miraron a los indios y permanecían fríos e impenetrables. Sentados de cuclillas en la popa de las balsas, mascaban lentamente su coca con aire recogido e indiferente, manteniendo firmes sus largas y toscas perchas.

—¿Qué hora es? –interrogó Valle.

—Las nueve.

—Vámonos, hace frío.

Las balsas enderezaron su proa a tierra. Deslizábanse lentas y silenciosas, y sólo se oía el ruido de las perchas al herir el agua. Callaban los amos, sumidos en hondas cavilaciones. El trovador había abandonado su

instrumento al borde de la balsa, pero las *totoras*, al herirlo, arrancaban de las cuerdas notas trémulas que vibraban en largo gemido.

Saltaron a tierra, mudos, cavilosos. Pantoja, siempre preocupado, pero deseoso de ocultar su creciente turbación y sin cuidarse de que los peones entendieran sus palabras, increpó, con tono que lo hubiese deseado burlesco, a Suárez.

—¿Ves, poetilla, cómo tus temores eran infundados? De querer vengarse, les habría bastado volcar las balsas y… ¡al fondo, para no salir nunca más!…

Y probó reír con risa sonora y fingida.

Suárez permaneció mudo, distante a los sarcasmos. Silbaba una tonadilla triste y en los intervalos de silencio fumaba un cigarrillo; pero al franquear los umbrales de la casa, se volvió hacia el anfitrión y, triste, grave, le anunció:

—Te advierto que mañana, al amanecer, me marcho. Da orden para que a esa hora me despierten…

XIV

No bien se hubo apagado en las sombras del zaguán el resplandor rojo del farol volvieron los indios sobre sus pasos, y cada uno corrió a su casa para tomar las armas con que los de su casta combatieron hace siglos a los conquistadores.

Agiali se dirigió, como estaba, al cerro. Iba a largos pasos, la cabeza caída sobre el pecho, sombrío, y a cada momento encontraba grupos de indios que se deslizaban silenciosamente entre las sombras. Se oía en toda dirección el alarmado chillar de los *leke-lekes* en la llanura, y era constante el ladrido de los perros que guardaban las casas construidas en los flancos del cerro. Al pasar por los grupos, sorprendía diálogos cortos:

—Por fin, Choquehuanka se ha decidido a llamarnos. Le habrá hecho algo el patrón.

—Parece que lo ha despedido de la hacienda…

Otros estaban mejor informados:

—Dicen que hoy han asesinado a una mujer…

—Yo me iré a los ayllos del Perú…

—Primero hay que emparedar las puertas por fuera. El padre se escapó porque no lo hicimos…

Pero Agiali apenas oía. Abrumado de dolor, sediento de venganza, únicamente anhelaba hallarse junto a su muerta y correr después, aunque fuera solo, a cobrar de los patrones su deuda de sangre. Y corría más que andaba, sin oír los saludos e insultos que le endilgaban las gentes a quienes atropellaba con riesgo de hacerlas rodar por la pendiente de la cuesta.

Así llegó a la ondulante cumbre donde la caverna abría frente al lago su boquerón lóbrego y cuya bóveda formaba la angosta meseta de la cima.

Una hoguera alimentada con tola verde, *yareta* y paja ardía en esa cumbre, poniendo tinte rojo a la faz rígida del cadáver, tendido al borde del acantilado. Cerca, formando grupos, yacían, graves y silenciosos, unos centenares de indios de tez bronceada y huraños ojos. Los más estaban armados de *macanas*, cuyas toscas porras descansaban en el suelo; otros llevaban sus pértigas rematadas en cuchillos, que brillaban con rojos destellos a la luz de la hoguera, y unos cuantos lucían en hombros viejos fusiles

comprados a los desertores del ejército o vetustas escopetas enmohecidas y de cargar por la boca.

Cerca del cadáver, sentado en una piedra, velaba Choquehuanka. Yacía inmóvil, con la cabeza agobiada, y sus canas relucían al resplandor crudo de la hoguera cual un ampo teñido de rojo. Llevaba colgantes los brazos, yertos y sarmentosos, y su actitud de honda melancolía revelaba invencible cansancio.

Cesaron de ladrar los perros y ya no se oían los chillidos de los *lekelekes*; el silencio y las sombras ahogaban la llanura.

Un gallo saludó la medianoche, otros le respondieron de diversos puntos.

Entonces adelantóse un viejo venerable hasta el margen del acantilado, y dijo a Choquehuanka:

—Anciano, es la medianoche, y debes hablar. Hemos visto tu hoguera y oído tu bocina, y hemos venido de las islas y otros lejanos lugares para obedecerte.

Choquehuanka se puso de pie, ganó la meseta, y saludó:

—Buenas noches nos dé Dios, *tatitos*.

—¡Buenas noches!...

Y se hizo un silencio profundo, casi religioso.

Entonces, Choquehuanka, señalando los despojos de la zagala, pronunció lentamente:

—¡Los patrones la han asesinado!...

Sabíanlo; pero las palabras del viejo, graves y sonoras, produjeron enorme impresión de angustia y cólera. Y elevóse un sordo murmullo de voces airadas, aunque contenidas por el espectáculo de la muerte.

—¡Cobardes! ... ¡Asesinos!... ¡Hay que matarlos!

Y la frase de exterminio fue pronunciada de un extremo a otro de la asamblea con rencor e implacable energía.

—"Hay que matarlos", dicen; y matar es el pecado más grande, porque la vida es un don misterioso del cielo, que los hombres no pueden destruir...

—¡Hay que matarlos, hay que matarlos!

Y las voces sordas trocáronse ahora en alaridos rabiosos, porque mu-

chos creyeron que esta vez también el anciano habría de darles consejos de sumisión y de paciencia.

—¿Quieren matar? –preguntó, paseando los ojos serenos en torno.

—¡Sí, sí! –contestaron varias voces frenéticas, entre las que se afirmaba con odio la de Agiali.

—Si quieren matar, y hay entre todos alguien que no hubiese sufrido agravios de los blancos, que se vaya, porque pueden sucederle desgracias por derramar sin motivo sangre de hombres…

—¡Todos hemos sido ofendidos! –gritaron muchos, agitando sus armas.

—¡Todos, todos! –repitieron los demás, imitando la actitud de sus compañeros–. ¡Hay que matarlos!…

Choquehuanka hizo señas con la mano para que callaran; y hecho el silencio, prosiguió:

—Está bien; hay que matarlos. Pero ¿son tantos nuestros duelos que tengamos necesidad de matar? Recuerden que una sola gota de sangre blanca la pagamos con torrentes de la nuestra. Ellos tienen armas, soldados, policías, jueces, y nosotros no tenemos nada ni a nadie…

Los indios inclinaron la cabeza, mudos y sombríos; un silencio terrible sucedió el tumulto. Choquehuanka sonrió con amargura.

—¿Lo ven? Ahora nos coge el miedo, nos sentimos cobardes… ¡Siempre esclavos!

—¡No! ¡Hay que matarlos! –aulló Agiali con desesperación.

—¿Y quién ha de matar? ¡Mira como todos tiemblan!

—¡Tenemos hijos, anciano! –gimió un hombre alto, robusto y de rostro enérgico.

Choquehuanka irguió la cabeza con altivez:

—Yo también los he tenido, Cheka. He tenido dos, y el mayor… ¡acuérdate, pues que fue casi tu hermano!… el mayor murió combatiendo por la hacienda en el lago y el otro fue asesinado por los soldados del patrón aquella vez que no pudimos hacerle pagar sus crímenes…

—¡Yo lo mato! –volvió a aullar Agiali, con el rostro descompuesto por el odio.

—¡Hay que matarlo, hay que matarlo! –rugieron algunas voces ron-

cas, a la par que se oía el ruido de las *macanas* furiosamente golpeadas contra el suelo.

—Que hablen todos los que tengan quejas contra el patrón.

—Mi hijo está enfermo en cama de una paliza –dijo Tokorcunki gravemente.

—A mí me rompió la cabeza…

—A mí me arrebató mis bestias…

—A mí…

Las quejas brotaban de todos los labios, amargas, rencorosas, y larga fue la mención de los agravios y ofensas inferidas a la raza por los blancos. El que menos denunció una bellaquería. Y las dolencias, dichas en tono de amargo reproche, eran como un alcohol terrible que iba ahogando la conciencia en el deseo de cobrar inmediata venganza y de ir al suicidio y a la muerte, sin miedo ni recelos, para purificar con sangre tantos padecimientos injustos. Cada nueva voz que se elevaba para formular su queja, aunque denunciase sólo una pequeñez, era como un madero arrimado a una pira. Y el fuego surgía potente, amenazando extirpar todo sentimiento de prudencia en las almas.

Cuando hubo cesado la última voz con la queja postrera, habló Choquehuanka:

—De poco a esta parte, mis ojos se han cansado de ver tanta crueldad y tan grande injusticia, y a cada paso que doy en esta tierra me parece sentirla empapada con la sangre de nuestros iguales. Yo no me maravillo del rigor de los blancos. Tienen la fuerza y abusan, porque parece que es condición natural del hombre servirse de su poder más allá de sus necesidades. Lo que me lastima es saber que no tenemos a nadie para dolerse de nuestra miseria y que para buscar un poco de justicia tengamos que ser nuestros mismos jueces…

“Somos para ellos menos que bestias. El más humilde de los mestizos, o el más canalla, se cree infinitamente superior a los mejores de nuestra casta. Todo nos quitan ellos, hasta nuestras mujeres, y nosotros apenas nos vengamos haciéndoles pequeños males o dañando sus cosechas, como una débil reparación de lo mucho que nos hacen penar. Y así, maltratados y sentidos, nos hacemos viejos y nos morimos llevando una herida viva en el

corazón. ¿Cuándo ha de acabar esta desgracia? ¿Cómo hemos de librarnos de nuestros verdugos?

"Alguna vez, en mis soledades, he pensado que, siendo, como somos, los más, y estando metidos de esclavos en su vida, bien podríamos ponernos de acuerdo, y en un gran día y a una señal convenida, a una hora dada de la noche, prender fuego a sus casas en las ciudades, en los pueblos y en las haciendas, caerles en su aturdimiento y exterminarlos; pero luego he visto que siempre quedarían soldados, armas y jueces para perseguirnos con rigor, implacablemente, porque alegarían que se defienden y que es lucha de razas la que justifica sus medidas de sangre y de odio.

"También he pensado que sería bueno aprender a leer, porque leyendo acaso llegaríamos a descubrir el secreto de su fuerza; pero algún veneno horrible han de tener las letras, porque cuantos las conocen de nuestra casta se tornan otros, reniegan hasta de su origen y llegan a servirse de su saber para explotarnos también…"

Calló el viejo apóstol. La asamblea permanecía en silencio, como pesando una a una las terribles palabras del hombre justo, o viendo a lo lejos el claror de algún destello de esperanza en medio de las tinieblas impenetrables que envolvían la raza.

—Entretanto –prosiguió Choquehuanka–, nada debemos esperar de las gentes que hoy nos dominan, y es bueno que a raíz de cualquiera de sus crímenes nos levantemos para castigarlos, y con las represalias conseguir dos fines, que pueden servirnos mañana, aunque sea a costa de los más grandes sacrificios: hacerles ver que no somos todavía bestias y después abrir entre ellos y nosotros profundos abismos de sangre y muerte, de manera que el odio viva latente en nuestra raza, hasta que sea fuerte y se impongan o sucumba a los males, como la hierba que de los campos se extirpa porque no sirve para nada.

Volvió a callar el mentor con un sollozo, y ahora sus palabras de hondo desconsuelo fueron acogidas por la asamblea con un rumor bronco de pena, que se parecía a miedo.

—¿Quieres, entonces, que matemos? –tornó a preguntar con voz llena el viejo que antes le había invitado a hablar.

Choquehuanka le miró lentamente en los ojos:

—Yo no quiero nada, Cheka. Pronto he de morirme, y he querido hablar antes de dejarles en esta tierra de miseria y de dolor. He dicho ya lo que tenía que decir, y ahora a ustedes les corresponde obrar. Únicamente repito: si quieren que mañana vivan libres sus hijos, no cierren nunca los ojos a la injusticia y repriman con inexorables castigos la maldad y los abusos; si anhelan la esclavitud, acuérdense entonces en el momento de la prueba que tienen bienes y son padres de familia… Ahora elijan ustedes…

Nunca discursos de violencia y de odio produjeron en una reunión de hombres tan grande arrebato de cólera como las palabras medidas, pero de honda intención, del viejo Choquehuanka.

Surgió de todos los pechos un rugido de furia agresiva y malintencionada. Y entre verdaderos aullidos de incitación y de amenaza para los apocados, corrió la muchedumbre cerro adentro, camino de la casa patronal, sin que nadie se atreviese a formular ningún reparo, sedienta repentinamente de un deseo de venganza y de muerte, en el que no entraba el recuerdo de la zagala, cuyo cadáver, olvidado de todos, hasta de su marido, que marchaba a la cabeza de la horda, ciego y fatal, quedó abandonado en la altura, donde la solitaria silueta de Choquehuanka se irguió sobre los rojizos resplandores de la hoguera, que se consumía por falta de combustible.

Bajó a la plataforma, y poniéndose de cuclillas junto al cadáver, pasó sus arrugados y temblorosos dedos de largas uñas por la frente de Wata-Wara, y se puso a arreglarle los rizos que la brisa de la noche había dispersado sobre la trágica palidez del rostro. Sus ojos pequeños y grises temblaban en continuos pestañeos para desprenderse de dos solas y enormes lágrimas pegadas a sus pestañas duras… Miró largo rato, como en contemplación religiosa, el cuerpo rígido, hizo un gesto vago de amenaza, y encogiéndose de hombros, se volvió de espaldas al cadáver y emprendió camino de la cuesta; pero a poco andar se detuvo.

De la llanura dormida y quieta, súbito, habíase levantado un alarido estridente y lúgubre. Un perro aulló lastimeramente en la falda de la colina; le siguió otro; contestaron los de la estepa, y a poco aullaban todos los canes de la comarca en un solo, terrible, tremante y angustioso aullido; diríase que la noche se quejaba. Los *leke-lekes*, despiertos por el desesperado ulular, remontaron el vuelo lanzando agudos ajeos, y su lastimera nota resonó

más vibrante todavía en el concierto salvaje… Un disparo resonó, hórrido, y a su fragor redoblaron de intensidad los aullidos de los perros. A veces se detenían, quizás cansados; pero entonces la brisa traía el eco de otros lejanos aullidos, y volvían a recomenzar con más furia todavía, cual si en las tinieblas vagasen, amenazadoras, las sombras de implacables enemigos o presintiesen la proximidad de una inevitable, catástrofe.

Unas lucecillas azuladas y menudas aparecieron manchando de brillantes puntos la negrura de las sombras, como luciérnagas que huyesen espantadas por el sordo clamor de la estepa.

De pronto cesaron los ruidos. Los perros –dijérase contenidos y puestos en mordaza– dejaron de ladrar, y sólo se oía el chillido de las aves nocturnas, ya lejano y distante.

"¡¡Han huido los cobardes!!", pensó Choquehuanka, tristemente, al notar el silencio y ver que las más de las luces habían desaparecido. Pero en ese mismo instante un nuevo espectáculo volvió a hacer latir de alegría su viejo y gastado corazón.

Una de las lucecillas trocóse en antorcha, y la antorcha en llama. La llama ondeó, roja, en la oscuridad, como lengua de reptil; y mil chispas, crepitantes, saltaron de su cuerpo, desvaneciéndose en lo alto de las sombras.

Otro grito humano, agónico y penetrante, rompió el silencio ahora velado por las sombras, y volvieron a aullar los perros, con furia. Otra vez las aves noctámbulas prorrumpieron en estridentes chillidos; relincharon con fragor algunos corceles y se oyó, alejándose por la llanura, el galope enloquecido de bestias herradas. Y los gritos de terror y de angustia –doloridos, suplicantes, gritos de mujeres, clamores de varón y alaridos de niños– se hacían más intensos, hasta confundirse todas las voces en un solo aullido pavoroso, indescriptible. Era un aullido largo, agudo y hueco, como salido de las entrañas de la tierra.

La llama se convirtió en hoguera, y un ancho círculo rojo manchó la negrura del llano, iluminando gran trecho de él. A veces se desplegaba como una colosal bandera roja, achicábase en seguida, a punto de morir, ondulaba, oscilaba, y de pronto resurgía más enhiesta, levantando sus flecos al cielo; y a su claror surgían de las sombras las lejanas casas de los indios y reflejaban los charcos diseminados en el *aijero*, como retazos de cristales

purpurinos. Entonces chascaban las cañas de la techumbre, chirriaban los maderos, que, al quebrarse, se hundían entre los muros, sofocando las lenguas de fuego, que a poco volvían a aparecer, más altas, y más anchas, entre miradas de chispas que saltaban al cielo y se desvanecían, chascando, en las altas sombras. Dentro del círculo rojo, como abrasadas por las llamas, se veía cruzar las fugitivas siluetas de los indios corriendo de un lado para otro, agazapados al suelo…

Al fin las llamas fueron encogiéndose gradualmente como si fuesen sofocadas por las sombras de la noche; las siluetas de los hombres, apenas visibles ya, se disolvieron y esfumaron en la negrura densa; los ruidos acabaron por extinguirse… Todavía un tiro lejano… El fulgor último de la postrera llama… El ladrido medroso de un can… El distante chillar de un *leke-leke*…

Y el silencio terrible, preñado de congojas, misterioso…

Una raya amarillenta rasgó la negra bóveda hacia el naciente. Tornóse lívida primero, luego rosa, y anaranjada después.

Entonces, sobre el fondo purpurino se diseñaron los picos de la cordillera; las nieves derramaron el puro albor de su blancura, fulgieron luego intensas.

Y sobre las cumbres cayó lluvia de oro y diamantes.

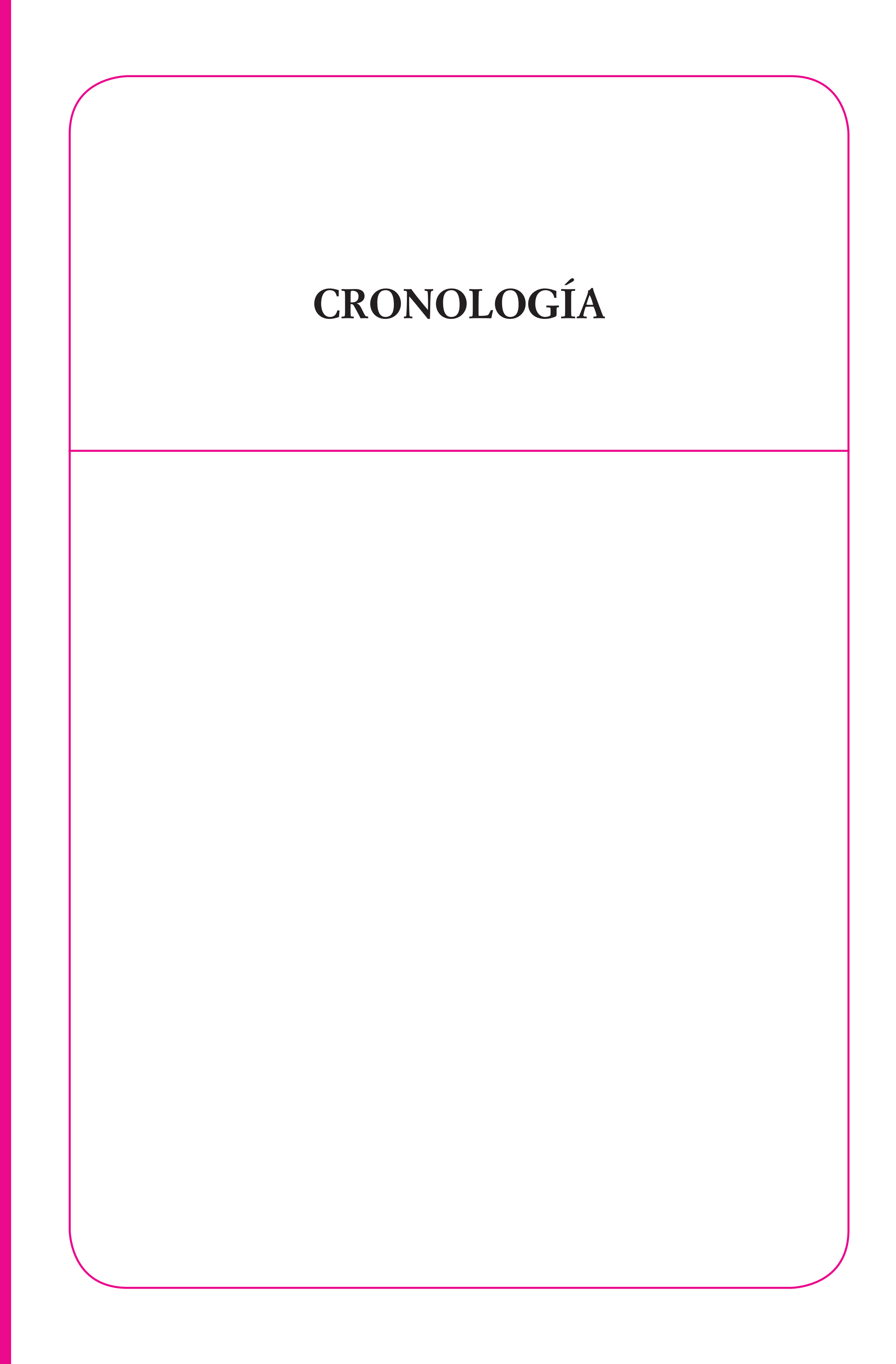
El sol…

Nota:

Este libro ha debido en más de veinte años obrar lentamente en la conciencia nacional, porque de entonces a esta parte y sobre todo en estos últimos tiempos, muchos han sido los afanes de los poderes públicos para dictar leyes protectoras del indio, así como muchos son los terratenientes que han introducido maquinaria agrícola para la labor de sus campos, abolido la prestación gratuita de ciertos servicios y levantado escuelas en sus fundos.

Un congreso indígena tenido en mayo de este año 1945 y prohijado por el gobierno ha adoptado resoluciones de tal naturaleza que el paria de ayer va en camino de convertirse en señor de mañana…

Los cuadros y las escenas aquí descriptos, tomados todos de la verídica realidad del ayer, difícilmente podrían reproducirse hoy día, salvo en detalles de pequeña importancia. Y es justo decirlo.



CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA
Vida y obra de Alcides Arguedas

1879 Nace en La Paz el 16 de julio. Pertenece a una familia acomodada y de prestigio. Sus padres son Fructuoso Arguedas y Sabina Díaz.

1898 Bachiller en el colegio Ayacucho. Inicia la carrera de Derecho en la Universidad de San Andrés. Comienza a escribir para el periódico *El Comercio*. Primeros textos literarios. Descubre a Zola.

1903 Termina la carrera de Derecho, pero nunca ejerce de abogado. Publica su primera novela, *Pisagua*. Viaja a Europa por primera vez, junto a Bautista Saavedra. Conoce Francia, Suiza y España. Estancias en Sevilla y París. Comienza a escribir su diario, y seguirá haciéndolo hasta su muerte. Descubre a Taine, Le Bon y a los regeneracionistas españoles.

1904 Escribe una columna titulada "A Vuela Pluma" para *El Diario de La Paz*. Publica en Barcelona su segunda novela, *Wuata Wuara*.

1905 Regresa a Bolivia. Funda Palabras Libres, movimiento que reúne a escritores de la nueva generación. Publica *Vida criolla*, su tercera novela.

1906 Segundo viaje a Europa, desterrado debido a sus críticas periodísticas al gobierno.

1909 Publica en Barcelona su ensayo *Pueblo enfermo*, que supone su consagración en las letras hispanoamericanas. Es elogiado por escritores de la talla de Unamuno, Rodó, Nervo, Bunge, etc. Regresa a Bolivia.

1910 Se casa con Laura Tapia Carrio. Segunda edición de *Pueblo enfermo*. Acepta el cargo de segundo secretario de la Legación de Bolivia en París. Su jefe será el ex presidente Ismael Montes.

1912 Edición definitiva de *Vida criolla*. En París traba amistad con escritores como Rubén Darío y Francisco García Calderón. Comienza a publicar en revistas importantes como "Mundial" y "La Revista de América". Se entusiasma con el realismo de Flaubert y la literatura rusa.

1913 Es enviado como diplomático a Londres.

1914 Regresa a Bolivia. Colabora con periódicos como *El Diario*.

1915 Sub-director del periódico *El Debate* en La Paz.

1916 Elegido diputado por el Partido Liberal.

1918 Representante de Bolivia a la firma del Tratado de Versalles y a la creación de la Liga de las Naciones.

1919 Publica *Raza de bronce*. Es destituido del Congreso.

1920 Aparece *La fundación de la República*, su primer libro de historia. Punto de inflexión en su vida: la historia y la política pasan a un primer plano y relegan a la literatura a un plano inferior.

1922 Nombrado cónsul general en París. Viaja con su esposa y sus tres hijas. Amistad con Gabriela Mistral. Inicia la costumbre de escribir cartas muy críticas a los presidentes de la República.

1923 Publica en Barcelona su segundo libro de historia, *Los caudillos letrados*.

1924 Se publica en España una edición revisada de *Raza de bronce*. Acepta el apoyo económico del industrial minero Simón Patiño para continuar con sus libros de historia. Compra una casa-quinta en Couilly.

1925 Se publica el tercer libro de historia, *La plebe en acción*.

1926 Se publica el cuarto libro de historia, *La dictadura y la anarquía*.

1929 Nombrado ministro plenipotenciario en Colombia. Se publica el quinto libro de historia, *Los caudillos bárbaros*. El proyecto quedará incompleto, pues constaba de ocho libros y sólo serán publicados cinco.

1930 Ataques al presidente Siles producen su destitución del cargo. Derrocamiento de Siles. La junta militar nombra a Arguedas cónsul general en París.

1932 Destituido de su cargo por ataques al presidente Salamanca y su plan de iniciar una guerra con el Paraguay. Traducción de *Raza de bronce* al francés.

1934 Publica parte de su diario en dos tomos, *La danza de las sombras*. Por problemas económicos vende su casa-quinta en Couilly y regresa a Bolivia.

1935 Fallece su esposa. Recibe el premio Roma en Italia –que se entrega al mejor libro del año de cada país de Sud América– gracias a *La danza de las sombras*.

1938 Carta crítica al presidente Busch motiva que éste lo llame a palacio y lo abofetee. Es elegido jefe del Partido Liberal.

1940 Triunfa en las elecciones por el puesto de senador por La Paz. El presidente Peñaranda lo nombra ministro de Agricultura.

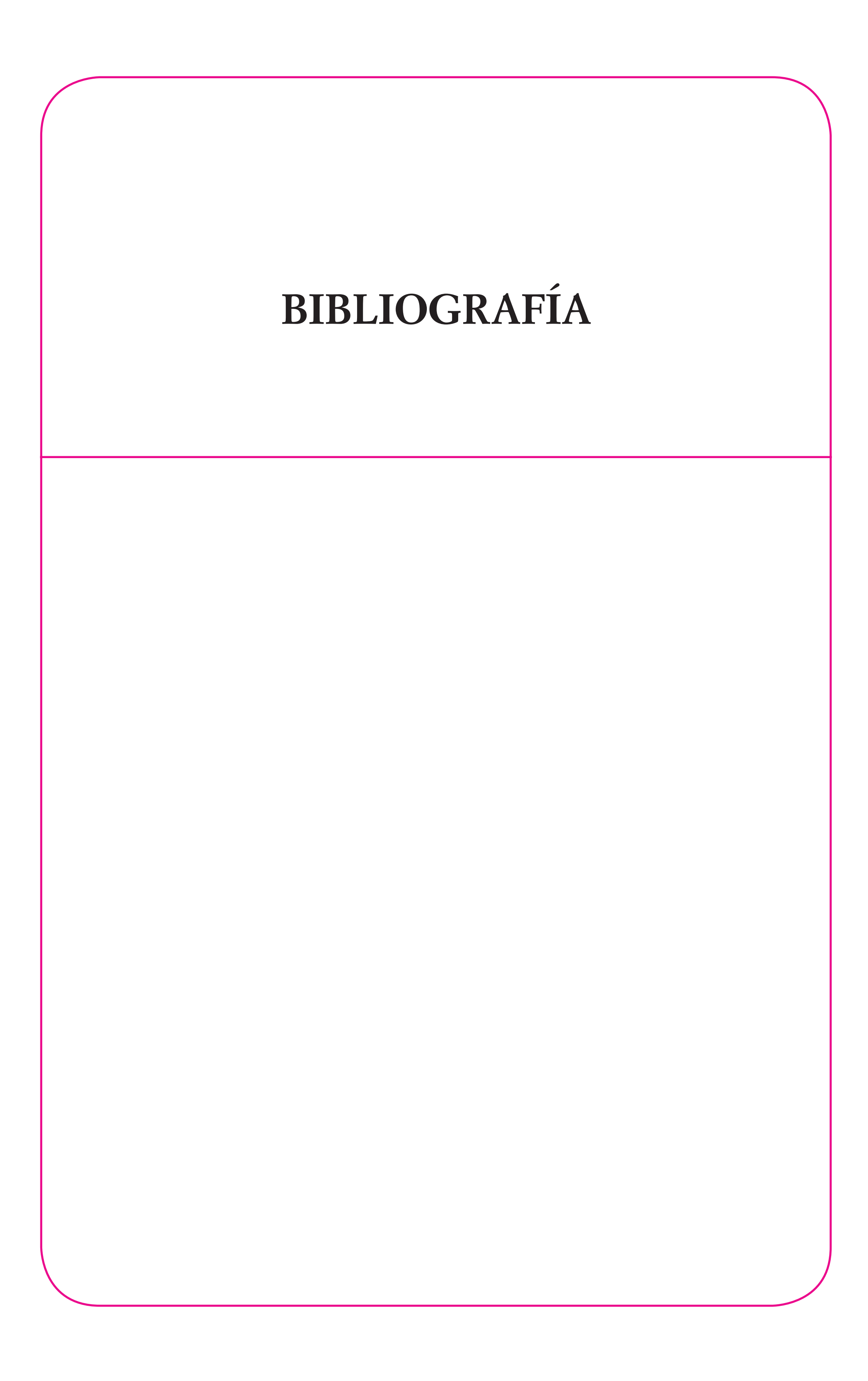
1941 Nombrado ministro plenipotenciario en Venezuela.

1943 Cae el gobierno de Peñaranda. Arguedas deja su puesto.

1944 Enfermo, viaja a Buenos Aires a reponerse.

1945 Regresa a Bolivia. Deja en Buenos Aires, en la Editorial Losada, la tercera y definitiva edición de *Raza de bronce*.

1946 Muy enfermo, fallece en Chulumani (La Paz), el 6 de mayo.



BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

I

OBRAS DE ALCIDES ARGUEDAS

Los caudillos bárbaros. Historia, resurrección. La tragedia de un pueblo. Barcelona: Editores Vda. De Tasso, 1929.

Los caudillos letrados. La confederación Perú-boliviana. Ingavia. Barcelona: Editorial Sobrinos de López y Cía., 1923.

La danza de las sombras. Primera parte: literatura y viajes. Segunda parte: la política y la guerra. Barcelona: Editorial Sobrinos de López y Cía., 1934.

De cara a la realidad. "De cómo y por qué se derrumban las naciones". La Paz: La Juventud, 1989.

Epistolario de Arguedas. La generación de la amargura. José Luis Roca; ed. La Paz: Fundación Manuel Vicente Ballivián, 1979.

Etapas de la vida de un escritor. Prólogo y notas Moisés Alcázar. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos, 1963.

La historia de mis libros: o el fracaso de un escritor, 1922.
–La Paz: Puerta del Sol, 1980.

Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad (1809-1921). La Paz: Arnó Hermanos, 1922.

Obras completas. Luis A. Sánchez; ed. México: Aguilar, 1959. 2 v.

Pisagua. Ensayo de novela. La Paz: Imprenta Artística de Velarde, Aldozoza y Cía., 1903.
También en:
–*Obras completas*, v. 1, pp. 27-85.

La plebe en acción (1848-1857). Barcelona: Editorial Sobrinos de López y Cía., 1924.
También en:
–*Obras completas*, v. 2, pp. 453-633.

Pueblo enfermo: Contribución a la psicología de los pueblos Hispano-Americanos. Barcelona: Vda. de Tasso, 1909.
También en:
– 2ª ed. Barcelona: Vda. de Tasso, 1910.
– 3ª ed. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1937.
– La Paz: Ed. Isla, 1979.

Raza de bronce. Novela. La Paz: Editores González y Medina, 1919.
También en:
– 2ª ed. Valencia: Editorial Prometeo, 1924.
– 3ª ed. Buenos Aires: Editorial Losada, 1945.
– Antonio Lorente Medina; ed. Madrid: Colección Archivos, 1988. Cont. *Raza de bronce* y *Wuata Wuara*.
Vida criolla. La Paz: Editor E. Córdova, 1905
También en:
–2ª ed. París: Librería Ollendorf, 1912.
–*Obras completa*, v. 1, pp. 87-214.
Wuata Wuara. Barcelona: Impresor Luis Tasso, 1904.
También en:
–*Raza de bronce*. Antonio Lorente Medina; ed. Madrid: Colección Archivos, 1988. Cont. *Raza de bronce* y *Wuata Wuara.*

II

OBRAS SOBRE ALCIDES ARGUEDAS

ALBARRACÍN MILLÁN, Juan. *Alcides Arguedas: La conciencia crítica de una época*. La Paz: Universo, 1979.
ALVARADO, Julio. "Claroscuro de Alcides Arguedas", *Signo*, pp. 195-205.
ARONNA, Michael. *Pueblos enfermos: The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American National Essay*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.
ARZE, José Roberto. "Arguedismo y antiarguedismo", *Signo*, pp. 225-34.
BAPTISTA GUMUCIO, Mariano; ed. *Alcides Arguedas: Juicios bolivianos sobre el autor de "Pueblo enfermo".* La Paz: Editorial Los Amigos del libro, 1979.
BARNADAS, Josep y Juan José Coy. *Alcides Arguedas: Raza de bronce: esquema metodológico y aproximación a la narrativa boliviana*. La Paz, Cochabamba: Editorial Los Amigos del libro, 1977.
BORELLO, Rodolfo. "Raza de bronce y la novela indigenista*". Boletín de la Academia Argentina de Letras* (Buenos Aires), v. 61, Nos 219-220 (1991), pp. 9-43.
___________. "*Raza de bronce*", *Cuadernos hispanoamericanos*, Nº 417 (1985), pp.112-127.
BROTHERSTON, Gordon. "Alcides Arguedas as a 'Defender of Indians' in the First and Later Editions of *Raza de bronce*", *Romance Notes,* Nº 13 (1971), pp. 41-47.
CORNEJO POLAR, Antonio. "De Wuata Wuara a Raza de bronce", *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), v. 35 Nº 2 (1987), pp. 543-48.
___________. "La novela indigenista: una desgarrada conciencia de la historia", *Sobre literatura*, pp.93-107.

DÍAZ ARGUEDAS, Julio. *Alcides Arguedas, el incomprendido*. La Paz: Ediciones Isla, 1978.
FERNÁNDEZ, Teodosio. "Análisis estructural y estilístico de *Raza de bronce*: texturas, formas y lenguajes", *Raza de bronce*. Alcides Arguedas. París: Colección Archivos, 1988, pp. 537-552.
__________. "Arguedas en su contexto histórico. El regeneracionismo español", *Raza de bronce*. Alcides Arguedas. París: Colección Archivos, 1988, pp. 455-470.
__________. "Las tensiones ideológicas de Arguedas en *Raza de bronce*", *Raza de bronce*. Alcides Arguedas. París: Colección Archivos, 1988, pp. 519-535.
__________. "El pensamiento de Alcides Arguedas y la problemática del indio: para una revisión de la novela indigenista", *Anales de literatura hispanoamericana* (Madrid), Nº 9 (1980), pp. 49-64.
FORD, Richard. "La estampa incaica intercalada en *Raza de bronce*", *Romance Notes,* Nº 18 (1977), pp. 311-317.
FOSTER, David William. "Bibliografía del indigenismo hispanoamericano", *Revista iberoamericana* (Pittsburgh) v. 50, Nº 127 (1984), 587-620.
FRANCOVICH, Guillermo. *Alcides Arguedas y otros ensayos sobre la historia*. La Paz: Librería Editorial La Juventud, 1979.
GARCÍA PABÓN, Leonardo. "Indios en el imaginario nacional de *Raza de bronce*", *La patria íntima: Alegorías nacionales en la literatura y el cine de Bolivia*. La Paz: Plural/CESU, 1998, pp. 109-131.
GARCÍA, Gustavo. "*Raza de bronce*, ¿novela de hambrientos?", *Neophilologus,* v. 87, Nº 4 (2003), pp. 575-88.
GHIANO, Juan Carlos. "La raza de bronce de Alcides Arguedas", *Cursos y conferencias*, Nº 172 (1946), pp. 266-269.
GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis. "Bolivia: 1900-1932. Hacia una toma de conciencia", *Revista iberoamericana* (Pithsburgh) v. 52, Nº 134 (1986), pp. 75-92.
HARMUT, Sabine. "La novela indigenista hispanoamericana", *Apropiaciones de realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*. Hans-Otto Dill *et. al.*; eds. Madrid: Frankfurt,Vervuert; Iberoamericana, 1994, pp. 184-200.
IRUROZQUI, Marta. *A bala, piedra y palo: La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 2000.
KHAN, Zoya. *Cholos, mestizos and the (un) making of the Bolivian state: A literary journey, 1900-1952 (Alcides Arguedas, Franz Tamayo, Jesus Lara, Victor Hugo Villegas)*. University of Michigan, 2003. Tesis doctoral.
JULIO, Sylvio. "Os indios bolivianos num romance de Alcides Arguedas", *Ideas e combates*. *Revista de Lengua Portuguesa*. Río de Janeiro, 1927, pp. 203-312.
LACOSTA, Francisco C. "El indigenismo literario de Alcides Arguedas", *Cultura boliviana* (Universidad Técnica de Oruro), Nº 2 (1965), pp. 4-5,18.
LASTRA, Pedro. "Sobre Alcides Arguedas", *Revista de crítica literaria latinoamericana* (Lima), v. 6, Nº 12 (1980), pp. 213-223.
LIJERON ALBERDI, Hugo. "*Raza de bronce*", *Hispania*, Nº 46 (1963), pp. 530-532.

LORENTE MEDINA, Antonio. "Alcides Arguedas y la 'literatura' nacional boliviana", *Epos* II (Madrid), v. 2 (1986), pp. 177-185.

__________. "Algunas reflexiones en torno a *Raza de bronce*", *Castilla, Boletín del Departamento de literatura española* (Valladolid), N^{os} 2-3 (1981), pp. 121-133.

__________. "El trasfondo ideológico en la obra de Alcides Arguedas. Un intento de comprensión", *Anales de la literatura hispanoamericana* (Madrid), v. 15 (1986), pp. 69-78.

__________. "Problemas de crítica textual en la edición de *Raza de bronce*", *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Lengua* (San Juan), v. 14 (1986), pp. 69-78.

__________. "Introducción a *Wuata Wuara*", *Raza de bronce*, Alcides Arguedas. París: Colección Archivos, 1988, pp. 349-356.

__________. "Nota filológica preliminar", *Raza de Bronce*. Alcides Arguedas. París: Colección Archivos, 1988, p. 32.

__________. "*Raza de bronce* en la encrucijada biográfica de Alcides Arguedas", *Raza de bronce*. Alcides Arguedas. París: Colección Archivos, 1988, pp. 25-54.

LORENZO-RIVERO, Luis. "Amistad y crítica del boliviano Alcides Arguedas con Unamuno", *Estudios Ibero-Americanos* (Porto Alegre, Brasil), Nº 1 (1985), pp. 11-38.

MEDINACELI, Carlos. "La inactualidad de Alcides Arguedas", *Universidad de Potosí* Nº 28 (1949), pp. 74-80.

MAROF, Tristán. "Proceso de un escritor: Alcides Arguedas", *La verdad socialista en Bolivia.* La Paz: 1938, pp. 73-88.

MORETIC, Yerko. "*Raza de bronce*", *Atenea* [Santiago de Chile], Nº 304 (1950), pp. 131-140.

OSTRIA GONZÁLEZ, Mauricio. "Atisbos estéticos y estilísticos en *Raza de bronce*", *Anales de la Universidad del Norte*, Nº 6 (1967), pp. 29-89.

__________. "Dos aspectos del yo ensayista en los escritos de Alcides Arguedas", *Chasqui: Revista de literatura latinoamericana*, v. 3, Nº 1 (1973), pp. 17-25.

OTERO, Gustavo Aldolfo. "Temperamento, cultura y obra de Alcides Arguedas", *Casa de la cultura ecuatoriana* (Quito), t. 2, Nº 4 (1947), pp. 164-193.
–*Alcides Arguedas: Juicios bolivianos sobre el autor de "Pueblo enfermo*", Mariano Baptista Gumucio; ed., pp. 83-107.

__________. "Alcides Arguedas", *Figuras de la cultura boliviana.* Quito: Casa de la cultura ecuatoriana, 1952, pp. 323-353.

PAZ SOLDÁN, Edmundo. *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*. La Paz: Plural, 2003.

__________. "The Indigenist Writer as a Mistranslator of Cultures: The Case of Alcides Arguedas". *Voice-Overs: Translation and Latin American Literature*. Daniel Balderston and Marcy Schwartz; eds. Albany: SUNY P, 2002. pp. 170-181.

PRADA OROPEZA, Renato. *Presentación crítica de Alcides Arguedas. Texto crítico* v. 1 Nº 1 (1995), pp. 217-237.

PLEVICH, Mary. “El origen del arguedismo”, *Universidad de Antioquia* (Antioquia), Nº 134 (1958), pp. 407-413.
__________. “Unamuno y Arguedas”, *Cuadernos hispanoamericanos*, Nos 208-210 (1967), pp. 140-147.
REINAGA, Fausto. *Alcides Arguedas*. La Paz: Talleres Gutemberg, 1960.
RIVERA RODAS, Oscar. “*Pueblo enfermo*: los fracasos de la utopía y la historia”, *Signo*, Nos 39-40 (1993), pp. 41-68.
ROCA, José Luis, ed. “La correspondencia entre Alcides Arguedas y Simón I. Patiño”, *Presencia literaria* (1979), p. 5.
ROCHA, Omar. “Las dolencias de Alcides Arguedas”, Alba Paz Soldán y Blanca Wietuchter, eds. *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana*. La Paz: PIEB, 2002, v. 2, pp. 103-106.
RODRÍGUEZ, Rosario y Elizabeth Monasterios. “Indiscreciones de un narrador: *Raza de bronce*”, *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana*. Alba Paz Soldán y Blanca Wietuchter; eds. La Paz: PIEB, 2002, v. 2, pp. 106-18.
RODRÍGUEZ, LUIS, Julio. “*Raza de bronce* entre la reivindicación y la discriminación racial del indígena”, *Raza de bronce*. Alcides Arguedas. París: Colección Archivos, 1988, pp. 497-518.
ROJAS RÍOS, César. “Alcides Arguedas o la periferia sociológica”, *Signo*, pp. 137-141.
ROMERO PITTARI, Salvador. *Las claudinas: Libros y sensibilidades a principios de siglo en Bolivia*. La Paz: Caraspas, 1998.
SALAMANCA LAFUENTE, Rodolfo. “Vigencia del arguedismo en Bolivia”, *Kollasuyo*, Nº 65 (1947), pp. 42-51.
SALMÓN, Josefa: *El espejo indígena: El discurso indigenista en Bolivia 1900-1956*. La Paz: Plural, 1997.
SÁNCHEZ, Luis Alberto. “Alcides Arguedas”, *Escritores representativos de América.* Madrid: Editorial Gredos, 1964, pp. 92-106.
SANJINÉS, Javier. “El control del ‘ficcional’: Alcides Arguedas y Euclides da Cunha”, *Revista iberoamericana*, v. 52, Nº 134 (1986), pp. 53-74.
También en:
–*Signo*, pp. 247-263.

ÍNDICE

TÍTULOS PUBLICADOS DE NOVELAS DEL SIGLO XX

4
JOSÉ EUSTASIO RIVERA
La vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes: Luis C. Herrera Molina

13
JUAN RULFO
Obra completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

18
RÓMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes, cronología y bibliografía: Efraín Subero

19
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS
Tres obras: Leyendas de Guatemala, El alhajadito, El señor presidente
Introducción: Arturo Uslar Pietri
Notas críticas y cronología: Giuseppe Bellini

27
ROBERTO ARLT
Los siete locos. Los lanzallamas
Prólogo, vocabulario y cronología: Adolfo Prieto

38
JOSÉ MARÍA ARGUEDAS
Los ríos profundos y Cuentos selectos.
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

41
CIRO ALEGRÍA
El mundo es ancho y ajeno
Prólogo y cronología: Antonio Cornejo Polar

53
ALEJO CARPENTIER
El siglo de las luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las lanzas coloradas y Cuentos selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

77
JULIO CORTÁZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki
Actualización: Manuel Ruano

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas muertas. Lope de Aguirre, príncipe de la libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía: Efraín Subero

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el supremo
Introducción, cronología y bibliografía:
Carlos Pacheco

159
MARIO VARGAS LLOSA
La guerra del fin del mundo
Prólogo y bibliografía: José Miguel Oviedo
Cronología: José Miguel Oviedo
y María del Carmen Chezzi

142
JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Hugo Verani

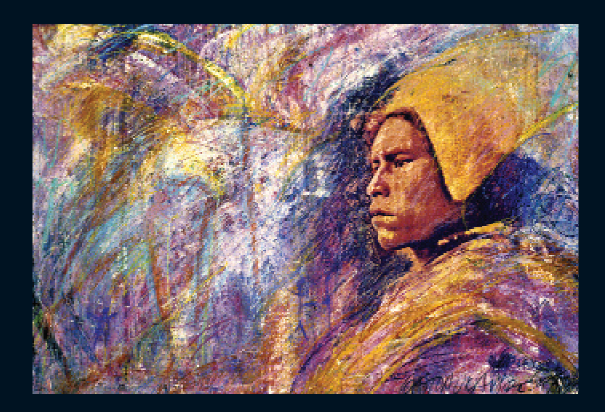
201
ALFREDO ARMAS ALFONZO
El osario de Dios y otros textos
Selección: José Ramón Medina
y Domingo Miliani
Prólogo: Domingo Miliani
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

206
FERNANDO ALEGRÍA
Obra narrativa selecta
Selección, prólogo, cronología y
bibliografía: Juan Armando Epple

211
GUILLERMO MORÓN
Obra escogida
Selección y prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía:
Roberto J. Lovera De-Sola

221
ADOLFO BIOY CASARES
La invención de Morel. Plan de evasión. La trama celeste
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía: Daniel Martino

JOSÉ EDMUNDO PAZ-SOLDÁN (Bolivia, 1967). Crítico, narrador y traductor. Es licenciado en Ciencias Políticas y doctor en Lengua y Literatura Hispana en la Universidad de Berkeley. Ha obtenido diversos premios literarios entre ellos el Premio Juan Rulfo (1997). De su producción se puede mencionar: *Río fugitivo* (1998); *La materia del deseo* (2001); *El delirio de Turing* (2003); *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma* (2003) e *Imágenes del incendio* (2005).



Portada: Detalle de "Rostros" (1990),
Serie *Tenemos que comunicarnos*,
de Gastón Ugalde (Bolivia, 1946).
Técnica mixta sobre tela 150 x 180 cms.
Colección privada.

Alcides Arguedas

(1879 - 1946)

LA DUALIDAD BLANCO/INDIO que sostiene a la primera novela [Alcides Arguedas, *Wuata Wuara* (1904)], da paso a una visión mucho más compleja del problema racial [en *Raza de bronce* (1919)], en el que los mestizos se hacen pasar por blancos por cuestiones de oportunismo social, poniendo así en duda nociones ontologizantes de la identidad. El problema racial es también provisto de un contexto histórico, en el que el origen de los abusos se remonta a los años en el poder del caudillo cholo Mariano Melgarejo (1864-1871). El enfrentamiento entre criollos-mestizos e indígenas, en una estructura melodramática de oposición maniquea entre el vicio y la virtud, no se resuelve en el supuesto triunfo de la virtud. La concepción lineal de la historia, en la que se pasa de un período tradicional a uno moderno, se transforma en una visión cíclica del retorno de lo reprimido (la rebelión indígena) en la constitución del proyecto hegemónico nacional.

José Edmundo Paz-Soldán

República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho



Colección Clásica